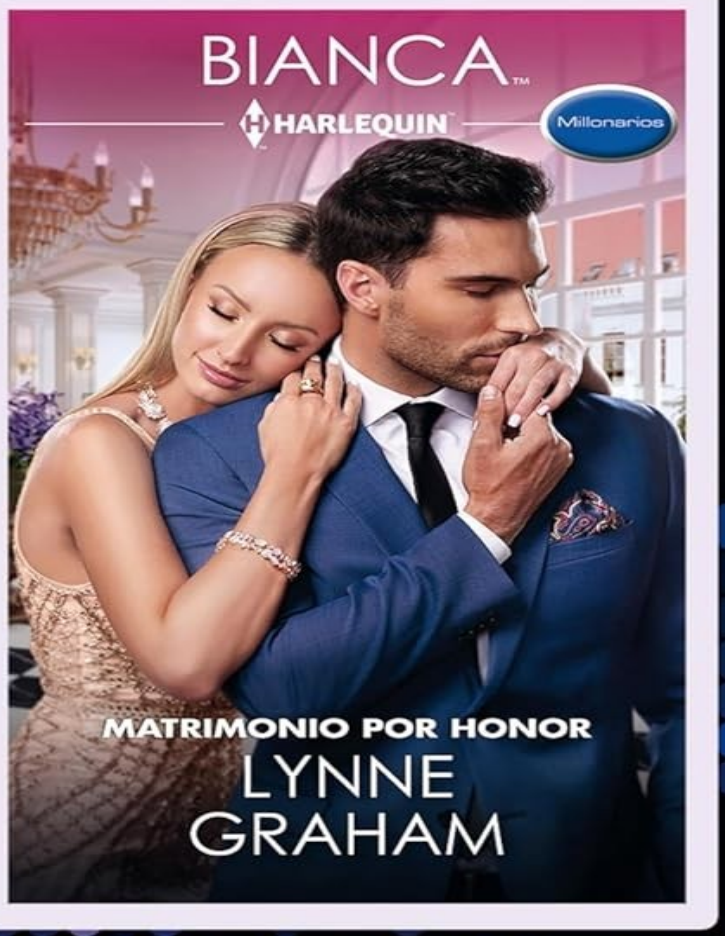
Una cita con la lectura







Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
E-pack Bianca, n.º 379 - enero 2024

I.S.B.N.: 978-84-1180-830-9

Índice

Créditos

Matrimonio por honor

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Una apuesta de futuro

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Deber y matrimonio

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

UN enorme y carísimo todoterreno esperaba a Lorenzo Durante a su llegada en avión privado al aeropuerto de Norwich.

Hacía mucho que no conducía. De hecho, las limusinas eran más su estilo, pero no debía quejarse. Ya no era un crío, y él solito se había metido en la situación en la que se encontraba. Evidentemente no era plato de su gusto tener que renunciar a su estilo de vida, pero esa renuncia formaba parte del castigo, a pesar de que su abuelo, Eduardo Martelli, había insistido en que el desafío al que se estaba enfrentando no era un castigo, sino un periplo necesario para madurar, palabra que su abuelo le repetía hasta la saciedad y que a él le ponía de los nervios. Tenía veintisiete años y, aparte de sus estudios universitarios y sus estancias en internados, jamás había trabajado. ¿Por qué iba a hacerlo, si había heredado millones al morir su padre, siendo él un bebé?

Sus abuelos maternos no eran ni remotamente tan ricos como los paternos, pero habían peleado por conseguir su custodia y, seguramente por ser más jóvenes y sanos que los segundos, la habían conseguido. Ante el juez se habían comprometido a que su nieto llevase una vida sencilla, pero se lo habían puesto bastante difícil: Enzo recordaba bien la legión de conocidos de los Durante que invadían constantemente su infancia cargados de regalos carísimos y bienintencionadas invitaciones, todo ello con el fin de tentarle con la vida de privilegios y permisividad que había llevado su fallecido padre.

Rondaba los veintitrés, una vez terminada su educación en el mundo de los negocios, cuando la seducción comenzó a surtir efecto. Recién salido de la facultad y tras un tropiezo amoroso, se encontró vulnerable a la tentación de llevar una vida de playboy. Así fue cómo empezó su existencia decadente, que tanto afectó a sus abuelos que en todo se habían comportado con él como si fueran sus padres.

Pasaron unos años, y ocurrió lo inevitable: en los titulares de los periódicos aparecía constantemente el nombre de su nieto, pero Eduardo y Sophie se esforzaban por ignorarlo, hasta que cometió el error fatal de asistir a un evento completamente borracho, con una acompañante igualmente ebria. Aún sentía un sudor frío en la espalda al recordar aquella noche. Al día siguiente intentó disculparse, pero Eduardo Martelli se negó a escucharle, mientras que su esposa solo podía llorar y avergonzarse por él, dado que además su marido parecía decidido a desheredar al nieto que ella adoraba.

Aquel fue el momento en el que Enzo se dio cuenta de que daba igual la cantidad de dinero que tuviera, o los amigos y oportunidades que le aguardasen. Lo que de verdad tenía significado para él era su familia, y la angustia de su maravillosa abuela lo avergonzaba. El precio de la reconciliación fue trasladarse a Inglaterra, hacerse cargo de una pequeña empresa que había adquirido su abuelo poco tiempo atrás y llevar una vida más útil y normal. Normal no para él, desde luego.

Llegó a la puerta de la casa en la que tenía que vivir. Estaba en el más allá, a unos cinco kilómetros del núcleo urbano más cercano y era más grande de lo que esperaba. Estaba acostumbrado a las casas grandes, pero un pequeño apartamento con servicio le habría ido mejor que una vieja casa de campo con torre. Ojalá estuviera mejor por dentro de lo que parecía estar desde fuera. Unos minutos después, hubo de enfrentarse al horror de unos muebles y una decoración anticuados, y a una cocina vacía, estando como estaba muerto de hambre. ¿Cómo narices iba a arreglárselas solo, si no sabía cocinar?

Una hora después, la pizza que había pedido estaba en el cubo de la basura. Qué birria. Mejor tomar el coche e irse en busca de un restaurante… ¡Ni uno había en aquel pueblo! Solo un supermercado de los de veinticuatro horas en el que, en el último instante, decidió no parar. Tampoco pasaba

nada por acostarse sin cenar una noche. Ya que estaba allí, podía pasarse a ver la empresa que iba a llevar al siglo XXI.

El bloque de oficinas que había al lado de la fábrica era bastante grande. A ver qué cara le ponían cuando se presentara al día siguiente diciendo que era el nuevo CEO, teniendo en cuenta que se trataba de un negocio familiar que tendría que someterse a restructuraciones y cambios que pudieran hacerlo viable.

De vuelta a casa, rebasó un coche aparcado en la cuneta de la carretera. Había una mujer joven junto al capó. Una mujer sola en la oscuridad, con el coche averiado. Qué fastidio. No quería pararse. Nadie podría acusarle de ser un buen samaritano, pero lo habían educado demasiado bien para pasar por alto el peligro que podía correr una mujer en esa situación así que, maldiciendo entre dientes, dio la vuelta y bajó la ventanilla.

Una hora antes

Skye se quedó tirada en el suelo, sin moverse de donde el empujón de Ritchie la había lanzado, tan aterrada que no podía siquiera respirar. Había intentado estrangularla después de propinarle un puñetazo en la cara y otro en el estómago, y luego la había emprendido a patadas con ella mientras la miraba como si se hubiera vuelto loco.

Sentía como si el mundo se hubiese parado de repente para lanzarla desde mucha altura, y aún no hubiera dejado de caer. Ritchie nunca la había maltratado. Gritar, sí, pero recurrir a la violencia, nunca. De hecho, seguía dando alaridos, rompiendo cosas, dando portazos, dirigiéndole todo tipo de insultos mientras ella permanecía inmóvil, los ojos cerrados, temiendo que se fijara de nuevo en ella, que volviera a hacerle daño. O lo que era peor aún: que su falta de respuesta lo exaltara más y se volviera contra los niños. Brodie, el pobrecito, había presenciado el ataque y había corrido a ella como si quisiera protegerla con sus escasos dos años, pero Skye había logrado interponerse entre él y Ritchie y meter al pequeño en su habitación. Precisamente había sido su frenética intervención lo que había desatado aún más la ira de Ritchie. Tenía que salir de allí con los niños cuanto antes, pero sabía que él no permitiría de buen grado que lo abandonara, así que se

quedó en el suelo, quieta como un ratón, el corazón desbocado, haciéndose la muerta.

–¡Tú, imbécil! Me voy a por algo de beber –le escupió.

Y la puerta de la casa se cerró de un portazo.

Se levantó todo lo rápido que pudo, que no fue mucho porque el dolor de las costillas era insoportable. Consiguió llegar a la habitación de los niños. Brodie, su hermanito pequeño, estaba llorando y aterrado en la cama, y fue primero a por él.

–Nos vamos –le dijo, acariciándole los rizos rubios–, pero tienes que estar muy calladito.

Shona, la más pequeña, dormía en su cuna y la envolvió en una manta para llevarla en brazos. Estaba descalza, pero no veía sus zapatos, y Brodie estaba aferrado a sus piernas. No era de extrañar, después de lo que había visto. Y solo podía culparse a sí misma. Ella había sido quien había decidido irse a vivir con Ritchie, exponiendo a sus hermanos al contacto con ese monstruo y el peligro que encarnaba. Pero ahora lo sabía, y se iba a largar. No había tiempo de hacer maletas, ya que tenía que salir de allí antes de que volviera. Ya volvería a por sus cosas cuando él estuviera trabajando.

Las manos no le obedecían y le costó un triunfo poner a los niños en sus sillitas y abrocharles el cinturón, pero cuando lo consiguió, se dejó caer en el asiento del conductor rezando al dios de los coches viejos para que su Mavis arrancase. Cuando el motor cobró vida, se puso en marcha, doblada sobre el volante y preguntándose a dónde ir. ¿Un hogar para los sin techo? ¿Un refugio para mujeres? Algún sitio habría en el que los acogieran. Si no, tendrían que pasar la noche en el coche. Escapar de Ritchie iba a ser solo el primer paso de un camino sembrado de piedras.

Enzo asomó el cuerpo por la ventanilla del coche.

–¿Necesitas ayuda?

–¿Sabes algo de coches? –le preguntó, esperanzada.

Enzo bajó del suyo conteniendo un suspiro. Cuando era un adolescente se pasaba la vida enredando con motores, pero por desgracia bastó echarle un primer vistazo a aquel capó oxidado para imaginar que no haría menos de una década del último mantenimiento que se le había hecho a aquella tartana.

–Podrían ser muchas cosas. ¿Has llamado a alguien? ¿Tienes asistencia en carretera?

–Me temo que no, y no he llamado a nadie. En realidad, no tengo a quién llamar –confesó, alejándose un paso de él. Es que era muy alto y fuerte, con una elegancia que le resultaba un tanto intimidante.

Enzo la miró por primera vez. Era rubia, con una melena rizada estilo león y había algo raro en su cara. Si se acercara a las luces de su coche, podría verla mejor.

–Tiene que haber alguien. ¿Amigos? ¿Familiares?

–A estas horas de la noche, no hay nadie –se reafirmó, cambiando el peso de un pie al otro.

Enzo bajó la mirada y se quedó descolocado.

–¿Por qué no llevas zapatos? ¡Hace un frío tremendo!

–Es que he salido de casa con muchas prisas –le dijo, e intentó reír, pero el dolor no se lo permitió.

–Estás herida – observó, consternado–. ¿Has tenido un accidente? ¿Llamo a la policía?

–¡No, por favor! A la policía, no.

–Entonces, ¿cómo te puedo ayudar?

–Siguiendo tu camino. Has hecho lo que debías parándote, pero es que no me puedes ayudar, a menos que sepas arreglarme el coche.

–¡No puedo dejarte aquí sola!

Era muy menuda. No debía medir más de metro cincuenta, ni pesar más de cuarenta y cinco kilos en mojado. Además, debía ser muy joven.

–¿No puedo llevarte a algún sitio?

Cuando se acercó, vio que tenía la cara hinchada, un ojo parcialmente cerrado y un macabro collar azul oscuro le recorría el cuello.

–¡*Madonna mía*, te han atacado! ¡Estás herida! ¿Por eso te has ido a toda prisa de tu casa?

–Sí. Estamos huyendo, pero no hemos conseguido llegar muy lejos –confesó.

–Voy a llamar a una grúa.

Sacó el móvil y, mientras marcaba, se preguntó vagamente por qué habría usado el plural, si estaba sola.

–No sé si puedo permitírmelo.

–Yo te la pago –contestó–, pero ahora déjame llevarte al hospital más cercano. Necesitas atención médica.

–¿Tan mala pinta tengo? –preguntó, angustiada.

–Parece que alguien hubiera intentado estrangularte, y que te hubieran dado un puñetazo en la cara. Tiene que verte un médico, pero creo que la mejor opción sería llamar antes a la policía.

–No puedo acudir a la policía.

Enzo colgó la llamada, irritado.

–No pueden recoger tu coche hasta mañana. Te llevo yo al pueblo.

–No te conozco. No puedo subirme a tu coche.

–Me llamo Lorenzo Durante. Mis amigos me llaman Enzo. ¿Y tú eres…?

–Skye Davison –le dijo sin demasiada convicción.

–Si te dejo aquí, tendré que llamar a la policía para decirles dónde estás y cómo.

–¿Y por qué ibas a hacer eso?

–Porque, si algo te ocurriera, cualquiera de los conductores que han pasado ya podría hacerme responsable de tu estado.

–¡Por Dios! –exclamó Skye, angustiada.

–Tengo una solución. Una empleada mía es paramédico titulado. Si quieres, Paola puede echarte un vistazo primero en mi casa, pero antes vamos a buscarte unos zaparos.

–¿Paola es una mujer?

Enzo asintió, y vio que parte de su tensión se evaporaba al saber que era una mujer.

–Lo primero, los zapatos –insistió.

Skye capituló.

–Tendré que pasar las sillas a tu coche. Y espero que no te molesten los perros.

Enzo frunció el ceño.

–¿Las sillas? ¿Tienes perro?

Skye había abierto la puerta y había introducido el cuerpo dentro del habitáculo mal iluminado del coche, y Enzo, mirando por encima de su hombro, vio un bebé tapado con una manta hasta debajo de la barbilla y, un poco más allá, a un crío de pocos años adormilado. Algo pequeño y enérgico saltó del asiento del acompañante para enredarse en sus pies.

–Se llama Sparky –le dijo ella mientras soltaba el cinturón del bebé, lo dejaba a los pies del asiento y soltaba la sillita.

Las luces de otro coche cortaron la noche, así que Enzo se agachó a recoger al pequeño *dachshund* para subirlo a su coche antes de que pudieran atropellarlo. Al ver que Skype se esforzaba por levantar la sillita, se la quitó de las manos para pasarla al asiento trasero de su vehículo. Estaba claro que tenía demasiados dolores para agacharse y hacer lo que había que hacer, así que recogió él al bebé y lo colocó en su sitio para ponerle el cinturón.

–Gracias –le dijo ella no sin cierta sorpresa, ya que Ritchie nunca la había ayudado con los niños.

El niño comenzó a llorar en cuanto vio a Enzo.

–No es culpa tuya –lo disculpó Skye–. Es que, después de lo que ha visto esta noche, los hombres lo asustan un poco.

–¿Es que te han pegado delante de él? –preguntó mientras ella sacaba al pequeño y él soltaba la sillita.

–Eso me temo. Me siento tan culpable… –se lamentó.

–No tienes de qué sentirte culpable. No es culpa tuya que te hayan atacado.

Enzo abrochó el cinturón del niño y cerró la puerta de aquella mercancía tan inesperada. Dos niños y un perro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

–Siento mucho todo esto –se disculpó Skye mientras se acomodaba con mucho esfuerzo en el asiento del acompañante–. No creo que te esperases estas complicaciones.

–Así no pienso en mis propios problemas –contestó–. Llamo a Paola mientras tú entras en el súper a comprarte unos zapatos.

Su serenidad estaba obrando maravillas con sus nervios.

–¿Te quedas tú con los niños?

–No voy a abandonarlos, y tampoco vamos a andar moviéndolos otra vez a estas horas de la noche.

Unos minutos más tarde, llegaban al aparcamiento.

–¿Quieres que entre yo a por los zapatos?

Skye negó con la cabeza, y también ese gesto le dolió. No había un solo centímetro de su cuerpo que no le doliera.

–No. Estaré bien.

Menos mal que había podido sacar el bolso con los niños. Entró en la tienda sin que el encargado de seguridad la mirara y escogió unas deportivas de lona, pañales, leche infantil, un biberón, y algunas cosas más que necesitaban sus hermanos, agradecida de tener suficiente dinero después de que Hacienda le devolviera el importe de su declaración.

Cuando volvió al coche, Enzo estaba hablando por teléfono en otro idioma. Había llamado a Paola al hotel en el que se hospedaba su equipo de seguridad y le había pedido que se reuniera con él en la casa, y la mujer protestó vehementemente porque se le hubiera ocurrido salir sin sus guardaespaldas. A cambio, él le contó lo de Skye y los niños.

–Paola se reunirá con nosotros en mi casa –le dijo al terminar de hablar–. Si me das unos minutos, voy a entrar a comprar café y algunas cosas básicas, porque no hay comida en la casa.

–¿Y eso? –preguntó cuando él se había bajado ya y le iluminaban las luces de la tienda.

Era la primera vez que lo veía con claridad. Se trataba de un hombre excepcionalmente guapo, con unos rasgos muy definidos, un mentón fuerte y unos ojos muy oscuros. Tenía el pelo negro y muy espeso, y lo llevaba bastante corto. Todo él emanaba clase y estilo, desde el corte de pelo hasta el traje que llevaba.

–Es que he llegado esta tarde, y no he tenido tiempo de ir a la compra.

–Yo puedo pasar sin café.

–Pero yo no.

Se alejó el desconocido que estaba siendo tan amable con ella cuando el hombre al que creía amar y que la amaba había estado a punto de matarla. Había una lección que aprender, y era que tenía que expulsar a Ritchie de su vida. No albergaba ninguna duda a ese respecto, después de lo que le había hecho.

Enzo volvió con un par de bolsas y volvieron a ponerse en marcha.

–Mi casa no está lejos. Paola te dirá si piensa que debes ir al hospital.

–¿Cómo voy a ir al hospital con los niños?

–Has debido tenerlos muy joven… –comentó él.

–No son mis hijos. Son mis hermanos. Mi madre y mi padrastro fallecieron en un descarrilamiento de tren hace más o menos un año. Shona solo tenía un mes.

Fue extraño que sintiera alivio al descubrir que no eran sus hijos.

–Siento tu pérdida.

–Gracias, pero en cierto modo, los niños evitaron que mi hermana menor, Alana, y yo, nos viniéramos abajo. Teníamos que seguir adelante por su bien.

–¿Ha sido tu marido quien te ha hecho esto?

–No. Un novio. Afortunadamente no estamos casados, y no tenemos ninguna propiedad que sea de los dos.

Enzo se desvió de la carretera principal y tomó un camino bordeado de setos altos de laurel, y a Skye se le quedó la boca abierta al ver la enorme casa victoriana con su espectacular torre adosada a uno de los muros.

–¿Aquí vives?

–Desde esta tarde –confirmó Enzo sin demasiado entusiasmo–. Paola ya ha llegado. Supongo que tendremos que meter a los niños y al perro.

–Sí. Mejor no quieras saber lo que es capaz de hacer Brodie si lo dejas solo en un coche.

Su responsable de seguridad lo esperaba en el porche delantero, y abrió los ojos de par en par al ver a Enzo con Brodie en los brazos, que se revolvía enfadado como si fuera una serpiente dentro de un saco.

–Entremos –dijo, abriendo la puerta para dar paso al recibidor–. Examinaré a Skye en el salón –anunció. En la mano llevaba un neceser de primeros auxilios–. ¿Podrás cuidar de los niños?

Brodie empezó a llorar y siguió intentando liberarse.

–Me las arreglaré –contestó, decidido.

Dejó al niño en el suelo y Skye le pasó a la pequeña.

–Intenta no despertarla –le aconsejó.

Enzo entró en la cocina y se sentó dando un suspiro. Rescatar mujeres era agotador y frustrante, y él carecía de las habilidades necesarias para cuidar niños, pero habría ayudado a Skye de todos modos, aunque hubiera sabido que llevaba niños y un perro con ella.

–¿Quién eres? –preguntó Brodie, plantándose delante de Enzo.

Se estiraba como si quisiera parecer mayor.

–Tengo hambre –anunció–. Y tengo caca.

Menos mal que había visto la puerta de lo que debía ser el cuarto de baño de la planta baja.

–Necesito ayuda –dijo el niño al llegar.

Sujetando a la bebé con un solo brazo, ayudó al niño con la ropa y abrió el grifo para que pudiera lavarse las manos. Dios, qué difícil podía resultar una tarea tan sencilla.

–El jefe no sabe absolutamente nada de niños –comentó Paola mientras atendía a Skye en el elegante salón–. Le va a venir bien.

–Ha sido muy amable con nosotros, pero cuando vio a los niños y al perro, creo que pensó en echar a correr. ¿Está soltero?

–Muy soltero. No es de los que se comprometen –le confesó–. Creo que tus costillas están magulladas pero no rotas, así que tendrás que cuidarte hasta que sanen. En cuanto a la garganta, intenta no hablar demasiado. Es un problema más serio, y creo que deberías dejar que el jefe te lleve al hospital.

–El hospital más cercano está a kilómetros de aquí, y los niños ya han pasado suficiente por una noche.

–Tienes que ir a la policía y denunciar la agresión.

Skye bajó la mirada.

–No puedo.

–¿Por qué? ¿Y si vuelve a hacerlo, y no sobrevives?

Skye palideció.

–Es que es policía. ¿Cómo voy a denunciarle? Igual no me creen, y seguro que conseguiría que sus amigos me localizasen. Creo que llevo un localizador en el teléfono.

–¿Es policía? –preguntó, consternada–. Da igual. Tienes que denunciarlo. Dame tu teléfono, que voy a ver si tienes instalado ese localizador.

Skye salió al vestíbulo y vio a Enzo con Brodie a sus pies y con Shona apoyada en el hombro, dormida. Paola tardó poco en volver con su teléfono.

–Creo que deberíamos irnos ya –le dijo Skye.

–Sería una locura, a estas horas de la noche y habiendo aquí por lo menos seis dormitorios vacíos. Elige el que quieras.

–Eres muy generoso, pero…

–No, lo que soy es práctico –la cortó, mirándola. Sin los moretones y las inflamaciones que deformaban su rostro, sería una mujer muy guapa–. Los niños y tú estáis a salvo en esta casa. Tengo seguridad las veinticuatro horas

del día, siete días a la semana. Incluso podrías encerrarte en tu habitación. Nadie te va a molestar, y podrás marcharte cuando quieras.

Con las mejillas sonrojadas, miró su reloj y le quitó a Shona de los brazos con un suspiro de rendición. Enzo se agachó para recoger a Brodie, que estaba medio dormido.

–Os acompaño arriba. Yo mañana saldré temprano para ir a trabajar, así que, si quieres que te lleve a la ciudad, dímelo.

Uno de los dormitorios tenía cama y cuna, y fue el que eligió. Dejó a la niña en la cuna y la tapó con su manta.

–Si no nos hubiéramos encontrado, ¿dónde tenías pensado ir? –le preguntó Enzo desde la puerta.

–Hay un albergue para vagabundos en la ciudad, pero eso acarrearía la intervención de Servicios Sociales, y me preocupa que puedan quitarme a los niños.

–¿Tienes su custodia?

–Sí, pero cuando me la concedieron, vivía con mi hermana y trabajaba de maestra. Mi vida era estable entonces, pero ahora, todo ha cambiado.

–¿Maestra?

–Sí, de infantil. Pero era un trabajo temporal, y como a mi hermana le ofrecieron trabajo y alojamiento en un hotel, yo sola no podía pagar el alquiler. Ritchie se ofreció a que viviera con él, y fue la peor decisión de mi vida. Para empezar, no quería que buscase trabajo, lo que debió escamarme ya entonces. Y ahora, aquí estoy, sin casa, sin trabajo y sin un céntimo.

–Saldrás adelante –le aseguró–, pero por ahora, hay que dormir.

–Gracias por todo –le dijo en voz baja.

–Mi buena acción del día –respondió–. Tampoco he hecho tanto. En general, suelo ser un bastardo egoísta.

–Pues esta noche, no.

Cuando Enzo cerró la puerta, Skye echó la llave. Sí, se sentía mejor en una habitación que pudiera cerrar. Tardaría mucho tiempo en volver a sentirse cómoda cerca de un hombre, si es que lo lograba.

Metió al pequeño en la cama y entró en el baño. El anticuado espejo le devolvió una imagen espantosa de sí misma. Paola le había dado unos analgésicos y si se movía despacio, el dolor no era muy intenso, aunque le dolía absolutamente todo el cuerpo.

Y aún tenía que recoger sus cosas. ¿Cómo iba a hacerlo sin coche? Seguramente ni siquiera tendría dinero suficiente para reparar la vieja tartana de su madre. Respiró hondo. No podía dejar que la angustia la venciera. Se enfrentaría a sus problemas uno a uno. Tenía que ser fuerte.

Era muy doloroso recordar hasta qué punto había confiado en Ritchie. Confiando en su proposición de matrimonio, había ido renunciando casi por completo a su libertad, ignorando lo poco que le gustaba el tiempo que les dedicaba a sus hermanos, sus ataques de celos que se desencadenaban con que otro hombre tan siquiera la mirase, su insistencia en saber dónde iba y con quién hablaba. Había ignorado y perdonado demasiado, creyendo en su amor y achacando todo eso a la inseguridad.

A Alana nunca le había gustado Ritchie. Le parecía demasiado posesivo. Pero ella lo había querido, sobre todo porque parecía aceptar a los niños. Y porque parecía considerarla especial a ella, algo que nunca nadie había hecho antes. Obviamente, había sido todo una ilusión.

Enzo se acostó después de ducharse y comenzó a hacer planes. Iba a ofrecerle trabajo a Skye como ama de llaves. No es que fuera a estar mucho por casa, teniendo en cuenta las horas que pasaba en el trabajo, pero cuando estuviera, quería sentirse cómodo, sin preocuparse por ir a la compra, aprender a cocinar y todas esas monsergas. Le había sorprendido descubrir que los críos no le molestaban, y esa niña dormiría en mitad de un terremoto. En cualquier caso, la casa era lo bastante grande para poder tener a dos niños y un perro.

La verdad es que nunca se le habría ocurrido imaginar que podían gustarle los niños. Después de su desastrosa experiencia en el amor durante la universidad, había dado por sentado que nunca se casaría ni tendría hijos, pero en aquel momento cayó en la cuenta de que no debía permitir que aquella experiencia dictase el resto de su vida.

Skye se despertó cuando Shona reclamó con un lloriqueo su alimento, y por un momento quiso echarse también ella a llorar, del hambre y la sed que tenía. Bastó con hacer el ademán de levantarse de la cama para recordar

violentamente cómo se encontraba. Se le escapó un gemido de los labios involuntariamente, y Brodie se incorporó de golpe.

–Desayuno –dijo alegremente, sin preocuparse por no conocer el sitio en el que estaban.

Se duchó rápidamente, arregló a los niños, y estaba a punto de bajar con ellos cuando alguien llamó a la puerta.

–He oído a los niños y he pensado que te vendría bien tener ropa limpia –dijo Enzo a través de la rendija que ella abrió–. No es mucho y me temo que la talla no sea la correcta, pero es mejor que nada.

–Gracias. Eres muy detallista.

–¡Enzo!

Brodie lo había visto y salió corriendo encantado hacia él como si fuera su mejor amigo.

–Bajo en dos minutos.

Se quitó los vaqueros y el jersey y se metió la camisa y el pantalón de deporte, que tuvo que remangarse y sujetarse con los cordones a la cintura. Estaba ridícula, pero sentirse limpia fue estupendo.

Enzo, de pie ante el microondas, le robó la respiración con aquel traje de chaqueta en raya diplomática, camisa oscura y corbata roja.

–No es una tostadora –estaba diciendo Brodie, cargado de razón.

–Pero puede que tenga algo para tostar –le contestó Enzo, muy serio.

–Yo me ocupo de las tostadas –intervino Skye, con Shona cargada a la cadera mientras llenaba la tetera con agua para preparar su biberón–. Necesito ir a por las cosas del bebé que se quedaron en el coche.

–Yo me encargo de enviarte un coche con chófer para que puedas ir a buscarlas. También tengo una proposición que hacerte –anunció–. Necesito un ama de llaves. Tú necesitas un trabajo y un techo sobre la cabeza. ¿Te interesa?

Capítulo 2

SKYE frunció el ceño primero y luego asintió mientras llenaba el biberón, hacía la mezcla y lo ponía en agua fría para darle la temperatura correcta.

–Podría ser. ¿Dónde está Sparky?

–En el jardín de atrás. Me temo que no tenemos comida para él.

–Sparky tiene hambre. Brodie tiene hambre– se quejó el niño.

–Tengo hambre –le corrigió mientras ponía el pan en la tostadora–. Se está tostando el pan y anoche compré unos cereales.

Así que ama de llaves. Le daría un sitio seguro en el que vivir y donde seguir cuidando de los niños. Y mientras ganaba algo de dinero, podría seguir buscando trabajo de lo suyo.

–Deja que te sostenga yo a la niña –se ofreció, tomándola en brazos y sentándose a la mesa.

–¿En qué consistiría exactamente el trabajo? –le preguntó.

–Sería solo durante un par de meses, porque no estaré en Inglaterra hasta mucho después de Navidad. Con que te ocupes de la casa, hagas la compra y cocines, estaré encantado. Solo cena. Estaré fuera casi todo el día.

Skye probó la leche del biberón en la muñeca.

–Suena bien. Tener ocasión de recuperarme antes de volver a empezar en algún sitio. ¿Cuánto me pagarías?

Enzo le dijo una cantidad.

–¡Eso es demasiado! –se sorprendió.

–Te vas a ocupar de todo, y creo que el dinero te vendría bien. En cuanto tu coche vuelva a funcionar, recuperarás tu independencia.

–De acuerdo. ¿Qué dirección es esta? Tengo que decirle a mi hermana dónde estamos.

Anotó la dirección, tomó a Shona de nuevo en brazos y le dio su biberón, que la niña tomó encantada, con sus ojazos azules clavados en la cara de Skye.

–Si consigues que la cafetera haga un café decente, te pagaré un plus –añadió Enzo.

–No es ciencia aeroespacial.

–Pues podría serlo –suspiró, viéndola acomodar a Brodie en su silla para, a continuación, untar mantequilla en las tostadas–. Se te da bien la multitarea.

–Es necesario teniendo niños. ¿Quieres tostadas?

Se la veía muy pequeña con su ropa, y había algo vagamente sexy en verla con algo suyo, pero esas consideraciones estaban fuera de lugar ahora que era su empleada. Además, había pasado por una relación abusiva y debía extremar las precauciones para que se sintiera segura estando con él.

Se movía con evidente rigidez, y tenía un ojo a la funerala, pero nada podía ocultar sus delicadas facciones, su piel blanca como el alabastro o la carnosidad de sus labios.

–¿Enzo? ¿Tostadas?

–No –contestó, enfatizando con un gesto de la cabeza–. Me gusta tomar fruta, café y un cruasán en el desayuno.

–De acuerdo. Ya tienes ama de llaves. Recogeré nuestras cosas y me iré a la compra.

Enzo le dejó una tarjeta de crédito negra sobre la mesa.

–¿Qué presupuesto tengo?

–No hay presupuesto.

–¿Qué te gusta comer? –le preguntó, sacando de su bolso una pequeña libreta y un boli–. ¿Y qué no te gusta?

Hablaron de ello un momento y a continuación Enzo se levantó.

–Tenemos que intercambiar números de teléfono. Voy a enviar a dos hombres para que te acompañen a recoger tus cosas, por si tu ex anda por allí y quiere causar problemas. Tienes que estar protegida. Además, llevarás contigo a los niños.

–Gracias. Te estoy muy agradecida. ¿Podrías sacar las sillitas de los niños de tu coche antes de irte?

Como todavía era pronto, decidió llamar a su hermana para pillarla antes de que se fuera a dormir. Alana trabajaba en el turno de noche del hotel, y solía dormir por las mañanas. Tampoco habría tenido sentido llamarla la noche anterior, porque no tenía coche. Aun así, necesitaba su ayuda y quería que supiera lo que había ocurrido y que Ritchie estaba ya fuera de su vida. Iba con mucha frecuencia a pasar las tardes con los niños y ella al apartamento, y no quería que pudiera encontrarse con Ritchie sin saber hasta qué punto era volátil la situación.

–Hoy es mi día libre –le contó, contenta–. Bueno, lo era hasta hace un rato. Mi compañera ha llamado para decir que está enferma.

Escuchó en silencio lo que su hermana tenía que contarle, e inmediatamente se ofreció a quedarse con los niños mientras ella iba a recoger sus cosas a casa de Ritchie.

Había vestido a los niños, dado de comer al pobre Sparky un trozo de tostada y la cocina estaba recogida cuando Matteo y Antonio, los dos hombres enviados por Enzo, llegaron. Alana apareció poco después.

–¡Ay, Dios mío, cómo tienes la cara! –exclamó horrorizada.

Alana era una versión más alta y curvilínea de Skye, con una larga y lisa melena rubia que ella le envidiaba.

–¡Tendría que matar a ese cerdo por lo que ha hecho!

Skye calmó a su hermana pequeña y dejó a los niños con ella. Se sentía muy rara con la ropa de Enzo y la cara amoratada, así que decidió que no debía quitarse en ningún momento las gafas de sol. Los nervios se le desbocaron cuando el coche se detuvo en el pequeño aparcamiento que había delante del bloque.

Afortunadamente, encontraron el apartamento vacío. Como si estuviera concursando en uno de esos programas en los que hay que llenar un carro de supermercado a toda velocidad, buscó un par de bolsas de basura y entró primero en la habitación de los niños.

No había caído en la cuenta de que tenía que llevarse un carrito de bebé, una trona y varias cosas voluminosas más, pero vio que Antonio hacía una llamada.

–Vamos a necesitar una furgoneta –le explicó–, pero Matteo se encargará de conseguirla.

–Debería haberlo pensado antes de venir –se disculpó mientras Antonio recogía juguetes y ella entraba en el dormitorio que había compartido

brevemente con Ritchie.

Miró la cama con recelo y apartó enseguida la mirada del lugar en el que había empezado a sentir miedo. No le gustaba el sexo. En contra de todos los artículos que había leído, no lo disfrutaba y, ahora que Ritchie estaba fuera de su vida, podía sincerarse. Tanto fingir un placer que estaba lejos de sentir para mantener a Ritchie contento la había dejado agotada, con un regusto a mentira en la boca, y a extrañeza también, porque no le gustase lo que les gustaba a otras mujeres. Se había librado ya de todo eso. Un futuro libre de hombres se extendía ante ella.

La foto de sus padres la miró desde encima de la cómoda, y los ojos se le llenaron de lágrimas. La felicidad que desprendían juntos había llegado a ser su ideal, y le parecía risible que hubiera podido imaginarse construyendo algo parecido con Ritchie. Al fin y al cabo, su padrastro había aceptado a dos niñas pequeñas que no eran sus hijas y las había tratado como si fueran de su misma sangre. Que Ritchie pareciera dispuesto a aceptar que el paquete la contenía a ella, a Brodie y a Shona la había animado a creer que era parecido a su padrastro, pero tardó poco en empezar a quejase de que los críos estuvieran siempre por medio, e incluso a acusarla de anteponerlos a él. En realidad, a pesar de todas sus frases altisonantes sobre el matrimonio, Ritchie no estaba preparado para la vida en familia.

Terminó de meter zapatos y ropa en bolsas y las sacó al vestíbulo, a la espera de la furgoneta, no sin antes colocarse las gafas de sol.

Estaban ya bajándolo todo al portal cuando llegó la furgoneta con otro hombre, que lo cargó todo rápidamente. Salía del portal con una sonrisa en los labios cuando se tropezó frente a frente con Ritchie.

–¿Dónde demonios te has metido? –escupió con rabia–. ¡Has estado fuera toda la noche y ni siquiera me has llamado!

Skye se quedó paralizada. Él tenía el aspecto de siempre: pelo rubio, mentón cuadrado, ojos azules y mejillas enrojecidas de rabia. No iba de uniforme.

–¡Te he hecho una pregunta! –le gritó, acercándose amenazador. Entonces miró a Antonio–. ¿Y este quién es?

–Me marcho, Ritchie –le dijo–. Esta es la última vez que me vas a ver.

–Aléjese –le dijo Antonio, extendiendo un brazo protector delante de Skye–. Está demasiado cerca.

–¿A qué demonios juegas, Skye? ¿Cómo que te vas a marchar? Hemos tenido una pequeña discusión, sí, pero…

Ella se quitó las gafas.

–¿A esto le llamas una pequeña discusión? ¡Me diste una paliza!

Ritchie apartó la mirada.

–Te caíste. A mí no me culpes por eso. Vamos a hablar de ello como dos adultos en privado.

–No, gracias. No quiero saber nada más de ti –terminó, y echó a andar hacia el coche.

Ritchie avanzó para cortarle el paso, pero Antonio se abalanzó sobre él. Ritchie logró zafarse y se revolvió con intención de darle un puñetazo, pero Antonio fue más rápido que él: se subió al coche, cerró la puerta y arrancaron de inmediato. Menos mal que Alana se había quedado con los niños y Brodie no había tenido que presenciar otra escena como aquella. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras Antonio y Matteo hablaban en su idioma.

–Nos está siguiendo –dijo Antonio.

Skye se tapó la boca con las manos para ahogar un grito. No quería que Ritchie supiera dónde iba a vivir.

–Hacemos lo que nos diga. Nosotros estamos de servicio, porque el jefe no quiere que la dejemos sola en ningún sitio –dijo Matteo–. Y después de lo que acabo de ver, es la decisión acertada.

Su teléfono sonó y atendió la llamada. Era Enzo.

–¿Cómo estás?

–Un poco agobiada. Y muy agradecida por no haber estado sola –añadió, pensando que tenía una voz preciosa, honda y algo ronca–. Siento estarte causando tantas molestias.

–De eso, nada, *piccolo mio*. Tú no te separes de mis hombres.

Enzo terminó la llamada mientras la directora de marketing de la empresa esperaba a que la atendiera. Se trataba de una curvilínea morena que lo estudiaba abiertamente con mucho interés. Había tenido un primer día un poco difícil. Cambiar la pesada estructura de la empresa no le iba a granjear muchos amigos, y en cuanto a las nuevas ideas que quería aportar, no

habían sido bien recibidas, excepto por aquellos que se habían adelantado y pretendían buscar un futuro más próspero para la empresa.

–Mi novia –mintió descaradamente.

Martina se había pasado el día intentando flirtear, rozarse con él, llamar su atención, y quería que diera un paso atrás, de modo que fingir que ya había alguien en su vida era la mejor estrategia. Por desgracia, estaba acostumbrado a que las mujeres se lanzasen a él. Era rico, joven y soltero, así que una atención desmedida iba con el territorio.

–Creía que había venido solo a Inglaterra, señor Durante.

Enzo maldijo en aquel momento la notoriedad de su apellido, una fama en parte heredada de su padre, un notable mujeriego que había destrozado su matrimonio poco después de que Enzo naciera. Él y su madre estaban intentando por enésima vez reconciliarse cuando ocurrió el accidente.

–Pues no –contestó sin vacilar, y pensó en Skye, que no tenía la más mínima intención de flirtear con él o de lanzarse a su cuello. Para él era una experiencia nueva que lo trataran como un adulto, y no como un producto fabulosamente rico que se debía adquirir. Nueva y relajante.

Menos mal que Alana estaba allí para ayudar cuando fueron dejando en el vestíbulo, amontonado, todo lo que habían cargado en la furgoneta.

–¿De verdad se ha terminado todo con Ritchie? –preguntó mientras colocaba la trona en la cocina–. Ya sabes que vendrá a buscarte, se disculpará e incluso se arrastrará ante ti prometiéndote que no volverá a ocurrir.

–Me da igual. Se ha terminado definitivamente –contestó Skye–. Ni siquiera quiero volver a verlo. Nos ha visto irnos y seguía cabreado.

Alana frunció el ceño.

–Háblame del dueño de esta casa.

Preparó café para todos y dejó que Brodie saliera con su triciclo a jugar al patio trasero seguido por Sparky. El espacio estaba bien vallado. A continuación, y mientras daba de comer a Shona sentada en su trona, le contó lo que había ocurrido la noche anterior.

–No será un viejo verde, ¿no?

–Nada de eso. Es más: es un tío guapo, pero no me preocupa en absoluto. Creo que le van las mujeres mucho más glamurosas que yo.

–A mí sí que me preocupa porque, sinceramente, no creo que Ritchie te vaya a dejar en paz así como así. Seguro que te va a acosar, a querer meterse en tu vida constantemente. Creo que tendrías que denunciarlo a la policía –añadió–. ¿Y si te encuentra un día estando sola y vuelve a atacarte?

Skye intentó quitar hierro lo mejor que pudo a la pregunta mientras Alana la ayudaba a deshacer las maletas en la habitación contigua a la de los niños, que era la que tenía más almacenaje. Había seis dormitorios en total, y siempre podría pasarse a la habitación de los niños si Enzo necesitaba más espacio. Una vez terminaron, Skye hizo la lista de la compra y avisó a Antonio para decirle que estaba preparada para ir a la ciudad. Alana se ofreció a acompañarla para ayudarla con los niños.

Al salir de la compra cargadas, Alana se llevó a los niños a su coche y Paola le quitó a Skye el carro de las manos.

–No deberías hacer esfuerzos –le dijo muy seria.

Estaba ya en el coche descargando cuando Ritchie apareció de pronto. Debía estar escondido entre dos coches, y agarró a Skye por un brazo.

–¿Quién es esa gente con la que estás? –le preguntó de malos modos–. ¿Y de quién es la casa en la que te has metido?

–¡Suéltame! –gritó, oliendo el alcohol en su aliento–. Se ha terminado, Ritchie. ¡Suéltame el brazo!

–¡Suelta a mi hermana! –gritó Alana, corriendo hacia ellos con intención de liarse a patadas con él.

Enfurecido, Ritchie se dio la vuelta cuando Skye consiguió por fin soltarse de él, y se encontró de frente con Antonio. Pero fue Paola la que se adelantó y lo derribó con un movimiento de artes marciales, retorciéndole un brazo a la espalda para entregárselo al guardia de seguridad que se acercaba.

–Ahora ya sabes por qué tienes que denunciarlo a la policía –le dijo Paola a Skye que acompañaba a su hermana al coche, pálida y temblorosa–. Ese tío te va a seguir acosando. Está cabreado y es terco.

–Lo haré esta tarde –prometió.

Skye había empezado con los preparativos de la cena cuando Enzo entró en la cocina.

–Tu hermana se va a quedar con los niños. Yo he venido para llevarte a la comisaría antes de que cambies de idea.

–Pero…

–No hay elección.

Eso era cierto. Al parecer, no bastaba con separarse de Ritchie. Para recuperar su libertad, iba a tener que luchar. Desde luego, no podía depender de los empleados de Enzo para que la defendieran. Tenía que hacerlo sola.

–De acuerdo. Voy a cambiarme.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga larga, y le parecía demasiado casual.

–Estás bien así –le dijo él, y fue a por su abrigo, colgado en un armario que había en la entrada.

–¡Es guapísimo! –dijo Alana pronunciando las palabras en voz baja cuando Skye se asomó a verla al salón, que era donde estaba con los niños.

Se le veía cansado. La barba le oscurecía el mentón y el corazón le dio un saltito a Skye sin avisar. Debería haber llegado a casa para relajarse y cenar.

–Tenía pensado hacer una cena rica –le confesó.

–Ya cenaremos más tarde.

–Pero debes tener mucha hambre –protestó ella mientras salían al aire frío.

–Quítate las gafas de sol.

Skye lo hizo. El ojo amoratado empezaba a abrirse y Enzo pudo ver el color tan poco común de sus iris: era un azul violáceo tan claro que le recordaba a las lilas de la primavera.

–Vámonos –dijo, irritado consigo mismo por la distracción.

Skye se acomodó con dificultad en el asiento del acompañante. No había modo de evitar el escalón que había que salvar para subir al coche, ni tampoco que, a cada movimiento del cuerpo, le dolieran las costillas.

Cuando entraron en la comisaría, Enzo pidió hablar con un superior. En la sala de interrogatorios Enzo explicó por qué quería hablar con un superior. Llamaron a una agente femenina que condujo a Skye a otra habitación para que le explicase lo ocurrido, en aquella ocasión sin Enzo. Una vez hecha la declaración, tuvieron que esperar a que un forense la examinara y fotografiase sus lesiones. Nadie hizo mención a que el

asaltante era un policía que trabajaba en su misma comisaría, y esa actitud tan profesional hizo que Skye perdiera parte de la tensión.

Cuando volvió junto a Enzo, estaba agotada, y la garganta le dolía de todo lo que había tenido que hablar. Ya juntos, salieron al coche.

–Paola y el resto de su equipo fueron testigos, y se pasarán mañana por la comisaría a prestar declaración –le explicó–. Creo que también tendrás que pedir una orden de alejamiento. Te he concertado una cita con un abogado para mañana.

–Te estás tomando una barbaridad de molestias por mí –dijo, haciendo una mueca avergonzada–. ¿Por qué?

–En primer lugar, ahora que trabajas para mí, tu seguridad es responsabilidad mía. En segundo, no se puede permitir que tu ex te agreda, te amenace y se vaya de rositas, y mucho menos que siga trabajando en un puesto de confianza. Y en tercero, los niños deben vivir en un ambiente seguro.

–Me conociste ayer. Seguro que te has arrepentido más de una vez de haber parado con el coche.

Enzo se encogió de hombros y tomaron ya la entrada hacia la casa.

–Ya estamos aquí, en la casa encantada.

–¿Por qué la llamas así?

–Porque me recuerda a las casas de las películas. ¡Si no tenemos un fantasma, pensaré que nos han estafado!

–¿No es tuya?

–No. Creo que es alquilada. Mi abuelo se encargó de buscármela. Por cierto, tu hermana ha tenido que irse a trabajar. Paola ha hecho de canguro.

Era una fuente constante de problemas. Darle trabajo teniendo dos niños a su cargo era más engorro de lo que valdría cualquier trabajo que pudiera desempeñar.

–No he tenido que hacer nada –replicó Paola en tono tranquilizador–. Tu hermana los dejó acostados antes de irse. ¿Te sientes mejor ahora que lo has denunciado?

–Sí –mintió. En realidad estaba más asustada que antes, porque sabía que Ritchie iba a enfadarse.

Cuando Paola se marchó, Skye se fue a la cocina a preparar la cena que tenía pensada.

–Ya cocinarás mañana –le dijo Enzo desde la puerta–. He pedido cena para los dos al hotel en el que trabaja tu hermana. Es tarde y estás agotada.

–Cocinar es parte de mi trabajo –respondió.

–Esta noche, la tienes libre.

–Tú también debes estar cansado –contestó, aunque en realidad quería seguir discutiendo, pero algo en su mirada le aconsejó no hacerlo–. ¿Qué tal ha sido el primer día?

–Horrible –le confesó con una mueca.

Skye salió al comedor para poner la mesa. Encendió la chimenea eléctrica para que estuviera más acogedor y la lámpara que había en una mesita colocada en un rincón. Enzo había subido, y apareció con el pelo mojado de la ducha, unos vaqueros viejos que le sentaban como un guante y un jersey gris. Una imagen difícilmente desdeñable, pero Skye se obligó a volver a entrar en la cocina para llenar de agua una jarra y llevar dos vasos.

Sí, el tío estaba cañón, pero trabajaba para él, así que tendría que enterrar esas respuestas femeninas como fuera. Menos mal que ella no era una mujer muy atractiva. Así él no le prestaría mucha atención.

–¿Y por qué ha sido horrible? –preguntó.

–Despidos –suspiró–. Pero si el negocio va como yo creo que va a ir en el futuro, no tardaremos en contratar a gente. Así son las cosas –sentenció.

–¿Es Mackies, la fábrica de embalajes del polígono industrial? Es la que da más trabajo en esta zona.

Enzo asintió al mismo tiempo que sonaba el timbre de la puerta. Skye fue a abrir y se hizo a un lado para dejar pasar a un carrito empujado por un camarero.

–Aquí, por favor –lo llamó Enzo–. Siéntate, Skye.

Se sentía un poco rara allí, cuando había pensado llevarse su plato a la cocina.

–Nosotros nos serviremos –le dijo Enzo al camarero.

–Yo lo hago –se ofreció Skye.

Descubrió que se trataba de una comida de tres platos, con un aspecto delicioso. Sirvió la ensalada.

–Qué buena pinta –alabó–. No esperaba algo así.

Extendió la servilleta sobre las piernas y atacó su plato. Tenía hambre.

Enzo le habló de que la fábrica iba a empezar a vender embalajes biodegradables, que estaban muy demandados y que esperaban firmar en

breve un suculento contrato.

–Creo que mi abuelo compró esta fábrica pensando en mí.

–¿Y eso?

–Soy propietario de una de las empresas más grandes de ese tipo de embalajes en el mundo –declaró sin darse importancia–, y creo que mi abuelo debió pensar que me iba a gustar emprender un negocio de esa envergadura.

Sirvió el plato principal mientras Enzo seguía hablando, sin importarle que hubiera una tercera persona escuchando. Lorenzo Durante era mucho más rico de lo que ella había pensado. ¿La compañía más grande del mundo? Tendría que haber hecho una búsqueda en Internet. Era obvio que estaba acostumbrado a tener servicio.

–¿Discutiste con tu ex? –cambió de tema, en cuanto el camarero se retiró con el carrito, dejándoles los postres–. ¿Por eso te agredió?

–No, no hubo discusión. Volvió del trabajo de mal humor –suspiró–. Le habían dicho que había suspendido el examen al que se había presentado para ascender. Era la tercera vez que suspendía, y nos culpó a nosotros por ello.

–¿Vosotros teníais la culpa?

–Estalló gritando que era imposible estudiar con los críos en la casa, y yo cometí el error de intentar razonar con él. No le recordé que ya lo había suspendido en dos ocasiones antes de que nos fuéramos a vivir con él, o que solo le vi estudiando en una ocasión antes de presentarse. Únicamente le dije que, para la próxima ocasión, me llevaría a los niños, y eso debió ser lo que terminó de encenderlo, porque no iba a poder volver a presentarse hasta el año siguiente. Me dio un puñetazo, me insultó, y cuando me caí, se lanzó a mi cuello. De verdad pensé que iba a matarme…

Enzo murmuró algo en italiano.

–Siento haber sacado el tema.

–No es culpa tuya –contestó, y se levantó a por los postres que esperaban en otra mesa–. Pero fue la primera vez que me pegó. No me habría quedado con él si lo hubiera hecho antes.

–¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

Tenía unos ojos de color ámbar, con unas largas pestañas oscuras, y por un momento se quedó en blanco, mirándolos.

–¿Skye?

–Cuatro meses –contestó rápidamente, azorada–. No mucho, la verdad, pero no nos iba bien. Es un hombre controlador, muy posesivo, muy desconfiado. No quería que tuviera amigos. Ni siquiera le parecía bien que viera a Alana. Empecé a sentirme como un gato caminando sobre ascuas cuando él estaba cerca. De no haber sido por los niños y porque no quería volver a cambiarles la vida otra vez, no me habría quedado tanto tiempo.

–¿Piensas volver a dar clases?

–Si puedo encontrar un trabajo que no me obligue a irme demasiado lejos de mi hermana, sí. ¿Te han dicho algo de mi coche?

–Sí –suspiró–. Está tan viejo que sería mejor que lo llevaras al desguace.

–¡No! –exclamó–. Mavis era el coche de mi madre, y es irremplazable.

Enzo la miró sorprendido.

–¿Mavis? ¿Le has puesto nombre a ese pedazo de chatarra?

–Se lo puso mi madre –dijo, levantándose–. Voy a por el café. Ya sé cómo funciona la máquina. Hasta he conseguido que muela los granos.

–Así que tiene valor sentimental.

–Sí. Montones de recuerdos felices de mi infancia.

–Al menos tú conociste a tu madre. La mía murió con mi padre en un accidente de coche cuando yo tenía seis semanas. Me criaron mis abuelos.

–Las fotos no sirven de mucho, ¿verdad? –se lamentó. Iban los dos hacia la cocina, y sin pensar, le apretó el hombro para consolarlo–. Al menos tuviste a tus abuelos, que los míos habían fallecido mucho antes que mi madre y mi padrastro.

Enzo la miró sorprendido ante el gesto. La única persona que lo había tocado así era su abuela. Fuera de la alcoba, no estaba acostumbrado. Solía evitar esa clase de intimidad, no fuera a transmitir una idea equivocada. Después de haber estado a punto de casarse con la mujer equivocada en la universidad, las relaciones casuales habían pasado a ser su forma de relacionarse con el sexo opuesto. Así no había malos entendidos ni se esperaba una proyección a futuro.

Skye le dejó delante una taza de café y le dio un sorbo complacido.

–No –protestó cuando ella empezó a recoger la mesa–. Siéntate conmigo. Tengo algo que proponerte.

Skye abrió de par en par sus ojos violeta y frunció el ceño.

–Pareces una gatita cuando haces ese gesto –sonrió Enzo.

–Preferiría que pensaras en una pantera o una tigresa. De gatita, nada.

Enzo se echó a reír.

–No sé yo si voy a poder. ¿Qué te parecería hacerte pasar por mi novia en una fiesta la semana que viene?

La risa aún iluminaba sus rasgos cuando hizo la pregunta. Desde luego tenía encanto por toneladas.

Capítulo 3

HACERME pasar por tu novia? –repitió, temiendo no haber entendido bien–. ¿Eso qué significa?

–Pues que finjas que tenemos una relación. Nada de sexo, o de cualquier otra cosa que no te parezca aceptable –aclaró rápidamente–. Hay varias mujeres en el trabajo que intentan flirtear conmigo. La semana que viene organizamos una fiesta en la empresa, y me gustaría llevar del brazo a una novia para dejarle claro a todo el mundo que no estoy disponible. Me temo que mi reputación de mujeriego me precede, pero no pienso tener nada con nadie mientras esté aquí.

Que las mujeres intentasen flirtear con él no le sorprendía lo más mínimo. Tenía un físico envidiable y era extraordinariamente guapo, así que cualquier mujer soltera le daría la bienvenida, pero le resultó curioso que se refiriera con tanta flema a su reputación de mujeriego.

–¿Eres mujeriego?

–Lo creas o no, eso atrae a un cierto tipo de mujer. Pero, ahora mismo, llevo una vida de celibato –sonrió–, y quiero que siga así mientras esté aquí.

–Es bueno saberlo –contestó, sintiendo que se sonrojaba–. Entonces, quieres una novia de pega para que te mantenga a salvo de las tentaciones.

–Exacto. Nada de aventuras, ni escarceos de una noche, y menos aún relaciones de ningún tipo.

–¡Pero nadie se lo va a creer! Yo no doy el perfil. No soy lo bastante estilosa para alguien como tú.

–Los hematomas habrán desaparecido a finales de la semana que viene, y un poco de maquillaje servirá para tapar los restos que puedan quedar. Por supuesto correrá a mi cargo la compra de un vestido apropiado para la ocasión, ya que imagino que no tendrás nada de ese estilo.

–Lo pensaré. Supongo que podría hacerlo como favor por todo lo que has hecho por mí.

–No me gustan demasiado los favores. Prefiero pagarte.

–No. La fiesta será el modo de darte las gracias por ayudarnos anoche y por acompañarme hoy a la comisaría. No soy señorita de compañía, así que lo haré gratis. Por favor, no vuelvas a ofrecerme dinero.

Enzo la miró sorprendido.

–¿Es una advertencia?

–Sí –le contestó, y empezó a quitar la mesa–. ¿Vas a necesitar algo más esta noche? Había pensado acostarme pronto.

–Vete a la cama. Nos vemos mañana.

Skye se detuvo en la puerta y se volvió a mirarlo.

–¿No te parece que es un poco arriesgado, teniendo en cuenta que nos conocemos hace apenas veinticuatro horas?

Enzo se quedó pensativo. Ciertamente era raro para él sentirse tan cómodo con una mujer y, curiosamente apenas la conocía. Quizás se debiera a la certeza de que no podía ocurrir nada entre ellos, y seguramente ella se sentía igualmente cómoda por la misma razón.

–Traquila. Saldrá bien.

Su abuela lo llamó para ver qué tal estaba y Enzo le contó resumido cómo había conocido a Skye, sus hermanos y el perro en la carretera.

–No estarás teniendo algo con esa joven, ¿verdad? –preguntó, preocupada–. Me siento orgullosa de que la hayas ayudado, pero no quiero que le hagas daño.

–No, no hay nada de esa naturaleza entre nosotros. Está totalmente a salvo conmigo. Los niños son una monada –añadió, y su voz reflejó la sorpresa que le producía ser consciente de ello.

¿Un mujeriego? Skye se tumbó en la cama, escribió su nombre en el buscador y leyó los resultados que aparecieron en cascada. Había una foto suya medio desnudo, con un pantalón corto en la cubierta de un yate, rodeado por un cortejo de rubias despampanantes, lo que le hizo sentirse como una cotilla y decidió que lo mejor era cerrar la ventana. La vida personal de Enzo no era asunto suyo.

Skye se levantó temprano, dio de desayunar a los niños y los vistió antes de que Enzo hubiera bajado. No tenía por qué someterlo al caos mañanero de la vida con críos.

–He pensado servirte el desayuno en el comedor –comentó cuando lo vio entrar en la cocina.

Como siempre, su aspecto la dejaba sin respiración. Llevaba un traje gris claro que resaltaba la anchura de sus hombros, sus estrechas caderas y la fuerza de sus piernas. Todo lo que llevaba le quedaba perfecto, y se preguntó cuántos trajes tendría porque aún no le había visto repetir.

–Puedo comer aquí perfectamente… *Dio mio!* –exclamó, viendo cómo Shona gateaba hacia él–. ¡Se mueve!

Su cara de fascinación le resultó muy graciosa, y vio a su hermana intentar levantarse agarrándose a la pernera del pantalón de Enzo.

–Me la llevo al vestíbulo.

–No es necesario. No está haciendo nada malo –contestó Enzo mientras Brodie, buscando su atención, le llevaba un coche de juguete para que lo viera–. ¿Qué edad tienen?

–Brodie casi tres y Shona trece meses.

Le sirvió el café y le quitó a Shona de las piernas. Debería estar en el comedor, que era donde le había puesto la mesa. Nunca olvidaría su convencimiento de que el microondas podría tostarle el pan. Eso quería decir que no estaba familiarizado con las cocinas, o con comer en un entorno tan humilde.

Enzo dio un par de mordiscos a un cruasán de supermercado y arrugó un poco la nariz, y Skye decidió que acudiría a la panadería del pueblo en busca de un sustituto. Su instinto le decía que Enzo debía estar acostumbrado solo a lo mejor de lo mejor. No le gustaba aquella casa, y por supuesto no le había impresionado, cuando se trataba de una casa grande,

cálida y que había sido reformada con sensibilidad, añadiendo electrodomésticos modernos, pero manteniendo las particularidades que le otorgaban carácter. Debía haber muchas cosas que Enzo daba por sentadas en su vida.

–Estás muy seria –comentó.

–Estaba pensando que no aprecias esta casa –se atrevió a decir–, pero es muy cómoda y se le ha hecho una buena restauración.

–Hablas como la voz de mi conciencia –contestó mientras troceaba una manzana–. Estoy de acuerdo en que es funcional, pero yo prefiero un estilo más contemporáneo. Mis abuelos viven en una casa muy antigua, y supongo que por eso mi abuelo escogió este sitio.

–Te malcrían –dijo antes de poder contenerse.

Una sonrisa ladina cruzó la cara de Enzo y sus ojos oscuros brillaron.

–Seguramente –contestó tan tranquilo.

–Perdón. No debería haber dicho eso –se disculpó, sonrojada. ¿Quién era ella para criticarlo? Había olvidado que era su jefe.

–No me ofendo fácilmente –respondió, pensando que el rojo de las mejillas hacía que sus ojos se vieran más claros–. Tengo mucho donde elegir, y debería ser más consciente de ello. Y me gustan las mujeres sinceras que no pretenden impresionarme, y que no andan con pies de plomo con lo que dicen.

–Pues yo debería tener más cuidado. Debería comportarme de un modo más profesional.

–Es que tu profesión no es la de ama de llaves y estamos solos en esta casa, de modo que es difícil que podamos ignorarnos –analizó, y se puso en pie–. Te escribiré para decirte a qué hora te recibirá el abogado.

–Puedo ocuparme yo de eso.

–Es que ya está todo organizado.

–Entonces, gracias –se lo agradeció, tomando a Brodie en brazos porque intentaba seguir a Enzo al vestíbulo.

La cita con el abogado fue una experiencia muy desagradable porque le hizo sacar todo lo que había enterrado en el fondo de la memoria. No quería recordar lo que Ritchie le había hecho porque pensar cómo se había quedado inmóvil en el suelo, fingiendo estar inconsciente, para evitar que siguiera golpeándola, aún le hacía encogerse. No era una imagen que

quisiera tener de sí misma, y nunca volvería a ponerse en semejante posición con los niños.

Poco a poco, iba juzgándose con menos dureza. No era culpa suya que Ritchie se hubiera vuelto violento, y no había habido ninguna señal previa de que fuera a estallar de ese modo, pero seguramente, si no hubiera temido volver a desplazar a los niños, le habría dicho mucho antes que aquella relación no estaba funcionando para ella.

Aquella noche, Enzo se encontró cenando en el solitario esplendor del comedor y se sintió ridículamente solo. Skye le había dicho que ya había cenado y que estaba arriba bañando a los niños. Desde arriba, en algún lugar, se oían las risas de Brodie. Debía querer poner límites. Seguramente pretendía recordarle que trabajaba para él y que iba a regirse por las reglas… aunque no hubieran establecido ningunas.

A pesar de todo, decidió subir y seguir las risas. Brodie iba correteando de acá para allá en el baño principal, solo con el pantalón de un pijama de dinosaurios mientras Skye se esforzaba por ponerle a Shona uno de cuerpo entero. Con las mejillas arreboladas y la camiseta mojada pegándose a sus curvas, Skye parecía desbordada, y cuando Brodie se lanzó hacia él para darle la bienvenida, Enzo recogió la camiseta del pijama y acorraló al niño para ponérsela. El chiquitín lo sorprendió abrazándose a su cuello para que lo tomara en brazos.

–Gracias. Siento hacer tanto ruido, pero es que parece que se activan justo cuando es la hora de irse a dormir.

–Duermen en la habitación de al lado de la tuya, ¿no? Lo llevo yo. ¿Qué tal te ha ido la reunión con el abogado?

–Ha sido muy eficiente, y me ha llamado la policía para decirme que Ritchie ha sido suspendido y está pendiente de ser investigado.

Enzo colocó a Brodie en la cama y le vio acurrucarse con un conejito de peluche bastante maltratado. Toda la energía de que hacía gala un segundo antes pareció abandonarlo, y lo cubrió con el edredón mientras Skye metía a su hermana en la cuna.

–El abogado piensa que hay pruebas suficientes para detener a Ritchie y acusarlo –continuó, con la mirada velada por la angustia–. No puedo entender… creía que me quería. ¿Cómo fue capaz de hacerme algo así?

Enzo salió al corredor mientras ella apagaba la luz.

–Yo también pensé una vez que una mujer me quería y todo salió horriblemente mal –le confesó–. Ahora, eso del amor me produce urticaria –añadió, con un brillo de humor en la mirada.

Su sinceridad la desconcertó.

–Lo mismo creo que me va a pasar a mí –sentenció, entornando la puerta del cuarto de los niños.

Capítulo 4

¡COMO si fueras princesa por un día! –exclamó Alana–. Me das tanta envidia que hasta me siento mal.

–Alana…

Skye se sentía culpable y un poco tonta porque aquella imagen tan elegante y exclusiva que le devolvía el espejo la encandilase.

Hacía mucho tiempo que no se arreglaba así. Una visita al salón de belleza del exclusivo hotel en el que trabajaba su hermana había obrado la transformación de su pelo, y el toque de maquillaje había cubierto el rastro de los golpes. Habían domesticado sus rizos castaños, transformándolos en bucles color miel que le rozaban los hombros. El vestido de manga corta en un suave tono lila estaba confeccionado en un tejido satinado que reflejaba la luz y que le llegaba hasta la mitad del muslo. Un collar de perlas de varias vueltas ocultaba las marcas del cuello, y un chal, un bolso de cuentas y unos delicados zapatos de tacón completaban el *outfit*.

–¿Cuánto hace que no nos lo pasamos bien? –se lamentó su hermana–. Perdimos a mamá y a papá, y después todo ha sido una lucha para sobrevivir, sin tiempo ni dinero para cosas de chicas.

Tenía razón. En medio del dolor y la pena, Alana y ella habían decidido ocupar el lugar de sus padres con sus hermanos, y para ello habían tenido que hacer muchos sacrificios: una larga sucesión de mudanzas, buscar empleo y trabajar sin descanso para poder pagar las facturas. Alana dejó la universidad, tan decidida como Skye a cuidar de sus hermanos menores.

–Te prometo que, muy pronto, tú y yo nos vamos a ir por ahí una noche y recordaremos exactamente lo que es ser jóvenes.

–Necesitaremos una canguro –le recordó.

–Pues la buscamos –declaró Skye, abrazando a su hermana–. Buscaremos un sitio para vivir los cuatro juntos después de Navidad, cuando Enzo se marche.

–Yo tengo que vivir en el hotel –le recordó–. Aunque consiga el ascenso a asistente al director del turno de noche, tendré que seguir viviendo en el hotel.

–Ya nos las arreglaremos. Conseguiremos al menos pasar más tiempo juntas, y que no sea solo por los niños. ¡Estos enanos nos ocupan todo el día!

–Por eso eres una madre sustituta genial –le dijo con los ojos empañados.

Skye también sintió que se emocionaba, conmovida por la fe de su hermana.

En aquel momento, Enzo entró en el salón. En los últimos diez días lo había visto bastante poco, y su atención se centró en él como si fuera un imán y ella estuviera hecha de hierro. Trabajaba mucho. Se iba muy temprano y volvía después de las nueve. Sparky iba pegado a sus talones, como siempre. El perrillo, que era de sus padres, siempre había preferido la compañía masculina, y antes era la sombra de su padrastro.

Enzo llevaba un traje distinto, pero tenía un corte de diseñador tan innegable que parecía recién llegado de la pasarela de París. Combinado con un jersey oscuro de cuello alto, le hacía verse tan sexy y elegante como una estrella de cine. Aquel no era un pensamiento que debiera tener sobre él, se reprendió, pero es que Enzo se las arreglaba para desestabilizarla.

–Estás increíble –la saludó, acercándose.

Y verdaderamente lo estaba, con un brillo especial en su tímida sonrisa y en sus facciones. Tal y como esperaba, había disfrutado con aquel día de cuidados, lejos del espanto al que la había sometido su ex.

Los bucles de su melena le enmarcaban la cara de rasgos delicados, y el maquillaje que le habían aplicado hábilmente cubría las sombras oscuras que aún rodeaban el ojo. El color del vestido hacía que sus iris brillaran como estrellas, y se ceñía a su cuerpo como un guante, dejando solo a la vista sus piernas, que podrían ganar cualquier concurso al que decidiera presentarlas. Tuvo que respirar hondo porque un manojo de nervios se

apoderó de su vientre y necesitaba controlarlo. Skye confiaba en él y no iba a traicionar esa confianza. La atracción era innegable y era consciente de ello, pero no podía ser.

–Tienes frío –dijo al darle la mano, y le colocó sobre los hombros el chal que llevaba.

–Gracias –musitó ella, sin saber qué hacer por la extraña intimidad del gesto, y apartó la mirada de aquellos iris de destellos dorados. Era tan educado, tan protector, y se preocupaba tanto por ella cuando no estaba acostumbrada a ser tratada con tanta delicadeza por un hombre…

Cuando se acercó a darle un beso a su hermana, Alana le susurró al oído:

–¡Le gustas!

–¡No! –se rio, temiendo que Enzo pudiera darse cuenta de que hablaban de él, ya que su hermana disimulaba fatal y él era listo como nadie.

También era tremendamente desordenado, según había descubierto aquella mañana.

–¿Por qué no me habías dicho que aún no habías deshecho las maletas? –le preguntó al subirse al coche con él–. Lo he visto esta mañana al entrar en tu habitación a hacer la cama.

–Me has pillado. Quería darte las gracias. Al menos ahora puedo ver el suelo –sonrió.

–¿Tú eres consciente de que todas tus camisas hay que llevarlas al tinte para que las laven en seco?

–Soy un desastre en el ámbito doméstico –concedió él tras un momento de pausa–. Pero en otros, soy de matrícula de honor.

–Las llevaré al tinte. ¿En qué otros campos?

–Se me da de maravilla tratar con la gente, siempre que esté sobrio –puntualizó, recordando una fiesta, un par de meses atrás, en casa de sus abuelos–. Soy innovador en el trabajo y cortés. Me educaron muy bien. Y he descubierto que soy capaz de trabajar muy duro y de concentrarme totalmente.

–Pero estás acostumbrado a tener servicio que vaya recogiendo detrás de ti, ¿verdad?

–Preferiría no responder a una pregunta que sospecho que contiene alguna clase de juicio moral sobre mi persona.

–¿Algún otro campo en el que sobresalgas? –le preguntó, dispuesta a cambiar de tema porque no le correspondía hacer esas preguntas, trabajando

para él.

–Hablo varios idiomas con fluidez. Soy bueno negociando. Se supone que soy tremendo en la cama, pero las mujeres siempre te dicen eso si eres rico –bromeó–. ¿Puedo preguntarte si tú también sobresales en ese campo?

Skye se había puesto tensa. Sabía que él se había dado cuenta de que estaba nerviosa por la velada que les esperaba y bromeaba para que se relajase, pero era una pena que se hubiera tropezado con ese tema en concreto.

–Yo no… sobresalgo. Quiero decir que un experto me echó en cara que no llego ni al aprobado, y la verdad es que no me importa si es cierto o si no. No me gusta el sexo. Para mí, no es importante.

Se habían parado en un semáforo y Enzo la miró con el ceño fruncido.

–Un tío encantador, ¿eh? No hagas ni caso de su opinión. Se ve que le encanta humillar a las mujeres.

–No lo hago. Simplemente estaba siendo sincera, puede que demasiado –confesó, con las mejillas encendidas–. ¿No deberíamos estar hablando de esta noche? ¿Quién se supone que soy?

–Tú, por supuesto. Mi novia. Una profesora que ahora mismo está demasiado ocupada con sus hermanos pequeños para ejercer.

–¿Tu novia?

–Estás viviendo conmigo, y no tengo intención de decir que eres mi ama de llaves.

–¿Te da vergüenza?

–*Dio mio…* simplemente es más fácil fingir que estamos juntos. Podría haber llamado a media docena de mujeres de Londres para que vinieran a hacer el paripé, pero luego habría expectativas que yo no querría satisfacer, y no quiero complicaciones. Me estás haciendo un gran favor, y te lo agradezco.

–Ya has pagado bastante: el viaje al salón de belleza del hotel Blackthorn y el vestido no han debido salirte precisamente baratos. ¿En serio que media docena de mujeres estarían dispuestas a dejar lo que sea que estuvieran haciendo para venir hasta aquí solo por complacerte?

–El cebo es el dinero que heredé, no mi persona –sonrió.

–Puede que para algunas, pero no creo que para todas. Deja de ser tan cínico. Seguro que a muchas les gustas.

–¿Y a ti? –la desafió.

Skye sonrió.

–A mí también. Eres un hombre encantador, que seguro que ya lo sabes, y has sido muy bueno con los niños. Yo me convierto en fan de cualquiera que se porte bien con mis hermanos. Ah, cambiando de tema. Quería preguntarte… ¿por qué todos los vestidos que me enseñó la estilista eran violetas o morados? ¿Es que es tu color favorito?

Enzo se rio.

–No, es que tienes los ojos del color de las lilas, y pensé que un tono así te sentaría bien.

–¡No tengo los ojos violeta! ¡Ojalá! Suena muy exótico. Son azul grisáceo –le informó.

–Son violeta –repitió Enzo al tiempo que tomaba la carretera en dirección al hotel Blackthorn donde trabajaba su hermana, que era donde se iba a celebrar el exclusivo evento de los Mackies.

–Ay, Dios, ¿y dónde se supone que nos hemos conocido?

–Cuando se estropeó tu coche. Siempre es mejor ceñirse todo lo posible a la verdad. Lo único es que, por supuesto, la avería sucedió hace meses. No soy de esos locos que invitarían a una mujer a la que acaban de conocer a vivir en su casa –se burló.

–¿Ah, no? –lo miró divertida–. Apuesto a que puedes ser impulsivo, y de que presumes de saber juzgar a la gente.

Enzo la miró, sorprendido de que hubiera acertado.

–¿Crees que podrías portarte como una novia pegajosa y enamorada durante la cena?

Skye suspiró.

–¡Tendré que esforzarme! No soy demasiado dada a muestras de afecto, y me imagino que a ti no te gustarán las chicas pegajosas.

–Cierto –le confirmó, pasándole un brazo por los hombros para caminar hacia la puerta del hotel–, pero estoy harto de que se me echen encima, y una novia cariñosa les hará llegar el mensaje de que pierden el tiempo.

–Prometo no perderte de vista –sonrió, divertida.

En la copa que se servía como bienvenida, Skye fue consciente de las miradas cargadas de curiosidad que le dirigían. Enzo se la presentó a los directivos de su empresa, entre las que figuraban tres morenazas muy atractivas. Las tres habían elegido unos modelitos muy cortos y ceñidos, con aberturas estratégicamente localizadas.

–Sois hermanas, ¿verdad? –adivinó–. Sois las hijas de la familia Mackie, los anteriores dueños de la empresa, ¿no?

–Tu novio no se ha percatado aún de eso –contestó Martina, directora de marketing.

–Lo dudo –respondió Skye, que sabía porque se lo había contado Enzo, que el fracaso de los anteriores dueños había consistido precisamente en la política de poner miembros de la familia en puestos clave de la empresa, aunque tuvieran una cualificación inadecuada y poca experiencia–. No suelen pasársele muchas cosas.

–Eres muy menuda para ser modelo, ¿no? –comentó–. Estaba convencida de que lo eras. Lorenzo ha salido con muchas.

Skye ni siquiera pestañeó ante la alusión nada velada al pasado de Enzo. Se limitó a sonreír y a revelarle que era maestra.

–¿Qué crees que le atrajo de ti? –preguntó otra de las hermanas, muy seria.

–Skye es una cocinera fabulosa –intervino Enzo, acudiendo a su rescate desde detrás de ella, y abrazándola por la cintura con total despreocupación–. ¡Y la única mujer que conozco que se atreve a servirle un plato de pasta a un italiano!

–¡Y no vayas a decir que no te gustó! –le recordó, interpretando su papel–. A la mayoría de los hombres les gustan unos macarrones con queso. Es una comida comodín.

–Pero no es italiana –respondió Enzo, decidido a tener la última palabra.

–Es que yo no sé cocinar a la italiana –le confesó cuando se alejaban de aquel grupo para unirse a otro.

–¿Han sido agradables las hermanas?

–Martina estaba muy sorprendida de que yo no fuese modelo. Al parecer, tienes un historial impresionante con modelos.

–El pasado es eso, pasado, y mejor dejarlo así –respondió–, pero no he salido en serio con nadie desde la universidad.

–¿Tanto te quemaste para no querer volver a salir con nadie?

–Me gusta pensar que ahora soy más maduro. Aunque quizás sea también que no estoy preparado para sentar la cabeza.

–También puede ser que se te haya escapado tu media naranja por tratarlas a todas como si fueran unas cazafortunas –sugirió con una sonrisa algo tensa.

Enzo se volvió a mirarla como si le hubiera pinchado con una navaja.

–Desde luego tenemos unas conversaciones de lo más extraordinarias. ¿Te has dado cuenta?

–No lo creo –disimuló, intentando que no se diera cuenta de que se relajaba con él como no lo había hecho con ningún otro hombre, en particular después de su relación con Ritchie, a quien una palabra de más podía lanzar a un mutismo hosco que podía durar horas. Sin embargo, confiaba instintivamente en Enzo. No era una persona que se enfadase fácilmente, y tenía la sensación de que, aun en el caso de que pudiera hacer algo que le molestara, lo hablaría con ella directamente.

–¡Serás pérfida! –Enzo la miró y sus ojos oscuros brillaron–. Haces comentarios como quien no quiere la cosa, y a mí se me quedan grabados.

Sus ojos violeta brillaron también, y sonriendo hizo una reverencia como haría la doncella ante el dueño de la casa.

–Lo lamento, señor. Mediré mejor mis palabras.

–¡Ja! –replicó, sonriendo también, y rodeando su cintura, la guio al comedor reservado.

–¿Cuál es tu secreto? –le preguntó de repente la mujer que tenía sentada al lado.

–¿Perdón? Lo siento, pero no he entendido lo que…

–¿Cómo se hace para tener a un famoso playboy internacional comiendo de tu mano como si fuera un cachorrito? Hay mujeres en esta mesa que te matarían y bailarían sobre tu cadáver para averiguarlo.

Skye se sonrojó.

–Enzo y yo somos… bueno, por encima de todo, somos buenos amigos –contestó, eligiendo con cuidado las palabras. Y, sorprendentemente, con sinceridad. Amigos y nada más. Desde luego, Enzo podía ser muchas cosas, pero un cachorrito, no. No había nada inocente en él.

–¡Pues sigue así, que les estás partiendo el corazón a las brujas de Macbeth! –sonrió, y Skye alzó la mirada de su plato para encontrarse con los dardos envenenados que salían de los ojos del trío de morenas sobre el que Enzo le había advertido–. Así es como las llaman en la oficina. He oído que eres profesora.

Fue un alivio poder lanzarse a un tema poco controvertido como era la educación y, al poco, otra joven madre se unió a ellas para hablar del desarrollo temprano en los niños.

–Hora de irse a casa –dijo Enzo, tirando suavemente de su brazo–. Le prometimos a Alana que no llegaríamos tarde.

Dado que no era tarde, entendió que Enzo estaba cansado de conversaciones educadas y saludos.

–Bueno, veo que te has llevado bien con todo el mundo –comentó satisfecho, los dos acomodados ya en el coche.

–¿Sabes que a las hijas de la familia Mackie las llaman la Brujas de Macbeth en la oficina?

Enzo se echó a reír a carcajadas.

–Pues no me extraña. Es fácil imaginarlas alrededor de un caldero preparando pócimas.

–Si giras aquí a la izquierda, llegas antes al centro –le comentó, señalando una carretera secundaria.

–Es la primera vez que voy por aquí –le confesó.

–Yo lo conozco bien. Crecí aquí –le confió, mirando por la ventanilla con una sonrisa–. Ay, Enzo, si no tienes prisa, ¿puedes girar aquí? Había una heladería en la que estuve por última vez siendo aún una adolescente. Seguramente ya no estará.

Pero la heladería se había transformado en un pequeño café y Skye sonrió.

–Me pregunto si seguirán haciendo helados caseros.

–Tengo la impresión de que lo vamos a comprobar.

–¿Te gustan los helados? –le preguntó al bajar del coche. El entusiasmo le hacía ir ya delante de él.

La oyó charlar con la mujer que había detrás del mostrador, que resultó ser la hija de los antiguos dueños. Probó tres sabores distintos para elegir al final el de dulce de leche.

–¡Qué bueno! –exclamó.

Enzo escogió el de vainilla.

–No te gusta mucho el riesgo, ¿verdad? –le picó, de vuelta ya en el coche–. Dios, cuántos recuerdos de mis padres me trae este sitio. Los sábados era el día del helado.

–Eras una adolescente muy fácil de contentar, ¿no?

–Me refiero a cuando era una cría.

–¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós o veintitrés? Porque me parece que te siguen entusiasmando los helados –se rio–. A veces le he regalado un

diamante a alguna mujer y no me lo ha agradecido tanto. ¿Si te regalo un cucurucho de helado, tú…?

Skye se rio.

–No, tendrías que ofrecerme algo más que un cucurucho –le advirtió, lanzándose al que tenía en la mano con fruición.

–Tienes helado por toda la cara –le advirtió, y con un pañuelo de papel le limpió la punta de la nariz. Su vientre reconoció el gesto con un doloroso pulso–. Tómate tu tiempo.

–Hay que comérselo deprisa antes de que se derrita –dijo, y tuvo que lamerse dos dedos que ya se le habían llenado de helado derretido. Entonces se encontró con la mirada dorada de Enzo–. ¿Qué?

–Tira el cucurucho y lámeme a mí –le sugirió.

–¡Enzo!

El corazón le dio un vuelco y la boca se le quedó seca al sentir sobre ella el ardor de su mirada.

–Se te está derritiendo el helado –le advirtió él al verla inmóvil, con sus ojos del color de las violetas clavados en él–. No pretendía asustarte, pero como me manches la tapicería, la vamos a tener.

–Es que… me has pillado desprevenida –murmuró, molesta consigo misma por las sensaciones que había despertado por todo su cuerpo y que habían terminado concentrándose en un punto de calor.

Enzo respiró hondo.

–Relájate. Ha sido una tentación momentánea, pero no va a suceder nada a menos que tú quieras. Me atraes. Sé que no debería ser así, pero no soy perfecto, o mejor, es que soy demasiado humano. Pero conmigo estás totalmente a salvo, *picolo mio.*

–Igual no necesito sentirme a salvo contigo –replicó en voz baja–. Me haces sentir cosas que no esperaba sentir. Despiertas mi curiosidad, y eso es algo que, como tú dices, no debería sentir dadas las circunstancias. Pero la verdad es que tú también me atraes.

Se avergonzó de haberse mostrado tan cándida y bajó la cabeza. La intensidad de esa atracción la abochornaba. Había escapado viva por los pelos en su última relación, y no podía ni soñar con embarcarse en otra, pero… había un pero en letras enormes que iniciaba todos sus pensamientos sobre Enzo, como si perteneciera a una categoría propia. ¿Pasaría algo por

un beso? Hombres y mujeres se besaban todo el tiempo. Carecía de importancia.

–Y, entonces… –su voz sonaba algo ronca–, ¿qué quieres hacer al respecto?

–Podríamos… podríamos besarnos, pero solo una vez –enfatizó, temerosa de que, si lo hacían más de una vez, contenerse ya no sería posible–. Solo para satisfacer nuestra curiosidad. Seguramente descubramos que no vale la pena el riesgo.

–No valdrá la pena –repitió Enzo, temiendo echarse a reír de su inocencia. Un beso. Un solo beso. Incluso cuando era un adolescente, las chicas solían ofrecerle mucho más. Un beso no iba a servir de nada para aplacar su rampante excitación, pero claro, se trataba de lo que ella quisiera, y al parecer solo podía contemplar un experimento breve y controlado. Qué ridiculez. Sin embargo…, sin embargo, le fascinaba, y estaba tan excitado como si Skye se hubiera arrancado la ropa y le hubiera propuesto que continuara.

–De acuerdo. Un beso. No voy a pedirte nada más, si estás preocupada por ello, pero lo haremos en otro sitio en el que no estemos a plena vista de mi equipo de seguridad.

–¿Por qué tienes tanta seguridad? –le preguntó, algo más tranquila al saber que iban a esperar, pero es que hablar con él era un esfuerzo. Incluso pensar racionalmente lo era, porque apenas se reconocía estando en su compañía. Le decía cosas que jamás se habría atrevido a decir a otro hombre. Había derribado sus barreras defensivas apenas con un soplido.

–Mi padre fue secuestrado cuando era más joven de lo que yo lo soy ahora. Pidieron un rescate, mi abuelo se negó a pagar y lo torturaron durante semanas. Al final fue rescatado, pero la experiencia lo rompió por dentro, y nunca volvió a ser el mismo.

–Dios mío…

–Por eso llevo protección. Tengo que aceptar que mi dinero siempre puede ser el objetivo de alguien. A mis abuelos también los tengo protegidos. Sé que a veces es un rollo…

–Pero es necesario. Lo entiendo.

Lo que le había revelado la había dejado aturdida.

–En fin… –suspiró–. Creo que la magia del momento se ha perdido –dijo, poniendo en marcha el motor–. Te llevaré a casa.

–¡No, espera! –exclamó, y agarrando las solapas de su chaqueta, lo besó en la boca empujada por algo que no podía comprender, pero que era más fuerte que ella, capaz de pasar por encima de su falta de confianza en sí misma. El deseo de conectar con Enzo en aquel instante fue más intenso que cualquier necesidad que hubiera experimentado antes, casi a la altura de su desesperada necesidad de escapar de las garras de Ritchie aquella horrenda noche. Y ahora era ella quien atacaba a Enzo.

–No, así no –como era de esperar, Enzo se hizo con las riendas de la situación, empujando su asiento hacia atrás para ganar espacio y sentarla en su regazo–. Relájate. Tómate tu tiempo.

–¡Pero tu equipo de seguridad nos estará viendo! –le recordó, ruborizada.

–No me importa. Un beso no es gran cosa.

Con delicadeza, posó sus labios sobre los de ella y Skye dejó de respirar.

–No es gran cosa –repitió, viéndola temblar sobre sus piernas–. No hay por qué asustarse.

–Yo no estoy asustada –protestó, y tirando de nuevo de las solapas de su chaqueta, lo acercó de nuevo a ella con una agresividad que nunca antes había sentido–. ¡Si va a ser solo un beso, hazlo como es debido!

–¿Ah, sí? –Enzo se sorprendió porque nunca lo habían agarrado así. Estaba claro que no la asustaba–. ¿Y se puede saber qué consideraría aceptable la señora?

–¡Cállate ya! –espetó, y se estiró para alcanzar su deliciosa boca, tomando su cara entre las manos, sintiendo la aspereza de su barba oscura, su olor a colonia de especias y almizcle, el tacto de sus manos en la espalda, la quemazón de sus labios.

Sería justo decir que un solo beso nunca había provocado un incendio como el que estaba sintiendo Enzo, pero es que tenerla encima habría bastado, estando tan excitado como estaba, notando cómo le clavaba las uñas, pensando en las otras cosas que podría hacer para alimentar ese entusiasmo suyo.

Tres chicos adolescentes se detuvieron al lado del coche haciendo gestos obscenos y el sonido de sus voces rompió el hechizo. Skye se separó de su boca, muy sorprendida por su actitud tan desinhibida y volvió a su asiento con la velocidad del rayo.

–¿En qué demonios estábamos pensando? –protestó.

Enzo se obligó a reír cuando en realidad hubiera querido emprenderla a golpes con aquellos críos que habían roto el encuentro más erótico que había tenido en años.

–Lo que menos hemos hecho ha sido pensar.

–¡No me lo puedo creer!

–No ha sido más que un estúpido beso –protestó, poniendo el coche en marcha–. Tampoco hay que pasarse.

Pero Skye querría que se la tragara la tierra. ¡Le había dicho que el sexo no le gustaba, para después lanzarse sobre él como una devoradora de hombres!

–¿Qué ha salido mal? –preguntó Alana, sirviéndole una taza de té.

–¿Qué te hace pensar que algo ha salido mal?

–Pues que él ha entrado por esa puerta como un huracán y ha desaparecido, y tú, roja como un tomate. Es obvio que ha pasado algo –analizó, y frunció el ceño–. ¿Ha intentado algo contigo?

–He sido yo –corrigió–, pero no quiero hablar de ello.

Alana la sorprendió cerrándose la boca con una cremallera imaginaria, y luego pasó a contarle las tonterías que había hecho Brodie a la hora de irse a la cama.

Estaba claro que Enzo carecía de delicadeza. A la mañana siguiente, lo había dispuesto todo para que desayunara en el comedor, pero él se lo llevó de vuelta a la cocina y se sentó frente a ella, cuando habría preferido no volver a verlo hasta que empezara el siguiente siglo.

–¿Siempre haces una montaña de un grano de arena?

–No te pases de listo.

–Alguien tiene que usar la cabeza aquí.

Con las mejillas ardiendo, lo miró fijamente. Eran sus ojos, pensó Enzo. Esos ojos lila que le taladraban, haciéndole sentirse culpable cuando era ella la exasperante.

–Supongo que este no es el mejor momento para decirte que hoy te van a devolver a Mavis.

–¿De verdad?

–Esta vez, listo para circular. Tu coche estaba en un estado peligroso.

–Mi madre era asistente social, y no ganaba lo suficiente para hacerle el mantenimiento a Mavis. Ya era un milagro conseguir que siguiera funcionando.

–Quiero que me hagas otro favor –espetó–, pero creo que en este momento no estás de humor para escucharme, ¿no?

Capítulo 5

QUÉ quieres decir? ¿Que estoy de mal humor?

–Es eso, o que eres una puritana. ¡Que solo fue un beso, nada más!

–Lo siento –se disculpó, e iba a alcanzar su taza de café, pero lo que hizo fue apretar la mano de Enzo.

Él le devolvió el gesto en silencio.

–¿De qué favor se trata?

–Esta vez es algo más importante. Como soy el dueño del hotel Blackthorn, podría darle unos días libres a tu hermana para que cuidase de los niños mientras tú estuvieses fuera.

–¿Es tuyo el hotel? –lo miró con los ojos muy abiertos–. Creía que el negocio de tu familia tenía que ver con el embalaje.

–Ya sabes que las empresas se diversifican. Tengo cadenas hoteleras, propiedades, toda clase de negocios en distintos sectores. El Blackthorn pertenece a una cadena de hoteles de lujo.

–Ah… ¿y cuál es el favor?

Enzo soltó su mano y se encogió de hombros.

–No quiero entrar en detalles, pero hace dos meses, asistí a una cena bebido, acompañado por una chica que también estaba borracha y que no era, digamos, muy fina, y ocurrió algo muy embarazoso. La lie con mi familia… incluso hice llorar a mi abuela.

–Todos cometemos errores, Enzo –lo disculpó, y volvió a apretar su mano.

–Eres muy delicada.

Skye soltó de inmediato y entrelazó sus manos en el regazo.

–Es por los niños. Siempre los estoy tocando y se convierte en una costumbre. Perdona.

Enzo no supo cómo decirle que le gustaba la facilidad aparente con que lo tocaba, pero si lo admitía, le estaría transmitiendo un mensaje equivocado, ¿no? Crearía complicaciones que no necesitaba, o le haría un daño innecesario a ella.

–Verás, tengo que ir a Glasgow a ver a un hombre que era socio de mi padre en Mackies. Tiene derecho a recibir un informe detallado sobre la situación de la empresa. Pero Robinson Davies estaba con su esposa en aquella horrible cena en Italia, y todo el mundo se quedó muy sorprendido por lo que ocurrió. Me vendría bien tener compañía para enfrentarme a la comida con el señor Davies y su esposa.

–¿Qué ocurrió?

–Ya te he dicho que no voy a compartir los detalles. Ni arrancándome las uñas confesaría –bromeó–, pero ¿me acompañarías a Glasgow si tu hermana pudiera quedarse con los niños?

Sabía que debería decirle que no. Seguir exponiéndose a Lorenzo Durante era malo para ella, y lo mejor que podía hacer era huir de él y evitarlo, pero también sabía que estaba en deuda con él por la seguridad y la estabilidad de la que estaban disfrutando.

Por otro lado, no era culpa de él que estuviera completamente fascinada. Cuando estaba con él se sentía como una adolescente enamorada, pero ni era una adolescente, ni podía permitirse otro tropezón del tamaño que había tenido con Ritchie.

–De acuerdo. Lo haré. ¿Glasgow?

–Iremos en avión. Primero tengo una reunión de trabajo con Robinson, luego te recogeré en el hotel y, al día siguiente, comeremos con ellos en su casa.

–Puedo ponerme el vestido de anoche.

–No, no puedes. Son una pareja muy tradicional y no les gusta nada que sea llamativo. Si tienes algo más sencillo, irá bien.

–Qué alivio –contestó, alegremente–. No quería que tuvieras que comprarme nada más.

–Tienes que volverte un poco más codiciosa cuando estés conmigo –protestó–. Estoy acostumbrado a comprarles cosas a las mujeres.

–Pues a mí, no me vas a comprar nada. Me resulta un poco incómodo –le explicó, y alzó a Shona hasta sentarla en sus piernas–. La igualdad es imposible si una persona es la que hace todo el gasto.

–Ninguna de las mujeres de mi vida se ha quejado por eso.

–Me temo que no has escogido bien a tus mujeres.

Enzo no encontró un modo educado de decirle que eso mismo decía su abuela, como tampoco había modo educado de decir que el sexo casual a cambio de su generosidad entraba en las reglas del juego, así que guardó silencio y continuó mirándola con aquellos ojos que desprendían notas doradas cuando les daba la luz del sol.

Habría podido matarlo por conseguir unas pestañas como las suyas, se dijo Skye, y se preguntó cuándo narices iba a recuperar la cordura y la calma.

–¿Y cuándo es el viaje?

–Saldremos el viernes y estaremos de vuelta el sábado por la noche –le informó, y se levantó de la silla–. Te veo esta noche.

–Si Mavis llega a tiempo, podré ir sola a comprar –dijo, aliviada–. No es necesario que molestes a tu equipo de seguridad.

–No. Tienes que ir acompañada –dijo ya desde la puerta, tenso–. A menos que tu ex esté bajo custodia policial, no estás segura. Paola lo vio ayer en un coche, parado un poco más arriba de aquí. Es un tío persistente, y no quiero que corras peligro hasta que no lo saquen de las calles.

Skye palideció y tuvo que tragar saliva. La libertad que tanto ansiaba tendría que esperar porque no le quedaba más remedio que reconocer que tenía miedo de Ritchie. Un estremecimiento le corrió la espalda al tener confirmación de que sabía dónde vivía, y que el día anterior había estado a un paso de ellos.

–Nos vemos luego.

Los pasos firmes de Enzo sonaron en el vestíbulo.

–¿Se va? –preguntó Brodie con su vocecita.

–Pero volveré luego –le contestó él.

Acababa de terminar de recoger la cocina cuando sonó el timbre. Era un mensajero, que le entregó un gran ramo de flores.

–¿Para quién es? – le preguntó.

–Skye Davison.

Cerró la puerta y buscó un jarrón donde poner el enorme ramo de rosas. ¿Quién le enviaba flores? ¿Enzo?

Sin dudar lo llamó.

–¿Me has enviado flores tú? –le preguntó en cuanto oyó su voz.

Enzo frunció el ceño. A excepción de a su abuela, él nunca le había enviado flores a una mujer.

–No. No es un detalle que suelo tener con una mujer –admitió, preguntándose quién demonios le habría enviado el ramo.

–Entonces, ha sido Ritchie. Venían sin tarjeta. Siento haberte molestado.

Skye se fue antes de que Enzo pudiera decir una palabra. ¡El animal de su ex le enviaba flores! ¡Menudo cerdo! No podría decir por qué lo hizo, pero llamó a su asistente para pedirle que le enviara flores también, uno de esos ramos extravagantes de flores silvestres.

Dos horas más tarde, con las rosas de Ritchie ya en la basura, Skye recibió una segunda entrega. Paola le entregó un magnífico y artístico ramo, y ella lo recibió con una sonrisa sorprendida.

–Del jefe –le anunció con honda satisfacción, como si Enzo hubiera tenido que recorrer la Amazonia para adquirirlas en alguna celebración de un dios pagano.

Skye decidió escribirle un mensaje:

Enzo, no tenías por qué hacerlo, pero el ramo es una preciosidad. Gracias.

Y Enzo sonrió.

El correo llegó por la tarde, y una carta sobresalía entre el montón habitual de folletos dirigidos al propietario anterior de la casa. El corazón se le paró al identificar la caligrafía de Ritchie.

–¿Qué pasa? –le preguntó Alana, al ver que se había quedado pálida.

–Una carta de Ritchie –le dijo, soltándola sobre la mesa de la cocina.

–A la basura.

–No puedo tirarla. Tengo que abrirla y si hay alguna amenaza, llevársela a la policía y al abogado.

Skye se dejó caer en una silla.

–Sería una estupidez por su parte poner por escrito las amenazas. ¿Tan tonto es?

–No quiero abrirla –admitió–. Es como volver a enfrentarme al patético error que cometí con él.

–Pídele a Paola que la lea ella primero. Es una mujer fuerte –la describió, admirada–. Me he apuntado a clases de artes marciales para enero, después de verla a ella en acción en el aparcamiento con Ritchie. Fue genial.

–Meter a Paola en esto sería una cobardía por mi parte. Es mi responsabilidad –declaró, y con un cuchillo abrió el sobre.

Leyó la carta sin poder dar crédito. No lamentaba lo ocurrido, ni se reconocía culpable de nada. Simplemente le preguntaba si ya estaba recuperada de su «caída», y si se había tranquilizado. Resumiendo: que pretendía que se viera con él. El estómago le dio un vuelco.

–Quiere que nos veamos –dijo, empujándola hacia su hermana.

–Claro. Querrá que retires la denuncia. Va a perder su trabajo, y puede que incluso vaya a la cárcel. ¿Y te has «tranquilizado»?

–Ni de lejos. Nunca olvidaré ni perdonaré lo que me hizo.

–Bien. ¿Le vas a decir a Enzo que voy a presentarme para ese puesto de asistente al director del turno de noche del Blackthorn?

Su hermana volvía a la conversación que habían tenido antes.

–Creo que no sería justo –repitió.

Alana hizo una mueca.

–¡Pero si es el dueño! ¡Para él no significa nada!

–Ya me ha hecho suficientes favores.

Alana miró al techo.

–Eres tú la que no deja de hacerle favores. Te has hecho pasar por su novia, y ahora te vas a Glasgow.

–Alana, mira lo que ha hecho con Mavis. Lo ha restaurado. Se ha debido gastar una fortuna para dejarlo así.

–Más de mil –reconoció su hermana–. No estaba tan bien ni cuando mamá lo compró, hace diez años.

Cuando Enzo llegó a casa no había nadie. Solo Sparky, que lo recibió con una alegría desbordada.

–Skye y su hermana han salido de compras –le dijo Paola–. Antonio y Matteo están con ellas.

Enzo recalentó en el microondas la comida que le había dejado, y se preguntó si de verdad Skye lo creía tan tonto como para tener que dejarle instrucciones paso a paso.

En realidad, debería alegrarse de que no estuviera en casa porque su relación –y hablaba alguien alérgico a las relaciones– carecía de límites. Le enviaba flores, y ella no era más que una empleada, aunque él no lo sintiera así. Como tampoco sabía qué sentir con los niños y el perro. Se estaban acercando demasiado, y su instinto le decía que retrocediera.

Acabó la cena y se fue al estudio, haciendo caso omiso de los ruidos que hicieron Skye y sus hermanos al volver a casa.

Skye no podía dormir. Había querido ver a Enzo, pero no lo había visto. Y no tenía que hacerlo. ¿La pegajosa ama de llaves, llamando a la puerta para llevarle la cena? No, de eso nada.

Hacia la una de la madrugada, harta de dar vueltas y más vueltas, bajó a la cocina a prepararse un té y a volver a leer la carta de Ritchie. No iba a dejarle amedrentarla con lo que había escrito.

Enzo la oyó bajar y le preocupó que pudiera pasarle algo. Se levantó de la cama, se puso unos vaqueros –la camiseta no era necesaria– y, descalzo, bajó la escalera sin hacer ruido. La encontró sentada a la mesa de la cocina, con la cara oculta entre los brazos cruzados, temblando.

–¿Qué pasa? –preguntó, acercándose. Lloraba.

–Vete –le ordenó con voz ahogada–. ¡Me he venido un poco abajo y no quiero público!

–¿Qué es esto? –preguntó, alzando la carta–. ¿Ha tenido el valor de escribirte después de lo que hizo?

Incrédulo, la leyó y la tiró sobre la mesa mientras Skye se secaba los ojos e intentaba recuperar el control.

–¿Cómo puede escribir algo así? ¡El tío te da una paliza y resulta que la culpable eres tú!

–Lo sé. ¿Cómo puedo haber sido tan idiota como para tener algo que ver con un hombre así? –dijo, destrozada, y se levantó de la silla para poner la tetera al fuego–. ¿Quieres algo de beber?

–Con agua me vale.

Enzo respiró hondo. Se sentía fuera de su elemento, pero no podía fingir que supiera cómo consolar a una mujer, porque siempre había huido de esas situaciones como alma que lleva el diablo. Aun así, le puso las manos en los hombros como intentando consolarla.

–No podías saber cómo era en realidad hasta que os fuisteis a vivir juntos. La gente no lleva sus secretos ni sus faltas como un pin en la solapa. Más bien los ocultan tras una máscara hasta que confías en ellos. Pero no es culpa tuya. Ese tío es un monstruo, y mañana voy a llevarle la carta a la policía.

–Gracias. Pero en realidad, estoy enfadada conmigo misma.

–¡Pues intenta enfadarte con él! ¿Cómo ha podido atreverse a mandarte flores y a escribirte, después de haberte dado una paliza? Llama a tu abogado y cuéntaselo. Seguro que la policía ya le ha advertido de que se mantuviera lejos de ti, y ahora te está acosando.

Skye le ofreció un vaso de agua y él lo dejó en la encimera.

–¡No deberías estar llorando por ese bastardo, sino celebrando que has podido escapar de él! –la reconvino, mirándola a los ojos.

–Es que esa carta me ha puesto de los nervios, pero lo superaré. Y no lloraba por Ritchie, sino por lo estúpida que fui confiando en él y sometiendo a los niños a esa tensión.

–Tus hermanos están perfectamente bien en esta casa.

–Enzo, mi trabajo en esta casa es solo temporal. Tengo que pensar en el futuro y en volver a mudarme… otra vez.

Enzo tomó sus manos.

–Respira hondo y primero date tiempo para recuperarte después de lo que te ha pasado. Es demasiado pronto para que empieces ya a preocuparte por el futuro.

–Ojalá fuera como dices, pero ya llevo aquí dos semanas, y dentro de seis puede que ya te hayas ido.

El esfuerzo que tenía que hacer para seguir hablando sin quedarse embobada en su pecho era considerable. Había demasiada carne expuesta, bronceada y tamizada por el vello, unos bíceps bien desarrollados, un

estómago plano enmarcado por unos músculos en forma de uve que conducían a sus caderas, y comenzó a sudar. La tensión que se palpaba en el ambiente estaba empezando a complicarle la respiración, que se le volvió un poco desesperada.

Enzo pasó la yema de un dedo por su labio inferior, luchando contra el deseo de sentirla con sus propios labios. Conteniendo el aliento, arrastrada por una osadía que desconocía poseer, trazó con un dedo la línea de la cinturilla de sus vaqueros. Estaba tan excitado como ella. El abultamiento que había debajo de sus pantalones le hizo sentir una descabellada satisfacción, reivindicando el poder femenino que, según Ritchie, no tenía. Uno de los muchos insultos que le había lanzado mientras ella permanecía hecha un ovillo en el suelo, espantada, había sido que era una frígida, carente de todo deseo sexual, inservible para cualquier hombre.

–Tú no quieres esto –le dijo Enzo con la voz ahogada.

–Lo que no quiero es que otro hombre decida por mí.

–Estoy intentando protegerte –contestó, apretando los dientes porque, con cada inspiración, los pezones se marcaban bajo el fino pijama que llevaba, y lo que él quería era disfrutarla toda, hacer todo lo que su libido le exigía que hiciera.

–Puedo protegerme sola –replicó ella, y se dio la vuelta con la barbilla bien alta contra el rechazo, decidida a no mostrar una nueva herida en su ego.

Enzo masculló algo en italiano, la tomó por la cintura y la sentó en la mesa de la cocina, pero dio un paso atrás, dándole deliberadamente espacio.

–Lo que necesitas ahora es un amigo, no un amante.

La facilidad con que la había alzado hasta la mesa le pareció absurdamente sexy. Era fuerte, pero no iba a utilizar esa fuerza contra ella.

–No tiene nada de malo un amigo con algunos derechos –se oyó decir, una declaración que estaba en contra de todas las reglas morales por las que se había regido hasta entonces, pero deseaba a Enzo, y estaba dispuesta a cerrar los ojos porque sabía que lo suyo sería algo pasajero. Después de que su vida se hubiera venido abajo, arrastrando consigo cualquier esperanza y todas sus ilusiones, intentaba encontrar su lugar en un mundo nuevo, y saberse deseada por Enzo le hacía sentirse mejor, tan bien que casi no podía creérselo.

–No me puedo creer que piensas de verdad lo que estás diciendo –murmuró Enzo, clavando la mirada de sus ojos oscuros en los de ella–. Te veía más como una chica de barrio de clase media, con una iglesia al final de la calle.

Skye enrojeció hasta la raíz del pelo. Enzo la tenía etiquetada, y su juicio era totalmente acertado. Quería ser amada, quería casarse, que todo fuera perfecto, pero había acabado descubriendo que la vida no es perfecta, lo mismo que no lo eran los hombres, o ella misma. Y ahora estaba en un lugar nuevo, dispuesta a probar algo distinto, algo más, algo más atrevido.

–Quiero cambiar.

–Pero no quiero que lo hagas por mí. No quiero hacerte daño. Conmigo, es sexo. Pasar un buen rato. No hay nada más.

Tragó saliva. Aquello le sonaba tan áspero, tan hiriente y arriesgado a ella, que no era precisamente valiente, que nunca lo había sido. Era una trampa para una mujer joven que creía en el amor, que ya se estaba sintiendo más unida de lo que debería al hombre que tenía delante. Tragó saliva y se agarró al borde de la mesa con las dos manos.

–Entiendo.

–Creo que no se me daría bien algo más profundo –añadió.

Pero tenía un gran corazón, aunque lo escondiera tras siete puertas. Sus hechos con ella le habían demostrado que podía confiar en ese corazón, aunque él no estuviera emocionalmente disponible. Iba a cometer un error, pero no tenía control sobre sus instintos, y eran ellos los que le arrastraban a él.

–Te mereces un tío mejor –añadió Enzo.

Skye lo miró y se echó a reír sin poder evitarlo. Lo pilló desprevenido al tirar de él para acercarlo.

–Cállate, Enzo… deja de hablar y bésame.

Capítulo 6

FUE mirar de nuevo esos hipnóticos ojos suyos, y toda su disciplinada contención se evaporó. Sus manos se movieron como por voluntad propia para acariciar sus mejillas y su pelo. Era la única mujer que conocía que desayunaba con él sin haberse maquillado antes. La única que lo veía por quién era y no por lo que poseía y a quién conocía gracias a ese dinero. Y lo mejor de todo era algo que ella desconocía por completo: lo especial que era para él sentirse tratado como si no fuera especial, aunque no podría decir por qué lo encontraba tan atractivo.

–Enzo… –musitó, esperando con cada fibra de su ser el contacto de sus labios, su beso suave y delicado, estimulante, el contacto con su cuerpo cuando la bajó de la mesa para abrazarla. Todos los puntos más sensibles de su cuerpo se electrificaron al contacto con su cuerpo.

Cuando salió de aquella marea de sensaciones, estaba en el dormitorio de Enzo, sin poder recordar cómo había llegado hasta allí.

–¿Me has subido en brazos hasta aquí? –se sorprendió cuando la dejó sobre la cama.

–No pesas mucho más que tu hermano pequeño, así que no ha sido una gesta extraordinaria –se rio–. ¿Te importa que te pregunte si tu ex fue tu primer amante?

Al parecer, la timidez le era completamente ajena. Skye se limitó a asentir.

–Entonces, eres prácticamente virgen –contestó mientras se desprendía de los pantalones y se tumbaba a su lado–. Yo no puedo ofrecerte un para

siempre, pero sí que puedo enseñarte a disfrutar del placer y espero que también a divertirte un poco. Además, puedes ver la botella medio llena –añadió al ver que dudaba–. Si conmigo tampoco te gusta, no tienes que volver a hacerlo nunca.

–En eso tienes razón, supongo –dijo, con el aliento un poco entrecortado por tenerlo tan cerca.

Se incorporó de pronto. La tensión hacía que sus movimientos fueran torpes e indecisos. Se quitó el pijama, lo lanzó al suelo y volvió a tumbarse. Entonces miró a Enzo y se encontró con que la miraba divertido.

–¿Qué?

–Resulta muy evidente que quieres acabar cuanto antes, y yo no funciono así.

Skye se cubrió con la sábana. Era demasiado consciente de su falta de curvas como para permanecer desnuda sobre la cama.

–¿Crees que podrías desconectar el cerebro durante un momento y relajarte?

–Lo dudo.

–Y no vas a poder largarte en cuanto hayamos terminado –le advirtió Enzo, aunque nunca antes le había molestado que una mujer no se quedara con él toda la noche. Pero sabía que con Skye iba a ser diferente.

–¿Por qué no?

–Porque no es eso lo que yo quiero. Sexo para salir del paso, breve y superficial.

–Pues yo creía que esa era tu especialidad. ¿No es eso lo que hacéis los mujeriegos?

–¿Qué sabrás tú de mujeriegos? –preguntó, mientras se metía también bajo la sábana. Skye sintió un escalofrío.

–Nada –admitió.

–Ahí lo tienes. No se trata de anotarme otro punto. Al menos, contigo no.

–Seguro que les dices a todas las mujeres lo mismo. Yo no necesito que me tranquilices, porque estoy satisfecha de estar aquí… para una sola noche.

–Lo que lo hace todavía más precioso –respondió Enzo, besándola en la boca y prendiéndole fuego a su cuerpo, desvaneciendo el frío de los nervios.

–Enzo, yo…

–Sh –la mandó callar–. No voy a hacer nada que tú no quieras hacer, y en cuanto me pidas que pare, pararé. Puedes confiar en mí.

–Está bien –dijo tras respirar hondo.

–Va a estar mucho más que bien. Va a ser fantástico, con la química tan explosiva que tenemos.

–¿Tú, crees?

–Sí.

Enzo se dijo que era muy poco corriente para él tener una conversación en la cama con una mujer, y la miró fijamente a la luz de la lámpara, trazando con la yema de un dedo el delicado perfil de sus facciones.

–Eres preciosa.

–Y tú eres tan cálido –le dijo con una sonrisa–. Casi tanto como una manta eléctrica.

–Espero que un poco más vivo.

Sin dejar de sonreír, rodeó con la mano un seno y al querer apartar la sábana, se dio cuenta de que Skye estaba aferrada a ella. La fue soltando como quien abre la caja de un rompecabezas fascinante, y se inclinó sobre ella. La ansiedad con que lo miraba lo entristeció un tanto. Nunca lo habían mirado con tanta aprensión, así que la besó sin prisas, hundiendo su lengua despacio en su boca, despertando un fuego en la pelvis de Skye que nunca antes había sentido.

La tensión de Skye fue sustituida por otra diferente. Empezó a estar menos preocupada porque Enzo pudiera hacerle daño o ridiculizarla y más por saber qué le iba a hacer después. Hundió las manos en su pelo y pensó en lo extraño que era detestar el contacto físico con un hombre y ansiarlo con otro.

Enzo atrapó un pezón inflamado con la boca y se entretuvo allí, enardeciéndolo, succionando, saboreando, hasta que el calor que había ido creciendo en la pelvis de Skye llegó a ser una llama que la obligó a revolverse, incapaz de estarse quieta.

–Quiero que los dos disfrutemos de esto, *piccolo mio* –insistió Enzo cuando Skye le dirigió una mirada de impaciencia–. No vamos a terminar en cinco minutos.

–¡Pero si no he dicho una palabra!

Sujetó su mano contra el colchón. Skye era una mujer testaruda. Era quizás el rasgo más sobresaliente de su carácter. Era la mujer que había

asumido el cuidado de sus dos hermanos pequeños, cuando el enorme peso de esa responsabilidad le había hecho la vida mucho más difícil. Era la mujer que se molestaba porque él pagase toda la comida que había en la cocina. Estaba acostumbrada a ser independiente y detestaba tener que confiar en otras personas. Sintió que le acariciaba el pecho y bajaba hasta su muslo, con lo que la mente se le quedó en blanco un momento.

–Esta noche, el *show* es mío.

–Eres un friqui del control.

–No. Lo que pasa es que sé que estoy a prueba, y necesito mantener la cabeza clara.

–Yo no he dicho que estuvieras a prueba.

–Los dos sabemos que es así.

Skye apretó un instante los labios, intentando controlarse a sí misma y sus respuestas, y Enzo volvió a besarla con urgencia. La intensidad, la pasión con que ella le devolvió ese beso la pillaron desprevenida.

–Me parece que no voy mal –comentó Enzo, pintando una línea de besos en su cintura.

–¿Yo he dicho eso?

–En la cama, tu cuerpo habla por ti –ronroneó él, siguiendo la curva de sus caderas.

–Enzo… –gimió ella al sentir su mano primero y su lengua después entre los muslos.

Skye nunca había tenido esa experiencia antes y la intensa reacción de su cuerpo la pilló desprevenida. Enzo estaba descubriendo sensibilidades que ella desconocía que tuviera. De hecho, le resultaba imposible pensar con claridad estando en la cama con él. Iniciaba un pensamiento, él hacía algo que la sorprendía y se estremecía de la cabeza a los pies.

Recorría su cuerpo con las manos, acariciándola, explorándola, y unas descargas comenzaron a propagarse por su cuerpo como si fueran ríos amenazando con desbordarse. Para ella estaba siendo una revelación que el sexo pudiera sentirse de aquella manera tan intensa, tan poderosa, tan por encima de cualquier otra clase de respuesta.

Una tensión fue creciendo dentro de su vientre que le impedía estarse quieta, a pesar de que él la sujetaba por las caderas. Se retorcía y contorsionaba hasta que, de pronto, una bola de calor se desbordó dentro de

ella y la arrastró a un clímax que sacudió el planeta entero y que la dejó temblando.

–¿Te ha gustado? –preguntó él un momento después.

¿Cómo tenía el valor de hacerle esa pregunta?

–No ha estado mal –se vengó.

Le vio colocarse un preservativo y se deslizó sobre ella, virilidad pura, y reclamó su boca con un beso largo y narcotizante.

–Ya estás otra vez, *piccolo mio* –dijo él, brillándole los ojos.

Las comparaciones son odiosas, pero todo estaba siendo distinto. Enzo la penetró despacio, y ella sintió una descarga de excitación, que para sorpresa suya, fue creciendo de las formas más deliciosas. De hecho, le respondió con el entusiasmo de un renacido, deseoso de aprender y progresar. Su capacidad de razonar había quedado en suspenso y una nueva respuesta la envolvió antes de verse lanzada, incapaz de respirar, a un segundo clímax que la dejó exhausta.

–¿Qué nota me pones? ¿Diez o cero? –peguntó con una despreocupación que le puso los pelos de punta.

Skye se incorporó.

–Creo que ya lo sabes.

–¿Dónde vas?

–A mi habitación. Seguro que ninguna de tus chicas de una sola noche se queda –respondió, intentando imitar su misma despreocupación.

–La diferencia es que quiero que tú te quedes –contestó, apretándola de nuevo contra él.

Desconcertada, Skye se tumbó y se dejó abrazar. Lo cierto era que estaba muy cansada. Sus días siempre eran largos y comenzaban temprano, como casi todos los que tenían niños a su cargo, y estaba haciendo una lista con todas las razones por las que debería volver a su cama cuando se quedó dormida.

Cuando Enzo se despertó, se encontró a un pequeñajo de dos años a su lado.

–Hola –lo saludó con una sonrisa–. ¿Tenías miedo y Skye ha dormido contigo?

Enzo se echó a reír y despertó a Skye. No podía levantarse desnudo. Ella también lo estaba, claro, y recuperó el pijama del suelo sin destaparse para

lanzárselo a ella. Skye se recompuso rápidamente y se levantó para tomar al parlanchín de su hermano en brazos y sacarlo del dormitorio.

Enzo apareció abajo duchado, afeitado y vestido con uno de sus impecables trajes de diseño en tiempo récord, y se encontró con que, una vez más, le habían servido el desayuno en el comedor. Una vez más, Skye interponía distancia entre ellos, y no le gustaba. ¿Por qué tenía que actuar como si no hubiera ocurrido nada?

Skye iba de un lado para otro, recogiendo deprisa, porque había apuntado a Brodie a un nuevo grupo infantil y tenía que dejarlo allí e irse de compras con Shona.

–Zozo… –balbució la niña, acercándose a gatas a Enzo, que había aparecido en la puerta de la cocina.

Skye se volvió a mirar, que era lo que no quería hacer, con las mejillas encendidas. ¿A qué estaba jugando? Había tenido su primera y última aventura de una sola noche, que le había servido para librarse de los miedos que Ritchie le había inoculado, pero no pensaba repetir. Con Enzo se lo había pasado de maravilla, pero se avergonzaba de haberse acostado con su jefe.

–¿Ahora no me hablas? –le preguntó Enzo, mientras alzaba a la niña en brazos–. ¿Zozo? No sé si me gusta –bromeó, levantándola en alto.

La niña se echó a reír encantada.

–Por supuesto que te hablo –respondió Skye–. No soy tan cría.

–Pero me evitas como si hubiéramos hecho algo vergonzoso.

El calor de sus mejillas era tal que no le habría sorprendo comprobar que tenía fuego debajo de la piel.

–Es que trabajo para ti.

–Eso no es algo que tengas que usar en contra mía. Además, no hay mucho que se pueda hacer. Mantenerlo separado, simplemente.

–¡Es que no puedo!

–¿Vas a venir conmigo a Glasgow?

–Te lo he prometido y voy a ir.

Enzo asintió y volvió a dejar a Shona en el suelo. La niña lo miró desilusionada.

–Te veo luego –se despidió.

Skye respiró hondo cuando oyó cerrarse la puerta principal. Estaba haciendo lo correcto. Tenía que dar un paso atrás y no lanzarse a otra

relación directamente después de la lección que le había impartido Ritchie y, en particular, sabiendo que la palabra «relación» le provocaba sarpullidos a Enzo.

Pero no debería estar pensando en él. Tenía que ser estable y razonable por el bien de los niños y, por el momento, en este futuro no había hombres.

Capítulo 7

UNOS días después, Skye se recostaba en un asiento de cuero reclinable dispuesto en la increíble opulencia del avión privado de Enzo.

Teniendo en cuenta el caso que le estaba haciendo él, habría dado lo mismo que no hubiera embarcado. La azafata rubia sí que le había prestado atención a Enzo. De hecho, tan notorio era su interés por él que Skye se sentía incómoda siendo testigo de sus sonrisas almibaradas y de cómo se inclinaba para servirle llevando más botones desabrochados de la blusa de lo que era necesario. Sin embargo, siendo sincera, tenía que reconocer que Enzo la había ignorado.

De hecho, no podía quejarse, porque había sido ella quien le había recordado los límites de su relación de trabajo y, él se había ceñido escrupulosamente a ellos. Eso sí: jugando con los niños y con el perro.

Alana le había dicho que se estaba comportando como una idiota. Incluso había llegado a sugerir que le estaba castigando por los pecados de Ritchie. ¡Si ella supiera! Pero claro, es que Lorenzo Durante no tenía una fan más entregada que su hermana.

Enzo estaba increíble con su traje oscuro de raya diplomática, camisa azul y corbata de seda, y era todo un reto evitar quedarse mirándolo. No era de extrañar que tuviera una reputación con las mujeres. Atraía a las de su sexo como abejas a la miel. Con su estatura, su constitución atlética y sus facciones bronceadas y clásicas, resultaba extremadamente atractivo. Hasta su voz, ese íntimo ronroneo que usaba en la cama y que le hacía encoger los dedos de los pies…

Levantó la revista que tenía en el regazo e intentó leerla.

A Skye no parecía hacerle gracia que la azafata flirtease con él, pensaba Enzo. ¿Sería esa actitud de un perro que no quiere compartir un hueso? ¿Y por qué tenía que importarle? Durante años había tenido la impresión de que todas las mujeres a las que conocía tenían un aspecto intercambiable, en ropa y en personalidad, pero Skye sobresalía de entre todas, aunque aún tenía que determinar por qué. No era saludable andar dándole vueltas a uno de los pocos rechazos que había sufrido. De hecho, seguía libre como un pájaro y eso era lo que quería. ¿Y qué si había sido una noche increíble?

Caminaron por el bullicioso aeropuerto en el que Enzo había atraído una buena cantidad de atención femenina. Una lujosa limusina los esperaba en la puerta y Skye subió sintiéndose una extraña en una tierra desconocida. El hotel resultó aún más apabullante. Su asistente personal los saludó por su nombre al entrar al vestíbulo de mármol en el que había varios grupos de gente de dinero: mujeres de peluquería perfecta, rodeadas del brillo sutil de las joyas caras y vestidas a la última moda. Llegaron a una inmensa suite amueblada con piezas contemporáneas y elegantes.

Se había preguntado si Enzo habría pensado que compartiesen habitación, pero el asistente le indicó cuál era su alcoba, y entró en ella para deshacer su maletita.

Al otro lado de la puerta oía a Enzo hablar en italiano, las sílabas deslizándose suavemente unas junto a otras, componiendo una melodía abiertamente sensual.

–Me temo que nos han cambiado el itinerario –anunció Enzo desde la puerta–. Robinson me ha pedido que le acompañe a una empresa que está pensando comprar, y como está cerca de su casa, nos ha invitado a quedarnos allí y a cenar con ellos esta noche. Y puede que yo haya infravalorado su estilo de vida porque, al parecer, tiene un castillo.

–Qué barbaridad –exclamó, pensando en el pantalón y el jersey que se había llevado para una comida normal–. ¡Lo que tengo no sirve para cenar en un castillo!

Enzo encogió solo un hombro.

–Tranquila. Eso ya lo tengo arreglado.

–¿Cómo? ¡No quiero que te gastes más dinero en mí, Enzo!

Él enarcó las cejas.

–Solo estamos hablando de algunas propuestas para interpretar el papel de la novia.

–No es tan sencillo.

–Por supuesto que es sencillo pero, si no, dónalo a una organización benéfica después, si así te sientes mejor –espetó.

Frustrada, Skye se alejó de él y se detuvo junto a la ventana.

–Es que no lo entiendes.

–Intenta explicármelo.

Enzo contuvo un suspiro para no pensar en lo esbeltas que eran esas piernas que la falda dejaba al descubierto. El recuerdo de cómo había sido hundirse entre ellas no ayudó.

–Que me compres ropa hace que me sienta incómoda porque Ritchie controlaba lo que me ponía –le explicó de mala gana–. Me sentía como si fuera mi dueño.

–Yo no soy tu ex. Sé que no eres de mi propiedad. No tengo nada que decir sobre lo que haces, ni adónde vas, y lo sabes. Estamos en el territorio de la compañía, no de la relación –le recordó–. De todos modos, si decides ponerte lo que hayas traído y sentirte incómoda esta noche, tú misma.

–Puede que me haya precipitado un poco –murmuró a regañadientes.

–Me imaginaba que acabarías viéndolo así –contestó Enzo, aliviado de que el sentido común se impusiera–. Ahora, pongamos en marcha esta charada.

La estilista y su ayudante, con un perchero de prendas y accesorios, llegaron enseguida. Al mirar uno de los vestidos, se dio cuenta de que ninguno tenía la etiqueta del precio. ¿Sería cosa de Enzo?, se preguntó mientras elegía unos zapatos. Luego pidió cita en la peluquería y después estaba preguntándose qué hacer cuando llegó Paola para decirle que le esperaba un coche a su disposición, además de ella.

–Estoy empezando a sentirme como una princesa –le comentó.

–Pues no pasa nada por ello –le respondió sonriendo–. ¿Tienes idea de qué quieres hacer el resto del día?

Sí que lo tenía. Había oído hablar de Dumfries House, una famosa casa que se podía visitar. Estaban en invierno, pero el día era soleado y supuso

que disfrutaría de su interior y sus jardines. Quedaba a unos sesenta kilómetros de Glasgow, y Paola decidió que podían comer allí.

Estaban saliendo de la casa a los jardines cuando Skye llamó a Alana a ver si todo iba bien con los niños.

–Sí, todo va bien, pero habría estado mejor sin la visita de Ritchie.

–¿Cómo? ¿Ritchie ha estado en la casa?

–Esta mañana. Creo que a partir de hoy, respetará la orden de alejamiento. ¿No te lo ha contado Paola? Ha estado fantástica. Ha sido ella quien ha llamado a la policía y lo han detenido. Al parecer lo van a suspender de empleo, y te culpa a ti por ello. Además, estaba muy cabreado porque vivieras en casa de Enzo. Me he alegrado de que no estuvieras aquí. Ya te lo ha hecho pasar bastante mal.

Cuando terminó la llamada, Paola la miró con conmiseración.

–El jefe me pidió que no te lo dijera. No quería que te agobiaras.

Skye asintió. Entendía su lealtad hacia su jefe. Ya hablaría con Enzo después. Obviamente no habría podido hacer nada para proteger a su hermana de esa visita y Alana había estado segura estando Paola presente.

–Entonces, ¿has llegado esta mañana a Escocia? –le preguntó.

–Sí.

–Qué suerte tuve al encontrarme con Enzo en la carretera aquella noche.

Y un poco tarde por su parte para reconocerlo. Enzo había hecho todo lo que estaba en su mano para protegerla a ella y a los niños de Ritchie, y ella, como una tonta, lo había dado todo por garantizado, sin pararse a considerar el coste o las molestias que había causado ese nivel de protección.

–Tener que asegurar la protección de la casa mientras que Enzo estaba trabajando ha tenido que suponerte muchas complicaciones.

–El jefe hizo venir a más guardaespaldas de casa.

«Madre mía…».

–¿Y dónde queda exactamente su casa?

–Los abuelos del jefe viven en la Toscana, pero él suele quedarse en un apartamento en Roma, aunque tiene propiedades por todo el mundo. Algunas las heredó de su padre.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Enzo?

–Dejé el cuerpo de policía, me formé como paramédico y después para guardaespaldas cuando él todavía era pequeño, así que empecé trabajando

para su abuelo. Soy mayor de lo que parezco –se rio cuando Skye la miró sorprendida.

Pasaron una tarde muy agradable paseando por aquellos preciosos jardines antes de volver al *spa* y a la habitación del hotel para vestirse.

Había elegido un vestido ceñido en un oscuro tono púrpura acompañado por unos tacones de aguja, y así vestida bajó al coche que la esperaba en la puerta. Sobre el asiento, había un paquete con su nombre y lo abrió. En su interior, había una caja de joyería. Al levantar la tapa, se encontró con un delicado colgante de oro con diamantes engastados. Era precioso. Se suponía que era la novia de Enzo, así que era un adorno que solo llevaría aquella noche, se dijo mientras se lo ponía.

Cuando el coche salió de la carretera y tomó un camino asfaltado bordeado de árboles y el castillo con sus torres apareció al fondo, Skye se sintió tremendamente aliviada de ver a Enzo esperándola fuera, acompañado por un hombre de edad.

Su belleza con aquel vestido sencillo pero elegante hizo sonreír a Enzo, particularmente cuando vio el colgante de brillantes adornando su cuello.

–Madre mía… el castillo es enorme –susurró.

–Ni te lo imaginas –corroboró él, dedicándole una de esas sonrisas que iluminaban su cara, y el corazón le dio un salto en el pecho a Skye, que luego derivó en un animado ritmo que no cesó cuando él le pasó un brazo por la cintura para guiarla hacia la puerta.

Allí le presentó a Robinson Davies. La edad le había encorvado un poco, pero era un hombre que aún parecía vital, con el cabello gris y unos brillantes ojos azules. Ya en la puerta, conoció a su esposa, Alyson, que se encargó de acompañarla a su habitación.

–Podrías haber traído a los niños –le dijo–. No teníamos ni idea de que tenías una familia hasta que nos lo contó Enzo. ¡Me encantan los niños! Mis nietos son ya adolescentes y es difícil organizar visitas porque ya están muy atareados en el colegio.

–Si venimos en otra ocasión, los traeré –le contestó sonriendo, aunque fuera extremadamente improbable que volvieran a verse.

La llevó a una preciosa habitación circular en una de las torres, caldeada por el fuego que ardía en una imponente chimenea de piedra. El castillo era magnífico, y le hizo toda clase de preguntas sobre su historia.

–Es una lástima, pero ahora se nos empieza a hacer demasiado grande, y estamos pensando trasladarnos a un lugar más manejable. Era distinto cuando teníamos a nuestros cuatro hijos correteando por aquí.

–La vida va cambiando.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el equipaje de Enzo estaba allí, y frunció el ceño. Seguro que no se lo había imaginado

Veinte minutos después, llegó a la habitación.

–Sí, compartimos habitación. La verdad es que me ha sorprendido. Son muy amigos de mis abuelos, y ellos nunca pondrían a una pareja que no está casada en la misma habitación.

–Bueno, nos las arreglaremos por una noche.

–Puedo dormir en el sofá.

Skye miró la pieza en cuestión. Se trataba de una antigüedad de indudable valor, pero tan cómoda como un lecho de clavos.

–No hacen falta gestos tan dramáticos, Enzo –sonrió–. La cama es enorme. Podemos compartirla.

Las copas previas a la cena se sirvieron en un cómodo salón. Skye se acomodó con Alyson Davies. Hablaron sobre su visita a Dumfries House.

–¿Tienes una casa con jardín?

–No, nunca he tenido jardín. Pero mi padrastro tenía una parcela en la que teníamos una huerta –confesó con una sonrisa–. Y me dejaba un rinconcito en el que plantar flores los veranos.

–Si no te parece mal que te lo pregunte, ¿qué le ocurrió a tu verdadero padre?

–Uy, es una larga historia, y no me siento demasiado cómoda compartiéndola fuera de la familia.

La cálida sonrisa con que pronunció la frase evitó que el momento resultase incómodo. Se le daba bien la gente, pensó Enzo. Sería buena en los encuentros relacionados con los negocios porque no era ni pretenciosa, ni áspera, ni descortés. Empezaba a comprender por qué le estaba dejando más huella que otras mujeres: porque de verdad era distinta. No podía dejar de observarla mientras hablaba con su anfitrión: sus labios carnosos, la luz de sus preciosos ojos, aquellas piernas largas y esbeltas que cruzaba con elegancia… y su deseo de ella creció.

La velada se dio por concluida después de que Alyson y Robinson se ofrecieran a enseñarles los jardines al día siguiente, después del desayuno.

–¿Puedo preguntarte por tu padre? –inquirió Enzo cuando subían a la alcoba–. Si es un recuerdo doloroso para ti, puedes negarte a contármelo.

–No, no es que sea doloroso, pero sí demasiado personal como para hablar de ello alegremente. Mi madre se quedó embarazada de mí cuando todavía estaba en el instituto. Mi padre y ella tenían solo dieciséis años, y hay personas que tienden a juzgar una situación así. Sus padres la echaron de casa, y los padres de mi padre la acogieron. Eso duró unos dos años, tiempo en que mi madre se quedó embarazada de Alana. Entonces mi padre se marchó a trabajar en una plataforma petrolera, y ya no volvió.

–¿Nunca?

–Nunca. Y tampoco supimos nada de él. En un par de ocasiones envió dinero a mi madre, pero dejó de hacerlo por completo cuando yo cumplí cuatro años. A mi madre le costó mucho criarnos.

Skye se sentó en el duro sofá junto a la pared mientras Enzo echaba más combustible a la chimenea.

–¿Cómo se las arregló?

–Tenía dos trabajos para que pudiéramos irnos de casa de sus suegros, ya que le parecía que no debíamos seguir allí. Sobre todo porque mi padre empezó a enviarles fotos de su novia y a hablarles de que quería ir a visitarlos.

–*Dio mio*… ¿y dónde pensaba que se iban a meter su mujer y sus hijas?

–Tal y como mis abuelos no tuvieron ningún reparo en puntualizar, su hijo no estaba casado con mi madre, y los dos solo eran unos críos cuando nos trajeron a mi hermana y a mí al mundo. En realidad ellos solo querían a su hijo. Fue muy difícil para mi madre, porque no tenía más familia.

–Debió serlo, sin duda.

A él no se le había ocurrido pensar la suerte que había tenido con sus padres, que le habían dado un hogar lleno de amor.

–Nos fuimos a un apartamento. Mi madre siguió trabajando y Steve, mi padrastro, llegó cuando yo tenía unos ocho años. Tardó seis años en convencerla de que se casaran porque mi madre no confiaba en los hombres, y él fue lo mejor que nos pasó a las tres. Nos adoptó a las dos y nos dio su apellido. Fue el mejor padre del mundo –los ojos se le

humedecieron–. Era un hombre sencillo, taxista de profesión, pero una persona maravillosa.

–Como tú –contestó él, acercándose y tirando de sus manos para que se levantara–. Ahora entiendo por qué tu madre tuvo una segunda familia –añadió, secándola la mejilla con el pulgar.

–Brodie y Shona lo eran todo para ellos… y eran tan felices.

–Yo no tuve ese consuelo. El matrimonio de mis padres era un desastre, según me contaron mis abuelos. Mi padre le era infiel constantemente. Le hacía todo tipo de promesas y nunca las cumplía. Tuvieron varias separaciones y reconciliaciones, y yo fui concebido durante una de ellas. Dudo que su matrimonio habría durado si hubieran vivido. ¿Llegaste a conocer a tu padre biológico?

–No, y ni a Alana ni a mí nos importa –le confesó–. Los actos hablan más alto que las palabras, y sabemos cómo trató a nuestra madre, que habría tenido una vida mucho más fácil si él hubiera contribuido con su parte para mantenernos, sabiendo como sabíamos que ganaba un buen sueldo. Nunca pensó en nosotras. Tampoco en sus padres, la verdad, porque cuando se pusieron enfermos, fue mi madre quien los ayudó. Fue un padre pésimo y un hijo sin corazón, así que no supuso una gran pérdida.

–A veces eres mucho más dura y menos sentimental de lo que esperaba.

–Realista, diría yo. Tuve que aprender a serlo.

Y la respetaba por ello. Le sorprendía ser consciente de ese sentimiento, ya que nunca lo había tenido antes por una mujer desde sus días de universitario, en los que descubrió que había depositado su amor y su respeto en la mujer equivocada. Sus mentiras, la traición con su mejor amigo, acabó con su fe en el ser humano y cerró la puerta a las emociones, decidido a no ser vulnerable nunca más.

Skye lo miró a los ojos, aquellos ojos oscuros de gloriosas pestañas, y supo en aquel momento hasta qué punto se había engañado pensando que podría dar un paso atrás, volverse y olvidarse de él. Qué poco realista, estando obsesionada con él, que apenas dejaba de pensar en él cuando estaba lejos, o cuando se metía en la cama. Y allí lo tenía, mucho más interesado en ella de lo que Ritchie lo había estado nunca.

Enzo dio un paso atrás, pero ella lo dio hacia delante.

–Bésame –le pidió.

Enzo la miró como si se hubiera vuelto loca.

–¡No puedo! Me dijiste que…

–Lo que dije ya no importa. Da igual que esto se acabe cuando se acabe. Solo importa lo que sintamos.

–Intenté decirte precisamente eso, pero no quisiste escuchar.

–Soy muy terca, y estaba convencida de estar haciendo lo que tenía que hacer. Ahora sé que eso da igual, comparado con lo que siento. Te deseo…

–Y sabes lo mucho que yo te deseo a ti, *piccolo mio* –gimió, abalanzándose sobre su boca en un asalto apasionado que empujó su sangre al éxtasis.

La tomó en brazos y la pegó a su cuerpo, y la piel de Skye se volvió fluida de deseo, como si solo él supiera pulsar el botón que la accionaba. Sintió su mano ascender por la cara exterior de su muslo, bajo la falda del vestido, y la sensación en el centro de su ser como de combustión espontánea. Jamás había imaginado que un hombre pudiera hacer que se sintiera así, pero Enzo le estaba enseñando muchas cosas nuevas. Bajó la cremallera del vestido y la prenda cayó de sus hombros. Él se encargó de quitárselo con tal destreza y suavidad que Skye se rio.

–No cabe duda de que eres todo un experto, Enzo.

–No es eso lo que me gustaría oírte decir.

–Perdona, que no quería…

–No, no pasa nada. No voy a negar que he estado con muchas mujeres, pero nunca he mentido a ninguna de ellas, ni las he engañado. Tengo mis principios.

Skye se dio cuenta de que le había ofendido, y nada más lejos de su intención.

–Lo sé.

–Y muy en particular, los tengo en lo que a ti respecta, porque si mañana te vas a despertar y me vas a decir si te he visto, no me acuerdo, entonces no quiero hacer esto –sentenció.

–Te prometo que no será así –contestó, impresionada por el desafío. Tenía razón. Lo había animado, había tenido intimidad con él y luego le había dado con la puerta en las narices. Pero bueno, él no quería tener una relación, ¿no? De hecho, un rato antes le había recordado que se movían en el territorio de la amistad. Quizás la cabeza le anduviera dando vueltas, como a ella.

–Anda, deja de pensar y de preocuparte –le pidió, agachándose para quitarle los zapatos y las medias–. Que te gusta demasiado preocuparte.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Pues porque te observo. Brodie sale con el triciclo al jardín, y le estás vigilando desde la puerta de atrás como mamá gallina, aunque sabes que no hay nada con lo que se pueda hacer daño. Shona sale gateando al recibidor, y tú sales tras ella.

–Quizás me preocupo demasiado por su seguridad.

–Has tenido una buena causa para preocuparte, pero yo nunca te haré daño. Jamás.

Se quitó la chaqueta y empezó con la camisa, pero Skye se levantó de la cama en ropa interior y apartó sus manos para ocuparse de los botones con una confianza que nunca había sentido con un hombre.

–Lo sé –contestó con sinceridad, deslizando las manos sobre su pecho, absorbiendo su calor, acrecentando cada sensación–. Te deseo tanto.

«Ay, Dios… ¿cómo has podido decir eso en alto?».

–Como si hubieran pasado meses desde la última vez que hemos estado juntos.

–Y solo han sido días –suspiró–. Eres todo drama, Enzo.

–¿Y tú no? ¿Yendo y viniendo, dando portazos a los armarios de la cocina, solo porque me deseas? ¿Tratándome como si fuera el hombre invisible?

Con las mejillas arreboladas, dejó que la tumbase en la cama y que la mirara con un brillo de depredador en los ojos.

–Me encanta tu cuerpo –confesó con la voz áspera mientras se quitaba el resto de la ropa, dejaba unos cuantos preservativos sobre la mesilla y se unía a ella en la cama.

–Nosotros… no pegamos juntos.

–No tenemos por qué pegar. Y yo no soy un rollo tipo tirita, mucho menos después del cerdo de Ritchie.

Su comentario le hizo sonreír.

–¿Ah, no? –preguntó, acariciando su labio inferior con la yema del pulgar.

–Tengo mucha más experiencia que tú, y puedo decirte que fuiste una inocente tomando la decisión de irte a vivir con tu primer amante.

–Tienes razón. ¿Contento?

–No lo estaré hasta que mañana me despierte teniéndote en mis brazos.

Desabrochó su sujetador de sencillo algodón blanco y acercó la boca a un pequeño pezón sonrosado mientras con la otra mano acariciaba su cuerpo. Toda ella se tensó como un cable cargado de electricidad y tiró de su pelo negro para que la besara en la boca mientras la excitación la sacudía como descargas de relámpagos.

–Despacio –dijo Enzo.

–¡No!

Y tiró de la cremallera de su pantalón para echar mano a su pene caliente y duro, con la impaciencia y la necesidad a unos niveles desconocidos para ella.

–No quiero hacerte daño.

–No me lo vas a hacer.

Y como si quisiera comprobarlo, llevó su mano entre los muslos de Skye. Efectivamente, estaba lista, y frenéticamente quiso deshacerse del resto de la ropa. A continuación, la tumbó, se colocó sobre ella con una urgencia que por fin reflejaba la de ella y la penetró. Los músculos interiores empezaron a contraerse y a expandirse accionados por aquella maravillosa invasión, desatando temblores de placer cada vez más fuertes.

–Por fin –gimió Enzo, imprimiendo un ritmo sostenido a sus movimientos que incendió todas sus terminaciones nerviosas y le aceleró el ritmo cardiaco.

El placer y la excitación febril hicieron que se moviese a su compás, participando de aquel ritual mucho más que la primera vez que estuvieron juntos, pero es que no era la misma mujer que había sido apenas unas semanas antes. Con Enzo se sentía libre, su igual, a salvo, y se aferró a él porque aquel pulso de deseo y necesidad la estaba lanzando al clímax, y con la cabeza hacia atrás y clavándole las uñas en la espalda, lo recibió, abriendo las compuertas como si un ariete las hubiera derribado de golpe, y gritó entre convulsiones.

Enzo se dejó caer a su lado.

–*Dio* –suspiró sin aliento–. Lo necesitaba… y en cuestión de minutos, voy a volver a necesitarlo.

Skye se rio y se volvió a mirarlo. Dios, era hermoso. Imposible de resistir. ¿Cuándo se había obrado el cambio? ¿Cuándo habían sucumbido sus últimas defensas, dejándola tan vulnerable? Nada de lo que tenía con él

era estable, ni ofrecía un futuro, y eso le aterraba porque sabía que se estaba enamorando de él, y solo en unas cuantas semanas, volvería Italia.

–¿Qué pasa?

Skye bajó la mirada, preguntándose cuándo había desarrollado aquella sensibilidad hacia sus estados de ánimo.

–No pasa nada.

–Mejor. Ahora estamos juntos –dijo, y tiró de ella para acercarla todavía más.

¿Qué significaba aquella frase? ¿Juntos en pareja? ¿O como amantes en una breve aventura? Conociendo un poco a Enzo, era demasiado pronto para poder pedirle que se lo aclarara.

A la mañana siguiente, Enzo estaba de un humor excelente. Aunque le interesaban los árboles y las plantas lo mismo que a Skye los negocios, los acompañó a dar una vuelta por el jardín. Hacía frío, y no había dejado de darle la mano, o de pasarle el brazo por la cintura o los hombros, y le sorprendía que lo hiciera delante de los amigos de sus abuelos.

Desde el castillo, fueron directos al aeropuerto y embarcaron en su avión particular. Skye aún seguía por las nubes después de la apasionada noche que habían tenido. Sí, le dolería cuando Enzo pasara página, pero ella era fuerte y sería capaz de seguir adelante sola cuando llegase el momento. ¿Acaso no lo había hecho ya con Ritchie?

–¿Por qué no me habías dicho que Ritchie se presentó en tu casa ayer? –le preguntó de pronto.

Enzo se le acercó, soltó su cinturón y, sin previo aviso, la sentó en su regazo.

–¡Enzo!

–Es que estabas muy lejos –dijo cuando apareció la azafata, seguramente alertada por la exclamación de Skye, y los miró muy sorprendida. Aquella espontaneidad era una de las cosas que más le gustaban de él.

–Aún no has contestado a mi pregunta.

–Ya conoces la respuesta.

Posó sus ojos de iris violeta en su rostro delgado y fuerte. Enzo se inclinó para besarla en los labios entreabiertos, y el corazón le golpeó en el pecho con una intensidad electrificante. Lamió el interior de su boca y él

respondió succionando su lengua, lo que provocó una oleada por todo su cuerpo. Intentó mantener el control, azorada por la facilidad con que la llevaba al límite.

Enzo le acarició suavemente la mejilla.

–No querías molestarme –adivinó.

–Te merecías un descanso de todo eso. No quería que empezases a preocuparte y a sentirte culpable. Alana estaba más enfadada que molesta por su visita, y tú tienes que dejar de culparte por un comportamiento que solo él elige –volvió a besarla apasionadamente y después la dejó con delicadeza en el asiento que quedaba enfrente–. Luego –murmuró, mirándola con un brillo de anticipación en los ojos.

El avión comenzaba a aterrizar.

Un par de horas más tarde, envuelta por la ruidosa bienvenida de los niños, Skye se acercó a su hermana con Shona en brazos.

–¿Has tenido algún problema… aparte de la visita de Ritchie?

–Casi se me olvida. La señora Tomkins, la trabajadora social, se pasó por la tarde a ver a los niños. Dijo que volvería pronto.

–Me pregunto cómo ha sabido que estábamos aquí.

–Ha sido Ritchie.

Skye perdió el color. ¿Qué le habría contado sobre ella, sobre los niños o sobre cómo vivía en aquel momento?

Capítulo 8

POR qué iba a querer veros una trabajadora social? –inquirió Enzo.

–He podido mantener la custodia de Brodie y Shona porque tenemos un vínculo familiar, y de vez en cuando se pasan para ver que los esté cuidando como es debido –comentó Skye mientras acompañaban a Alana a la puerta.

Cuando Skye despidió a su hermana con un sentido abrazo y cerró la puerta, Enzo seguía con el ceño fruncido.

–Creía que los habías adoptado.

–Es lo que quiero hacer, y ya he solicitado la adopción, pero en este momento, mis hermanos están a mi cuidado bajo la supervisión de los servicios sociales –le explicó con tristeza–. En el peor escenario, si al gobierno le parece que no los cuido bien, podría perderlos.

–¿Perderlos?

–Sí. Podrían llevárselos a otro sitio, incluso darlos en adopción –tan solo con pensarlo, se adueñaba de ella una tensión paralizante y la garganta se le cerraba–. Así que imagínate lo que me preocupa que Ritchie haya podido darle esta dirección. ¿Qué más habrá podido decir o insinuar? Ya he metido la pata por no haberme puesto en contacto para facilitarles mi nueva dirección.

Enzo la miró preocupado.

–Creo que no comprendo del todo el alcance de vuestra situación. Deberías haberme contado antes todo esto.

–¿Y qué habrías hecho? Tendré que admitir lo ocurrido con Ritchie –suspiró–. La sinceridad es siempre la mejor política.

Volvió a la cocina y comenzó a vaciar el lavaplatos. La mesa y la encimera estaban llenas de platos sucios. Alana era genial con los niños, pero con la limpieza, era un desastre.

Enzo se retiró a su despacho a trabajar. Sabía que la situación de Skye no iba a quedar bien en los papeles, con un trabajo temporal y manteniendo una aventura con su jefe. Unos años atrás, había estudiado su propio caso, ya que quería comprender los vericuetos legales y los obstáculos a los que sus abuelos habían tenido que enfrentarse para adoptarlo.

Cuando por fin reconoció que la preocupación no le iba a dejar trabajar, llamó a su abogado en Inglaterra, pero lamentablemente, la larga y frustrante conversación con él no le dijo nada que deseara oír.

–Solo podrías ayudarla casándote con ella –sentención riendo su abogado, claramente considerando hilarante esa posibilidad–. Los funcionarios que trabajan en casos de custodia buscan relaciones estables y seguridad económica.

–No estoy pensando en casarme –le aseguró, y siguió dándole vueltas al mejor modo posible de enfocar la situación.

Brodie estaba en la bañera y Skye secándole el pelo a Shona cuando entró en el baño. Se había quitado el traje y llevaba vaqueros y camiseta. Ya había estado suficientes ocasiones con Brodie en el baño para saber que acabaría empapado.

–Creía que estabas trabajando –dijo ella–. ¿Hacemos mucho ruido?

–Hacéis mucho ruido solo cuando yo estoy aquí –sonrió.

–¡Enzo! –lo saludó Brodie, entusiasmado.

–No salpiques, enano –le advirtió Skye con poca convicción, porque a Enzo le gustaba tanto como al niño jugar con el agua.

–No lo haré –prometió Brodie.

–Los llevaremos a zoo el sábado –ofreció Enzo.

–Está muy lejos.

–Pues vamos en helicóptero.

Skye suspiró, pero no quería parecer desagradecida o criticona, así que no dijo nada. Los niños eran lo bastante pequeños como para no recordar nada en un par de meses. ¿Conseguiría ella olvidar también? Enzo la

iluminaba como si fuera un árbol de Navidad con tan solo estar en la misma habitación.

Una vez estuvieron los niños cenados y acostados, dispuso el comedor para la cena de los adultos. Había preparado un estofado con la intención de que pareciera que nada había cambiado entre ellos, cuando en realidad, había cambiado todo. Estaba intentando ser razonable, y no la mujer que esperaba contra toda esperanza que un final de cuento de hadas fuera posible entre ellos.

–Tengo una idea –le anunció Enzo durante la cena.

Skye apartó su plato y trató de ocultar el bostezo que se estaba apoderando de ella. A veces, estar a la altura de la inagotable energía de Enzo era todo un reto. Él se enfrentaba a cada nuevo día como si fuera una carrera de obstáculos, y si tenía preocupaciones o inseguridades como ella, las superaba. Además, la noche que había pasado en sus brazos la había dejado exhausta.

–Pareces cansada.

–Estaba pensando en acostarme pronto… sin connotaciones –añadió.

Enzo se rio.

–Siempre que sea en mi cama.

–En realidad, yo había pensa…

–En *mi* cama –cortó–. No vamos a dormir separados. Cuando vuelva a trabajar, no vamos a vernos mucho, así que hay que aprovechar el tiempo que tengamos.

Desconcertada por el discurso y la seguridad con que hablaba, Skye sintió arder las mejillas mientras el corazón le daba un brinco al saber que quería pasar más tiempo con ella.

–Has dicho que tenías una idea.

–En realidad, no estoy seguro de que estés preparada para oírla –adujo–. Cuando me dijiste que los servicios sociales te sometían a supervisión, me di cuenta de que te había puesto en una posición complicada. Si solo trabajases para mí, no pasaría nada, pero estamos teniendo una aventura, y a algunas personas eso les parecería preocupante, sobre todo por mi… cuestionable reputación con las mujeres.

Por fin le había puesto nombre a lo suyo: una aventura. En realidad, a ella tampoco se le ocurría otro término. Con el rubor en las mejillas, fue a preparar un café. Había acertado. Como ya no era solo su ama de llaves,

parecería una mujer libertina e indisciplinada que saltaba de una relación desastrosa a otra que podía ser igualmente dañina para sus hermanos.

–¿No dices nada? –preguntó Enzo cuando le tendió la taza de café.

Skye apretó los labios.

–Lo que dices es cierto, y los niños ya se están encariñando contigo, lo cual no es bueno teniendo en cuenta que vas a marcharte.

–Tengo la solución, y yo estaría encantado de hacer el sacrificio.

–¿Sacrificio? ¿De qué estás hablando?

–Se te da tan bien fingir que eres mi novia que creo que serías perfecta fingiendo ser mi mujer.

Skye abrió sus ojos lilas de par en par.

–Enzo, ¿has perdido la cabeza?

–Quiero que consideres la idea. Me he encariñado con los niños y haría cualquier cosa para que pudieras retenerlos a tu lado. He estado consultando con mi abogado y…

–¡Y no creo que te haya aconsejado que te cases con tu ama de llaves para ayudarla! –exclamó. Ahora entendía lo del «sacrificio».

–Soy completamente libre de casarme con quien quiera, y si puedo hacer que tu posición mejore para que puedas adoptar a tus hermanos, estaré encantado de hacerlo.

–Muchas gracias, pero no estoy dispuesta a aceptar tu sacrificio –espetó, y se levantó de golpe de la mesa.

–Hay que hablarlo.

–No, no hay nada de qué hablar.

–Skye, siéntate y tómate el café –protestó Enzo al ver que empezaba a recoger la mesa.

–¿Es una orden?

–Lo es –respondió–. Vamos a llevarnos el café al salón para hablar más tranquilos.

–¿Cómo voy a estar tranquila si hablas de casarte para hacernos un favor a los niños y a mí?

Enzo se llevó el café al salón, donde ella ya había encendido algunas lámparas, y prendió la chimenea de gas porque la habitación se había quedado un poco fría.

–Había pensado empezar a poner la decoración de Navidad mañana, si te parece bien.

Cualquier cosa con tal de cambiar de tema.

–Tendrás que comprarlo todo –dijo, sacando la tarjeta de crédito y ofreciéndosela. Skye se había sentado en un extremo del sofá y la aceptó a regañadientes–. Y deja de intentar cambiar de tema.

–¡Es que lo que has dicho sobre el matrimonio es ridículo! No puedes decir algo así.

–¿Por qué no? Estoy dispuesto a explicarme mejor –añadió, decidido a no cambiar de tema–. En este momento, me necesitas.

–¡Yo no te necesito!

–¿Ah, no? –Enzo se le acercó echando fuego por los ojos–. Sí que me necesitas. Sin darme cuenta de lo que hacía, te he puesto en una situación complicada, que he terminado de rematar acostándome contigo. No sabía que los servicios sociales te vigilasen por el bien de los niños, y soy consciente de que mi reputación no te está haciendo ningún bien. ¿Por qué entonces no iba a escoger la opción que podría poner fin a este embrollo?

–Para empezar, porque soy perfectamente capaz de solucionar mis propios problemas. ¡Esto de que nos casemos es una absoluta estupidez!

–Soy un buen partido –contestó con una sonrisa que a ella la irritó sobremanera–. Vale la pena el tiempo que vas a tener que invertir, y son muchas las mujeres que estarían dispuestas a correr el riesgo. Me gustan los niños y los animales, pero por encima de todo, me gustan las mujeres menudas de pelo rizado.

–Enzo… basta –respondió, reconociéndose en la descripción.

–Solo tendríamos que permanecer casados hasta que los niños fuesen tuyos legalmente. Entonces recuperaríamos nuestra libertad, y yo me aseguraría, al separarnos, que tuvieras una casa decente para los tres. Y cuando yo me marchara, podrías empezar de cero –añadió.

«Cuando yo me marchara…» esa frase le reverberaba en la cabeza como una sentencia de muerte.

–Es una oferta muy generosa…

Pero no era la oferta que podría haberle abrigado el corazón en lugar de helárselo. Un matrimonio falso. Enzo nunca habría considerado uno real, y debería haberlo sabido desde el principio, como también sabía que le dolería muchísimo cuando dejase de ser el sabor del mes y se alejase de ella. El corazón se le hundió.

–Es la solución práctica a todas tus preocupaciones, y nos permitirá seguir como estamos hasta que decidamos lo contrario.

–¡Enzo, ni siquiera estarías conmigo si estuvieras llevando tu vida normal de playboy! –protestó–. Estás conmigo porque no hay mucho más donde elegir aquí, y porque te resulta conveniente.

Enzo tiró de su mano para que se levantase.

–*Madre di Dio*, ¿qué le ha hecho esa rata cobarde a tu autoestima? ¿De verdad crees que no tengo donde elegir en lo que a mujeres se refiere? ¿O que podría contentarme con lo conveniente?

–Lo que intentaba era explicarte que…

–Podría haber llamado a cualquiera de las mujeres que conozco para invitarlas a hacerme compañía aquí, pero te conocí a ti, y te deseé a ti en particular, y ninguna otra mujer habría podido ocupar tu lugar.

Sus increíbles ojos se veían como oro líquido, y sus magníficas pestañas negras intensificaban su mirada. La respiración se le detuvo a Skye en la garganta.

–No debería haber dicho eso –musitó, avergonzada.

–Sobre todo porque no es verdad –contestó, acariciando su pelo y su espalda–. Tú y yo estamos juntos.

–¿En una relación? –preguntó, aturdida.

–Siempre ha sido en una relación –contestó, convencido de que era seguro usar esa palabra cuando no suponía una inversión emocional para él–. Nunca ha sido una aventura de una noche. En cuanto te tuve, volví a desearte de inmediato, y sigue siendo así.

–¿Y eso te preocupa? –quiso saber.

–Si quieres irte a tu cama, sí –respondió en voz baja, sus cuerpos pegados, el de él con la promesa de su erección.

–Así que estás dispuesto a pedirme que me case contigo por algo tan simple como un buen sexo.

–No es algo tan simple. ¿De verdad quieres que entremos en detalle sobre esta atracción?

Skye lo miró en silencio porque esa misma atracción de la que hablaba, aquella química explosiva, la estaba partiendo en dos. Sabía bien lo que un marido rico podía suponer de cara a mantener la custodia de sus hermanos, algo que la angustiaba sobremanera, pero también era consciente de que su reputación de playboy podía jugar en su contra. Sin embargo, el futuro que

él podía ofrecerles a los niños y a ella contenía la seguridad de la que ella carecía.

A diferencia de Ritchie, que también le había hablado de matrimonio para olvidarlo después, en cuanto la tuvo a su alcance, Enzo era sincero en lo que le ofrecía y en lo que quería de su acuerdo. Una esposa que solo lo fuera sobre el papel, y que accedería a divorciarse en cuanto él se aburriera. No pretendía amarla, ni intentaba engañarla ofreciéndole una relación para siempre.

–Lo pensaré. ¿Alguna vez has estado enamorado? –le preguntó con voz mortecina.

–Una vez, y no quiero repetir. Era joven y un poco idiota. Ya no lo soy.

–¿Quién era ella?

–Ya no hablo de eso. Ocurrió hace un montón de años.

–Me gustaría que me lo contaras.

–Te vas a llevar una buena desilusión.

–¿Pensasteis en casaros?

–Sí, pero poco después descubrí que me había estado engañando. Me escapé por los pelos. ¿Te lo estás pensando, entonces? Gran parte de tus problemas desaparecerían si estuvieras conmigo.

–Pues claro que lo estoy pensando. Eres guapo, sexy, increíble en la cama y, a pesar de tu reputación, estoy descubriendo que eres de confianza.

Enzo apagó la chimenea.

–Ya recogerás mañana. Así que soy increíble, ¿eh?

Skye enrojeció hasta el pelo.

–¡Ya sabes que sí!

Enzo tomó su mano para guiarla escaleras arriba.

–Qué responsable eres –comentó él al ver que, al pasar, iba apagando las luces que antes había encendido.

–Y tú nunca piensas en esas cosas porque nunca has tenido que preocuparte por si podrías o no pagar las facturas.

Enzo la apretó contra su cuerpo y se apoderó de aquella boca provocadora con un hambre febril.

–Ay, perdona, que querías irte a dormir pronto sin interferencias.

Ella se rio.

–Me has quitado la idea de la cabeza con tu proposición.

Había empezado a compartir la alcoba de Enzo, aunque su ropa seguía estando en la que le había asignado en un principio. Se había llevado solo el desmaquillante, y se puso a ello mientras él la observaba desde la puerta del baño.

–Nunca había visto a una mujer sin maquillaje hasta que te conocí a ti –le confesó.

–Y yo no debería haberte dejado espiarme –le respondió, dándole con la puerta en las narices para cepillarse los dientes.

–He ido a ver a los niños –le dijo cuando ella volvió para acostarse.

–Algún día vas a ser un gran padre –le dijo mientras él se desnudaba, pero el estómago se le encogió al ser consciente de que ella nunca sería la mujer que escogería para madre de sus hijos.

Intentó cerrar los ojos, pero la tentación de verlo desprenderse de la ropa era demasiado fuerte. Aquellos músculos cubiertos de piel dorada le dejaron la boca seca.

–Me siento cosificado –protestó él–, pero me encanta ver cómo me miras. ¿Cuándo piensas desnudarte para que me toque a mí disfrutar?

–Mm… ¿nunca?

Enzo se acercó despacio.

–Nunca digas nunca conmigo. ¿Sigues pensando en ello? ¿Tú crees que alguna vez han dado una respuesta menos entusiasta a una proposición de matrimonio?

–¿Y tú crees que alguna vez un novio le ha dicho a la novia que iba a sacrificarse casándose con ella?

–No he sido muy diplomático –contestó, acomodándose en la cama–. No iba a ser un sacrificio porque nunca he deseado a otra mujer como te deseo a ti. Da igual dónde estés, qué hagas o qué lleves puesto.

–Lo que tú tienes es un desajuste hormonal –bromeó, acurrucándose contra él.

–No te voy a poner ni un dedo encima esta noche –le advirtió, mirándola a la cara–. Estás cansada.

–No tanto –bromeó, y deslizó su mano por sus abdominales.

–Lo mismo no estoy a tu alcance hasta que decidas qué vas a contestarme –murmuró después de un gemido de honda satisfacción.

–Los dos sabemos que voy a decir que sí porque tú vas a insistir, a insistir y a insistir hasta que mi respuesta sea sí.

–Ahora nos entendemos, *piccolo mio* –contestó, abrazándola pegada a su cuerpo–. Y podemos celebrarlo.

–Los sacrificios no se celebran, a menos que se sea un mártir.

Enzo se echó a reír y la besó largamente en la boca, lo que provocó una ola de felicidad en Skye.

Había dicho que sí a una locura.

Una hora más tarde, a punto de dormirse, sintió que Enzo se levantaba y se ponía unos vaqueros antes de marcar un número en el móvil.

–¿A quién llamas a estas horas? –le preguntó con voz adormilada.

–A Chiara, una amiga mía, y no es tarde para la mejor organizadora de bodas de toda Italia –explicó antes de lanzarse a una animada conversación en italiano.

El sueño desapareció de inmediato.

–¿Organizadora de bodas? –preguntó cuando le vio colgar.

–Sí. Mañana viene. Estamos pensando en las Maldivas. Nos vendría bien un poco de sol.

–¿Las Maldivas?

–Es la época del año perfecta, y estaremos de vuelta para Navidad.

–Enzo, necesito permiso de las autoridades para sacar a los niños del país.

–Entonces, ponte manos a la obra. Concierta una cita para que podamos ir los dos. Tenemos que darle prioridad, y hay algunas cosas que no puedo hacer por ti. Llamaré a mis abuelos mañana a la hora del desayuno y se lo contaré todo. Tú deberías hablar con Alana. Imagino que querrás que asista a la boda, ¿no? Y tendríamos que contratar a una niñera para la ocasión.

Completamente despierta ya, y con su lista de tareas en la cabeza, se incorporó en la cama y lo miró con los ojos muy abiertos.

–Es la una de la mañana, Enzo. ¿Qué narices has pensado decirles a tus abuelos?

–La verdad. Solo la verdad. No sería justo dejarles creer que somos una pareja de las de para siempre, aunque seguro que no se lo creerán y pensarán que acabaremos enamorándonos el uno del otro –frunció el ceño–. Se van a llevar una desilusión, pero no puedo hacer nada por impedirlo.

–Podríamos casarnos aquí mismo.

–No da el perfil. Es un sitio aburrido y húmedo, y a mí me gusta el sol.

Skye asintió despacio.

–Me pondré en contacto con la trabajadora social encargada de nuestro caso cuando abra la oficina.

–Mi equipo de asesoría se puede ocupar de las cuestiones legales.

–De modo que parece que vamos a casarnos de verdad.

–Y de lo único que tienes que preocuparte es de qué te vas a poner –sentenció, satisfecho.

Iba a hacerla feliz. Permanecerían casados hasta que ella tuviera su vida organizada, con sus planes de futuro bien pergeñados. Necesitaría, como poco, un año. Y, en el presente, la necesitaba, y esa necesidad iría apagándose con el paso del tiempo.

Capítulo 9

ME gusta el árbol y los colores tradicionales –declaró Enzo desde la puerta de la cocina una semana después, mientras Brodie lanzaba un grito al verlo llegar y Shona acudía a sus pies avanzando a gatas a gran velocidad.

Skye se volvió a mirarlo un segundo. Su imagen era como una droga para ella. Traía la corbata floja y una barba incipiente manchaba su mentón, desdibujando su habitual imagen de sofisticada elegancia, dejando en su lugar la de un hombre peligroso, masculino y endiabladamente sexy.

–La cena está casi a punto. Alana ha estado aquí toda la tarde y me ha ayudado con los adornos. Que Shona no se acerque al árbol va a ser complicado, pero he puesto cosas blandas en las ramas más bajas, y si tira, no hará mucho destrozo –explicó–. Mañana tenemos otra reunión con la trabajadora social. Hay que cumplimentar más documentos y quiere volver a hablar contigo. Es a las diez. ¿Podrás ir?

–Sí –contestó.

Skye estaba abriendo la puerta del horno para revisar su contenido cuando Enzo se interpuso entre ella y la puerta para colocarle un anillo en el dedo.

–¿Un anillo de compromiso? –preguntó, atónita–. ¡No lo esperaba! –exclamó, levantando la mano para que incidiera en la piedra la luz que entraba por la ventana–. ¿Un zafiro?

–Es un diamante azul muy poco común –contestó como si careciera de importancia–. Pero no te entusiasmes, que solo es parte de la representación.

Su ilusión se desinfló como un globo, aunque no pudo dejar de contemplar la belleza de aquella gema.

–Es precioso. No te voy a dar las gracias porque no me lo voy a quedar, pero voy a disfrutar llevándolo.

–Un cambio en los planes de boda –continuó Enzo–. Mi abogado me ha dicho que un matrimonio en Maldivas carece de validez legal, y mi abuela me ha dicho que, si no me caso en la iglesia en que me bautizaron, le partiré el corazón, así que tendremos que casarnos en Italia, celebrar allí el banquete y luego volar a las Maldivas para pasar allí un par de días.

–Sí, tu abuela ya me llamó para contármelo –le informó, y ver su desconcierto le hizo sonreír–. Al parecer, tu secretaria tenía mi número y se lo dio. Hemos hablado esta tarde. Lo único que se le ha olvidado preguntarme es el número que calzo. Todo lo demás, me lo ha preguntado por triplicado.

–A mi abuela no se le escapa nada. Lo siento.

–No tienes de qué disculparte. No me conocen, y que de pronto te cases conmigo… ha sido encantadora en la conversación.

–Querían venir a conoceros a los niños y a ti antes de la boda, aunque saben que solo es un papel –le confió–, pero les dije que íbamos a estar muy ocupados con los preparativos. Tenemos que acabar con el papeleo para los niños, y tú tienes que ir de compras para buscarte bañador y lo demás, además del vestido de novia.

–¡No sé ni por dónde empezar!

–Chiara te concertará las citas que necesites. Tiene mucha experiencia en estas cosas.

–¿Es amiga tuya, dijiste?

–Nos conocemos desde críos.

Habían cenado, y Skye ya había acostado a los niños cuando sonó el timbre.

–Es Chiara. Paola me envió un mensaje hace un rato para decirme que ya había llegado. Se va a alojar en el hotel Blackthorn. Me preguntó si podía quedarse aquí, pero necesitamos intimidad. Está claro que está deseando conocerte.

–Supongo –contestó, de camino a abrir, pero se volvió a mirarlo–. Antes de que sigamos adelante… ¿estás seguro de que quieres casarte conmigo?

–Nadie ha podido obligarme nunca a hacer algo que no quisiera hacer, aparte de mi abuelo, así que deja de preocuparte.

El deportivo aparcado delante de la puerta y la mujer que aguardaba a que le abrieran no eran para nada lo que ella se esperaba. Chiara debía medir casi un metro ochenta, tenía piernas de modelo, una melena rubia que le llegaba a la cintura y un rostro perfecto. Llevaba un pantalón ceñido de cuero a juego con una americana, ambos en color azul medianoche, y pasó por delante de Skye sin tan siquiera mirarla para ir en busca de Enzo hablando en italiano a toda velocidad.

–Habla en inglés, Chiara. Ven que te presento a Skye –dijo él, tomándola de la mano–. Skye es tu clienta, mi futura mujer.

Chiara la miró sin molestarse en ocultar su sorpresa, casi como si un viejo felpudo hubiese cobrado vida propia para intentar hacerla tropezar.

–Skye… me alegro mucho de conocerte. Espero que estés libre durante al menos las próximas cuarenta y ocho horas. Necesito conocer todos tus gustos antes de que podamos empezar a organizarnos.

Enzo sonrió a ambas.

–Yo tengo trabajo.

Skye hizo pasar a aquella diosa rubia al salón y le ofreció un refresco.

–Prefiero una copa –contestó.

–Abriré una de las botellas de vino de Enzo.

Cuando volvió con una copa de vino para cada una, Chiara abrió una pequeña *tablet* y comenzó a hacerle preguntas sobre sus preferencias en colores y estilos.

–Es una pena que los abuelos de Enzo se hayan empeñado en participar en las decisiones. El vestido va a tener que ser sencillo y tradicional para complacerlos, lo cual limita tus opciones.

–Me temo que, de todos modos, yo habría elegido algo sencillo y tradicional.

Chiara era muy eficiente, pero le hizo montones de preguntas personales que Skye fue esquivando como pudo.

–Así que ha sido amor a primera vista, ¿no? –comentó al saber que se habían conocido en una cuneta. Lo que no sabía era que ella huía de su

anterior novio–. No encaja demasiado en el perfil de Enzo. A él le gustan los desafíos, y tenerte aquí en su casa disponible…

–Es con lo que más disfruto –intervino el aludido desde la puerta.

–Si tú lo dices… pero déjame decirte que ninguno de tus amigos se va a creer que esto es real.

–Creo que, si esa es tu actitud, debería encargarme yo misma de los preparativos –cortó Skye.

–Muy bien dicho, *piccolo mio* –respondió Enzo, lo que le valió un sonrojo a la rubia–. Sé que puedes ser un encanto si te lo propones, Chiara. ¿Qué decides?

–Que me meteré en mis asuntos y no diré nada más. Quiero organizar esta boda. Va a ser el evento del año, y quiero poder incluirla en mi currículo para impresionar a los clientes.

Complacida por su candor, Skye se levantó a servir otra copa de vino para Enzo.

–Lo cuidas… ¡*Dio mio,* no me extraña que esté en el séptimo cielo! –se maravilló Chiara–. Enzo, si este secreto se hubiera hecho antes del dominio público, habrías tenido una cola de esposas devotas esperando a tu puerta hace años.

A Skye no le importaba hacerlo porque él lo apreciaba siempre y no se aprovechaba. Claramente Chiara no deseaba cuidar de ningún hombre, pero cada relación era distinta, y lo que estaba bien para ella podía no estarlo para otra persona.

–Skye no es una esposa devota. Es profesora.

–Pero no habrás pensado trabajar.

–Ya veremos –contestó, consciente de que en un futuro tendría que buscar otro puesto como profesora para ir preparando el momento en que volviese a vivir sola.

Chiara suspiró cuando vio su anillo de pedida y para cuando se marchó, Skye estaba aburrida de tanta cháchara nupcial.

–Chiara tiene una lengua muy afilada –comentó cuando volvieron a estar solos.

–Sus padres tuvieron un divorcio muy desagradable cuando ella era una cría.

–Y es muy posesiva contigo. ¿Salisteis en algún momento?

–No, pero nos acostamos cuando yo tenía quince años. Con ella fue mi primera vez, pero se trató de algo casual, al que ninguno de los dos le dimos importancia.

–Me lo imaginaba por su forma de mirarte. No me gusta cómo lo hace, pero puedo ignorarlo. Tu abuela me dijo que es muy buena en lo suyo.

–Me encanta lo práctica que eres –se admiró, y la hizo apoyarse sobre su pecho.

Su olor era para Skye una adicción.

–Mañana por la tarde tengo que ir al juzgado por la orden de alejamiento contra Ritchie.

–Lo sé. Me ha avisado tu abogado. Te acompañaré.

–No, no quiero que te metas. Ritchie estará también, y no quiero que te asocie conmigo y pueda aprovecharse de ello. Es un tío peligroso.

–¿Que me asocie contigo? ¡Si vamos a casarnos!

–Quédate al margen. Es mi problema, y me enfrentaré yo a las consecuencias. Imagina la que podría armar la prensa si te reconocieran y si se supiera que me atacó.

Enzo frunció el ceño.

–Llevarás un equipo de seguridad mañana.

–De acuerdo.

–Pero yo preferiría estar allí en persona para apoyarte.

–Lo sé, pero hay cosas a las que me tengo que enfrentar yo sola.

Las dos semanas siguientes fueron una locura. Los niños pillaron el sarampión y Skye acabó durmiendo en su habitación todas las noches para estar cerca cuando se despertaban llorando o con fiebre. La solicitud de la orden de alejamiento se concedió y Ritchie ya no pudo ponerse en contacto con ella, ni acercarse. Era un alivio, pero ver a Ritchie en el tribunal, amenazante y amargado, la había angustiado enormemente. Desde fuera podía parecer que daba la talla, pero por dentro se moría de miedo de tenerlo tan cerca. Había estado a punto de matarla. ¿Cómo podía haber creído amar a esa persona alguna vez?

La noche antes de su boda, a pocas horas de tomar el avión para Italia, llegó el desastre. Sonó el móvil de Enzo cuando estaban cenando y lo vio

levantarse de repente de la silla, alzando la voz y exigiendo una aclaración. A continuación, guardó el teléfono y corrió hacia la puerta.

–¿Qué ocurre?

Skye salió tras él.

–¡Hay un incendio en la fábrica! Han tenido que llevar al hospital al guardia de seguridad. Alguien lo dejó inconsciente.

–¡Dios bendito! ¿Qué quieres que haga yo?

–No creo que mañana pueda volar contigo. Llegaré en cuanto me sea posible. No te preocupes. Estaré en cuanto pueda.

–¡Enzo! –lo llamó. Si la fábrica había ardido, iba a serle muy difícil salir de Reino Unido–. Quizás deberíamos posponer la boda –sugirió cuando él salía ya.

Enzo se volvió un instante, su gesto inusualmente grave.

–De ninguna manera, ahora que ya lo tenemos todo en marcha al fin.

Skye no pudo dormir y se levantó muy temprano. Iba a tener que tomar el avión a Italia sola y conocer a sus abuelos sin la presencia de Enzo. Menos mal que tendría a Alana e Isabel, la alegre niñera que había contratado Enzo, además de a los niños. Se las arreglaría, como siempre.

Aquella misma tarde, en la intimidad de la habitación que le habían reservado para vestirse en casa de los abuelos, se preguntó qué ocurriría si Enzo no llegaba a tiempo. ¿Y si la dejaba plantada en el altar? No, Enzo nunca la dejaría en el último momento, ni la sometería a esa humillación.

Por el abuelo sabía que se sospechaba que el incendio había sido provocado. Ya se había sofocado, pero el daño causado había sido importante, y los expertos estaban valorando si restaurar lo deteriorado o derruirlo.

Alana, deslumbrante en un vestido verde esmeralda, entró en tromba por la puerta.

–¡Ha llegado Enzo! Quería subir a verte, pero su abuela no se lo ha permitido porque dice que da mala suerte –tomó aliento y miró embobada a su hermana–. Dios, pareces un hada con ese vestido.

Enzo estaba, por fin, bajo el mismo techo que ella. Gran parte de la ansiedad acumulada se desvaneció, y por fin pudo sonreír. Su vestido estaba hecho de un encaje que brillaba cuando unas pequeñas cuentas de cristal atrapaban la luz. Las mangas eran largas y pegadas, el cuerpo entallado con un escote en forma de corazón. Chiara se quejaba de que era demasiado

sencillo, pero a ella no le gustaban los adornos en exceso. La cola era corta y se podía recoger, y el velo también era corto, prendido a una tiara de perlas que Sophie Martelli se había empeñado en prestarle. La belleza del vestido radicaba en el exquisito encaje y en su diseño clásico.

Al bajar por la imponente escalera seguida de Alana, pasó junto a una fotografía de Enzo siendo un adolescente y, a juzgar por el brillo de su mirada, parecía no traerse nada bueno entre manos. Había crecido en una familia tradicional rodeado de amor, pero en algún momento de su pasado, su fe en las personas se había resentido, quedando reemplazada por la desconfianza. ¿Sería por culpa de esa relación que tuvo en la universidad, o sería por la influencia del dinero de los Durante? Sophie, que le había pedido que la llamase abuela, le había mostrado su álbum de fotos. Enzo era la viva imagen de su difunto padre, cuya vida parecía haber ido saltando de un desastre al siguiente, y sus abuelos habían hecho todo cuanto estaba en sus manos para asegurarse de que Enzo no acabase como él.

Había acudido en su rescate, pensó mientras subía al coche lleno de lazos, con su hermana y Eduardo Martelli quien, al no haber ningún pariente masculino de su lado, se había ofrecido a acompañarla al altar. Enzo tenía muchas cualidades positivas. Se había portado de maravilla con ella y con los niños, a pesar de no ser hombre que estuviera deseando crear un hogar con una mujer. Pero no debía olvidar que su matrimonio tenía fecha de caducidad. Había firmado un acuerdo prenupcial lleno de cifras duras y frías. Sabía lo que estaba haciendo, pero no debía estar pensando constantemente en Enzo, ni echarlo de menos, ni preocuparse por él. De hecho, ya se había involucrado demasiado, mucho más de lo que debería.

–Estás nerviosa –comentó Alana, al ver cómo apretaba el ramo de flores, ya dentro de la enorme iglesia.

En un primer momento, tuvo la sensación de estar en un campo florido, porque cada banco estaba decorado con hermosas flores y lazos. Se había llenado todo el altar de velas. Enzo llevaba un traje gris y la esperaba allí, alto, fuerte e increíblemente masculino de la cabeza a los pies. No parecía nervioso, sino frío como el hielo, confiado e incluso un poco impaciente porque empezase la ceremonia, y ella le sonrió. Esa seguridad total era cien por cien Enzo.

Había algo increíblemente atractivo en la sonrisa de Skye, se dijo Enzo. Ser consciente de lo nerviosa que estaba le encogió el pecho. La boda íntima y rápida que había imaginado había acabado transformándose en un evento exclusivo en el que todo el mundo que era alguien importante había sido invitado, la élite de la sociedad y del mundo de los negocios estaba presente, de modo que la iglesia estaba a reventar.

Su novia le hacía sentirse orgulloso. Era la viva imagen de la elegancia, con su cuerpo esbelto envuelto en un delicado encaje que parecía brillar, igual que su personalidad. Sus abuelos la adoraban, tanto a ella como a sus hermanos, y ya le habían mencionado la clase que tenía y lo admirable que era la devoción que mostraba con sus hermanos, y él, por primera vez, se lamentó de que su matrimonio fuera una farsa.

La idea le afectó sobremanera y palideció, transformando las manos en puños apretados. Se había encariñado de ella y de los niños, incluso del tonto del perro, y eso no era un delito, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Hizo caso omiso de Shona, que sentada en el regazo de su abuela, alzaba los bracitos hacia él, mientras Brodie miraba enfadado a Isabel, la niñera, que ya lo había atrapado casi al vuelo en un par de ocasiones en las que pretendía liberarse. Suerte tendrían si la ceremonia transcurría sin que tuviera un berrinche.

Cuando se separaran, seguiría visitándolos, al menos hasta que Skye encontrase a otro. Apretó los dientes. Era una mujer encantadora. Seguro que no duraría mucho como madre soltera. Era hermosa, inteligente, leal y honesta. Un premio para cualquier hombre.

Cuando se arrodillaron delante del sacerdote, Skye se dio cuenta de que Enzo estaba muy tenso, y apretó su mano mirándolo con una sonrisa, y antes de que pudieran darse cuenta, estaba poniéndole el anillo en el dedo y acercándose para besarla. Su cuerpo reaccionó con una intensidad tal que le recordó el tiempo que llevaban sin hacer el amor. El sarampión había sido tan eficaz como cualquier voto de celibato.

Un mar de cámaras los aguardaba en la puerta de la iglesia, y fue un alivio poder escabullirse en la limusina para su traslado al hotel en el que se celebraría el banquete.

–No me imaginaba que fuese a haber tantos invitados –comentó.

–Y habrá más que se nos unirán ya en el hotel. En la iglesia no cabían todos. Me temo que nos encontraremos incluso con mis compañeros de

clase de la guardería. Mi abuela quería que asistiera todo el mundo.

Casi sin querer, dio voz al pensamiento de si su amor de universidad estaría en la lista de invitados.

–¡Pues claro que no! –contestó Enzo, atónito–. ¿Por qué iba a estar invitada?

Skye no hizo caso de la furia que vio brillar en sus ojos.

–Entonces, ¿no habéis seguido siendo amigos?

–¿Por qué tienes tanta curiosidad? –espetó.

–Me has dicho que solo te has enamorado una vez en la vida, ¿y no quieres que sienta curiosidad?

Enzo se encogió de hombros.

–No quiero hablar de ello.

–¿Aunque tú sepas todo lo que ha habido en mi vida? Es más: no solo lo que ha habido, sino que también quieres saber lo que va a haber.

–Aun así.

Se hizo un silencio.

–Todavía no he podido decirte lo preciosa que estás con ese vestido.

–El cumplido no está cayendo precisamente en terreno fértil.

Llegaron al hotel y se vieron rodeados por un gran número de invitados, con lo que las presentaciones parecieron extenderse una eternidad. Le dolía la cara de tanto sonreír, y la mano de estrecharla tantas veces. En cuanto pudo, se escabulló para ir a ver a sus hermanos.

Shona se sentó en su regazo diciendo:

–*Zozo… zozo…*

–Enzo –le corrigió Brodie, haciéndose el importante.

–Me temo que ya hemos tenido nuestra primera discusión –se lamentó al volver a sentarse junto a él en la mesa presidencial.

–Solo una diferencia de opiniones –la contradijo.

–La próxima vez que quieras saber algo sobre mí, pienso darte con la puerta en las narices.

Enzo se echó a reír.

–Te voy a dar una pista: las historias de las que no quiero hablar son las que me hacen quedar como un idiota.

–Como la del desastre en aquella cena –adivinó, algo más comprensiva después de aquella admisión.

–Mis abuelos y Alana se han ofrecido a cuidar a los niños mientras estemos en Maldivas –dijo–. Mi abuela dijo que un vuelo de doce horas no es lo mejor para unos niños tan pequeños, además para estar allí solo un par de días.

–Creía que Alana nos acompañaba.

–Me dijo que no le hacía mucha gracia ir de carabina. Pasaremos la noche de bodas en el avión, y yo también preferiría llevar a los niños cuando podamos dedicarles más tiempo.

Era una sugerencia razonable, de modo que decidió disfrutar de los niños aquella tarde para que Alana tuviera la ocasión de relajarse y charlar con el resto de invitados. Había cambiado mucho con la muerte de sus padres. Se había centrado solo en el trabajo y en ahorrar. Incluso dejó a un lado su pasión por el arte y se dedicó a trabajar horas en el hotel. Encontrarse de golpe con la responsabilidad de criar a sus hermanos las había obligado a madurar más rápido de la cuenta, y la diversión prácticamente había desaparecido de sus vidas.

La celebración resultó muy animada. Según dijo Enzo con orgullo, los italianos sabían cómo organizar buenas fiestas y disfrutarlas.

Cuando llegó el momento de marcharse, Skye subió a la primera planta para quitarse el vestido de novia y ponerse algo cómodo para el viaje.

–Ha sido un día muy largo y estarás muy cansada –comentó Enzo, ya en la limusina de camino al aeropuerto.

–Pero es nuestra noche de bodas.

Enrojeció de inmediato. Seguía mostrando muchos más sentimientos que él. Eran amantes, pero lo suyo no era para siempre. Enzo podría vivir sin ella. Enzo pasaría página sin problema. Las promesas que habían intercambiado en el altar eran falsas.

–Lo único que vas a hacer en el avión será dormir. Estás muerta. Mañana nos despertaremos con cielos azules y un sol radiante.

Skye sonrió.

–Sí.

Enzo la tomó de la mano para entrar en el aeropuerto, arropados por su equipo de seguridad.

–Se llamaba Allegra… la mujer de la que me enamoré –le dijo en voz baja cuando ya estaban embarcando.

–Háblame de ella, si quieres –contestó, sorprendida.

–Querer no quiero, pero tampoco debo tener secretos contigo. Tú no me has ocultado nada –añadió.

Aquella concesión, aunque tardía, le caldeó el corazón, y se sentó junto a él en la cabina.

–Niccolo, el primo de Allegra, era mi mejor amigo en la universidad. A los dos nos gustaban mucho los deportes y la conocí a ella por él. Habían crecido juntos, y sus familias estaban muy unidas. Sus padres eran mellizos que se casaron a su vez con dos mujeres que eran hermanas, y todos vivían en la misma ciudad. Hasta Allegra y Niccolo parecían hermanos.

–¿Cómo era?

–Una morena muy alegre a la que le encantaba bailar, y era el alma de todas las fiestas. Me enamoré de ella enseguida y no llevábamos dos años cuando le pedí que se casara conmigo. Pensamos casarnos después de la graduación.

–¿Qué salió mal?

–Me fui a casa un fin de semana para contárselo a mis abuelos. El abuelo no tuvo objeción ninguna, pero mi abuela me dijo que tenía la impresión de que Allegra no era sincera, y que no me precipitara. Esa noche me fui al apartamento que Allegra compartía con su primo, y cuando estaba aparcando, vi una silueta detrás de las cortinas. Era una pareja que se besaba. Solían tener invitados, así que no pensé nada raro.

Skye lo miró angustiada.

–No me esperaban, y tampoco tenían invitados, pero me bastó con verlos juntos para adivinarlo. No podía entender por qué habían fingido que su relación era solo de primos. Todo lo demás me encajó. Ella no quiso venirse a vivir conmigo porque decía que a sus padres no les gustaría, y aunque yo pasé algunas noches en su casa, nunca me dio una copia de la llave. Tras las puertas cerradas, se sentían libres de hacer lo que quisieran.

–¿Y qué hiciste? –le preguntó, con el estómago revuelto.

–Me enfrenté a ellos. Curiosamente fue Niccolo quien me lo confesó primero. Yo creo que estaba tan celoso de nuestra relación que incluso le gustó confesármelo. Sin embargo, ella mintió hasta el final. Al parecer, se enamoraron siendo adolescentes y sus familias se horrorizaron. Les parecía que siendo primos eran familia demasiado cercana para poder ser pareja, de modo que su relación se volvió clandestina, pero nunca cesó. Habían estado

acostándose todo el tiempo que ella había estado conmigo. Eso no lo pude soportar.

–Claro.

–Me quedé destrozado. Me había enamorado de una chica que no existía. De hecho, fue ella la que le pidió a Niccolo que se hiciera amigo mío. Necesitaba un novio como coartada para su familia, y siendo yo amigo de su primo, tenían infinidad de excusas para estar juntos sin que nadie sospechara. Si hubiéramos llegado a tener hijos, dudo que hubieran sido míos.

–¿Qué pasó después?

–No volví a hablar con ninguno de los dos. Tampoco se lo conté a nadie. Me sentía tan idiota, tan estúpido por no haberme dado cuenta antes… les dije a mis abuelos que la había pillado engañándome sin más. No quise darles detalles sórdidos. Los dos se pusieron de acuerdo para engañarme, y lo consiguieron durante dos años, y yo nunca he podido olvidarlo.

La humillación debió ser espantosa para él. Le habían mentido y engañado de manera calculada.

–Nada de lo que hicieron tenía excusa. Deberían haberle plantado cara a sus familias y haber ido al médico para ver si había algún impedimento por el que no pudieran estar juntos.

–Sí, pero Allegra es la razón por la que yo no puedo amar –le confesó cuando el avión ya se ponía en movimiento–. El amor te ciega, te hace vulnerable. Puedes estar muy a gusto con una mujer sin tener que entregarle tu alma.

–Siento mucho lo que te pasó.

Enseguida sirvieron un refrigerio y un instante después, se quedó profundamente dormida.

Skye se despertó a la mañana siguiente con el dibujo que el sol hacía sobre un desconocido techo de madera, filtrándose por la persiana y los visillos. Recordaba vagamente que Enzo la había despertado para bajar del avión y que habían atravesado la bulliciosa terminal para subir a un taxi. También recordaba que él la había ayudado a desnudarse y a meterse en la cama, y en aquel momento se sentía maravillosamente descansada por

primera vez desde hacía semanas. Había una huella en el otro lado de la almohada, lo que le confirmó que Enzo había dormido con ella.

Se duchó y sacó de la maleta un bikini rojo que se puso para salir al pantalán de madera al que se accedía directamente desde la habitación. El mar, tan claro como un cristal, se rizaba en olas a sus pies, y al fondo de sus aguas podía ver pequeñas piedras, caracolas y peces de colores. Sobre él, un cielo azul cobalto, y levantó la cara hacia él para recibir los rayos cálidos del sol.

–Buenos días, dormilona. He pedido el desayuno al oírte en la ducha.

Sorprendida, se volvió a mirarlo. Estaba apoyado en uno de los pilares que sostenían el pantalán, en bañador, y la piel le brillaba mojada. Acababa de salir del agua y el sol arrancaba destellos de sus hombros, de su abdomen, de su cintura. Los pezones se le endurecieron y notó calor entre las piernas. Como siempre, estaba magnífico. Vestido o desnudo, era impresionante. Y ahora, su marido, aunque su matrimonio no fuera real. No debía olvidarlo.

–No recuerdo haber visto un hotel anoche, aunque la verdad, no recuerdo demasiado de nada.

–El hotel no se ve desde aquí. Estamos en una isla totalmente privada. Solo el personal de servicio tiene acceso. ¡Estoy deseando darme un chapuzón desnudo esta noche!

–Ya llega el desayuno –anunció, caminando hacia la mesa dispuesta a la sombra, rodeada de palmeras y de arena blanca–. Esto es el paraíso. ¡Siento haberme dormido como una marmota!

Dispusieron una increíble variedad de productos en la mesa.

–¡Dios, qué hambre tengo! –exclamó, echando mano a una fruta tropical y una tortita–. Ayer estaba demasiado estresada como para comer.

–El descanso nos va a venir bien, señora Durante –respondió, recostado en la silla.

–¿Hay noticias del incendio? –preguntó, disfrutando del delicioso sabor.

–Se confirma que ha sido provocado –le contó, tenso–. Se utilizó un acelerante en los almacenes, que ardieron como una tea y propagaron el incendio a la fábrica. El empleado de seguridad no vio nada porque se le golpearon por detrás. Puede que en las cámaras de seguridad se vea algo, pero una de ellas estaba desconectada.

Hablaron de los planes para la reconstrucción y de los bocetos que ya le había enviado el arquitecto.

–Me he levantado a las seis para hablar con todo el mundo–, reflexionó con una sonrisa–. Hace unos meses, nunca estaba despierto para ver amanecer. Me pasaba las noches de fiesta, pero ya estaba aburrido. Prefiero trabajar que aburrirme. No sé cómo lo voy a admitir delante de mi abuelo, pero su chantaje ha funcionado.

–¿Chantaje?

Enzo le refirió el acuerdo al que había llegado después del episodio de la famosa cena.

–Y la ironía es que me siento mucho más feliz trabajando que persiguiendo el último entretenimiento de moda.

–No puedo opinar porque antes no te conocía.

–No te habría gustado. Creo que no había sido capaz de madurar.

–Aún no me has contado qué pasó en la dichosa cena.

Enzo hizo una mueca.

–Mi acompañante se metió debajo de la mesa e intentó bajarme la cremallera.

–¿Qué?

–Estábamos en plena cena, y se aburría. Me costó Dios y ayuda conseguir que volviera a sentarse, pero fue más culpa mía que suya. Los dos estábamos borrachos y ella no sabía comportarse.

Skye puso cara de circunstancias.

–¿En qué estabas pensando?

Enzo se levantó y fue a ella para hacer que se levantase también.

–Pienso mucho mejor cuando te tengo cerca –le dijo mientras ella se reía–. Y he aprendido a apreciar el sentido común.

–El sentido común no es sexy.

–Lo es cuando has visto lo contrario en acción. De modo que sales aquí con un diminuto bikini rojo, ¿y pretendes convencerme de que no eres sexy?

Entraron al dormitorio y Enzo la tumbó en la cama.

–No es diminuto. Lo que pasa es que no tengo mucho que tapar.

–Más que suficiente para mí –respondió antes de lanzarse a su boca y tumbarse sobre ella–. Y ahora voy a tener que averiguar cómo quitártelo.

Pasaron dos días en un torbellino de actividad. A Skye le gustó más el *jet-sky* que el *water-sky* porque no conseguía mantenerse de pie en el agua. Hicieron esnórquel y navegaron en un catamarán. También cenaron en la playa, se bañaron desnudos y tomaron unas copas en la orilla. Enzo confesó que echaba de menos a Brodie y a Shona, algo que a ella le llegó al corazón, y compraron un montón de juguetes para ellos.

Durmieron en el viaje de vuelta, y cuando estaban a punto de aterrizar y mientras Skye se ponía los vaqueros, el jersey y las botas, preparándose para las temperaturas que los recibirían, no tuvo más remedio que admitir lo inadmisible: después de aquellas maravillosas cuarenta y ocho horas con Enzo, y a pesar de que no había dejado de advertirse que mantuviera la cabeza fría porque aquel matrimonio no iba a durar, había acabado totalmente enamorada. ¿Acaso era posible otra cosa? La había cuidado y apoyado sin desilusionarla ni una sola vez. Hacía que se sintiera especial y lo compartía todo con ella. Pero, en algún momento, anunciaría su vuelta a Italia y ella tendría que asumirlo. No iba a echarle en cara sus sentimientos, así que no iba a decirle absolutamente nada. No se lo merecía, siendo como había sido sincero con ella desde el primer momento.

Ya en la terminal, se separaron.

–Me esperan los de seguridad para ir a la fábrica –le dijo, de nuevo vestido de traje–. Intentaré no llegar muy tarde. Quiero ver a los niños.

Skye estaba deseosa de llegar a casa y de ver a Alana y a Shona, ya que a aquellas horas, Brodie estaría jugando en la guardería, pero se llevó una desilusión: Alana había dejado una nota diciendo que se había llevado a Shona de compras. Entonces vio que Mavis, el coche de su madre, tenía una rueda pinchada y llamó a Enzo.

–¿Puedo usar tu coche? Mavis tiene una rueda pinchada y no me da tiempo de cambiarla para ir a por Brodie.

–Matteo puede llevarte. Es el mejor conductor de todo el equipo.

–Yo se la cambiaré cuando volvamos, *signora* –se ofreció Matteo cuando Skye subía al SUV.

Iban colina abajo en dirección al pueblo cuando Matteo comenzó a protestar en italiano. El SUV se iba de lado a lado.

–¡No tenemos frenos!

Se acercaban a una intersección y Skye se agarró al asiento mientras Matteo intentaba hacerse con el coche.

–¡Vamos a volcar! –exclamó, viendo que se iban irremediablemente a la cuneta.

Con el corazón desbocado, oyó un estruendo y el coche se sacudió violentamente al clavarse de morros en la cuneta. Sintió cómo se golpeaba la cabeza contra el cristal y un dolor insoportable le penetró por la sien hasta que la negrura lo engulló todo.

Capítulo 10

SKYE se despertó despacio. Le dolía la cabeza. Recordaba vagamente encontrarse mal, a médicos y enfermeras a su alrededor. Hizo ademán de incorporarse, pero la habitación comenzó a darle vueltas y volvió a dejarse caer, intentando no vomitar.

–¡Gracias a Dios! Te has despertado por fin.

Era una voz familiar y pestañeó varias veces para enfocar la visión. Era su hermana, de pie junto a la cama, con Shona en brazos.

–He estado a punto de estrangular a Enzo.

–¿A Enzo? ¿Por qué? –preguntó, extendiendo los brazos hacia la niña, que quería soltarse de Alana–. Dámela.

La niña quedó entre la barandilla de la cama y el cuerpo de Skye.

–¿Dónde está Brodie?

–Con Enzo.

–¿Qué ha pasado? Nos hemos salido de la carretera, ¿verdad?

Alana se sentó suspirando.

–Habéis volcado. Matteo consiguió frenar el coche contra la cuneta, pero te golpeaste la cabeza con el cristal de la ventanilla. Te trasladaron en ambulancia. Matteo estaba muy asustado y llamó a Enzo desde el lugar del accidente.

Era un alivio saber que Matteo estaba bien y que alguien había recogido a Brodie.

–¿Qué hizo Enzo? –preguntó en voz baja.

–¿Por dónde quieres que empiece? –gruñó–. ¿Por la multa que han querido ponerle por rebasar el límite de velocidad en la autopista de camino al hospital? ¿Por cómo consiguió que le dieran escolta policial hasta aquí? ¿O por el número que montó en Urgencias, hasta el punto de que casi lo echan a patadas? ¡Cómo le gusta el drama, por Dios! Si te llegas a matar, se tira desde el último piso.

–Ahora mismo está con la policía que investiga su accidente –intervino alegremente un hombre de bata blanca.

El médico y una enfermera habían acudido a comprobar sus constantes. El doctor le enumeró las pruebas que le habían hecho y le confirmó que todo estaba bien, pero que la náusea y los mareos tardarían un tiempo en desaparecer, y que lo mejor sería que pasara la noche en el hospital. Luego, una vez en casa, tendría que descansar unos días. Y añadió, muy serio, que el neurocirujano al que su marido había llamado, no iba a tener que intervenir. Skye hizo una mueca de disgusto.

La enfermera le estaba colocando las almohadas para ayudarla a incorporarse cuando Enzo apareció con Brodie de la mano. Se había quitado la corbata y estaba inusualmente pálido, pero sus ojos se iluminaron al verla despierta. Su hermanito se soltó de él y corrió a la cama.

–Con cuidado, Brodie –le advirtió Alana, frenándolo–. A Skye le duele la cabeza.

–¿Un *becito* para curar? –sugirió.

–Sí –contestó Enzo, tomándolo en brazos para que pudiera llegar a su hermana–. Despacito. Me has quitado diez años de vida –se quejó, estudiando su cara arañada e inflamada–. La mayoría no tarda en despertar después de una conmoción, pero tú sí, y tenía miedo de que entrases en coma.

–Y que durmieras para siempre como la Bella Durmiente –pinchó Alana.

–Estoy bien, Enzo.

–Yo no diría precisamente eso. El *airbag* se abrió y te arañó la cara. Eres demasiado bajita. Cuando te vi en la camilla, tan blanca y tan quieta…

Se pasó las manos por la cara como si quisiera deshacerse de esa imagen.

–Me llevo a los niños a casa –anunció Alana.

–La niñera se quedará hasta que Skye esté recuperada.

–Mañana estaré perfectamente –respondió la aludida.

–Tienes que tomártelo con calma unos días, y con Brodie y Shona no podrías. Por una vez, voy a ser yo el que cuide de ti –añadió–. Trabajaré desde casa el resto de la semana.

–No hace falta que…

–No seas pesada –intervino Alana–. Así se sentirá mejor –se acercó y la abrazó–. Te veo pronto.

Sus tres hermanos salieron y la habitación quedó en silencio.

–¿Llamaste a un neurocirujano? –preguntó, sin poder dar crédito.

Enzo se irguió sin sentir la más mínima vergüenza.

–Es que estaba muy preocupado.

–¿Qué quería la policía?

–Quieren revisar el coche. Que el incendio de la fábrica fuera provocado les ha puesto en alerta. Podría haber sido yo el que fuera en el coche –suspiró–. Ojalá hubiera sido yo.

–Qué tontería. Me alegro de que estés de una pieza. Matteo lo hizo de maravilla bajando la colina sin perder el control. No sé cómo consiguió mantener la calma.

–De joven perteneció a las fuerzas especiales.

–Siento haberte echado a perder el día…

–¿Estás de broma?

–Pues no. Sé lo ocupado que estás, y solo te faltaba…

–¿Una esposa muerta? –espetó–. ¡Podíais haber ido todos en el coche!

–Menos mal que no.

–Verte en la camilla me hizo darme cuenta de algo muy importante. Había estado a punto de perderte, y el susto me hizo reaccionar. Mañana tenemos que hablar.

Skye tragó saliva.

–¿De qué?

–De nosotros… de este matrimonio.

Parecía frustrado, y Skye sintió un estremecimiento recorrerle la espalda.

–La he liado pero bien, y lo mismo la lío todavía más rompiendo las reglas, pero… en fin, que este no es el momento de hablar de ello.

¿Reglas? ¿Qué reglas?

Enzo insistió en quedarse con ella, y aunque Skye intentaba permanecer despierta, los ojos se le cerraron hasta que volvió a entrar un auxiliar con una bandeja de comida.

–Vete a casa, Enzo –le pidió–. Estás agotado. ¿Has comido algo desde esta mañana?

–Compré algo en la cafetería para los niños.

El corazón se le derritió en el pecho, convencida de que se habría ocupado de las necesidades de todos antes que de las propias. Lo conocía bien. Los ojos le escocían a rabiar y hubiera querido abofetearse por ponerse tan sentimental, pero es que no podía evitarlo. Lo quería tanto… ¿De qué querría hablar con ella? ¿Había roto las reglas? ¿Qué reglas? ¿Pensaría que tenía que recordarle que todo terminaría en divorcio? ¿Sospecharía de ella, de sus sentimientos?

–¿Por qué lloras?

Se levantó rápidamente del sillón para acercarse a la cama.

–No estoy llorando. Debe ser la adrenalina del accidente o algo así. No me hagas caso.

Con un dedo, Enzo recogió una lágrima que rodaba por su mejilla.

–Es imposible que yo no te haga caso. Lo intenté al principio, antes de meterme en profundidades.

–¿En profundidades?

–No vamos a hablar de eso ahora. No estás bien. Necesitas dormir y ya hablaremos mañana.

–Si estás pensando dejarme, hazlo ahora, que no soy tan débil –declaró, cuadrando los hombros.

Enzo la miró sorprendido.

–¿Por qué iba a dejarte? Eres mi esposa… más o menos.

–No soy tu mujer de verdad, y los dos lo sabemos –sentenció, tragándose el dolor de oírle ese «más o menos».

Enzo la miró fijamente. Los ojos le brillaban, y sus facciones parecían haberse vuelto rígidas.

–Hablaremos mañana.

Se sentía culpable por querer salir de su matrimonio. Seguro que era eso. Tenía miedo de hacerle daño, y no quería que eso pasara estando ella en la cama de un hospital, renqueante después de un accidente. O igual quería volver antes a Italia y le preocupaba cómo afectaría eso a sus planes de adopción de sus hermanos. ¿Tan rápido podía cambiar su actitud con ella? Enzo no era un hombre cambiante, pero sí volátil. No estaba acostumbrado

a restricciones, y pocas situaciones eran más restrictivas que la de un hombre casado con niños. Si esa era su decisión, la aceptaría con entereza.

Al día siguiente, cuando le dieron el alta, se vistió con la ropa que expresamente le había pedido a Enzo que le llevara.

–No hace falta que te maquilles –le aconsejó él desde el otro lado de la puerta del baño.

Todo lo contrario. Se había visto la cara en el espejo y era un horror. Tenía el pelo como un nido de pájaros, la cara hinchada y los ojos rojos. Estaba hecha un asco. Vestida, con el pelo domado y un poco de maquillaje, al menos estaba presentable

–Deberías irte directa a la cama –añadió, mientras la ayudaba subir a su nuevo SUV.

–Ya estoy harta de cama. No me siento mareada, ni tengo náuseas. Y lo que tengas que decirme, cuanto antes, mejor.

–En el coche, no –apoyó, las manos en el volante–, pero quiero que sepas que es posible que tu ex esté detrás del incendio de la fábrica. Parece ser que su coche estuvo aparcado en las inmediaciones aquella noche.

–Ay, Dios… –exclamó, cubriéndose la cara con las manos.

–No es culpa tuya, así que no permitas que su sombra apague nuestras vidas. Deja atrás la tragedia que has vivido con él y no mires atrás.

Era muy fácil decir eso, pero muy difícil hacerlo. Ritchie jamás habría sabido de la existencia de Enzo de no ser porque ella había empezado a trabajar para él.

Cuando entraron en la casa, la encontró extrañamente silenciosa.

–¿Dónde están los niños?

–Isabel se los ha llevado a un parque cubierto del centro.

Prepararon café y se fueron al salón, pero Enzo se quedó de pie junto a la puerta. Parecía inquieto. Skye solo quería mirarlo, contemplar sus facciones fuertes y clásicas que tanto la habían hipnotizado la primera vez que lo vio. La atracción sexual se hizo presente, y se avergonzó de ello. No podía mirarlo sin pensar cómo era que la besara o la acariciase, o sin ser consciente de cómo la energía presente se triplicaba estando él en la misma habitación.

–Seré breve –prometió–. Cuando te hablé por primera vez de la posibilidad de casarnos, añadí un montón de condiciones absurdas al acuerdo, pero todo ha cambiado, al menos para mí. No quiero que te vayas.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero que sea un matrimonio de verdad. Permanente.

Skye abrió los ojos de par en par y tragó con dificultad. ¿Permanente?

–Pero…

–Obviamente estoy enamorado de ti. Locamente enamorado –declaró en voz baja–. Todo el mundo se había dado cuenta menos yo. No entendía por qué no podía esperar a volver a casa cada noche, contigo y con los niños. Sinceramente, no me crecía capaz de volver a enamorarme de nadie, y ocurrió sin que me diera cuenta.

–¿Locamente enamorado? –repitió ella, con la expresión congelada y las mejillas al rojo vivo.

–Puede que no se me dé bien reconocer lo que me bulle en la cabeza cuando se trata de sentimientos. Al principio, estaba convencido de que solo quería ayudarte, pero cuanto más tiempo pasaba contigo, más te deseaba, más me gustabas y más razones encontraba para que estuviéramos juntos.

Skye asintió y una sonrisa soñadora comenzó a borrar la tensión de su boca.

–Entonces, ¿el anillo de compromiso no es solo parte de la farsa?

–No. Quería ponerte ese anillo en el dedo para decirle a todo el mundo que eres mía, pero no quería admitirlo porque iba contra las reglas que había establecido yo mismo. Se suponía que éramos amigos con beneficios. Algo práctico, desprovisto de sentimientos, sin ataduras.

–Pues elegiste a la chica equivocada, porque yo me siento completamente atada a ti –declaró casi sin voz y con los ojos llenos de lágrimas–. Estaba muy asustada de volver a salir herida, pero no fui capaz de impedir que mis sentimientos por ti crecieran día a día… y cuando estuvimos en Maldivas, yo… me hiciste sentir tan especial que…

–¿Estás diciendo que tú también me quieres?

Skye se levantó para abrazarse a él.

–Tenía miedo de perderte. Temía que estuvieras asustado por lo mucho que habías asumido por nosotros, y pensaba que querrías perdernos de vista ya. Como me dijiste que teníamos que hablar… ¡no he podido pegar ojo en toda la noche! –exclamó, fingiendo darle un puñetazo en el pecho–. A veces no piensas demasiado, Enzo. Estaba convencida de que se trataba de algo malo y que iba a perderte.

–¿Cómo puedes ser tan pesimista? ¡No podrías perderme aunque lo intentaras! Siempre estaré a tu lado. Nunca me he sentido así, tan comprometido con una persona que a veces me resulta imposible no tenerte a la vista –confesó–. No quiero separarme nunca de ti. Cuando ayer tuviste el accidente, sentí que mi mundo se venía abajo. Intenté imaginarme mi vida sin ti, y fui incapaz.

–Estoy aquí –declaró, extendiendo las manos sobre su pecho, por debajo de la americana, con la sensación de tener derecho a hacerlo, a tocarlo sin temor a estar revelando demasiado–. Te quiero tanto. Esta noche voy a demostrártelo.

Enzo le dio la mano y la condujo hacia la escalera.

–No estaré a tu alcance hasta que te den el alta.

–Olvídate de eso. Si he salido del hospital es que ya tengo el alta. Hoy es un día muy especial y estamos solos en la casa.

–Skye, te quiero, pero…

–Nada de peros. No quiero esperar hasta esta noche.

Y en el descansillo de la escalera, lo besó apasionadamente, sin contención alguna.

Enzo la tomó en brazos.

–Por esto te quiero. Eres terca, intensa y dispuesta siempre a llevarme la contraria, así que no me queda otra que asumir el compromiso.

–Comprométete y te juro que valdrá la pena –sonrió ella.

Enzo sonrió también al dejarla sobre la cama.

–Ahora eres mía.

Enzo se quitó la americana y continuó por los botones de la camisa mientras Skye se desprendía de su vestido.

–Te tengo –dijo él, apretándola contra sí.

Skye hundió la cabeza en su hombro. Cómo le gustaba su olor, su pelo. Se sentía la mujer más afortunada del mundo. Enzo se restregó contra ella para hacerle notar su erección, y la excitación se desbordó. Sus bocas se encontraron y el fuego comenzó a arder en su pelvis. Durante un buen rato, solo hubo silencio, roto por gemidos, suspiros y murmullos hasta que quedaron el uno en brazos del otro, satisfechos, plenos.

–Te querré mientras viva –declaró Enzo.

–Vas a tener que vivir para siempre.

Se sentía inmensamente feliz por primera vez, embargada por la emoción, llena de sueños para el futuro.

–¿Tendremos un bebé pronto?

–¡Claro que sí! ¿No te han desanimado Shona y Brodie?

–Ni mucho menos. Lo que me han enseñado es que me encanta tener una familia. Podríamos irnos a Italia cuando hayamos terminado con las adopciones. Ya veremos –añadió–. A ver cómo nos sentimos cuando llegue el momento.

Epílogo

SEIS años después, Skye se miraba en el espejo de su dormitorio. Había escogido una fina falda de gasa con un top estilo corsé en color púrpura, igual que el de sus sandalias de tacón. Enzo cumplía treinta y tres años. La noche anterior habían estado de fiesta con los amigos en un exclusivo club de Roma, pero aquella noche iban a cenar solos los dos. Había dado la noche libre al servicio.

Se puso una bata sobre la ropa para que los niños no hicieran preguntas comprometedoras y fue a verlos. Vivían en la Toscana, en pleno campo, a escasos kilómetros de los abuelos de Enzo y de la ciudad. Su casa de diseño contemporáneo era muy espaciosa y cómoda. Nada más completar la adopción, se habían trasladado a Italia. Quería que Brodie tuviera tiempo de aclimatarse a una nueva casa y a un idioma desconocido para él antes de que empezase el colegio.

Enzo había trasladado el cuartel general de Durante Group a Florencia, y ese año en el que se había hecho cargo de la herencia de su familia, había estado lleno de viajes y con mucho trabajo, con lo que Skye había temido durante un tiempo que se volviera adicto al trabajo, pero resultó que se quedó embarazada de trillizos, y Enzo pasó de inmediato a trabajar desde casa siempre que era posible para disfrutar de los niños antes de que llegase la fecha del parto.

Luka y Gaetano la miraron con la misma sonrisa de su padre y dejaron sus juegos para meterse en la cama. Tenían el pelo negro y rizado y los ojos de Enzo.

En la habitación contigua, Gianna ya estaba en la cama con la mitad de sus muñecas haciéndole compañía entre las sábanas. Tenía los ojos verdes como Alana y el pelo negro y liso.

Brodie estaba leyendo ya acostado. Tenía nueve años, y se le daba de maravilla el colegio.

–Ya casi he terminado, mamá –murmuró sin mirarla.

Le encantaba leer.

Luego fue a ver a Shona, que era una niña preciosa pero un puro torbellino, a la que le gustaba vestirse como a sus hermanos.

–¿Ya ha llegado papá? –preguntó, adormilada.

–Todavía no.

Skye se quitó la bata y, tras echarse un último vistazo en el espejo, bajaba la escalera cuando oyó el coche de Enzo. Sonriendo lo vio entrar por la puerta, quejándose de las obras en la carretera e intentando deshacerse del entusiasmo de Sparky.

–La cena nos espera –le anunció.

Mientras servía su plato favorito, que la abuela le había enseñado a cocinar, pensaba en la felicidad tan absoluta que la envolvía. Ritchie había sido acusado y condenado por el incendio, y cuando su foto apareció en los periódicos, dos mujeres lo denunciaron por abusos, pero antes de que pudieran volver a juzgarlo por esas nuevas denuncias, murió en una revuelta en la prisión. Estaba convencida de que también era culpable de haberle saboteado los frenos a su coche, pero no pudieron demostrarlo.

–Estás espectacular –comentó Enzo mientras servían el vino, preguntándose qué se traería entre manos, porque solía ser conservadora en su modo de vestir, y aquel atuendo era de todo menos conservador.

–Si tú supieras… –sonrió ella.

–¿Cuándo voy a poder ver mi sorpresa?

–Después de cenar.

Enzo acabó en un abrir y cerrar de ojos.

–Túmbate en la cama y ponte cómodo –le dijo cuando subieron al dormitorio y hubo cerrado la puerta a su espalda.

Sorprendido, se quitó la chaqueta, la corbata y los zapatos y se recostó contra el cabecero de la cama.

–Si te ríes, te mato –le advirtió antes de desaparecer en el vestidor. Un segundo después, sonaba *Pour Some Sugar on Me*, de Def Leppard, un rock

que tampoco era de su estilo de música habitual.

Entonces reapareció y comenzó a bailar, tensa al principio. Pero no tendría que haberse preocupado, porque Enzo se quedó obnubilado desde el primer momento. Y la boca se le abrió involuntariamente al verla despojarse del corpiño sin tener que desabrochárselo. Debía ser un atuendo de stripper, pensó al ver sus deliciosas curvas desnudas, menos los pezones que iban cubiertos con un cubrepezones rosa con brillantes. Le encantó la sorpresa porque Skye, de naturaleza tímida en lo referente a su cuerpo, había salido de su zona de confort por él.

Cuando la música cesó, Skye avanzaba a gatas sobre la cama hacia él, y la quiso aún más por la ansiedad que vio en sus ojos.

–El mejor regalo que me has hecho nunca –le dijo, colocándola sobre él para que notase su erección.

–¿En serio?

–¿Cómo has aprendido a bailar así?

–Buscando vídeos en internet. Tenía miedo de que te echases a reír.

La besó con pasión abrasadora hasta dejarla sin aliento.

–Nunca he tenido menos ganas de reír. Más bien de comerte toda.

Skye sonrió de nuevo.

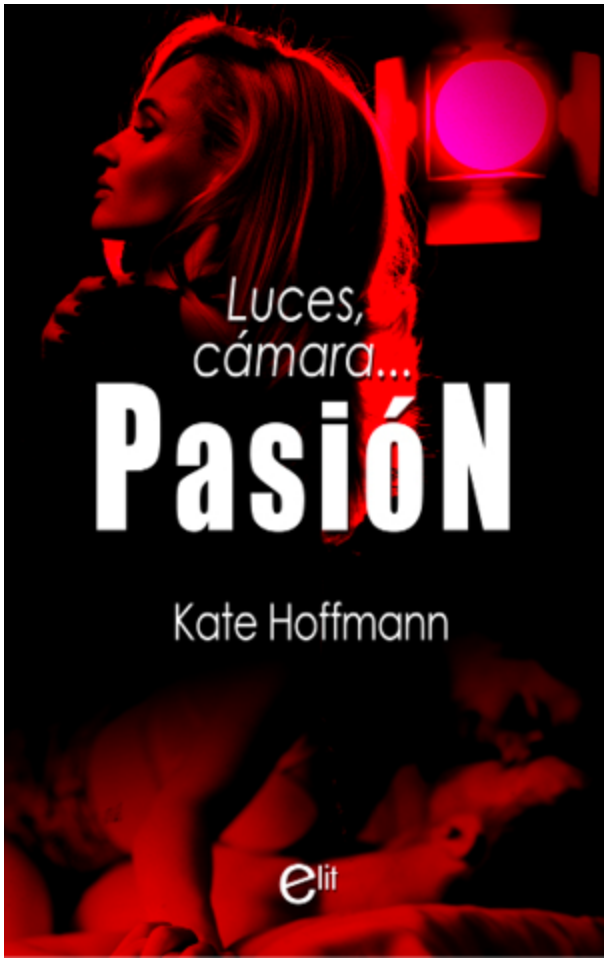
–Sigo loca por ti, Enzo.

–Y yo por ti. A veces casi ni puedo creer que seas mía. Tenemos que aprovechar esta noche porque Alana llega el lunes y no voy a tenerte ni cinco minutos para mí. Estaréis cotilleando todo el día.

–Ya –respondió sin dejar de sonreír mientras Enzo jugaba con la cinta de su tanga.

Apenas hubo un par de palabras más.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com

Capítulo 1

A JESSIE Hargreave le habían enseñado que había dos tipos de personas: las temerosas y las temidas.

Criadas por un criminal millonario, sociópata y narcisista, su hermana Maren y ella habían aprendido a ser indiferentes a las necesidades y deseos de los demás. Lo único que importaba era lo que una misma deseara y, en su caso, la capacidad de manipular a otros para conseguirlo.

Su delicada y veleidosa madre nunca había podido enfrentarse a su padre y, finalmente, se había marchado, abandonándolas por otros hombres ricos que exigían menos a cambio de la vida lujosa que le proporcionaban.

«Ahora sí tengo miedo. Ya no seré temida», recordaba que le había dicho Maren, entrando en su habitación la noche en que su madre se había ido.

La pobre Maren, que tenía la misma mentalidad que Jessie, pero más influida por la fragilidad y las emociones humanas que por las cifras y los datos, solía sentirse superada por las circunstancias. Por eso Jessie, que era un año y medio mayor consideraba que protegerla era su principal misión y habría dado su vida por ella.

Por otro lado, estaba convencida de que personas como ellas, dotadas de una mente privilegiada, debían ser capaces de buscar soluciones a sus problemas sin necesidad de recurrir a algo tan dramático como la muerte.

«Tiene que haber una tercera opción», había dicho en un tono tan convincente que ella misma lo había creído.

«¿Cuál, Jessie?».

«No lo sé, pero lo voy a averiguar».

Y lo había averiguado. Tanto ella como Maren.

En lugar de ser temerosas o temidas, habían aprendido a medrar en un terreno intermedio entre ambos extremos; se habían convertido en unas oportunistas que sacaban partido de las debilidades de quienes se creían temibles para usarlas en su contra.

Aunque Jessie no se viera a sí misma como Robin Hood, solo robaba a los ricos. Y en cierta medida, entregaba su botín a los pobres, puesto que ella lo había sido durante un tiempo.

Pero gracias a todo lo que se habían esforzado, habían dejado de serlo. Llevaban tres años jugando en casinos y en exclusivos torneos de póquer, amasando una fortuna y apostándola para incrementarla.

Aquella era la última partida.

Un de las pocas cosas que había aprendido de su padre era lo que no se debía hacer.

Maren y ella habían decidido a los doce y trece años, respectivamente, que no participarían en las estafas de su padre, pero también habían sabido que, antes de escapar, tenían que despejar el camino para su huida.

Su padre era como ellas; no se le escapaba nada. Por eso sabían que solo tendrían una oportunidad y debían diseñar un plan perfecto. Necesitaban carnés de identidad, que su padre jamás les había proporcionado, así como certificados de nacimiento, falsos, por supuesto, y decidir dónde establecerse.

Fueron ocultando sus ganancias bajo los tablones de madera de su dormitorio, hasta que finalmente trazaron su plan de escape.

Su padre las utilizaba para manipular sistemas bancarios, que era su especialidad. Tenía una cantidad desmesurada de dinero y aún amasaba más prestando a gente a la que luego explotaba para conseguir favores.

Para ello, usaba de ayudantes a Maren y a Jessie. Esta recordaba una ocasión en la que le había hecho conseguir información de un hombre en una estación de tren. Había tenido que fingir que estaba perdida para que el hombre se compadeciera de ella.

«Se llama Marcus», había contado a su padre. «Tiene una nieta a la que adora. Se llama a Eloísa y vive en Londres».

De haber sabido cómo iba a utilizar su padre aquella información… Ese recuerdo todavía la torturaba. Todos ellos.

Por eso había hecho lo que acostumbraba a hacer: usar su cerebro para buscar una solución.

Se había concentrado y, mentalmente, se había encerrado en una habitación, imaginando que un bonito lazo azul de seda conectaba sus pensamientos con sus emociones. Sacando unas tijeras, había cortado el lazo y, con él, el vínculo entre unos y otras.

No necesitaba tener sentimientos. Quien tenía determinación no los necesitaba.

Maren y ella habían escapado finalmente cinco años antes, a los diecisiete y dieciocho años.

Nadie las atemorizaría.

No serían pobres, ni vulnerables ni correrían peligro.

Utilizarían sus bienes para mantenerse sanas y salvas, para alcanzar la vida que verdaderamente anhelaban.

También habían decidido que pondrían fin a aquel tipo de vida, porque sabían que quien se adentraba en el mundo del robo y la estafa podía perderse. Era fácil ahogarse en esas aguas y perder todo principio ético y moral.

Jessie nunca permitiría que eso les sucediera.

Por eso, aquella sería su última función.

Su carrera criminal había resultado asombrosamente sencilla gracias a que eran desconocidas, jóvenes y mujeres. Mujeres hermosas, de hecho.

Eso no las convertía en vanidosas. La belleza no era más que un buen vestido y un poco de maquillaje. En aquellos círculos, la belleza podía quitarse y ponerse tan fácilmente como una prenda de vestir. Nadie se fijaba detalladamente en las facciones de su rostro. Se concentraban en sus labios rojos y en su pronunciado escote

El escote contribuía enormemente a que todos aquellos hombres que se consideraban mejores o superiores, las subestimaran.

Jessie no sentía la menor culpabilidad. Quien jugaba, se arriesgaba a perder. Y quien subestimaba a su oponente, era un idiota.

Había un dicho en el que creía ciegamente: «un idiota pierde pronto su dinero». Y ser la causa de ese divorcio le producía una inmensa satisfacción; sobre todo si el dinero acababa en su bolsillo.

Pero habían llegado a su fin.

Como no eran conocidas, había sido complicado ser invitadas a aquella partida de póquer.

Mantener el anonimato era fundamental para evitar que su padre las localizara. Unas mujeres jóvenes ganando premios abultados en torneos públicos habrían dado lugar a titulares. Por eso elegían partidas privadas en las que jugaba la realeza o delincuentes; gente que no quería llamar la atención.

Aquella noche, sin embargo, era diferente. Era un torneo con grandes figuras y por eso tenía que ser el último. Si ganaban, también sería su mayor premio y podrían retirarse para comenzar, por fin, una vida propia.

Había sido Maren quien se había enterado de aquella partida, que tendría lugar en una vieja mansión inglesa en medio del campo y a la que solo se podía acudir por estricta invitación.

La especialidad de Maren era la dulzura. Era voluptuosa, bonita y con unos grandes ojos que le daban una apariencia vulnerable. A los hombres les encantaban los pájaros heridos. Suspiraba y los escuchaba; y cuando se mostraba compasiva, podía conseguir cualquier cosa de ellos.

Había estado trabajando en un club de caballeros precisamente para conseguir aquel tipo de información. Se le daba bien aparentar que era estúpida. Ellas no tenían la culpa de que la gente percibiera lo femenino como inferior y Maren se aprovechaba de ello con maestría, y le había bastado un fingido desinterés y un par de risitas tontas, para saber lo que necesitaba sobre el torneo. Incluido cómo conseguir una invitación.

Gracias a su memoria fotográfica había recordado cada detalle del diseño y de cómo habían sido repartidas, en caso de tener que hacer una falsificación.

Con esa información y fingiendo que su tío les había hablado de la partida, Jessie había contactado con el ayudante del organizador del evento y había conseguido que les enviara una invitación a su nombre. Por supuesto, tenían todos los detalles del supuesto tío; incluido el número de referencia de su invitación.

Jessie se estiró el vestido de lamé plateado que se deslizaba por su cuerpo como metal líquido.

Maren vestía de dorado para enfatizar su cabello teñido de rojo.

Tenían que evitar parecer hermanas. Jessie, que tenía el cabello castaño oscuro, se lo había teñido de negro para la ocasión.

Aquella noche jugarían en mesas separadas. No tenía sentido competir entre sí.

Jessie sabía bien contra quién quería jugar: Ewan Kincaid, el duque de Kilmorack.

Un duque. Resultaba tan anticuado y ridículo… Aquel llevaba años exhibiendo su fortuna en mesas de juego, deshonrando su título y el apellido de su padre. Ganaba bastas cantidades de dinero y muchos lo consideraban el mejor jugador de partidas de apuestas elevadas. Era un playboy irredento; un jugador disoluto y libertino.

Y el hombre más guapo que Jessie había visto en toda su vida.

Aunque hacía lo posible por no pensar en él desde que lo había visto por primera vez en persona, no lo conseguía.

Como era famoso, lo había visto en fotografías con anterioridad. Por eso lo había reconocido nada más entrar en el casino, catorce meses atrás. No había estado preparada para el impacto que le había producido. Y no había conseguido olvidarlo.

Al contrario que ella, que se había mantenido en las salas periféricas, buscando la discreción, él estaba en la sala central, a la vista de todos. Sus hombros y su cabeza se elevaban sobre los demás. Con un traje negro que le resaltaba el contraste entre los anchos hombros y la estrecha cintura, el duque tuvo un efecto devastador en su salud mental y en su deseo.

Sus miradas se encontraron a través de la sala y al instante, Jessie había visto su mente poblada de una catarata de fantasías. Imágenes de las manos de él sobre su cuerpo; de su torso desnudo…

Desde ese momento habían ardido en deseo por él.

Había vuelto a verlo de lejos en Marruecos al mes siguiente. Lo había observado desde la parte superior del casino, hasta que él había alzado la mirada y ella había huido con la respiración agitada y el pulso acelerado.

La siguiente ocasión había sido en Capri.

Ella estaba ganando una partida y él había ocupado una silla en una mesa contigua. Cuando ella había ido a recoger sus ganancias, él la había seguido.

«Te conozco de algo».

Había sido un momento extraño. Como si el lazo azul se hubiera rehecho y su corazón despertara a la par que su imaginación.

«Lo dudo. No soy nadie», había susurrado.

«Hace unas semanas estabas en Las Vegas».

«Nunca he ido a Las Vegas».

Era mentira, había nacido en Reno y había ido a Las Vegas infinidad de veces, incluso antes de que todo aquello comenzara.

Los ojos de él habían ejercido un poder hipnótico sobre ella. Eran azules, pero uno de ellos tenía pintas verdes y el otro, doradas.

«Mentirosa».

«Debes confundirme con otra».

«Yo nunca me confundo».

Entonces él le había pasado los dedos por el brazo desnudo.

«Tengo que ir a recoger mi premio» se había excusado ella.

«No me importaría ser parte de él».

Su corazón se había acelerado hasta sentir que se mareaba.

«Esta noche, no».

Y, una vez más, había salido huyendo.

Se había comportado como los temerosos, y ella se había jurado no serlo jamás.

Por eso aquella noche se sentía como si quisiera conquistar al duque, porque había conseguido asustarla y no podía consentirlo.

Lo deseaba y al tiempo quería rehuirlo.

Por eso tenía que vencerlo.

No le había dicho nada a su hermana porque tenía reglas muy estrictas sobre los hombres. Y ella estaba a punto de llevarlas al límite.

La probabilidad de que los colocaran desde el principio en la misma mesa era muy escasa, pero estaba segura de que acabarían juntos. Y la mera idea de estar a su lado le alteraba el pulso.

Cruzó la sala central de la mansión. Tomó una copa de champán al que solo daría tres sorbos. El resto de la noche solo fingiría beber.

Había aprendido que debía mezclarse con la gente, comportarse como ellos.

Eran seres narcisistas. En cierta medida, todos los seres humanos lo eran. Y aunque estaban más preocupados por sí mismos que por los demás, era importante demostrar que no se censuraba su comportamiento; no hacer nada que pudiera incomodarles, como declararse abstemia. Por eso fingía beber. Así animaba a beber a sus acompañantes. Y siempre era una ventaja que sus oponentes estuvieran un poco ebrios, aunque no lo necesitara. Podía

ganar en cualquier circunstancia. Pero no quería que averiguaran cómo lo hacía. Y siempre perdía un par de veces para no despertar sospechas.

Se acercó a un camarero, no a una camarera o a un invitado. Sabía que debía dirigirse a alguien que no se sintiera amenazado por su belleza, pero que tampoco la quisiera para sí mismo.

–Ya sé que no debería preguntarlo, pero ¿sabe en qué mesa está jugando Ewan Kincaid?

El hombre la miró enarcando las cejas.

–Si sabe que no debe, ¿por qué lo pregunta?

–Lo siento –Jessie aparentó sentirse avergonzada–. Es que me gusta mucho y me gustaría sentarme en su mesa. Soy muy mala jugadora. Solo estoy aquí por… ya sabe.

Él sonrió con complicidad.

–Quiere tener suerte.

–Sí –dijo ella, devolviéndole la sonrisa

Aunque fuera otro tipo de suerte a la que él imaginaba.

–Está en la partida del ala oeste. Es de apuestas muy altas. Pero él es…

–Muy sexy, ¿verdad? No se preocupe, tengo dinero para ser aceptada en cualquier partida. Después de todo, me han invitado.

–¿Y está dispuesta a derrocharlo para pasar una noche en su cama?

–Por lo que he oído, vale la pena.

–Eso dicen, Pero también que se da gratis.

–Nadie da gratis algo que valga la pena.

–En eso tiene razón.

Jessie posó la mano en el antebrazo del hombre.

–Muchas gracias –se despidió.

Aunque no le habían asignado el ala oeste, no le costó conseguir que le dejaran acceder a ella usando la misma táctica de lograr la complicidad de un miembro del servicio y aduciendo su supuesta fascinación con el duque.

Sentía un hormigueo en los dedos. Se le daba tan bien todo aquello. Era magnífica, era… Pero ya no lo sería más. Lo habían acordado. Si ganaba aquella noche, todo habría acabado. Tendría una nueva vida y jamás volvería a jugar.

Aquella era la jugada que llevaban dos años planeando. Ganar, invertir. Ganar, invertir. Pero Maren siempre le recordaba que algún día había que dejarlo. Sobre todo, si se apostaba como lo hacían ellas.

Su padre era brillante; podría haber aplicado su inteligencia a cualquier asunto. Pero era un narcisista, un sociópata que disfrutaba poniendo a la gente a prueba. Era más inteligente que los demás, y estaba obsesionado con demostrarlo.

Ellas no eran así. O eso creía Jessie.

No podía negar que le gustara ganar, pero no se trataba de una necesidad. Quería ser feliz y sentirse bien. Quería ser libre.

Y si sentía cierta tristeza por abandonar aquello… La excitación de elegir un objetivo, de lanzarse a la caza… pronto se le pasaría.

Aquella no era una partida de beneficencia; quienes estaban jugando lo hacían por el mero hecho de que podían. Trataban su riqueza frívolamente y la vida de los demás como si no tuviera valor.

Ewan Kincaid era un perfecto ejemplo de todo ello. Tenía una apellido reconocido y respetado, y lo arrastraba por el barro.

Su sector era el libertinaje. Bares, fiestas en yates y clubes exclusivos en los que los ricos podían ver realizadas sus más delirantes fantasías. Todo en él era un oprobio a la respetabilidad.

No respetaba nada, ni siquiera su fortuna, que despilfarraba con tanta despreocupación como su pene. Es decir, sin el menor descernimiento.

Jessie se recordaba continuamente que era un vividor; que no debía excitarla. Pero lo hacía. Igual que no podía evitar que la excitara jugar.

Se sentó en la mesa que le asignaron y sonrió a los hombres que la ocupaban.

Ewan no estaba entre ellos, pero eso era una ventaja. Empezaba en una mesa de señores canosos que la creerían más joven de lo que era y el doble de estúpida.

Interpretó su papel, riendo y tomando decisiones prácticamente infantiles.

A los hombres les encantaba ese tipo de actitud. Una mujer comportándose como una niña, pero con grandes pechos. Maren y ella habían heredado la cabeza de su padre y el cuerpo de su madre. Y al margen de cualquier concepto moral, Jessi estaba agradecida de aquella doble herencia, porque facilitaban la vida de una timadora.

Perdió la primera partida deliberadamente y a continuación ganó las dos siguientes, lo que la llevó a la siguiente mesa, desde la que se fue abriendo paso en el torneo como un tiburón.

Se movía tanto, tantísimo dinero…

Finalmente, solo quedó una mesa. Y cuando Jessie se sentó, el mundo tembló bajo sus pies. El duque estaba allí. Y ninguna de las fotografías o vídeos que había visto en los últimos meses sirvieron para amortiguar el impacto de tenerlo ante sí.

Ni siquiera su infalible memoria podía captar su impactante magnetismo.

Llevaba el cabello castaño oscuro, en el que se apreciaban algunas canas que le daban un aire de sofisticación, retirado de la frente. Sus ojos azules eran pura malicia, y estaban cargados de promesas que le elevaron la temperatura corporal. Las arruguitas alrededor de sus ojos apuntaban a sonrisas secretas compartidas con innumerables amantes.

Y Jessie, cuyo cerebro era siempre un hervidero de actividad, cuya capacidad de observación y la velocidad a la que procesaba las imágenes significaba que siempre iba por delante de los demás, por primera vez en su vida solo tuvo un pensamiento: él.

–Hola –saludó el duque con el marcado acento escocés que ya le había provocado fiebre la primera vez que lo había oído.

La había reconocido.

–Hola –dijo ella, permitiendo que el rubor le tiñera las mejillas porque era lo más sencillo.

De hecho, fue prácticamente inevitable al mirarlo fijamente. Ya había memorizado cada facción de su rostro en su primer encuentro tal y como hacía siempre. Y, aun así, lo hizo de nuevo: las pintas verdes en el ojo izquierdo; las doradas en el derecho. Una tenue cicatriz en el lado derecho del labio superior que no era fruto de un corte de cuchilla ni de una intervención quirúrgica, sino de una pelea.

Jessie identificaba una cicatriz producto de los golpes sin titubear. Ella sabía bien lo que su memoria y sus palabras podían provocar. Sabía bien lo que significaba ser una niña torturada por los pecados de un abuelo.

«La salvaste. Aférrate a eso».

Pero había sufrido, y eso no podía borrarse.

Bajó la mirada a las manos del duque, que acariciaban el mazo de cartas.

Igual que la había tocado a ella en una ocasión…

Pero no debía pensar en eso.

No iba a repartir él las cartas. Nadie lo hacía en una partida de aquel nivel. Sin embargo, estaba tocando el mazo y nadie le pedía que lo dejara.

–¿Me puedes decir cómo te llamas? –preguntó él, mirándola como si fuera la única persona en la mesa.

Aunque había más hombres, cuyos detalles Jessie había recopilado ya con su mirada periférica, solo le interesaba él.

Entonces vio algo nuevo en sus ojos: un brillo frío y calculador. Se comportaba como un playboy irresponsable, como si sus victorias fueran fortuitas, pero aquel hombre era un depredador.

Y Jessie se estremeció.

Observó sus manos detenidamente para ver si algo asomaba de su manga, si ocultaba alguna carta.

–¿Te has quedado sin lengua, preciosa?

–No –dijo ella, obligándose a mirarlo a los ojos–. Tengo que admitir que estoy un poco abrumada. Eres muy famoso.

Forzó una voz susurrante, falsa, y se preguntó si él lo notaba.

Quizá no la había reconocido. La última vez que se habían visto llevaba el cabello rojo.

–¿Abrumada? –él esbozó una sonrisa–. No te pega.

–Estoy segura de que estás acostumbrado a que las mujeres enmudezcan al verte.

–Sí. Pero no suele haber una mesa de juego de por medio. De hecho, para cuando recuperan el habla, ya no hay nada entre nosotros.

Jessie no podía controlar la forma en que le hacía reaccionar y ella siempre controlaba todo. No era como si no tuviera experiencia puntual con los hombres. De hecho, sabía de ellos todo lo necesario desde un punto de vista académica.

Pero ella y su hermana tenían reglas. Y acuerdos.

El problema con mentes como las suyas era que recordaban todo.

Los traumas eran un monstruo cuando no se podían olvidar. Y ellas ya tenían su buena dosis.

Recordaban a la perfección su infancia. Lo último que necesitaban era despertar recuerdos de fascinación o de dolor. De encuentros sexuales que se marcarían a fuego en sus cerebros, que permanecerían para siempre en lo más profundo de su mente.

Su hermana tenía un «palacio de la mente».

Jessie pensaba que era un nombre tonto, así como un desperdicio de imaginación. Su hermana guardaba todos los recuerdos en una gran

biblioteca dentro de un castillo en medio del mar. Era luminoso y rosa.

Maren era una romántica. Era buena.

Ella era más pragmática. A veces temía ser mala, por eso se concentraba en las capacidades organizativas de su personalidad. Le gustaba pensar en un archivador, clasificado en orden alfabético.

Para ella los códigos de colores no tenían ningún sentido.

En aquel instante, a pesar de que no quería asignarle un color, decidió que él era rojo.

El rojo era agresivo, fuerte, apasionado.

Y saber que desde aquel instante quedaría clasificado bajo ese color le produjo una profunda irritación.

Maren se habría reído de ella.

Por eso tenían reglas respecto a los hombres. Un acuerdo: hasta que consiguieran alcanzar la seguridad total se mantendrían alejadas de ellos.

–Tengo que confesar –dijo, confiando en desconcertarlo y en que infravalorara sus habilidades–, que he buscado la manera de poder sentarme a tu lado. Soy fan tuya.

–Me alegro. No olvidaré firmarte algo más tarde –bromeó él.

La miró fijamente y Jessie sintió un nudo en la garganta.

–¿No va a quitarle el mazo? –preguntó al crupier para romper el hechizo.

–Por supuesto –dijo el crupier, reclamando el mazo al duque.

¿Acaso todo el mundo estaba hipnotizado? A nadie parecía importarle.

Él enarcó una ceja y ella, forzando una sonrisa, dijo:

–Solo quería asegurarme que no te guardabas un As en la manga –dijo, intentando sonar dulce.

–No tienes nada de qué preocuparte. Lo único que escondo a veces es una botella de whisky.

No, claro que no haría una trampa tan burda. Habría sido demasiado torpe. Pero había muchas otras maneras. Y Jessie las conocía todas.

La partida comenzó, se distribuyeron las cartas. Empezaron las apuestas.

Él estaba relajado. No dejaba intuir su mano, pero Jessie controlaba dónde iban las cartas.

Y todos los demás eran de fácil seguimiento.

Por eliminación, sabía lo que llevaban varios de los jugadores

Una vez se distribuían las cartas, solo tenía que hacer un seguimiento de los descartes. Le resultaba sencillo saber qué cartas quedaban en juego.

Cuáles se descartaban y cuáles podían quedar en mano.

Exigía mucha concentración, pero si por algún motivo se distraía, podía invocar en su mente la imagen de cualquier punto anterior de la partida.

En aquel momento, Ewan llevaba una mano particularmente buena.

Había un par de cartas que Jessie no podía situar, pero en términos generales, tenía una buena idea de lo que estaba pasando en la mesa. Así que cuando las apuestas empezaron a subir, se retiró.

Todavía quedaba una partida en la que llevárselo todo.

Eso era lo más complicado. Saber cuándo ir, cuándo ver las apuestas, cuándo retirarse.

Ganó él y se llevó todo el bote.

Perfecto. Así pensaría que iba a ser fácil.

Jessie sintió una inyección de adrenalina.

Varios jugadores abandonaron la mesa. Un par fue eliminado.

Ella permaneció. Con el corazón acelerado y la sangre en ebullición. Lo estaba consiguiendo. Como siempre. Era tan maravilloso.

Ganar…

Volvieron a repartirse las cartas.

Jessie estuvo a punto de suspirar de alivio. Solo le faltaba una carta para tener un *full.* Si se descartaba… La carta seguía en el mazo.

–Quiero una –dijo, deslizando una carta sobre la mesa.

La que recibió era precisamente la que necesitaba.

Mantuvo el rostro impasible. Luego frunció el ceño para despertar dudas.

Comenzaron las apuestas y muchos descartes.

Otra ronda; tres se retiraron.

El bote aumentaba vertiginosamente.

Jessie estaba a punto de llegar al máximo de su presupuesto.

Y de pronto, solo quedaron él y ella, sentados frente a frente con las fichas entre ambos. Su futuro dependía de aquel instante y, sin embargo,…

Tenía la sensación de que aquel instante iba más allá de lo temporal. Solo se trataba de ellos dos. De aquel hombre al que quería conquistar, que la obsesionaba.

Ya no le quedaba dinero. Si debía subir la apuesta, tendría que contar con el dinero de Maren, y no sabía cómo iba la partida de su hermana.

Rezó para que él solo la igualara.

–La subo –dijo el duque.

La subida superaba el dinero que ella tenía hasta una cifra que le resultaba imposible alcanzar.

Podía ganar. No se retiraría. No podía perder.

Lo que significaba… que tenía que arriesgarse.

–La… La veo –dijo. Y mirándolo a los ojos, añadió–: Y la subo… Apuesto mi cuerpo.

Capítulo 2

ESTABA convencido de que era ella; la mujer a la que había visto en distintos casinos y a la que no había logrado olvidar. En cada ocasión presentaba un aspecto distinto; cambiaban el maquillaje, el color del cabello y el estilo de vestir. Pero eso no le impedía reconocerla.

Ninguna transformación podía contener la descarga eléctrica que se producía entre ellos cada vez que coincidían. La primera vez, la había sentido con tanta intensidad como si hubieran encendido un fósforo utilizando su cuerpo como raspador.

Pero no era solo cuestión de sexo. Eso podía conseguirlo siempre que quisiera. Iba más allá.

Aquella mujer lo intrigaba. Era temeraria. Había algo diferente en ella.

Tenía el poder de verlo más allá de lo superficial.

De niño, Ewan había sido muy emocional. Estaba lleno de tristeza, alegría, rabia y, por encima de todo, esperanza.

Cuando su madre murió, lloró hasta quedarse sin respiración, y entonces su padre le había pegado hasta que sus lágrimas se mezclaron con sangre.

Aquel día había dejado de expresar sus sentimientos. Y había empezado a planear su venganza.

La fachada de playboy era perfecta. Gracias a que la gente lo infravaloraba, había conseguido hacer una fortuna haciendo inversiones arriesgadas. Reía con facilidad, sonreía, coqueteaba con todas las mujeres con las que se cruzaba, pero no era más que un placer superficial.

Tocar a aquella mujer le había llegado a la médula. Había prendido un fuego en él que ya no se había apagado.

Y estaba seguro de que su actitud nerviosa e insegura en aquel momento no era más que una interpretación.

Las otras veces que la había visto tenía una energía distinta, como un señuelo que se retorciera bajo la superficie de un lago y que refulgiera al captar los rayos del sol para atraer a su presa hacia el anzuelo.

No tenía nada de frágil ni era una jugadora inexperta. Era excelente. Aguda. Había ganado a todos los demás e iba a ganarlo a él.

Él mismo se aseguraría de que fuera así.

Ewan Kincaid era experto en analizar a las personas y sus deseos y estaba convencido de dos cosas relativas a aquella mujer: era una mentirosa y lo deseaba. Su deseo había sido patente desde la primera vez.

–¿Estás ofreciéndome…?

–Una noche. Mi cuerpo. Para lo que quieras –ella lo miró entornando los párpados y Ewan vio en sus ojos un resplandor que no se limitaba a la atracción.

Estaba convencida de que iba a ganar, así que la oferta no era sincera.

Y, al mismo tiempo, sí lo era.

De haber estado solos ya estaría en sus brazos. Lo deseaba desesperadamente. Eso era lo único sincero en su rostro.

–Es una apuesta muy poco heterodoxa. Suponte que sir William siguiera en la mesa…

–Pero no está –dijo ella–. En cambio, tú sí. Es una apuesta muy concreta, que puedes ganar… o perder.

Habló sin ningún tono insinuante y eso en sí mismo era una provocación. Era fría. Un misterio. Un enigma.

Algo excepcional para un paladar tan hastiado como el suyo.

–Así que te has quedado sin dinero –comentó él.

–He de admitir que no tengo la capacidad de subir la apuesta –dijo ella sin sonar preocupada. Parecía tranquila, relajada.

No temía perder, lo que significaba que ganaría.

O que lo deseaba hasta ese punto. Aunque dada la cantidad de dinero que se estaban jugando, lo dudaba. No tenía la reputación de salir tan caro.

–En ese caso, podrías perder. Me bastaría con subir la apuesta. Aunque eso requeriría determinar el valor de tu cuerpo.

–No sé si esto me parece correcto, señor –dijo el crupier.

Los hombres como él no cobraban por tratar asuntos fuera de lo normal. Ewan se alegró de tener una vida más interesante que la suya.

–No tiene que hacer de intermediario –contestó, mirando al hombre–. La señora y yo llegaremos a un acuerdo.

Quienes rodeaban la mesa los observaban en silencio, sobrecogidos al ver a la mujer prostituirse de aquella manera.

Ewan se planteó por un instante que su objetivo fuera verdaderamente seducirlo, pero rechazó la idea al instante. Era conocido por ser fácil, por disfrutar de la juerga y de la carne en todas sus manifestaciones. Le gustaban las mujeres y el sexo.

Le habría bastado acercarse y pedirle sexo para que se lo diera. Él siempre estaba hambriento, deseoso por tener nuevas experiencias.

Además, era una jugadora excepcional. Seguía las cartas mentalmente. Lo miraba a él y a todos con agudeza y astucia. Era posible que hubiera perdido frente a ella aun cuando aquella noche no hubiera estado decidido a perder. Perder su patrimonio era su objetivo, especialmente de una forma que alcanzara los titulares de los periódicos.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Pero para ponerme a tu misma altura, en lugar de dinero me juego, a la muerte de mi padre, mi patrimonio y mi título familiares.

La reacción de ella fue apenas perceptible, tal como debía ser. Si hubiera mostrado sorpresa o ansiedad cualquier observador habría adivinado que estaba segura de ganar. Era una jugadora realmente excelente.

Si perdía ella, él ganaría su cuerpo.

Pero dudaba que fuera a perder.

Durante los meses precedentes, él había perdido a propósito grandes cantidades de dinero. El dinero le daba lo mismo y le resultaba sencillo ganarlo. Su intención había sido fingir que estaba al borde de un colapso nervioso, que se lanzaba a un vacío al que arrastraba el título y el imperio de su padre. Su padre solo viviría un par de semanas más. Lo bastante como para enterarse de que lo perdía todo, de que el arcaico título nobiliario ya no significaba nada.

Ya le había anunciado que no pensaba tener hijos, que su linaje acababa en él.

–Lo veo –dijo ella.

–Si es así, muestra tus cartas.

Y cuando lo hizo, brotó un murmullo a su alrededor.

Lo había conseguido.

Estaba mareada, apenas podía respirar. Había ganado y la victoria resultaba embriagadora.

Había ganado la partida: su patrimonio y su título. Ni siquiera estaba segura de que eso fuera posible, puesto que era una mujer. Pero le daba lo mismo.

Y a él… no parecía importarle.

Era evidente.

Mostraba el tipo de indiferencia propia de un hombre que fingía que le daba lo mismo ganar que perder. Pero ella podía ver que le daba verdaderamente lo mismo; que había perdido a propósito.

Y, a su pesar, se sintió intrigada aun cuando al mismo tiempo estuviera intentando asimilar que acababa de ganar varios millones de dólares y una propiedad.

Tenía una casa. Después de tantos años Jessie Hargreave tenía una casa. Lo que significaba que aun cuando Maren perdiera su partida, podían abandonar aquella vida.

–Enhorabuena, señorita…

–Lockwood, Jessica Lockwood –dijo, contestando al crupier–. Gracias.

Aunque mantenía su nombre propio, el apellido era uno de sus muchos alias.

–Sus ganancias serán transferidas a la cuenta bancaria que proporcionó al aceptar la invitación . El resto de la… inusual apuesta queda en manos del duque y de usted.

Jessie quería hablar con su hermana.

–¿Han acabado las demás partidas?

El hombre miró el reloj.

–No. Hay una muy reñida en el ala este. Dudo que vaya a terminar en un buen rato.

–Gracias

Tampoco quería que las relacionaran, así que tendría que decidir dónde y cuándo buscarla.

Y, en cierta forma, se alegraba de disfrutar de aquel instante sola.

Adoraba a su hermana, pero Maren no gozaba de momentos como aquel. Nunca se regocijaba de sus victorias. Jessie no podía decir lo mismo de sí misma.

Y al mirar a Ewan Kincaid sintió aquel pecaminoso deseo de disfrutar con más intensidad que nunca.

Tenía el corazón acelerado. Había apostado su propio cuerpo. Sabía que no podía perder. Pero siempre había una mínima posibilidad. Y habría pagado su deuda.

Solo pensarlo hacía que la recorriera una oleada de sensualidad.

Nunca la había tocado íntimamente un hombre.

Nunca había besado. Y deseaba hacerlo.

Maren y ella habían trabajado sin descanso, y Maren había trazado límites nítidos a los que Jessie había accedido.

Pero se sentía tentada. Aquella era la noche final. La última de su vida presente.

Y aunque debía estar exultante por aquella victoria, en cierto sentido también sentía lástima. Allí era donde destacaba, donde podía lucirse. Allí no era la hija insignificante e indeseada de un barón del crimen que había querido tener hijos varones, pero había sabido sacar provecho del cerebro de sus dos hijas.

Un cerebro que en aquel momento usaban para su propio beneficio. Y sí, aquella victoria le resultaba excitante.

Además, estaba sentada frente a un hombre que había alimentado sus fantasías desde que lo había visto por primera vez. Y al que no volvería a ver porque no habría motivo para ello. Pero aquella noche tendrían que hablar en privado sobre la apuesta.

–¿Nos vamos? –preguntó ella.

–¿Estás ansiosa? –preguntó él a su vez, sin dar muestras de la menor contrariedad por haber perdido…todo.

–No quiero arriesgarme a que te eches atrás. Pareces muy tranquilo para haber perdido tu título y tu propiedad.

Él esbozó una sonrisa.

–Asumes que me importa.

–Supongo que cuando se tiene tanto, es fácil desdeñar lo que para otros es esencial.

Él pasó por alto el comentario.

–Tengo una suite en el piso de arriba. ¿Quieres subir y que hablemos de ello?

–Muy bien.

Él se levantó y a Jessie se le secó la boca. Había olvidado lo alto y fuerte que era. Al contrario que el resto de los demás hombres, a los que se les notaba que esculpían sus cuerpos dedicando horas a ir al gimnasio, Ewan Kincaid tenía el aspecto de un hombre que hubiera dedicado su vida a trabajar al aire fresco de las Highlands.

Escocia.

Allí estaría su casa familiar, el hogar de sus ancestros.

Jessie nunca había ido a Escocia.

Pensó en lo fascinante de su victoria; no solo por haber ganado una cantidad de dinero con la que nunca hubiera soñado, sino porque, además, había conseguido tener un hogar.

Kincaid se acercó y posó la mano en su espalda, y ella se sintió dominada por la temeridad.

No volvería nunca a aquel lugar ni aquel momento se repetiría. Había ganado ¿qué impedía que él fuera parte del premio?

De haber perdido, habría estado dispuesta a entregar su cuerpo. De hecho, hasta le habría resultado excitante. Porque esa era la clase de perversión que en ocasiones sentía que le corría por las venas.

Precisamente lo que le ocurría en aquel momento. Puesto que prácticamente se sentía arder, ¿por qué no dejarse llevar? Si aquella era su última oportunidad de actuar temerariamente, ¿por qué no abrazarla?

Se abrieron camino hacia el ascensor bajo las miradas disimuladas de la gente.

–¿Cuál es tu nombre verdadero? –preguntó él cuando se cerraron las puertas.

–Ya te lo he dicho.

–No es verdad. Te he visto antes –contestó él–. Te dedicas a esto. Y tu nombre no es Jessica Lockwood.

–¿Tiene importancia cómo me llame?

–La tiene si quieres convertirte en propietaria de mi mansión. En las escrituras debe aparecer tu nombre.

Jessie se quedó paralizada.

–No puedo arriesgarme a ser reconocida. Supongo que lo entiendes.

–No tengo problema en usar otro para el acuerdo, pero tu nombre legal debe aparecer en alguna parte.

–No soy nadie importante, pero sí alguien que no quiere ser localizada por gente que puede hacerle daño.

–¿Eres una estafadora?

–No. Te he ganado sin hacer trampas.

–¿Cómo?

Jessie alzó la barbilla.

–Teniendo mejores cartas que tú.

–Eso suele ser lo normal. Pero también ganaste en Las Vegas, en Capri y en Montecarlo.

–¿Me viste?

–Siempre te veo –Jessie sintió que el mundo se paraba y le habría dado lo mismo que no volviera a moverse. Él la miró fijamente y añadió–: Pelirroja, morena, negro azabache… –le acarició el cabello–, da lo mismo. No eres una mujer a la que sea fácil olvidar.

Ella era una mujer que no podía olvidar. A menudo se había preguntado cómo sería tener una mente que no acumulara traumas ni dolor; una mente que sirviera de escudo contra lo oído o vivido.

Nunca lo sabría.

Ella grababa todo en su mente, incluido el ruido constante de los más nimios detalles.

Pero sí se alegraba de saber que nunca olvidaría aquel momento, en el que él le decía que no había podido olvidarla.

–Si te digo mi nombre, debes prometerme que nunca lo dirás. Que me protegerás.

–Cariño, lo que ha pasado va a salir en los periódicos.

Jessie lo sabía bien.

–No importa. Mi padre… Mi padre no prestará atención a la noticia de un duque que ha perdido su fortuna. Pero si mi nombre aparece…

–De cara al público tu nombre será Jessica Lockwood. Pero quiero saber cómo te llamas de verdad.

En aquel momento se abrieron las puertas. Salieron al pasillo, él pasó la tarjeta por el cierre y sonó el clic de apertura.

Entraron en un ático moderno, muy diferente al resto de la mansión. Era la zona que se había adaptado para acoger a los invitados.

–Lo prometo –dijo él, volviéndose hacia ella–. No tengo el menor deseo de perjudicarte.

–¿Por qué he de creerte si acabas de acusarme de hacer trampas?

Él sonrió.

–Porque un tramposo reconoce a otro.

Ella resopló.

–No eres tan bueno.

–No lo sería si hubiera pretendido ganar en lugar de perder. Peor no te equivoques, querida, toda mi vida es un fraude.

El tono y el acento escocés con el que habló hizo que a Jessie la recorriera un escalofrío.

Estaba pisando un terreno minado y el peligro siempre la excitaba. Quería que aquella noche fuera sorprendente y salvaje.

–Mantenme a salvo –musitó–, y podrás disfrutar lo que no has ganado en la mesa.

Él la miró con una media sonrisa y fue hacia el bar que había en una esquina. Se sirvió un whisky y bebió un sorbo.

–¿Estás ofreciéndome tu cuerpo?

Jessie alzó la barbilla.

–Sí.

–¿Qué clase de hombre crees que soy para pensar que tienes que intercambiar sexo por seguridad?

–Un hombre.

Él dio un paso hacia ella, mirándola fijamente al tiempo que bebía otro trago de whisky.

–No, cariño. Solo quiero tu cuerpo si deseas dármelo, si no puedes reprimir el deseo que te domina. No a cambio de seguridad. Soy el hombre más libertino del planeta, puedo acostarme con quien quieras cuando quiera. No necesito que me ofrezcas tu cuerpo a modo de sacrificio. Te doy libremente la seguridad que me pides. No quiero mi patrimonio. Lo he perdido de la manera más pública posible para destrozar a mi padre.

–Te he ganado –dijo ella, consciente de que sonaba como una niña petulante, pero sin saber de qué otra manera reaccionar.

–No me habrías ganado ni aunque lo hubiera intentado.

–No pienso discutirlo. Sé que he seguido jugando a pesar de que suponía que iba a perder. Eso era lo que quería que pasara esta noche.

A Jessie le sorprendió darse cuenta de que esa afirmación no restaba efervescencia a su sensación de triunfo. Había ganado a todos en la mesa, incluido él.

–Antes que nada –continuó diciendo él–, dime tu nombre.

Jessie se sentía caminar sobre el filo de una navaja. ¿Podía arriesgarse?

Lo cierto era que, incomprensiblemente, confiaba en él.

–Jessie –contestó–. Jessie Hargreave. Jessica, de hecho. Así que sabías la verdad a medias.

–Muy lista. Una buena mentira nunca debe alejarse demasiado de la verdad.

–Así es.

–¿Tu padre quiere hacerte daño?

–Es un hombre peligroso. No le gusta perder y me ha perdido. Intentará recuperarme.

–Supongo que se trata de Mark Hargreave.

A Jessie le desconcertó no haber estado preparada para que lo supiera.

–Así es. Espero que entiendas por qué no quiero que se sepa mi nombre verdadero.

–Sí. Te doy mi palabra de que no te encontrará.

–Gracias.

–Aquí está la documentación.

Kincaid abrió un mueble con una llave y le tendió varios papeles.

–Tienes que firmar con tu nombre real y será tuyo.

–¿Todo por vengarte de tu padre?

Él rio quedamente y Jessie sintió que se derretía.

–Se ve que no soy el único que tiene problemas con su padre.

Ella lo miró a los ojos y, dejando escapar un suspiro, tomó los papeles.

–¿De verdad puedes cederme tu título?

–No tengo ni idea. Pero puedes reclamarlo.

–¿Cuál es el propósito de todo esto?

–La venganza pura y simple. Mi padre está en el lecho de muerte. Estos documentos representan un acuerdo entre tú y yo, por el que sus bienes pasarán a ti cuando él fallezca. Entonces te haré llegar los documentos definitivos. Antes de que se vaya al infierno, me aseguraré de que sepa que su linaje acaba conmigo. Eso es todo.

–Me parece justo –Jessie no tenía ninguna necesidad de preguntar por qué odiaba a su padre. Después de todo, ella odiaba al suyo.

Leyó los documentos rápidamente y los firmó.

El aire se había cargado de electricidad.

–Yo abandono el juego esta noche –dijo, alejándose de él para evitar el calor que le causaba su proximidad.

Había sido la noche más excitante de su vida, y él era el oponente más atractivo y fascinante que pudiera haber tenido. Ambos habían salido victoriosos. ¿Por qué no saborear y deleitarse con su triunfo?

–¿De verdad?

Jessie se encogió de hombros.

–Algún día tenía que pasar.

–¿Tú crees? Yo no pienso parar hasta que empotre mi Ferrari contra un muro. Solo entonces puede que frene.

–¿Cuando estés muerto?

–Puede ser.

–No me parece una buena receta para una vida feliz.

–Yo no quiero una vida feliz. Lo quiero todo. Me gusta el exceso, dure lo que dure. Un hombre como yo no está hecho para sentarse en una mecedora al llegar la vejez. Ni siquiera para llegar a la vejez.

–Suena muy deprimente.

–Puede que lo sea. Pero entre un momento deprimente y otro, dicen que puedo resultar muy entretenido.

–Demuéstramelo –dijo Jessie con el pulso acelerado.

–¿Por qué no me lo demuestras tú a mí?

Él se acercó a la ventana que daba a la parte trasera de la mansión y sentándose en un sillón, añadió:

–Tengo entendido que estamos al borde de un barranco y que estas ventanas dan a un valle, así que nadie puede vernos –dio un sorbo al whisky mientras quemaba a Jessie con la mirada–. Muéstrame el premio que me he perdido.

Estaba pidiéndole que se desnudara.

Jessie no sabía cómo hacer un estriptis. Había coqueteado, había seducido, pero ni su hermana ni ella habían tenido que ir nunca más allá.

Aquella noche no se trataba ya de un juego, sino de una conquista. Una noche en la que cobrarse las ganancias. ¿Y por qué no cobrarse también la

virginidad?

Antes de que la dominaran los nervios, se llevó la mano a la espalda y bajó la cremallera del vestido, dejándolo caer hasta la cintura y exponiendo sus senos.

–Preciosa –musitó él con la mandíbula en tensión.

Jessie confirmó entonces los rumores que corrían de él: que era un hombre que hacía lo que quería y cuando quería. Eso, evidentemente, incluía el sexo.

En aquel momento, al verlo removerse en el asiento y descubrir la prueba de su excitación en el abultamiento de su bragueta, supo que su cuerpo le gustaba.

–Más –exigió él.

Ella deslizó el vestido por sus caderas hasta quedarse exclusivamente con un tanga y unos altísimos zapatos de tacón.

No había soñado con que nadie la viera así, pero le hacía sentirse sexy y poderosa y la ayudaba a interpretar el papel. Pero en aquel momento, pensó que lo había hecho para él.

Kincaid alzó el dedo y lo dobló repetidamente.

–Ven aquí.

Jessie no era obediente por norma general, pero aquella voz era como un néctar cargado de promesas sensuales al que no podía resistirse.

Caminó lentamente hasta detenerse ante él.

–Tienes suerte de que no quisiera ganar, señorita Hargreave. Eres aún más exquisita de lo que había imaginado.

–¿Por qué te acordabas de mí?

Jessie lo recordaba todo. Pero a él lo recordaba distinto a los demás. No había podido clasificarlo. Representaba calor y luz, una pasión ardiente, el rojo…

Y también sabía que nadie más recordaba como ella.

Sin embargo, él la recordaba. Eso tenía que significar algo. Ella necesitaba que significara algo.

–Porque te deseo desde la primera vez que te vi, en el casino de Las Vegas. Parecías tan joven e inocente, pero no lo eres. Eres un enigma, lo has sido desde entonces. En aquella ocasión llevabas una peluca.

Jessie sacudió la cabeza.

–Ahora llevo el cabello teñido más oscuro.

–La peluca era muy bonita, pero me gusta más así.

Jessie volvió a sacudir la cabeza y el cabello le cayó sobre los senos como una mancha de petróleo. Él gimió, impulsando las caderas hacia arriba.

Jessie no se había sentido nunca tan hermosa. De hecho, nunca le había importado serlo.

–Luego te vi en Montecarlo. Estabas en el primer piso.

–¿Dónde me viste? Yo…

Era la primera vez en su vida que cometía un error así. Ser vista sin ver.

Estar de pie, casi desnuda ante él debía ser un motivo añadido de alarma. Un aviso de que con aquel hombre no estaba segura, de que debía ser cautelosa. Era el único hombre que le hacía cometer errores.

Pero el pulso le palpitaba entre las piernas y solo podía pensar en acercarse y sentarse a horcajadas sobre él; en frotarse contra su ingle para aliviar el deseo que la devoraba.

El deseo no era nuevo para ella. En su imaginación era vívido, brillante y… rojo.

Súbitamente, él alargó las manos, la sujetó por las caderas y la inclinó hacia adelante para presionar sus labios contra su vientre, por debajo del ombligo.

Jessie se estremeció,

–Eres deliciosa –dijo él con voz ronca. Alzó la mirada y las manos hasta dejarlas justo debajo de sus senos–. Arrodíllate.

–Yo…

–Tienes que ganarte el derecho a estar aquí, conmigo. Muéstrame cuánto me deseas.

Jessie se arrodilló con piernas temblorosas. Él le tomó la barbilla y acercó su rostro al tiempo que se inclinaba para besarla.

Primero con firmeza. Luego, con furia.

Le abrió los labios con la lengua y se adentró profundamente en su boca. Ella emitió un gemido áspero y le devolvió el beso, facilitándole el acceso, entregándose plenamente.

Había pensado seducirlo como si fuera un premio, una ganancia más del juego. Pero lo que tenía ante sí era una criatura viva y poderosa; no tenía nada que ver con el frío e impersonal dinero.

Y no era ni dócil ni manipulable. Por eso mismo la excitaba tanto. Y más aún haberle ganado.

Era embriagador saber que podía haber perdido contra él, que jugaba sus propias cartas con sus propias reglas. Que era su igual.

«Pero estás arrodillada ante él».

Sí. Por propia voluntad.

Él separó sus labios de los de ella y, abriéndose el pantalón, sacó su sexo grande y duro.

Jessie sabía lo que quería y ella quería dárselo. Él la tomó por la nuca y, hundiendo los dedos en su cabello, acercó su cabeza a su entrepierna.

Ella abrió los labios y lo tomó en su boca. El sabor a almizcle salado fue una flecha que la atravesó de deseo.

–Vamos, preciosa, dame lo que quiero.

Ella rodeó su duro miembro con manos temblorosas y lo acarició a la vez que se lo lamía. Sabía lo que era el sexo oral; no necesitaba tener experiencia personal para saber cómo hacerlo.

Lo tomó tan profundamente como pudo y… perdió la noción de todo. Su mente se apagó. Dejó de ver el archivador, el banco de recuerdos que la asaltaban constantemente. No había nada más que él, su sabor, aquella sensación. Era algo nuevo y… maravilloso, aterrador.

Se perdió en su calor, en su duro sexo, en los gemidos con los que reaccionaba cuando hacía algo que le gustaba.

Quizá por primera vez en su vida, Jessie estaba en el presente absoluto. Ni en el pasado ni en un presente donde tenía que retener cada detalle de su entorno.

Súbitamente él la sentó sobre su regazo y la besó apasionada y frenéticamente. Kincaid era un hombre indómito, salvaje. Pero en lugar de sentirse asustada, para Jessie fue lo más excitante que había experimentado en su vida.

Estaba teniendo sexo con un desconocido. O estaba a punto de tenerlo. Acababa de tener su parte más íntima dentro de la boca. Y en aquel momento él la devoraba, reclamándola como su suya. Y ella no había deseado nunca algo tanto.

Aquella noche quería que hiciera realidad las más turbias de sus fantasías. No quería que hubiera reglas.

Aquel hombre la veía tal y como era. Sabía que era una delincuente y le daba lo mismo.

La deseaba igualmente.

Él la tomó por las caderas y, colocándole las rodillas sobre sus muslos, apartó el tanga a un lado y expuso su sexo a su voraz mirada antes de deslizar las manos hacia sus nalgas para atraerla hacia sí y abarcarla con sus labios.

Jessie ahogó un grito cuando él comenzó a lamerla. Cada caricia de su lengua prendía una ardiente llamarada de fuego en su interior.

Él movió una mano hacia sus muslos y la acarició allí donde estaba húmeda y pulsante antes de introducir en ella un dedo al tiempo que continuaba succionándola y saboreándola.

Ella, que controlaba cada paso, cada respiración que daba, perdió el dominio de sí misma por primera vez en toda su vida

Presionó las caderas contra los labios de él, buscando más, y cuando él le metió un dedo más, un gemido ronco escapó de sus labios.

–Sí –gimió–. Sí.

–Eres una chica muy mala, ¿verdad?

Había leído en su interior; había visto su miedo. ¿Era una chica mala? Eso creía él. Y le encantaba.

También a ella.

Las sensaciones eran tan intensas que casi le resultaban dolorosas.

Él había hecho su comentario con los labios pegados a su núcleo femenino, y Jessie tembló como respuesta.

Él siguió lamiéndola y, de pronto, el mundo se descompuso, y ella con él. Sus músculos internos se contrajeron en torno a los dedos de Kincaid, y Jessie tuvo que asirse a sus hombros para no colapsar.

Vagamente, se dio cuenta de que mientras que ella estaba prácticamente desnuda, él seguía vestido. Fue a decir algo al respecto, pero él, levantándose, se la cargó al hombro como si fuera un hombre de las cavernas, y cruzó la sala hacia el dormitorio.

Allí, la dejó caer sobre la cama y luego procedió a desnudarse.

Ella lo esperó con las piernas abiertas, todavía en tacones, contemplando y deleitándose con su magnífico cuerpo.

Él se quitó la corbata y los gemelos y se desabrochó la camisa. A Jessie se le secó la boca al ver su musculoso torso y su abdomen, cubierto de

dorado vello, y tuvo que contenerse para no gemir cuando finalmente se quitó los pantalones y quedaron a la vista sus poderosos muslos y su glorioso y gran miembro.

Ya había tenido un orgasmo, pero estaba preparada para el siguiente.

Él se acercó y le quitó el tanga, dejándolo caer al suelo. Luego volvió sobre ella, avanzando poco a poco, besándole los tobillos, la parte interior de los muslos hasta alcanzar el corazón de su sexo y penetrarla profundamente con su lengua.

Ella elevó las caderas mecánicamente y estuvo a punto de gemir su nombre.

Él se deslizó hacia arriba y le besó los senos, tomando sus pezones alternativamente, succionándolos con fuerza.

Si aquello era el libertinaje, Jessie pensó que había nacido para explorarlo. Desde el día siguiente, comenzaría una vida tranquila y apacible. Pero aquella noche no. Aquella noche se entregaría a la lujuria.

Él se giró, sacó un preservativo del cajón de la mesilla y se lo puso.

Entonces se tumbó sobre ella, le colocó las piernas sobre sus hombros y la penetró con fuerza.

Jessie, tomada por sorpresa, gritó de dolor.

–¿Qué demonios…? –preguntó él, mirándola contrariado.

–Estoy bien –dijo ella, tomándolo por las caderas y animándole a seguir–. Estoy perfectamente.

–Eres virgen.

–Ya no.

Él le tomó el mentón y, mirándola fijamente, preguntó:

–¿A qué estás jugando?

–A nada. Ya hemos jugado antes. Y he ganado la partida. Tú me habías visto. Yo a ti también. No he podido olvidarte; quería tenerte esta noche. Eso es todo. Quería que fueras el primero.

Quizá el único.

No le costaba reconocer que lo deseaba porque dudaba que volviera a verlo. Solo quería aquella noche. Conservar aquel maravilloso y crudo recuerdo.

–No puedo ofrecerte nada más que esto –dijo él.

–No quiero nada más. No podría aceptarlo. Mi padre es un criminal del que llevo huyendo varios años para poder tener una vida propia, a salvo –no

quería mencionar a Maren; su hermana no era responsable de sus decisiones–. Esta noche he ganado. Estoy a salvo. Voy a poder disfrutar de mi vida. Pero antes, quería esto.

–Haré que sea una noche inolvidable.

Kincaid no podía imaginarse hasta qué punto eso era verdad; que ella no olvidaba un aliento, un latido, un instante.

Él se retiró levemente antes de empujar de nuevo hacia su interior, y el delicioso roce la hizo gemir. Enredó las piernas en su cintura al tiempo que el dolor disminuía y era sustituido por el deseo.

Los embates fueron haciéndose más decididos, menos delicados. Y Jessie sintió la excitación incrementarse, contraer sus músculos y elevarla de nuevo al éxtasis… pero en aquella ocasión no lo experimentó como un desvanecimiento.

Cuando alcanzó el orgasmo, fue una explosión violenta; su cuerpo se contrajo en torno a Kincaid, atrayéndolo aún más a su interior. Y él respondió con un instinto animal: sus embates se volvieron descontrolados, desbocados. Y cuando se dejó ir, Jessie sintió que miraba de frente un sol cegador.

Tras colapsar al mismo tiempo, permanecieron entrelazados.

Ella se estaba preguntando si debía marcharse justo cuando él se levantó y, yendo hacia el cuarto de baño, dijo:

–Quédate ahí.

Volvió enseguida con una toalla.

–Voy a limpiarte y a dejarte descansar un poco. Pero si solo tienes esta noche…

–Sí –dijo ella, sintiendo un profundo alivio. No sería una única vez–. Quiero que me enseñes y aprenderlo todo.

Capítulo 3

SU padre había muerto y no lo lamentaba, pero tampoco llegaba a tener el menor sentimiento de triunfo.

Después de todo, había ganado. Su padre había muerto solo, en una residencia y él lo había sobrevivido. Pero se sentía aplastado por una nube negra y densa que no le causaba tanto pesar o dolor, como… futilidad.

Había sobrevivido a su padre, sí. Se había asegurado de que muriera sabiendo que con él acababa su linaje, de que había perdido todo su patrimonio.

Pero aun con todo eso, sentía… un vacío que no había anticipado.

Tenía la impresión de no poder encontrar ya al hombre que había bajo la máscara. Siempre había asumido que existía una parte de sí mismo anestesiada, que estaba en alguna parte y que sanaría tras la muerte de su padre… sin embargo, la única vez que se había identificado consigo mismo había sido con ella.

Su comportamiento había sido radicalmente distinto al que acostumbraba, al igual que el deseo que todavía lo consumía. Jessie había despertado algo profundo, oscuro e intenso en él. Jamás había actuado así con ninguna otra mujer.

Y aunque durante un tiempo creía haber vuelto a ser él mismo, algo seguía roto en su interior.

O tal vez se trataba de Jessie.

Desde la noche que había pasado con ella, nada le sabía a triunfo.

Después de cinco meses no había logrado olvidarla.

Jessie…

Desde entonces no había deseado nada ni a nadie.

Que fuera virgen había sido desconcertante. Si hubiera sido un caballero solo la habría poseído una vez y luego le habría dado tiempo para recuperarse.

Él no era un caballero. Tampoco se había comportado como un depravado, sino que no había sido incapaz de actuar de otra manera. Porque ella le había llevado a perderse.

Le había hecho descubrir un lado oscuro de sí mismo. Él le había pedido y ella le había dado. Había sido como reencontrarse con una vieja amiga o tal vez con una parte de sí mismo que había olvidado.

No era más que un niño cuando había ocultado la intensidad de sus sentimientos bajo una película de encanto superficial. Por eso nunca había vivido el sexo y el deseo con la intensidad que sí había encontrado con ella.

La había poseído de todas las maneras, en todos los rincones. En el sofá, en la ducha; le había atado las manos y le había dado placer hasta que ella le había rogado que concluyera, y él se había negado hasta que ella se lo suplicó entre sollozos.

Había sido la noche más espectacular de su vida. Y en lugar de desvanecerse en su memoria, tal y como le sucedía con todos sus encuentros sexuales, había permanecido nítidamente grabada en su recuerdo.

Buscaba explicaciones. Tal vez era ya tan pervertido que solo le excitaba tomar a una virgen. O quizá se debía a que aquella noche por fin había completado el plan de cortar toda relación con su padre.

Jessie había sido una gran conquista. Una victoria. Y había sido suya. Y la desesperación que ambos compartían había dado lugar a un encuentro distinto a cualquier otro. Jessie había sido fuego líquido en sus manos. Había suplicado y él había concedido. Una y otra vez. Ni un milímetro de su cuerpo había quedado sin marcar. Había sido virgen cuando llegó a su cama, pero para cuando la abandonó, ya no le quedaba nada por probar. Todas sus primeras veces las había experimentado con él.

Incluso en aquel momento, le bastaba pensar en ello para que su sexo se endureciera.

Algo que tan solo le sucedía desde aquella noche con ella. Nunca había tenido un periodo tan largo de abstinencia.

Jessie era la única mujer que le hacía sentir.

Buscaba la justificación en la muerte de su padre; en la frustración que le causaba no sentirse restaurado; descubrir que el pasado seguía siendo pasado.

Todo seguía igual.

Estaba sentado allí, en su despacho; millonario por mérito propio; liberado del hombre que lo había envenenado y se preguntaba qué demonios había estado esperando.

¿Creía que podía curarse? Debía haber sabido que lo suyo no era reparable. Pero claramente, en algún lugar de sí mismo, un niño pequeño asustado creía que había ganado a un dragón, cuando en realidad lo único que había pasado era que un ser miserable había muerto y que su fallecimiento no implicaba que se borraran las cicatrices que había causado su existencia

Distraídamente, volvió a echar un vistazo a los artículos que habían alimentado los tabloides hacía meses: *Jessica Lockwood. El patrimonio de los Kincaid*.

Pero no esperaba ver algo que le hizo hervir la sangre. Un artículo fechado el día anterior.

Allí estaba la preciosa Jessie… embarazada.

Ewan apretó los puños. Tenía que ser su bebé. No había otra posibilidad.

Habían hecho el amor innumerables veces y era consciente de que no siempre había recordado ponerse un preservativo.

Porque Jessie lo había transformado. Lo había convertido en un hombre que no temía las consecuencias de nada porque solo pensaba en el instante.

Y tenía ante sus ojos las consecuencias.

Él, que había jurado no preservar la línea familiar; que había prometido que su apellido no tendría continuidad…

Sin embargo, lo quisiera o no, su sangre seguía viva.

Lo quisiera él o no, su descendencia lo heredaría.

Su bebé.

Un bebé.

Llamó por el interfono.

–Natalie –dijo a su secretaria en tono áspero–, haz que preparen el avión. Tengo que ir a Escocia.

Jessie Hargreave estaba embarazada y tenía que verla. Aunque para ello tuviera que viajar al infierno.

–No entiendo cómo se ha podido colar un fotógrafo.

Jessie miró a Maren, que recorría la habitación de un extremo a otro.

–No pasa nada –contestó, aunque no estuviera en absoluto convencida de ello.

–Si nuestro padre nos encuentra, sí que va a pasar –dijo Maren con los ojos abiertos en un gesto de temor.

–No nos localizó cuando salieron los artículos iniciales –contestó Jessie, intentando tranquilizar a su hermana.

Para estar seguras, habían contratado un equipo de seguridad que las tenía al tanto de los movimientos de su padre.

Maren frunció el ceño.

–Sí, pero esto es tentar a la suerte.

A Jessie no era solo su padre quien le preocupaba.

–Maren, sabes que no voy a permitir que nos encuentre –dijo–. Su punto débil es precisamente que cree que es más listo que nosotras, pero yo siempre he sido mejor que él en cubrir todos los flancos. Y tú…

–Yo conozco sus otros puntos débiles: su ego, su dependencia del dinero y su aversión al trabajo.

–Debilidades que nosotras no compartimos.

–Puedes venirte conmigo –dijo Maren–. En un par de meses puedo ocupar el castillo que gané. Voy a ser princesa y podré protegerte.

–¿En un país cuya extensión es prácticamente la misma que el castillo?

–Sí.

–Yo soy duquesa –dijo Jessie, aunque no estaba segura de que el título fuera a serle concedido–. Puedo cuidar de mí misma. Y del bebé.

Descubrir que estaba embarazada había sido… aterrador. Y se lo había ocultado a Maren el mayor tiempo posible.

La noche de la partida de póquer, su hermana también había ganado un premio increíble: un castillo y todo el dinero que lo acompañaba. Un reino en sí mismo, aunque no estuviera habitado por nadie a tiempo completo.

Que tuvieran que pasar unos meses para que pudiera ocuparlo había creado una situación complicada.

Maren había sospechado algo desde la misma noche de la partida de póquer.

Al verla llegar a la mañana siguiente había dicho, entre enfadada y decepcionada:

«Tenemos una regla, Jessie».

«Lo sé».

«He ganado mi partida».

«Genial».

«No te he encontrado», había dicho en tono acusador.

«Tenía cosas de las que ocuparme. Yo también he ganado».

«Lo sé. Todo el mundo lo comentaba. Pero en lugar de venir a verme, te has ido con él».

«Era nuestra última noche, Maren. Se acabó. Ya no tenemos por qué estar tan preocupadas. Ya no necesitamos ser tan cautelosas».

«Te equivocas, Jessie. Siempre tendremos que actuar con cautela. Cuando te descuidas, actúas como nuestro padre».

«Puede que yo sea como él».

Maren la había mirado con pesar.

«Eso no es verdad».

«Puede que sí. Soy peor que tú».

«Desear a un hombre guapo no te hace mala persona. Es solo que… no puedo evitar preocuparme».

«Lo sé. Pero no tienes motivo para preocuparte».

«¿Estás bien?».

«Acabo de tener treinta orgasmos. Estoy perfectamente».

Jessie recordó aquella conversación cuando tuvo la primera falta. Y la segunda. Cuando se hizo una prueba de embarazo y decidió mantenerla en secreto.

El primer día que vomitó por la mañana supo que ya no podía esconderlo por más tiempo.

«Estoy embarazada».

Maren se había limitado a asentir.

«Lo sé».

Maren habría sido mejor madre, pero era menos descuidada que ella.

«¿Cómo lo has sabido?».

«Por pequeños cambios casi imperceptibles. Además, estás melancólica. ¿Qué vas a hacer?».

«No lo sé».

Y había sido así hasta que había sido demasiado tarde como para tomar alguna decisión. Algo extraño en ella, que, en general, era muy segura de sí misma. Solía saber lo que quería en cuanto sabía con qué opciones contaba.

Había sabido que deseaba a Ewan en cuanto lo había visto. Y había conseguido tenerlo.

Pero no se imaginaba con un bebé. Tal vez por eso no había sido capaz de abortar: porque por primera vez algo la pillaba por sorpresa.

Su intención al iniciar una nueva vida había sido volver a estudiar, o hacer un trabajo que le gustara. Le interesaban tantas cosas…

Pero tenía todo el dinero que necesitaba e iba a convertirse en…madre.

No sabía si tenía instinto maternal. Maren y ella apenas habían conocido a una madre que nunca les había prestado especial atención. Su madre era malvada, así que por lo menos habían aprendido cómo no ser.

Curiosamente, aquel era uno de los motivos por los que pensaba que valía la pena tener un hijo. Lo que no sabía, una vez la noticia se había publicado, era cómo reaccionaría Ewan.

Tal vez no hiciera nada. Después de todo, no daba la impresión de querer tener descendencia, puesto que, para castigar a su padre, se había desprendido de su patrimonio y de su título.

En cuanto a lo que ella quería… Pensar en él la perturbaba. Le hacía sentir demasiadas emociones. Y mientras que era consciente de que, por el bien de su hijo, tendría que abrirse a los sentimientos, también sabía que tenía que evitar tener a Ewan cerca de ella cuando eso sucediera.

Porque Ewan ya intuía demasiado sobre ella y no podía arriesgarse a que la conociera aún más.

Durante aquellos meses había evitado deliberadamente verlo en fotografías por temor a que lo acompañara una mujer. Por otro lado, por las noches, revivía las horas que habían compartido. Sus recuerdos eran tan vívidos que casi podía alargar la mano y tocarlo.

Ewan era rojo. También lo era desearlo. Ese color teñía cada uno de sus días. Por eso tenía que mantenerlo a distancia.

–No, este es mi hogar. Y si tengo que contratar un servicio de seguridad para sentirme protegida, lo haré. Nos propusimos empezar una nueva vida y

lo hemos conseguido. Y yo… voy a ser madre –se obligó a decir en alto.

–Jessie ¿es eso lo que quieres? –dijo Maren con los ojos llenos de lágrimas.

–No lo sé, pero no hay otra opción. Al menos es por algo que decidí hacer yo misma. Recuerda la de veces que padecimos las consecuencias de los actos de nuestro padre. Deseaba a Ewan, quería acostarme con él y no tuve suficiente cuidado, pero llegó un momento en que me dio lo mismo. Es el único hombre que me ha arrastrado a cometer errores; nadie me ha hecho sentir como él.

–Espero que nunca me pase algo así –dijo Maren, desviando la mirada–. Suena aterrador.

–Lo es, pero también fue maravilloso.

–Una noche y vas a tener un bebé del que vas a tener que cuidar el resto de tu vida…

–En realidad solo va a ser un bebé por un tiempo –bromeó Jessie, posando la mano en su vientre–. Supongo que debería ir a ver un médico.

–Desde luego Afortunadamente, tienes suficiente dinero como para que venga a verte a casa.

–Así es.

El ruido del motor de un avión interrumpió la conversación, sobresaltándolas.

Jessie corrió a la ventana que daba a la parte trasera justo a tiempo de ver un avión desaparecer tras una colina próxima, donde sabía que había una pista de aterrizaje porque la había descubierto en uno de sus paseos a caballo para explorar la propiedad. Tuvo la certeza al instante.

–Está aquí –afirmó.

–¿Papá?

–No, Maren. Ewan Kincaid.

Capítulo 4

CUANDO el avión aterrizó, Ewan sintió la adrenalina recorrerle las venas como si en lugar de llegar a las verdes tierras de las Highlands, acabar de volver al infierno. Porque eso era lo que aquel lugar representaba para él desde su infancia.

Intentó apartar imágenes del pasado para concentrar su energía en el presente.

–Dese prisa –dijo bruscamente al asistente de vuelo en cuanto tocaron tierra.

Podía ver en las expresiones de sus empleados que su comportamiento los desconcertaba. Solía ser afable; un playboy relajado, con negocios dedicados a la diversión. Y sabía que era más fácil cazar moscas con miel que con vinagre. Pero desde que había visto la fotografía de Jessie embarazada, su tono se había vuelto áspero y autoritario.

Desde aquel instante había tenido un único pensamiento: hablar con ella para saber cómo actuar.

Él era un hombre de acción.

Su padre se había quedado estancado en la tradición, congelado en un pasado arcaico, medieval, cruel. El tipo de hombre capaz de pegar a un niño por mostrarse frágil y llorar al perder a su madre. Un hombre obsesionado con preservar su apellido, su legado, al que le importaban más sus antepasados que su propio hijo.

Ewan siempre había evitado parecerse a él. Y hasta el presente, lo había conseguido.

Pero de pronto temía estar aproximándose, como si alargara un dedo hacia una llama. Porque, aunque le doliera reconocerlo, por primera vez en su vida creía entenderlo.

Bajó del avión y ascendió la loma en cuya cúspide se veía la mansión.

Llevaba unos zapatos italianos y un traje inapropiados para caminar por el campo, y que en aquel instante lo asfixiaban.

¡Cómo odiaba aquel lugar! Le hacía sentirse como si lo asediara una jauría de caza. El corazón le latía aceleradamente y le costaba respirar.

Se quitó la chaqueta y los zapatos y echó a correr hacia la casa, hacia Jessie.

Hasta que la viera seguiría sumido en aquel estado de confusión, en el desorden de sentimientos que se había apoderado de su alma.

¿Era su hijo? Podía no serlo. Él había sido su primer hombre, pero no tenía por qué haber sido el único. Jessie había demostrado ser una amante apasionada y tal vez había querido seguir explorando su propia sensualidad.

Pero ¿acaso importaba? ¿Qué tipo de padre podía ser él? De la relación con el suyo solo conocía el dolor. Hasta el punto de que había pasado el resto de su vida evitando cualquier vínculo emocional.

Cambiaba de secretaria al menos una vez al año; hacía rotar constantemente al personal de su avión privado. En sus locales había siempre un movimiento constante de personal y de decoración para evitar cualquier forma de apego.

Y jamás permanecía en ningún lugar el bastante tiempo como para llegar a conocer profundamente a alguien.

Había intentado huir de aquella propiedad por todos los medios. Al sentir la tierra húmeda bajo los pies, recordó todo el dolor que había experimentado allí en su infancia.

Su padre lo había dejado expuesto al frío de la intemperie, descalzo, helado. Le había pegado, lo había encerrado, le había castigado sin comer. Siempre había sido cruel. El dolor lo había hecho enloquecer, lo había convertido en una sádico que se escondía tras un montón de reglas y la necesidad de controlar a su hijo y convertirlo en el perfecto heredero, puesto que era el único que iba a tener.

En el proceso, había corrido el riesgo de matar a ese hijo. Por eso Ewan había decidido repudiarlo, cortar todo vínculo con él, arrastrar por el barro

su apellido. Y, por encima de todo, había jurado que no tendría descendencia.

Era lo que su padre se merecía. Por eso necesitaba saber si aquel bebé era o no su hijo.

Ese pensamiento lo llevó hasta la puerta trasera de la mansión. Antes de que llamara, se abrió y tuvo a Jessie ante sus ojos.

Llevaba un vestido rojo de gasa que flotaba sobre su cuerpo, con un escote pronunciado por el que asomaba la curva de sus senos.

–Sabía que vendrías –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Tenía el cabello más claro que cinco meses atrás y la nueva redondez de su figura hacía que resultara, si eso era posible, aún más hermosa.

Fue evidente que evitaba manifestar la mínima sorpresa. Su rostro trasmitía la misma frialdad que mostraba cuando jugaba al póquer.

Su expresión solo se alteró cuando, al bajar la mirada, vio que estaba descalzo.

–¿Has sufrido un accidente? –preguntó.

–Aparte del que estoy viendo en este momento, no.

Jessie pasó por alto el comentario.

–¿Dónde están tus zapatos?

–Los he dejado en el camino.

Junto con la chaqueta. Ewan se dio cuenta de que había sido un acto irreflexivo, pero no quería manifestar la menor duda sobre su propio estado mental.

–Está bien. Pasa.

Ewan podía ver a Jessie haciendo cálculos mentales, intentando decidir cómo manejar la situación, cómo conseguir ganar.

Él era incapaz de pensar lógicamente o buscar una estrategia, porque su mente había dejado de funcionar. Simplemente, estaba allí, ante ella. Y Jessie estaba embarazada.

–El bebé es mío –afirmó, aunque había pretendido preguntar.

–No –dijo ella–. Bueno, podría serlo, pero es imposible saberlo. Desde que estuvimos juntos he tenido tantos amantes que…

Aunque Ewan había pensado en esa posibilidad, tuvo la certeza de que Jessie mentía.

–Sabía que dirías eso, pero, como farol, no funciona.

–Puede ser, pero es la verdad –dijo ella, mirándolo fijamente–. No sé quién es el padre. He estado con demasiados hombres como para poder estar segura.

Estaba mintiendo. No daba la mínima pista de qué jugada llevaba, y eso era lo más significativo. Porque de haber estado diciendo la verdad, se habría mostrado vulnerable en lugar de desafiante.

Y Ewan comprendió que estaba ofreciéndole la oportunidad de desentenderse de la situación.

Pero ella no entendía que él no tenía ni honor ni ansias de paternidad.

Si estaba allí era porque había necesitado comprobarlo con sus propios ojos, como una bestia que siguiera su instinto más primario.

Y una vez llegado, no sabía cómo actuar.

–Los dos sabemos que eso es una mentira –dijo él.

Jessie se encogió de hombros.

–Como quieras.

En cuanto había entrado, Ewan había sentido que se asfixiaba. Y en aquel instante, se arrepintió de haberse descalzado porque le hacía tener una falsa sensación de estar en su propia casa. Y aquel no era su hogar.

Jessie se retiró el cabello por encima del hombro y añadió:

–Por si no lo sabes, soy millonaria. No necesito a nadie.

Ewan rio, agradeciendo que el comentario lo sacara de la angustia que sentía, de un pasado que amenazaba con ahogarlo.

–Lo sé, puesto que gran parte de ese dinero te viene de mí.

–No me viene, te lo gané. Junto con la propiedad. Me encuentro bien y estoy bien atendida.

–No he venido por ti, sino por el bebé –dijo él.

Pero la cabeza empezaba a retumbarle y los fantasmas de aquella casa, a asediarlo

–¿Qué interés puedes tener en un niño? –preguntó ella.

–¿Y tú?

De pronto Ewan comprendió. Jessie era una timadora. Preciosa y sexy, pero timadora al fin.

Estaba tan poco preparada para ser madre como él para ser padre. Pero no se trataba solo de que Jessie fuera a tener un hijo, sino que no parecía comprender el peligro que ello representaba.

Él, en cambio, sí lo sabía. Perfectamente.

–Pienso tenerlo –dijo ella–. Ya no hay otra opción.

–Eso no es verdad. Lo sabes tan bien como yo.

–He decidido tenerlo y no pienso cambiar de opinión.

Jessie no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. No era consciente de que podía significar su fin.

–No es una partida de póquer, Jessie. Un embarazo es peligroso; y eso solo es el principio. No puedes pensar en tener un hijo y ver si tienes suerte, o retirarte de la partida si no sale bien.

Jessie se indignó.

–¿Cómo te atreves…? Llevo cuatro meses asimilando esto y decidiendo qué hacer. ¿Crees que es fácil? Te presentas aquí a interrogarme como si llevaras tiempo pensando en ello cuando los dos sabemos que te has enterado hace unas pocas horas.

–No necesito meses para reflexionar. Ese bebé es mío.

–Ya te he…

–Mentirosa –dijo él con fiereza. Dio un paso hacia ella y presionó el pulgar contra sus labios–. Esta boca es mía. Esa lengua mentirosa es mía. No has pasado tantos años sin ser tocada porque no se te presentara la oportunidad. Lo que hubo entre nosotros fue distinto. Como sabemos que no te habrías metido a continuación en la cama de otro.

–¿Ah, no?

–No.

¿Por qué le importaba tanto que no hubiera estado con otros cuando eso le habría dado la oportunidad de desentenderse de aquella criatura?

Jessie resopló.

–¿Qué haces aquí? Los dos sabemos que no quieres tener hijos.

–¿Y tú sí?

Ella se encogió de hombros.

–No, pero puesto que va a suceder, ¿qué más se puede decir o hacer? Sabes que la combinación de dos seres disfuncionales no da lugar a una unidad funcional. Juntos, solo podemos empeorar.

–No estoy sugiriendo que estemos juntos, pero sí que busquemos una manera de…

–Escucha, yo quiero tener una vida propia. Tú no quieres un hijo, así que ¿por qué no te marchas?

Jessie le estaba ofreciendo la libertad.

Ewan deseaba a Jessie, pero la idea de un hijo…. No podía pensar en una peor pesadilla. La mera idea lo llevaba de inmediato a aquella noche, la noche que lo cambió todo, que lo destruyó todo.

Una mujer pálida, inerte; y un bebé que nunca lloró.

¿Qué estaba haciendo allí? No podía exponerse a aquello. Jessie estaría mejor sin él, sin el monstruoso legado de pérdida y dolor que lo acompañaban.

Un padre torturado era el mismo demonio. Él sabía bien que podía ser el mismo satán si las circunstancias se torcían. Lo llevaba en la sangre. Esa era la principal razón por la que llevaba una máscara; por la que había cortado todo vínculo con su infancia.

Quizá su padre lo odiaba tanto porque se veía reflejado en él como en un espejo.

Pero tenía a Jessie ante sí y la deseaba. Era todo lo que importaba. El deseo lo había llevado hasta allí, y esa era una emoción que entendía bien.

Así que dio un paso adelante, inclinó la cabeza y la besó.

Capítulo 5

JESSIE sintió que ardía. Quería llorar y quería seguir besando a Ewan toda la eternidad

Pero era completamente inapropiado. No podía permitir que el padre de su hijo la sedujera.

¿Por qué no?

Si el mal ya estaba hecho ¿por qué no podía tener a Ewan? Maren estaba en la habitación contigua, pero si subían al dormitorio, no los vería. Y en caso contrario, tendría la ocasión de disculparse más tarde por ser tan débil.

Porque esa era la realidad. No podía resistirse a Ewan.

Pero intuía que, puesto que le había ofrecido ella misma una vía de escape, optaría por marcharse. Y no podía culparlo,

Sería lo mejor para ambos.

Pero nunca había sentido ni sentiría lo que él le hacía sentir. Por eso mismo, no podía permitírselo, debía dejarle ir. Era lo correcto.

Por otro lado, lo necesitaba una vez más; necesitaba que volviera a hacerle sentir una vez más. Llevaba tantos años anestesiada… Hasta que él había aparecido.

Era luminoso, aterrador, algo de lo que debía huir. Pero no en aquel instante. No en aquel momento.

–Tómame –musitó contra los labios de Ewan–. Una vez más, por favor.

–Sí –susurró él con un gemido.

Jessie no lo conocía, aunque estuviera embarazada de él y cayera atrapada en sus besos.

No entendía por qué estaba descalzo; ni siquiera por qué estaba allí, o por qué se marcharía después de haberse molestado en hacer el viaje para verla.

Desde el mismo instante en que lo había visto, había intuido que era más de lo que aparentaba. Y estaba segura de que había aún más de lo que había creído intuir.

Ewan estaba roto por dentro; era un ser torturado, herido.

Y ella sentía dolor por él, por sí misma.

¿Qué hacía Ewan allí?

¿Sabía él mismo la respuesta? ¿Podría ella responder a la pregunta de por qué había decidido seguir adelante con el embarazo?

Así que se limitó a dejarse llevar por el beso; se entregó a él, dejó que la consumiera.

Ewan la tomó en brazos y subió con ella las escaleras, su vestido rojo rozando el suelo como una estela.

Puesto que conocía la casa, fue directo al dormitorio principal, en el que Jessie se había instalado. Abrió la puerta con el pie y, sin molestarse en mirar a su alrededor, fue directo a la cama para dejarla delicadamente sobre el colchón, con el vestido flotando a su alrededor como una nube de gasa.

–Nunca hubiera imaginado que encontraría tan excitante ver la transformación de tu cuerpo, la forma en que te has redondeado… Saber que yo he contribuido a hacerte así…

No tenía ni idea de hasta qué punto eso era verdad, de hasta qué punto la había cambiado. Jessie había pasado veintidós años sin apenas pensar en el sexo. Pero al hacerle el amor, Ewan la había convertido en una criatura anhelante. La había cambiado en tantos sentidos…. que Jessie solo podía mirarlo a los ojos y preguntarse si ella también lo había cambiado a él.

Creía que podía ser verdad. Quería creer que era posible.

Y a modo de confirmación, cuando Ewan comenzó a desnudarse con manos temblorosas, supo que estaba tan afectado como ella.

Lo observó mientras iba exponiendo su glorioso cuerpo y se sintió insegura ante aquella perfección, mientras que ella estaba más gorda y… Pero en cuanto vio su parte más masculina, toda inseguridad se desvaneció.

Su miembro estaba duro y firme por ella. Sus ojos ardían de deseo.

Se inclinó y le bajó el vestido hasta exponer sus senos. Luego continuó desnudándola, para dejarla con tan solo unas bragas de encaje, y su redondo vientre a la vista.

Cuando Ewan había llegado, ella no había anticipado que fueran a acabar así. O tal vez, sí. Tal vez era lo que siempre había deseado. Tal vez era lo que necesitaba.

Podían volver a tener sexo, pero nunca sería bastante. Estaba segura de ello. Porque lo que les pasaba era prácticamente una enfermedad. Algo que les hacía necesitarse mutuamente.

Tenía la seguridad de que para él no se trataba solo de sexo. Era evidente que no se alegraba de estar allí. En cierta forma, rechazaba lo que estaba pasando, y quizá por eso mismo, le resultaba aún más excitante. Y a ella también.

Lo que había entre ellos era real, concreto. No era un simple deseo sexual, sino algo más profundo. Algo que los superaba, a lo que no podían oponerse. Ni siquiera en la nueva situación que implicaba el embarazo. Ni aun cuando Ewan estuviera enfadado y Jessie no supiera por qué, pero sí tuviera la seguridad de que no era con ella. Como si una nube oscura amenazara con engullirlo.

–Eres increíblemente hermosa –dijo él con un gemido ronco–. Y eres mía.

No, no era suya.

Ewan se iba a marchar.

Y le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. Le había dicho que el bebé no era de él para que se fuera; para poder conservar su independencia.

Estaba perfectamente. No lo necesitaba.

Excepto que eso no era verdad: sí lo necesitaba.

Ewan le besó el vientre, haciéndola estremecer.

Y entonces él la miró con una expresión de tanta angustia, que Jessie tuvo que apartar la mirada.

Ewan masculló entre dientes antes de colocarla de rodillas y ponerle una almohada para que reposara el vientre en ella. Entonces le retiró a un lado las bragas y la penetró de un solo empuje.

Jessie habría querido llorar con la sensación de sentirse plena, de sentirse en casa. Fue como lo recordaba, pero con algo más: una desesperación que no había habido antes.

Porque representaba la despedida que nunca expresarían con palabras.

Cada embate, cada choque, los acercaba al final.

Ella creía que ya lo habían alcanzado. Pero aquella era la demostración de que se había equivocado.

Porque estaban allí de nuevo. Y siempre tendría una parte de Ewan; su hijo.

Como si los recuerdos no fueran a bastarle. Como si Ewan no fuera a ser siempre rojo, a estar presente en todo lo que viera, allí donde mirara.

–Mía –gimió él.

Esa palabra la lanzó al abismo.

–Ewan –gritó, al tiempo que llegaba al orgasmo y él la seguía, vaciándose en su interior con un prolongado gemido.

Jessie tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas y el cuerpo tembloroso.

–Márchate –musitó.

–Jessie…

–Tienes razón, ninguno de los dos sabe nada sobre niños. ¿Qué podemos aprender juntos?

–Nada.

–Márchate. Todo irá bien.

Estaba deshaciéndose por dentro. Necesitaba que Ewan se fuera. Tenía que irse.

–Si no puedes con todo…

–Pediré ayuda. Lo prometo. Pero no puedo soportar que estés aquí –dijo ella con la voz quebrada–. No puedo.

–Me quedaría si creyera que es para bien, pero temo que sea perjudicial.

–Márchate.

Ewan se fue. Y Jessie tuvo la convicción de que iba a romperse en mil pedazos.

Nunca había amado a nadie excepto a Maren. Pero había algo en él que no lograba explicar y que, por más que quisiera ignorarlo, hacía vibrar su alma.

–Vete –musitó de nuevo.

Porque necesitaba reconstruirse por el bebé que esperaba. Porque no podía seguir rompiéndose por Ewan.

Capítulo 6

LOS cuatro días siguientes a su partida de Escocia fueron un infierno.

El mismo infierno que había experimentado ya en aquel mismo lugar, el día en que su madre había fallecido y había visto a su hermano pequeño, frío e inmóvil, muerto.

Todo lo bueno que había conocido en la vida había desaparecido aquel día.

Desde entonces, había aprendido que el infierno estaba en la tierra.

Pero, aun así, estar sin Jessie… Haber tomado la decisión de abandonarla a ella y a su hijo… Le había descubierto una nueva forma de infierno.

Con la diferencia de que, en aquel, hacer algo dependía solo de él. Ya no era un niño tomado como rehén en las Highlands, sino un hombre poderoso que había erigido su propio imperio empresarial para vengarse de su padre.

Podía volver, pero ¿para qué? Ella no lo necesitaba; de hecho, le había exigido que se fuera.

«¿O quería darte la oportunidad de marcharte sin asumir ninguna responsabilidad?».

Daba lo mismo.

Había actuado de la mejor manera posible para ambos. Si hubiera pensado que su presencia podía beneficiar de alguna manera al bebé, se habría quedado. Pero no creía en su capacidad de ser padre.

«La abandonaste».

El recuerdo de su último encuentro prendió la sangre en sus venas. Había vuelto a hacerle el amor porque había sido incapaz de reprimirse; porque

comprobar que Jessie lo deseaba tanto como él a ella había hecho que fuera inevitable.

Aquella debilidad era lo que determinaba precisamente que tuviera que dejarla. Él se parecía demasiado a su padre; y si la ardiente atracción que sentía por ella podía consumirlo y transformarlo en un monstruo, tenía que prohibírsela.

Pero no podía dejar de estar preocupado. Por el bebé.

No conocía bien a Jessie y lo que sabía de ella no era demasiado tranquilizador. Era la hija de un criminal, un estafador.

Aquella era la mujer que iba a criar a su hijo, a la sangre de su sangre. Aunque, ¿qué significado tenía la sangre para él?

Las sábanas teñidas de rojo cuando su madre se había desangrado. También esa era su sangre. Peor aún había sido ver la sangre de su padre y cómo se había transformado a la muerte de su amada.

Su padre no había sido nunca particularmente afectuoso, pero amaba a su esposa, que era más joven que él, y muy hermosa.

Después de tenerlo a él, habían intentado durante años concebir más hijos. Era lo que ella deseaba, aunque a su padre pareciera resultarle indiferente. Nunca le había prestado especial atención, y solo le importaba como heredero; alguien para perpetuar el legado familiar.

Eso era todo.

En cambio, su madre… Lo adoraba. Ser madre era para ella el mayor motivo de orgullo, por encima del de ser esposa. Y Ewan había comprendido con los años que aquel era otro de los motivos de que su padre lo rechazara.

Pero el amor a su esposa también había significado que había intentado darle aquello que ella anhelaba, y lo habían intentado una y otra vez.

Pero ningún embarazo llegó a término. Hasta once años más tarde.

La habían atendido en casa los mejores médicos; sus padres se habían negado a que fuera al hospital porque querían tener el control sobre todo; habían contado con la tecnología más avanzada, con todo un equipo médico.

Pero nada de eso había evitado la catástrofe. Ewan seguía sin poder explicárselo. Había sido imposible contener la hemorragia y el bebé había sufrido un grave estrés en el parto.

Entonces su madre había suplicado que salvaran al niño; y cuando fue evidente que el bebé no respiraba, Ewan tenía la convicción de que también ella se dejó ir, dejó de luchar. Y dio su último suspiro.

Él lo había visto todo; un niño asustado, llorando en una esquina.

Su padre se había enfurecido con el equipo médico y luego se había abrazado al cuerpo de su mujer, gimiendo de dolor.

El bebé, inmóvil, amoratado, le había dado lo mismo.

En cambio, Ewan no había podido apartar sus ojos de aquel ser que habría sido su hermano y que le había arrebatado a su madre. La furia y la desesperación de aquel momento eran un recuerdo que seguía robándole el aire de los pulmones.

Era imposible que aquello no lo hubiera marcado; o lo que sucedió a continuación. El veneno ya circulaba en las venas de su padre, pero la pérdida de su esposa hizo que fluyera sin control.

A partir de aquel día, volcó en Ewan todo el odio que había acumulado por la atención de su mujer que le había robado. Dio rienda suelta a la ira que le causaba cualquier muestra de fragilidad.

Y contra cualquier cosa que tuviera que ver con bebés o embarazos… Por eso Ewan no creía posible enfrentarse a ninguna de las dos cosas. Pero, por encima de todo, no comprendía qué necesidad podía tener un niño de un padre. Él solo había necesitado una madre.

Pero la suya había muerto.

Su hijo tendría una madre. No necesitaba más veneno.

«No lo sabes. No sabes qué tipo de mujer es. Solo has pasado unas horas de placer con ella. No la conoces».

No podía imaginar a Jessie actuando con crueldad.

«¿Por qué no? ¿Por qué era virgen? ¿Eso le da una pátina de pureza?».

No. Esa no era la razón. No había intentado extorsionarlo o explotar el hecho de que estuviera embarazada de su hijo.

Pero…

Quizá tenía una jugada mejor. Le había dicho que tenía otros amantes y él no la había creído, pero tal vez decía la verdad.

Gruñó y tiró al suelo los papeles que tenía sobre el escritorio.

Lo mejor que podía hacer era ir a uno de sus locales y seducir a una mujer delante de todo el mundo. Jamás había tenido pudor, siempre y cuando tuviera el consentimiento de la otra persona.

Pero… no podía. No mientras su piel siguiera impregnada del olor de la de Jessie y sus manos siguieran buscándola.

Se puso en pie de un salto al darse cuenta súbitamente de algo: tenía que volver.

La decisión fue tan obvia que antes de pensarlo más, estaba ya en marcha.

No podía permanecer alejado de Jessie ni de su hijo.

¿Qué sentido tenía? ¿A quién beneficiaba?

Mantendría las distancias. Que estuviera con ella no significaba que tuviera que tocarla. Encontrarían un terreno neutral.

Tuvo que contener la risa. Él no conocía terrenos neutrales; él quemaba puentes y se carcajeaba al ver la devastación que dejaba atrás.

Siempre había actuado con seguridad en sí mismo. Cuando había roto con su padre había tenido la certeza de que construiría algo nuevo, aunque solo fuera por resentimiento.

Pero por ella, había vuelto al lugar al que había jurado no volver jamás. Y por ella, estaba dispuesto a ir una vez más.

Sonó el interfono.

–Señor Kincaid, una mujer quiere verlo.

Ewan pensó al instante en Jessie. Solo podía ser ella.

–Hágale pasar.

Unos segundos más tarde se abrió la puerta del despacho y Ewan sufrió la mayor desilusión de su vida al ver entrar a una pelirroja.

–Señor Kincaid –dijo, haciendo una leve genuflexión–. Excelencia.

–Ya no respondo a ese tratamiento –replicó Ewan enojado.

La bonita pelirroja se acercó a él con la expresión de una gata salvaje.

–Has abandonado a mi hermana y te necesita. Las dos te necesitamos.

–No tengo tiempo para… –empezó Ewan.

Ella dio un salto adelante y le clavó las uñas en el pecho.

–Me da igual que tengas tiempo o no. Nuestro padre nos ha encontrado. Por favor, mi hermana es demasiado orgullosa para llamarte, pero necesitamos tu ayuda. Tienes que protegerla. A ella y al niño.

Jessie había contactado con un servicio de protección privada después de haber recibido una llamada de su padre que le había helado el corazón:

«¿No vas a darme la enhorabuena por ir a ser abuelo?».

Maren le había suplicado que llamara a Ewan, pero se negó. Jessie no sabía cómo explicarle que no podía, que hasta pensar en él le resultaba doloroso, que desde que se había ido…

La pasión que los consumía la había alterado para siempre. La idea de volver a tenerlo cerca para luego perderlo era insoportable

Era verdad que había prometido pedir ayuda si la necesitaba, pero no tenía la certeza de que su padre quisiera hacerle daño. Sospechaba que estaría más interesado en convencerlas para que volvieran a trabajar para él, que usaría sus contactos y su propio pasado para crearles enemigos

Maren había desaparecido el día anterior tras hacer un críptico comentario sobre «ir a buscar ayuda».

Con suerte, el castillo y el nuevo título de su hermana le permitiría conseguir lo que necesitaban.

Maren iba a ser princesa. Eso tenía que suponer alguna ventaja

Jessie se puso en pie y, acercándose a la ventana, contempló la vasta pradera. Entonces sintió un revoloteo en el estómago. Posó la mano en el vientre y susurró:

–¿Cariño? ¿Eres tú?

¿Podía sentir a su bebe moviéndose? Se quedó sobrecogida al tiempo que la asaltaba un fiero sentimiento protector

–Si ese desgraciado viene a buscarnos, lo mataré.

¿Sería el bebé como ella? Jessie tuvo ganas de llorar. Era la primera vez que pensaba en el bebé como en una persona y no como en una circunstancia que le había sobrevenido. La primera vez que lo imaginaba como un ser humano independiente de ella, presente en el mundo.

–No quiero hacerte daño, pero no sé si seré una buena madre. Solo me han enseñado a ser una estafadora. Ni tu tía Maren ni yo sabemos nada del amor, o como formar una familia. Solo aprendimos a usar a la gente. Pero quiero que tú seas mejor. Maren y yo hemos aprendido a cuidar la una de la otra, y haremos lo mismo contigo. Además, ahora va a ser princesa, y eso es muy especial.

En ese momento vio un avión aterrizando. No cabía duda de quién era.

–¡No!

Era Ewan. No podía enfrentarse a él, no podía…

¡Maren!

Tenía que ser cosa de Maren.

–Olvídate de lo que he dicho. Tu tía es una chaquetera. No se puede confiar en ella.

Tomó el teléfono y la llamó.

–Maren ¿qué has hecho?

–Ocuparme de que estés segura.

Jessie oyó un ruido de fondo y supuso que se trataba de la apertura de las puertas del avión.

–Ewan no quiere tener nada que ver conmigo o con el bebé.

–Eso no es lo que me ha dicho –contestó Maren.

–Hola, Jessie.

Jessie habría reconocido aquella voz en cualquier parte. Ewan continuó:

–Este es el tipo de situación por el que prometiste llamarme.

–He valorado el peligro y he decidido que no requería de tu intervención.

–Pero sí de mi presencia.

–No es verdad.

–No pienso quedarme de brazos cruzados y que te maten. No pienso perderos a ti o al bebé.

–No tienes ninguna autoridad sobre mí –protestó Jessie.

–Soy el duque de Kilmorack. Y pienso ejercer mi autoridad sobre mi propia sangre.

Jessie se enfureció.

–Técnicamente, el título es mío.

–Técnicamente, no es posible –dijo Ewan. Y colgó.

Jessie lanzó el teléfono sobre un sofá con un gemido de frustración.

Llegarían en un par de minutos.

Estaba amedrentada y furiosa y ya no sabía qué era peor.

Recorrió la sala arriba y abajo y no paró hasta que un vehículo negro se detuvo delante de la casa. Su hermana y Ewan bajaron y fueron hacia la puerta. Maren parecía diminuta al lado de él.

Jessie tragó saliva para contener su enfado y bajó las escaleras. La tranquilidad que había aspirado a encontrar en su nuevo hogar parecía inalcanzable. Todo era un continuo drama.

«No es culpa de la casa, sino de que decidieras que querías acostarte con Ewan después de ganarle la partida».

Solo ella tenía la culpa de haber perdido todo dominio de sí misma, todo control sobre su vida.

Jamás había cometido un error. Excepto aquel alto y extremadamente guapo error que estaba volviendo su mundo al revés.

Cuando la puerta se abrió, ya estaba en guardia, de brazos cruzados.

–¿Qué se supone que vas a conseguir viniendo aquí?

Ewan la miró con ojos de fiera determinación y avanzó hacia ella a paso firme. Tomándola por la cintura, la estrechó contra sí y dijo:

–A partir de ahora, no hay elección posible, Jessica. Tu padre sabe dónde estás. Estar aquí aislada no te protege de él. Necesitas algo más poderoso: necesitas mi apellido.

–Que necesito… ¿qué?

–Mi apellido. Serás la duquesa de Kilmorack, Jessie Hargreave. Serás mi esposa.

Capítulo 7

EWAN había tenido claro que aquella era la única opción posible desde el momento en que Maren le contó lo que había pasado.

En realidad, incluso antes, puesto que estaba a punto de ir a Escocia ignorando que Jessie corría peligro, y sospechaba que habría llegado a la misma conclusión, aunque hubiera viajado solo en lugar de acompañado por Maren, quien, en aquel momento, prácticamente vibraba de ansiedad a su espalda mientras hablaba con Jessie.

–Lo siento, Jessie…

–No sientes nada. Lo has hecho deliberadamente –Jessie furiosa era un espectáculo del que Ewan no había sido testigo hasta entonces y resultaba fascinante–. ¿Por qué no me has dejado ocuparme a mí? Siempre tan cautelosa, Maren. Si no fuera por mí, no tendríamos nada de esto; yo te he guiado hasta aquí. Tú, y tus estúpidas normas… Si no hubieras sido tan puritana, no habrías insistido en que no tuviéramos relaciones y yo no habría perdido la cabeza por este –concluyó, señalando con el pulgar a Ewan sin mirarlo.

Él miró a las hermanas alternativamente.

–¿Es eso verdad? ¿Tenéis normas respecto a los hombres?

Maren lo miró con inocencia.

–Sí… ¿No te las ha explicado?

Ewan miró a Jessie, la mujer que iba a tener a su hijo, pero de la que apenas sabía nada.

–Sé que vuestro padre es un criminal, un hombre peligroso. Y que vosotras sois timadoras.

Maren resopló.

–No somos timadoras. Al menos no nos definimos como tales.

Ewan se dirigió a Jessie.

–¿Tú tampoco?

–A mí no me molesta –dijo ella con expresión airada–. Me parece una palabra adecuada –concluyó. Y se separó unos pasos, como si necesitara poner distancia entre ellos.

–Eso es todo lo que sé de tu hermana –dijo Ewan, volviéndose a Maren.

–Pero sabes que es un genio. Nosotras…

–Contáis cartas, lo sé. Ya me di cuenta cuando os vi hace meses en una partida. Mientras yo estaba fomentando mi imagen de dilapidador de fortunas.

–En cierto sentido, tú también eres un timador –dijo Maren.

Jessie se revolvió.

–Desde luego que lo es. Y un cobarde. Cuando viniste, podías haberme reclamado como tuya, pero te fuiste. ¿Ahora qué pretendes? ¿Hacer de superhéroe que viene a salvarme para estar a la altura? Que yo sepa, hace unos días no querías casarte conmigo.

Si hubiera estado mínimamente cerca de la realidad, Ewan se habría enfadado. Pero Jessie estaba muy equivocada.

–No se trata de que ahora sí quiera casarme contigo, sino de que se ha convertido en una necesidad. Jessie, si hubiera creído que mi presencia podía beneficiarte a ti o al niño en alguna medida, me habría quedado. No soy ningún héroe. La diferencia es que ahora sé que me necesitas para mantenerte a salvo. En este momento, mi ausencia es más perjudicial que mi presencia. Por eso he venido.

–Hasta ahora he cuidado de las dos sin ningún problema. No te necesitamos.

–No estoy de acuerdo –dijo Maren–. Puede que tú y yo podamos arriesgarnos, pero el bebé…

–No menciones al bebé –dijo Jessie–. El bebé es mío y tú… –añadió, señalando a Ewan– estabas dispuesto a abandonarlo.

–Ya había decidido venir antes de que Maren viniera a buscarme.

–Será mejor que os deje solos –dijo Maren.

–Cobarde –la acusó Jessie, entornando los ojos.

–Puede ser, pero esta no es mi pelea –dijo Maren.

–Has hecho que lo sea –dijo Jessie.

–No. Me he limitado a traer a la persona con la que debías de haber tenido esta conversación hace tiempo.

Cuando Maren se fue, Jessie se giró hacia Ewan.

–No pienso casarme contigo.

–No digas tonterías, Jessie. ¿Qué sentido tiene tener esta mansión si vives amenazada?

–Tú tampoco quieres casarte.

Ewan sabía que la deseaba; eso era todo lo que tenía claro. También que no estaba preparado para convertirse en marido; y estaba seguro de qué beneficios podía aportar como padre.

–Mi apellido te protegerá. Entre tanto, conseguiremos llevar a tu padre a prisión.

–¿Mi padre a prisión? ¿De verdad crees que puedes conseguirlo? Muchos han fracasado en el intento.

–Yo nunca he fracasado en nada que me haya propuesto, y no pienso dejar que suceda ahora.

–¡Qué seguro de ti mismo estás para haber huido de aquí hace apenas unos días!

–Todas las decisiones que he tomado hasta ahora eran en beneficio del bebé. Te seguro que hay cosas peores en la vida que no tener padre.

Ella lo miró como si quisiera atravesarlo con sus verdes ojos.

–¿Crees que no lo sé? Mi padre es el culpable de todo esto. Pero tú…

–¿Qué? ¿Creías que porque tuvimos un sexo espectacular podía haber algo entre nosotros?

–Ahora que he visto cómo eres, desde luego que no. Aun sabiendo dónde estaba todo este tiempo, no has venido a buscarme en cinco meses. Y te fuiste a pesar de que estaba embarazada.

–Me lo pediste tú misma –protestó Ewan.

Jessie irguió la cabeza como si la hubiera abofeteado.

–Un caballero no me lo recordaría.

–Yo no soy un caballero –Ewan avanzó hacia ella–. No nos conocemos, Jessie. Solo somos dos personas que disfrutaron juntas del placer de sus cuerpos. Eso no nos ata de por vida. Pero, para que entiendas mi

comportamiento, estoy dispuesto a explicarme. No tenía pensado volver jamás aquí. Esta casa representa para mí el sufrimiento. ¿Por qué crees que odio a mi padre, porque no me aumentaba mi asignación mensual? ¿Crees que soy un pobre niño rico? Mi padre era un monstruo. Me hacía pasar hambre, me pegaba y me ignoraba con la supuesta intención de hacerme fuerte. Porque, según él, los débiles están abocados al fracaso. Yo tenía que fortalecerme o morir. Exigía que lo sucediera, que jamás provocara un escándalo público –Ewan sonrió con tristeza–. Por eso me especialicé en escandalizar.

Jessie palideció.

–Pe-pero, eras su hijo…

–Sí, pero estaba loco. No es posible razonar con un demente ni con el mismo demonio. Así que créeme cuando te digo que no tengo la menor intención de intentarlo con tu padre.

Ewan quiso ver en la palidez de Jessie la prueba de que le estaba escuchando y que se sentía afectada. Continuó:

–Solo será un matrimonio en el papel y permaneceré contigo hasta que me asegure de que estás a salvo. No puedo ser un verdadero padre para el niño. ¿Lo entiendes? Tampoco puedo ser un marido de verdad.

Ella lo miró indignada.

–Ni quiero que lo seas.

–Sin embargo, te enfadó que me fuera.

–Es complicado, Ewan. No me gusta que me abandonen ni que me manipulen, y ahora mismo tengo la sensación de que están pasando las dos cosas. Voy a ser madre y no sé si tengo energía para todo esto; pero sé que me enfadó que te fueras, aunque yo misma te lo hubiera pedido. Estoy embarazada, mi padre es un sociópata narcisista y yo actúo irracionalmente, pero creo tengo derecho a explotar.

Ewan le tomó la barbilla y se arrepintió en cuanto sus dedos rozaron su piel.

–Lamento que estas sean las circunstancias y ser como soy.

Jessie desvió la mirada antes de preguntar:

–Dime, ¿cuántas veces al año te enfrentas a una situación como esta?

–Jamás. Siempre me protejo.

–Conmigo, no.

Ewan negó con la cabeza.

–No puedo negarlo –dijo.

Jessie sacudió la cabeza.

–No quiero que te quedes ni casarme contigo. No quiero que te pongas prepotente y…

–Tiene que ser una gran boda y debemos celebrarla pronto. Debemos hacerla pública lo antes posible. Tienes que presentarte ante el mundo entero como la esposa de Ewan Kincaid. ¿Sabes por qué?

–Sí, porque cuanto más notoria sea, menor será la amenaza que representa mi padre.

–Exactamente. Eres una mujer lista, Jessie. No has llegado hasta aquí negando la realidad.

Ella ladeó la cabeza y pareció caer en la cuenta de algo cuando dijo:

–En cierta manera, sería un timo.

–Si eso te hace sentir mejor…

–Tiene sentido. Timar al timador. Mi padre se cree un genio, pero no es más que un estafador y un asesino.

–¿Por qué quiere recuperaros a ti y a Maren?

–No hace falta que lo sepas.

Tras aquella críptica respuesta, Jessie se marchó, dejando solo a Ewan en el vestíbulo de la casa que llevaba torturándolo toda su vida.

Capítulo 8

JESSIE estaba dándose un baño, intentando que se le pasara el enfado con su hermana y con Ewan, cuando la sobresaltó una llamada a la puerta.

–Lo siento –era Maren.

–No mientas.

–Siento que estés enfadada conmigo, no lo que he hecho.

–Entonces tu disculpa no sirve de nada.

Jessie estaba afectada por lo que Ewan le había contado sobre aquella casa y sobre su padre, porque justificaba su comportamiento y hacía que resultara comprensible. Pero ella no quería entender a Ewan. Él tenía razón al decir que no se conocían y quizá era mejor que las cosas siguieran así.

–No se me ocurrió qué otra cosa hacer –insistió Maren.

–Al menos podías haber hablado conmigo. Al menos… –Jessie suspiró, salió del baño y se envolvió en una toalla.

Fue hasta el lavabo y se miró en el espejo. Tenía aspecto de cansada.

Había estado triste y angustiada desde que Ewan se había marchado y su estado de ánimo no mejoraba.

Fue a la puerta y abrió el cerrojo antes de volver al espejo.

Volvieron a llamar a la puerta.

–Vale, pasa –dijo Jessie.

Pero cuando fue Ewan quien apareció al abrirse la puerta, Jessie retrocedió alarmada.

–Has dicho que pasara –dijo él.

–No sabía que eras tú. Estoy desnuda y calada.

Ewan enarcó una ceja.

–Te he tenido debajo de mí, desnuda y húmeda, varias veces.

A Jessie le irritó sentir que le ardían las mejillas.

–Ese es un golpe bajo.

–También he estado…

–Para.

–Tú eres quien debe parar.

Ewan habló con tono serio, observándola como si pudiera atravesar la toalla con su mirada. Jessie se dijo que no debía avergonzarse, que ya había demostrado que con él perdía el dominio de sí misma. De haber podido borrar algo del pasado, no habría sido siquiera el haberse entregado por primera vez, sino haberlo hecho cuatro días antes, antes de que se marchara.

«Tú le pediste que se fuera. No querías que se quedara. Y a él le vino bien tener esa excusa».

Pero la situación había cambiado y a Jessie le costaba aceptarlo.

Siempre había sido ella quien encontraba soluciones a los problemas.

Maren era la soñadora. Ella, quien hacia los planes. Eran complementarias. Maren tenía palacios mentales, ella archivadores y documentos.

Y Jessie era consciente de que, si Maren no había encontrado otra salida, ni siquiera desde su instintiva tendencia al optimismo, tal vez no la había.

Conseguir que arrestaran a su padre sería perfecto, pero muy complicado. Sabían que tenía a algunos de sus hombres infiltrados en la policía, así que habían decidido que era demasiado arriesgado y que podían acabar ellas mismas en la cárcel.

Que esa fuera la verdad de su situación la sacaba de sus casillas, puesto que implicaba que, efectivamente, el hombre que tenía ante sí podía ser su única salvación.

–Está bien, qué quieres decirme –dijo, usando un tono imperioso.

–¿Qué ha querido decir tu hermana?

–¿A qué te refieres? Ha dicho muchas tonterías.

–Sobre tu mente.

Jessie miró a Ewan de soslayo.

–Tú mismo lo has dicho: contamos cartas.

–Pero no es solo eso, ¿verdad?

Jessie decidió que negarse a responder despertaría aún más su interés. así que optó por la verdad.

–Tengo memoria fotográfica. Recuerdo exactamente qué día sucedió algo, junto con los detalles más nimios que lo rodean. Maren y yo hemos intentado controlarla para que los malos recuerdos no nos bombardeen constantemente. Para conseguirlo, yo necesito archivarlos.

–¿De verdad?

Ewan la miraba con curiosidad y no como si fuera un bicho raro, que era lo habitual entre los hombres. Y Jessie se animó a seguir hablando.

–Sí. Así ha construido mi padre su imperio. Tiene el mismo tipo de memoria y decidió aprovecharse de la nuestra. No éramos más que un instrumento para él. Por eso huimos. Queríamos otro tipo de vida. Y eso significaba abandonar ese tipo de vida en algún momento. Pero antes teníamos que encontrar una salida.

–Vuestro padre no quiere dejaros ir.

–No. O eso tememos. Y yo no quiero sentir esa presión sobre mí o Maren. Mucho menos, sobre el bebé. Maren y yo estuvimos abocadas a aquella vida, pero estar embarazada es mi propia responsabilidad.

–Y la mía. Por eso tienes que dejarme ayudarte.

Jessie adoptó una actitud arrogante.

–Te marchaste.

–Y se ve que te enfadó.

–Sí, pero estoy enfadada conmigo misma y con todo. Mentí, ¿vale? Se me da bien mentir, me resulta fácil. Mentí para protegerme a mí misma; me dije que me resultaría más fácil desvincularme de ti. Pero me dolió que rechazaras al bebé; me dolió que aprovecharas la excusa.

Ewan la observó largamente antes de contestar.

–Jessie ¿qué crees que puede salir de esto? ¿Qué quieres realmente?

Jessie sabía que resultaba incoherente. Pero nunca había estado embarazada, ni había tenido un amante.

Quería que Ewan se quedara, pero también necesitaba marcar algunos límites.

–No se trata de mí, sino del bebé. No quiero que lo rechaces –Jessie se sintió súbitamente cansada y demasiado expuesta–. ¿Podemos salir del cuarto de baño? Una cosa es que no tenga pudor ante ti, pero quiero vestirme. Estoy enfriándome.

En realidad, sí sentía cierto pudor, pero se negaba a admitirlo. Así que dejó caer la toalla y caminó desnuda hasta el vestidor, donde desapareció para vestirse.

Eligió unas mallas y una camiseta holgada y al salir, dijo con firmeza:

–Si nos casamos, tenemos que establecer unas reglas precisas. Por ejemplo: no podemos tener sexo.

–De acuerdo, pero ¿por qué?

–Porque me supera, ¿no lo entiendes? Recuerdo cada instante, cada detalle. Por eso Maren y yo decidimos no tener amantes. Porque cuando pienso en aquella noche, es como si viera una película en alta definición y no puedo soportarlo, no puedo añadir más escenas… No estoy enamorada de ti ni quiero estarlo. Tampoco quiero obsesionarme contigo. No sería ni justo ni correcto. Yo quiero disfrutar de mi nueva vida, en mis propios términos. Sentirme obligada a actuar de cierta manera por culpa de mi padre me saca de quicio. Pero admito que esto ya no está en mis manos. Aun así… no puedo…

–Tienes que casarte conmigo y de la manera más pública posible. Contaremos que todo empezó con la partida de póquer y una noche apasionada. Tiene que parecer que estamos locamente enamorados. Tu padre tiene que convencerse de que estás rodeada de un muro de protección infranqueable.

–Le dará lo mismo…

–Lo dudo. Y si no fuera suficiente, le tenderemos una trampa. Estarás rodeada de seguridad. Jessie, te juro que te voy a mantener protegida. A ti y al bebé –Ewan inclinó la cabeza–. No tengo muy buena opinión de los padres.

–Por razones obvias, yo tampoco.

–No sé qué puedo ofrecer al niño, pero sí sé que sería un pecado no protegerlo.

–Yo creo que bastaría con…

–No. A tu padre tiene que resultarle imposible acceder a ti. Jamás me perdonaría que te sucediera algo malo –Ewan sacudió la cabeza–. No necesito el perdón ni la redención, pero sí necesito mantenerte a salvo a ti y al bebé.

–¿Por qué?

Jessie estaba genuinamente desconcertada con la actitud de Ewan. Primero, había querido desentenderse de ella y de su hijo. ¿Qué había cambiado? Como ella misma no tenía una brújula que la guiara en asuntos de moralidad, le costaba comprenderlo.

No sentía remordimientos por robar al tipo de gente que estaba dispuesta a despilfarrar su dinero. Acostarse con un extraño tampoco le había supuesto ningún dilema moral. No se había mantenido virgen por un sentido de pureza o de obligación moral. Su moralidad era la de una mujer criada por un criminal; y la que se había construido ella misma se basaba, en grandes líneas, en no hacer daño a los demás. Así que, no teniendo principios basados en el honor o la moral, le costaba comprender el comportamiento de Ewan.

–Tengo que impedir por todos los medios que sufras ningún daño, eso es todo lo que necesitas saber –dijo Ewan–. En mi opinión, no hay diferencia entre un hombre que hace daño a otros y quien, por inacción, permite que alguien sufra. Esta casa es un infierno para mí, pero me niego a que se convierta también en tu infierno. ¿Me entiendes?

Jessie se sintió de pronto pequeña y frágil. Era la primera vez que le importaba a alguien que no fuera Maren.

Reaccionando para no dejarse llevar por la emoción, comentó:

–¿Así que actúas por obligación?

–Sí. ¿Entiendes que mi vida no tendría sentido si no pudiera protegerte? Ninguna cantidad de dinero ni de poder podría borrar semejante pecado. La vida de un hombre no vale nada si no puede cuidar de los suyos cuando más lo necesitan.

Jessie parpadeó porque sintió los ojos humedecidos. Ella no tenía convicciones tan fuertes. No se conocía demasiado bien; solo sabía que le gustaba ganar.

–Tú mismo has dicho que no me conoces.

–Pero puedo llegar a conocerte.

–¿Ah, sí? Si lo consigues, espero que me ayudes a saber quién soy, porque yo misma no tengo ni idea. Cuando nací, no era más que una masa de arcilla que mi padre modeló; y el problema con la memoria fotográfica es que no olvidas nada, así que, por más que lo intente, no consigo olvidar sus lecciones. Todo lo que me enseñó fue a cuidar de mí misma. Ahora que voy a ser madre no tengo ni idea de cómo cuidar a otro.

–Empecemos por que me dejes cuidar a mí de ti.

Jessie se dio cuenta de que nunca se perdonaría no haber aceptado la ayuda de Ewan si finalmente su padre hacía daño a su bebé.

–Me casaré contigo hasta que ya no me sienta amenazada por mi padre –dijo.

–Pues prepárate, porque no va a ser una boda normal, va a ser la boda de *La Cenicienta*.

–Yo nunca he querido ser Cenicienta, prefiero al hada Madrina. Es independiente y puede convertir una calabaza en una carroza. No quiero ser la que atrae al príncipe gracias a la magia. Yo quiero ser la maga.

–Es un punto de vista interesante.

–Ya te he hablado de mi infancia. «Interesante» es la manera más suave de describirla.

–Anunciaremos nuestra boda en el periódico hoy mismo. Nos casaremos en dos semanas.

–¿Tan pronto? No va a dar tiempo a organizarla.

–¿Ahora te importa que salga bien?

Jessie se desconcertó al darse cuenta de que, en cierta medida, sí le importaba.

–La verdad es que no. Nunca me había planteado casarme, pero ya que voy a celebrar una boda, me gustaría que fuera bonita.

Se sintió avergonzada. Nunca había tenido el menor espíritu romántico, ese era el territorio de Maren. Y de pronto estaba diciendo tonterías sobre su boda.

–Creo que solo me importa porque van a sacarme muchas fotografías –dijo, intentando sonar indiferente.

–No te creo.

–¿Y tú? ¿Tenías planeado casarte?

–No. Pero al menos mi padre está muerto y no puede saberlo. No hay mal que por bien no venga.

–Gracias por llamarme «mal».

–Un mal muy sexy.

–Un mal que no vas a tocar.

Jessie no sabía por qué le resultaba tan halagador que Ewan la piropeara, pero estaba segura de que era una mala señal, y prefirió pensar que actuaba por costumbre. Para él, piropear a una mujer no significaba nada.

Ella solo le importaba por el bebé. Aun así… y aunque no quisiera admitirlo, la sensación de ser protegida removía algo en su interior

La situación era difícil y complicada, pero ella era lista y tenía unos meses por delante para llegar a comprenderla.

Por el momento, lo importante era saber que se casaba por la seguridad del bebé. Porque Ewan y ella habían creado aquel ser accidentalmente y tenían que protegerlo unidos. Miró a Ewan y tuvo una súbita convicción: los dos habían sido maltratados por aquellos que deberían haber cuidado de ellos y no permitirían que su hijo sufriera el mismo destino.

En eso, siempre estarían de acuerdo.

–Muy bien… En dos semanas –dijo finalmente.

–Va a ser una gran fiesta.

–Genial. Me encantan los espectáculos.

Aunque le gustaban en la medida que servían de distracción para llevar a cabo sus timos. Y aunque en cierta medida la boda también era una forma de engaño, no estaba segura de que fuera en su beneficio.

Pero al menos, pensar en ello como un timo conseguía acelerarle el corazón por un motivo distinto a estar con Ewan.

Capítulo 9

TAL y como Ewan había supuesto, la noticia se publicó en todo el mundo. Además, había contratado a un equipo de detectives para conseguir encarcelar al padre de Jessie.

Pero él era un hombre de acción y cuando uno había sido criado por el propio diablo, no se asustaba fácilmente; y estaba decidido a evitar cualquier riesgo que pudiera afectar a su hijo.

Por eso se encontraba delante del edificio del padre de Jessie, un bloque de oficinas con apariencia inofensiva en el que, de no saber lo contrario, un observador cualquiera pensaría que se desarrollaba un negocio legítimo. Sin embargo, no era así. La policía lo sabía, pero, hasta el momento, no había podido demostrarlo.

Ewan no estaba seguro de si se trataba de un caso de corrupción policial o si había razones más complejas relacionadas con la complicada trama de ocultación de sus negocios criminales, pero estaba decidido a averiguarlo.

Por eso estaba allí: para retar en persona al padre de Jessie.

Estaba seguro de que habría leído los titulares y suponía que habría diseñado una estrategia para acercarse a su hija. Él estaba decidido a adelantarse a sus movimientos.

Dejó a un lado la recepción sin molestarse en saludar a la secretaria. Pasó un detector de metales y, cuando salió del ascensor, lo cachearon. Habría sido un idiota de haber ido armado, aunque no descartaba tener que hacerlo en alguna ocasión. Pero si esta se presentaba, no sería en el territorio de Mark Hargreave.

–¿Tiene una cita con el señor Hargreave? –preguntó el guarda que le pasaba la barra magnética por el cuerpo.

–No –dijo Ewan–. Pero me recibirá en cuanto le diga quién soy: Ewan Kincaid, duque de Kilmorack. Nos une un vínculo personal.

–Lo sé –comentó el hombre, demostrando que no era un mero guarda de seguridad.

–Por eso estoy aquí.

–Seguro que estará encantado de darle una cita.

–Confío en que me vea ahora mismo.

–Usted sabe que hay mucha gente que quiere verlo.

–Pero solo uno que vaya a ser el padre de su primer nieto.

El hombre rio quedamente.

–Veamos si le hace pasar.

Desapareció detrás de la puerta y salió en cuestión de segundos para anunciar:

–Hoy se siente generoso.

–¡Qué afortunado soy! –dijo Ewan con sorna.

Había decidido explotar al máximo su imagen de playboy superficial porque estaba seguro de que irritaría a Hargreave y le haría creer que era un idiota sin cerebro.

Entró con una sonrisa de oreja a oreja como si no tuviera ningún problema en el mundo.

–Señor Kincaid –saludó el padre de Jessie desde detrás del escritorio.

Ewan no podía apreciar nada de su hija en él. Tal vez eran adoptadas, pero, según Jessie, tenían el mismo tipo de cerebro. Aun así, mientras ellas eran bonitas y delicadas, aquel hombre resultaba tosco y vulgar.

De hecho, le hizo pensar en su propio padre. Por mucho que se ocultaran bajo un traje elegante, seguían siendo hienas.

–Puesto que vamos a convertirnos en familia, he pensado que debíamos conocernos –dijo Ewan.

–Tienes algo que me pertenece.

–¿Te refieres a tu hija? Suenas un poco anticuado, ¿no?

Hargreave posó ambas manos sobre el escritorio y, articulando cada sílaba, contestó:

–Soy un hombre tradicional.

Ewan asintió.

–Yo también. Por eso vamos a casarnos antes de que nazca el bebé. Mi amor por ella está por encima de algo tan conservador como el matrimonio, pero quiero actuar correctamente, tanto por ella como por ti.

–¿Qué quieres decir?

–Nada, solo que dejes en paz a mi esposa.

–Todavía no es tu esposa. Y primero fue mi hija.

–Se marchó y no quiere volver. Debo advertirte que me tomo muy mal que se amenace a cualquier cosa que me pertenezca.

–Tiene gracia, iba a decir que me tomo muy mal que alguien me arrebate lo que es mío –dijo Hargreave.

–Te repito que tu hija se marchó porque no quiere formar parte de tu vida. Tienes que respetar su decisión.

–¿Dudas de que pueda eliminaros a ti y al bebé? Mi hija puede servirme de algo, pero el resto…

Ewan tuvo que contener la ira. Tenía que permanecer impasible; dejar claro que era él quien controlaba la situación. No podía dejarse llevar por las emociones.

–¿Crees que no podría amenazarte también yo a ti? Si me pasara algo, sería fácil encontrar al culpable. Especialmente ahora que pienso asegurarme de que todo el mundo sepa que me has amenazado. Así que déjanos en paz. Sé que tienes poder, pero no tienes idea de quién soy yo. Nadie lo sabe en realidad. Y te aseguro que no quieres conocerme.

–Un discurso muy impactante. Pero no eres nada más que un playboy millonario.

–Un miembro de una de las familias más antiguas e importantes de Escocia, descendientes de un clan de las Highlands. En aquellos tiempos, te habría cortado la cabeza con un golpe de espada. Los ingleses nos otorgaron la tierra y el título, pero pertenezco al clan McKenzie y en nuestra cultura está enraizada en la importancia de mantener a nuestras mujeres e hijos a salvo. Me interesa que la gente crea que soy un playboy, en la misma medida que tú te haces pasar por un hombre de negocios altruista cuando eres un delincuente.

–Estás pisando un terreno minado.

–Lo dudo. Si me lo propusiera podría comprar el terreno que pisas hoy mismo. Puede que tú tengas un imperio criminal millonario. Yo tengo billones. Podría hacerme con tu fortuna en cuestión de segundos. Solo

tendrías alguna ventaja si yo no fuera tan cruel como tú, pero lo soy. Deja en paz a Jessie. Si no lo haces, sufrirás las consecuencias

–Podría hacer que te mataran ahora mismo –dijo Hargreave.

Ewan supo que había tocado una fibra sensible.

–Podrías, pero te conviene saber que he llamado a la policía. Me están esperando fuera, así que si me pasara algo… Saben dónde encontrarme.

–¿Un hombre tan poderoso tiene que llamar a la policía?

–Un hombre tan poderoso tiene muchos contactos. Y los usaré si es preciso.

Tras pronunciar aquellas palabras, Ewan dio media vuelta y se marchó con paso firme.

Al salir a la calle, sonrió. Quizá no podía cambiar el pasado, pero aquel día había actuado como un hombre nuevo. Se había quitado el disfraz de playboy y había actuado como un hombre de honor. Y era una novedad que le hacía sentirse bien.

Pero todavía le quedaba organizar una boda.

Capítulo 10

SE supone que ir a comprar el vestido de novia tiene que ser divertido –dijo Jessie, recorriendo la habitación arriba y abajo.

–Y lo será –dijo Maren.

–¿Cómo va a ser divertido si estoy hecha una bola? Además, no sé qué talla comprar porque no sé qué tamaño tendré en dos semanas.

Menos. El día anterior ya se había publicado la noticia y ya se sentía acosada por la prensa. Técnicamente, solo quedaban trece días. Y Ewan había dicho que irían a comprar el vestido aquella tarde. Pero Jessie dudaba que en el pueblo más próximo encontraran la tienda apropiada.

Ewan había insistido en que tenía que organizar un gran espectáculo y Jessie no estaba segura del todo a qué se refería. Porque una de las características de Ewan era que iba y venía a su antojo.

Según le había dicho, había ido a Londres por negocios. Y cuando ella vio aterrizar el avión, sintió unas mariposas en el estómago que se negaba a admitir.

Estaban haciendo aquello por el bebé.

Cuando Ewan apareció a los pocos minutos, se esforzó por fingirse aburrida. Pero, en realidad, cada vez que pensaba en él sentía un torbellino de emociones que la estaban agotando, dejándola exhausta por momentos.

No había conseguido invocar una imagen que le sirviera para archivarlo. Había intentado imaginar un lazo con su nombre para así atarlo con un nudo a sus sentimientos y poder cortarlo de cuajo. Pero seguía siendo rojo, y eso la enfurecía.

–¿Vamos a bajar al pueblo o qué? –preguntó airada.

–¿Al pueblo? –preguntó Ewan asombrado–. Vamos a París.

–¿A París?

–¿Dónde si no?

Así fue como Jessie se encontró en el avión privado al que no había subido nunca y que sirvió para recordarle hasta qué punto pertenecían a mundos distintos.

Ella tenía una mansión y un par de millones en el banco, pero Ewan era un multimillonario que se movía en un entorno de lujo que ella nunca había conocido. El lujo de los sillones de cuero y de un dormitorio en un avión privado, de langosta como menú a bordo….

–Esto es vergonzosamente pijo –comentó con sorna.

Ewan se reclinó en el respaldo con las manos entrelazadas tras la nuca.

–¿No has recibido el informe que explica que soy un mega pijo?

Ella lo miró fijamente y sintió la satisfacción de ver que él echaba la cabeza levemente hacia atrás… porque sabía que a ella no podía engañarla.

Ella lo había visto tal y como era. Esa era la verdad. Y quizá la verdadera razón por la que Ewan se había marchado. Y que él hubiera visto quién era ella en el fondo, era probablemente la razón principal de que le hubiera pedido que se marchara.

–Sé que esa es tu fachada o como quieras llamarlo. Está claro que te gusta jugar a hacerte el tonto, pero yo supe que no lo eras en cuanto me senté ante ti en la mesa de póker. O antes: la primera vez que te vi en un casino. Tienes una mirada demasiado inteligente.

–Me asombra que me consideres inteligente cuando tú tienes una mente privilegiada.

Jessie se encogió de hombros.

–No es ningún privilegio. Es una herramienta. Y no es inteligencia, solo la manera en la que está conectado mi cerebro. No siento particular orgullo por ello, pero me es útil. Podré recordar el desarrollo de nuestro hijo a la perfección. A veces me pregunto qué se siente cuando los recuerdos se desdibujan; cuando ves las cosas desde otra perspectiva. Yo solo puedo verlas desde el punto de vista original y creo que me estoy perdiendo algo. Aunque por otro lado tenga sus ventajas… En cualquier caso, no es algo de lo que vanagloriarme.

–Es una manera interesante de verlo. En mi caso, los recuerdos de mi infancia tampoco se han nublado. Lo que entonces me resultaba incomprensible, sigue siéndolo ahora.

–¡Qué desilusión! Siempre creo que hay gente que consigue dar sentido a lo que le pasa en la vida.

–Yo lo he logrado con algunas cosas. Y olvidar puede ser una bendición. Pero la noche que pasamos juntos está grabada en mi mente.

–Supongo que no debería alegrarme –dijo Jessie.

–Puedes alegrarte tanto como quieras.

–También recordaré el resto de mi vida que me has dicho que puedo alegrarme –Jessie no se molestó en disimular una sonrisa–. Pero no te envanezcas. Ya sabes que no olvido nada.

–Lo sé. Prometo que no se me subirá a la cabeza.

–¿Por qué has elegido París?

Aunque evitara demostrarlo, Jessie estaba entusiasmada con el viaje. Nunca había ido a París. Había pasado su infancia en los Estados Unidos, hasta que su padre, con toda seguridad huyendo de la policía, se había mudado a Londres.

Luego, apenas habían viajado, y cuando Maren y ella escaparon, tuvieron que elegir destinos en los que poder jugar. Eso significaba que habían ido a La Vegas numerosas veces, pero ninguna a París.

Por eso estaba especialmente fascinada con aquel viaje. Y por ir con él.

Apartó esa idea de su mente y disfrutó de la comida que les sirvieron. Luego se retiró a descansar. Cuando aterrizaron, un coche de lujo los condujo a través de las maravillosas calles de la ciudad, con su espectacular arquitectura y sus construcciones emblemáticas, como la torre Eiffel o el Arco de Triunfo. Jessie lo archivó todo en su memoria, mirando por la ventanilla con las palmas de las manos apoyadas en el cristal como una niña pequeña.

–¿Es tal y como la imaginabas?

Jessie miró a Ewan de soslayo.

–¿Cómo sabes que es la primera vez que vengo?

–Estás demasiado expectante para ser alguien que lo recuerda todo y parece que quisieras registrar cada detalle.

–Puede que sea verdad.

–No he pretendido ofenderte.

–¿Qué más te da que me guste o no, o lo que pueda interesarme? –preguntó Jessie bruscamente, incómoda con la sensación de que Ewan empezaba a conocerla.

–Parece lógico que quiera conocer a la mujer que va a tener a mi hijo.

–¿Quién lo dice? Ni tú ni yo sabemos cómo es una familia normal.

–No lo sé. Quizá lo he visto en las películas o me lo dicta Pepito Grillo. ¿No se supone que es la voz de la conciencia?

Jessie no pudo contener la risa.

–Ah, bueno, si es un grillo el que te sugiere que me hagas preguntas, me parece bien.

–Vale. Háblame de tu madre.

Nombrarla bastó para que Jessie fuera asaltada por una cascada de imágenes: su madre riendo, echándose el cabello hacia atrás… El día que las abandonó…

–Era preciosa. Supongo que lo sigue siendo –dijo, como si no hubiera vuelto a verla cuando su fotografía aparecía a menudo en las columnas de sociedad.

Siempre le había asombrado que su padre la hubiera dejado ir, aunque sospechaba que estaba relacionado con su deseo de empezar de cero en Inglaterra. Para qué iba a llevarse consigo a una conocida mujer americana sin ningún contacto en Europa. Que fuera la madre de sus hijas era anecdótico para él.

–No le interesaba demasiado ejercer de madre. En cambio, se le daba muy bien peinarnos y disfrazarnos. Usaba sus vestidos de alta costura como si fueran batas de casa. Jugaba con nosotras como si fuéramos sus muñecas. Nos dejaba maquillarnos y ponernos tacones. Pero luego tenía una vida al margen de nosotras. Y nunca he podido perdonarle que se fuera, a pesar de que yo también me fui.

–Es lógico. Os abandonó –dijo Ewan.

–Mi padre no le habría dejado que nos llevara con ella. Éramos demasiado valiosas para él. Para cuando teníamos catorce años, ya nos usaba para descifrar códigos y memorizar cosas. Decía que éramos mejor que un ordenador –Jessie rio con sorna–. No, no podía perdernos. En cambio, mi madre no le servía de nada. Habría corrido peligro si nos hubiera llevado con ella. Aun así, me resultaría más fácil perdonarla si supiera que nos echó de menos.

Sintió que se le resquebrajaba el corazón, pero mantuvo el semblante sereno.

–Mi padre nos enseñó a ser muy analíticas. Con nuestros cerebros, es fácil sentirse bombardeado por los recuerdos en lugar de invocarlos cuando una quiere.

–Mencionaste un sistema de clasificación.

–Sí. Archivo los pensamientos importantes en carpetas. En mi mente, puedo caminar por una habitación gigante llena de archivadores y acceder a ellos alfabéticamente. Luego puedo volver a guardarlos para que no me asalten cuando no quiero. También nos enseñó a leer el lenguaje corporal y a manipular a la gente de acuerdo con su perfil psicológico.

–¿No hay un nombre para eso?

–Sí, supongo que soy una mentalista. Estoy segura de que se pueden hacer cosas muy positivas con esa habilidad, pero yo nunca las he aprendido. Eso sí, me ha ayudado a aislarme y a protegerme de mis propios sentimientos. Me di pronto cuenta de que era muy importante.

–Protegerte de ti misma…

–Sí.

–Es lo que les pasa a quienes no son protegidos por los adultos de su entorno –dijo Ewan pensativo.

–Sí.

–Pero nosotros protegeremos a nuestro niño o niña, para que no tenga que erigir esas defensas.

–Puede que sí las necesite –dijo Jessie–. Aunque espero que no herede mi cerebro; que sea completamente normal. Como madre, siempre me parecerá excepcional, ¿no? –Jessie rio–. Al menos es lo que piensan la mayoría de las madres. Menos la mía, claro.

–Y, sin embargo, lo eras objetivamente. Moraleja: lo que una madre piense de sus hijos dice más de la propia madre que de ellos.

–Es posible. ¿Y tu madre?

Ewan carraspeó.

–Ella me adoraba y pensaba que era excepcional. Me repetía que su vida no había tenido sentido hasta tenerme. Mientras vivió fui feliz. No me di cuenta de cuánto me protegía hasta que, cuando murió, tuve que enfrentarte a la realidad de que los sentimientos de mi padre eran muy distintos.

–Lo siento mucho… ¿Qué paso?

–Preferiría no hablar de ello.

Jessie se dio cuenta de que, de hecho, Ewan no podía seguir hablando.

–Muy bien –lo tranquilizó.

Por primera vez que ella recordara, no le importó quedarse con la curiosidad. No estaba segura de por qué, pero no quería que Ewan sufriera. Le importaba y ese era un sentimiento peligroso porque le hacía actuar de una manera impredecible. Con él era incapaz de aplicar su mente analítica; no podía fiarse de sí misma.

Se volvió a mirar su perfil y aquellos preciosos ojos, y le alarmó darse cuenta de que solo estaba sintiendo, de que no podía pensar ni analizar nada.

Cuando lo había conocido había creído saber cómo era, pero a medida que pasaba tiempo con él tenía más claro que era mucho más complejo de lo que aparentaba.

–¿Falta mucho para llegar a la tienda? –preguntó.

–No. Habrá fotógrafos esperándonos. He avisado a los mejores paparazis.

–¿De verdad?

–Cuando veas una buena fotografía en la que se ve a primera vista la marca de la ropa que lleva la persona retratada, ten por seguro que ella misma ha avisado a los fotógrafos.

–Que buena idea.

–Siendo una timadora profesional, me extraña que no se te haya ocurrido.

–Aunque te sorprenda, no he podido perder el tiempo jugando a ser una celebridad. Tenía peces más gordos que pescar.

–Pues ahora tienes la oportunidad de comprobar qué se siente –dijo él, al tiempo que el coche se detenía–. Sonríe.

Capítulo 11

EWAN observó con admiración cómo Jessie posaba para los fotógrafos como una profesional al tiempo que él fingía estar irritado por la intromisión en su vida privada.

Bajó del coche y descansó una mano protectora en su espalda y otra en su estómago. Cada vez que la tocaba era como acercar las manos a una llama viva.

¿Cuándo se acostumbraría a tenerla cerca? Jessie le hacía preguntas que le incomodaba contestar. No le resultaba fácil contar que su madre había muerto al dar a luz a su hermano, que había nacido muerto. Nunca había podido hablar de ello.

A continuación, Jessie le había preguntado cómo sabía lo que necesitaba un niño. Y quizá él solo lo sabía por sus propias carencias. Inclinándose hacia ella cuando ya entraban en la tienda, le susurró al oído:

–Creo que sé lo que necesita nuestro niño porque sé lo que nosotros echamos de menos.

Ella se volvió con los ojos y los labios abiertos y Ewan pensó que sería una magnífica fotografía. Antes de que hablara, él le susurró:

–Mejor lo hablamos en privado.

–De acuerdo –contestó ella.

En cuanto entraron en la tienda, acudió a recibirlos la diseñadora.

–Señorita Lockwood, bienvenida –la saludó. Ewan y Jessie habían decidido mantener su apellido falso mientras viajaban–. Hemos seleccionado algunos de nuestros mejores diseños para usted.

Jessie sonrió.

–Espero que haya tenido en cuenta que ha de caber también el bebé.

–El bebé –dijo la mujer. Y le tocó el vientre.

Jessie miró a Ewan molesta y este, encogiéndose de hombros, sonrió antes de seguir a las dos mujeres al probador.

Sin molestarse en cerrar la cortina, la diseñadora desnudó a Jessie. Cuando ya iba a quitarle el sujetador, Ewan se inclinó hacia adelante y la mujer hizo ademán de cubrirla.

–No se moleste –dijo él–. No hay nada que no haya visto.

Jessie abrió y cerró la boca como un pez, pero no consiguió articular palabra, y Ewan estuvo seguro de que recibiría una reprimenda.

Mientras la veía probarse un vestido tras otro, le sorprendió darse cuenta de que nunca había tenido una relación lo bastante duradera como para prever cómo reaccionaría la otra persona, pero en el caso de Jessie no le costaba imaginarlo.

Primero le diría que era pudorosa y no le gustaban aquel tipo de bromas y luego probablemente haría algo provocativo, como cuando, al salir del cuarto de baño unos días atrás, había dejado caer la toalla y había caminado desnuda hacía el vestidor. Porque aun cuando pudiera sentir vergüenza, su deseo de desconcertarlo era mayor que su pudor.

Ella era consciente de la respuesta inmediata que su cuerpo despertaba en él y Ewan sospechaba que pronto sabría cómo usarlo en su propio beneficio.

Pero lo que lo excitó aquel momento no fue tanto contemplar su cuerpo desnudo como la constatación de que la conocía… al menos en cierta medida. Y aquel era un sentimiento que no había experimentado nunca y al que quería aferrarse.

Jessie se probó muchos vestidos tipo túnica, hasta que llegó a uno que se ajustaba lo bastante a su cuerpo como para dejar intuir el abultamiento de su vientre. Ewan sintió un golpe de calor y, poniéndose en pie de un salto, exclamó:

–Ese.

–La señora es quien debe decidir –dijo la diseñadora, altanera.

–Yo pago por el vestido de la señora y ese es mi favorito. Es el único que deja intuir sus curvas.

–Por eso mismo, puede que elija uno de los otros –dijo Jessie. Pero por cómo se miró en el espejo, Ewan supo que también a ella le gustaba.

Y le hizo gracia que le llevara la contraria solo por contradecirlo.

–La señora se llevará este –insistió él.

Compraron zapatos y un velo y para cuando dejaron las bolsas en el coche, Jessie miraba a Ewan con cierto grado de enfado.

–Vamos a ir caminando hasta un restaurante donde he reservado una mesa.

Ewan percibió que Jesse se relajaba automáticamente; la mención de comida era un arma excelente para domarla.

–Ah –dijo ella.

–He pensado que te apetecería tomar algo.

–No, has pensado que si vamos a un restaurante nos sacarán algunas fotografías más.

–Las dos cosas son posibles.

–Verdaderamente, eres tan tramposo como yo. Siempre tienes la mente en varias cosas a la vez. Es lo que hace un buen timador.

Ewan asintió.

–Así es como he aprendido a actuar en la vida.

–No eres un playboy, ¿verdad?

–Claro que sí.

–No me refiero a que no seas… promiscuo. Todo el mundo sabe que te acuestas con cualquier cosa que se mueva.

Ewan rio.

–Con «cualquier cosa», no.

–Vale, pero eres conocido por darte muy generosamente.

–Eso es verdad.

–Quiero decir que no eres superficial. Ni un idiota. Aparentas serlo para poder controlar las situaciones. Así la gente te subestima. Es lo mismo que hago yo con mi aspecto. Hago creer a los hombres que soy una cabeza hueca. No te imaginas la de hombres a los que ha seducido mi hermana sin permitir que la toquen. Los halaga, los adula y le dan lo que quiera sin que ella ofrezca nada a cambio. Es increíble lo que hace la gente cuando te considera estúpida y cree que pueden darte lecciones –Jessie frunció el ceño–. Detesto saberlo tan bien y tener esa mentalidad. Puede que no naciera para ser una timadora, pero me he visto obligada a vivir como tal,

me gusta apostar y ganar. Y hasta ahora no me había dado cuenta de que… –dejó la frase en suspenso con gesto de preocupación.

–¿De qué?

–¿Alguna vez temes ser una mala persona?

Ewan pensó en su padre y en cómo a veces se sentía identificado con él.

–Sí.

–Yo también. Todo el tiempo. ¿Cómo no preocuparte cuando te pareces tanto a tu padre?

Jessie ser refería a sí misma, pero estaba expresando el mismo temor que Ewan sentía.

–Por eso yo he dedicado mi vida a vengarme.

Jessie rio.

–Yo no tengo tanta energía. Prefiero vivir mi vida. O al menos intentarlo.

Llegaron al restaurante y Jessie vio que, efectivamente, había más fotógrafos esperándolos.

Ewan se adelantó y le abrió la puerta. El jefe de sala los condujo a un apartado con una ventana a través de la que podían seguir siendo fotografiados

–¿Y a qué has decidido dedicar tu vida? –preguntó Ewan tras sentarse y decirle al camarero que tomarían el menú de la carta para dos.

–A ser feliz.

–Con suficiente dinero para dejar el juego.

–Así es. Cuando te gané, estaba en las nubes. ¡Había conseguido un hogar! Nunca percibí la casa de mi padre como un hogar; siempre fue el lugar en el que él y otros delincuentes planeaban sus golpes y donde nunca me sentí segura. Ni aun cuando formara parte de su círculo.

–No eres tan distinta a mí. Tu padre decidía por ti sobre lo que debías hacer. No eras más que un instrumento para él –Ewan hizo girar la copa sobre la mesa–. He hablado con él.

–¿Con mi padre?

–Decidí ir a saludarlo en persona. Después de todo, voy a ser su yerno.

–Es un hombre peligroso. Se supone que estamos haciendo todo esto para evitarlo.

–No, para librarnos de él para siempre. No soy alguien que permita que otros decidan cómo debo vivir. Tenía que demostrarle cuál era el equilibrio de fuerzas entre nosotros.

–Es un hombre peligroso –repitió Jessie.

–Eso me ha dicho en varias ocasiones. Quien es verdaderamente peligroso no necesita repetirlo, solo lo demuestra. Está claro que es violento, pero no es la mitad de listo de lo que se cree, y ese es su talón de Aquiles.

Jessie desvió la mirada.

–Pero no olvida.

Ewan la tomó por la barbilla para que la mirara.

–Puede que no. Puede que, como tú, lo recuerde todo, pero precisamente por eso a veces no presta suficiente atención. Quizá no se dé cuenta de que otros menos listo que él tengan peores intenciones de lo que cree –hizo una breve pausa antes de añadir–. Es un sociópata, ¿verdad?

Jessie suspiró.

–Es una buena forma de describirlo.

–Y tú no.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Jessie angustiada–. Yo no estoy tan segura. Te he dicho que no me gusta engañar a la gente y, sin embargo… Cuando te gané, estaba eufórica, como si hubiese consumido una droga. Y me di cuenta de que, en parte, lamentaba abandonar el juego porque me hacía sentir viva.

–La prueba de que no eres una sociópata es que te preocupa serlo. ¿Crees que tu padre se ha cuestionado el dolor que causa a los demás?

–Puede que tengas razón.

–El mío no lo era y eso es casi peor, porque ni siquiera tenía una excusa. Pasaba por momentos arrepentimiento, pero su ira no conocía límites.

–Lo siento mucho. Suena terrible –dijo Jessie–. Pero tu madre…

–Mejor lo dejamos para otro momento.

Llegó la cena y la disfrutaron charlando de banalidades, aunque a Ewan le costaba concentrarse en la comida cuando Jessie era en lo único que podía pensar.

–Estaba deliciosa –dijo ella cuando acabaron.

Salieron del restaurante y Ewan se dijo que lo natural sería tocarla, tomarla del brazo, pero le inquietaba hacerlo.

–El hotel en el que nos alojamos está aquí al lado. Podemos caminar.

–Muy bien.

–¿Quieres que te hable de mi madre?

Ewan se enforzó en mantener una distancia entre ellos; se aseguró de no rozarla.

–Me da la impresión de que es de lo último que quieres hablar.

–Esa no es una respuesta.

Jessie se detuvo y lo miró.

–No quiero que me importes, pero no puedo evitarlo. Haces que actúe de una manera… extraña. Desde que te conocí, no he sido capaz de pensar en otra cosa; me obsesionas. Y eso no me había pasado jamás. Siempre he estado centrada, pero tú has alterado todo. Mírame –Jessie se señaló el vientre–. Me has cambiado para siempre; nada va a volver a ser como era. Ni siquiera sé lo que quiero, porque hay algo en este cambio que me gusta. Pero también tengo miedo. No quiero sufrir por ti, ni sentir más de lo que siento. No quiero volver a abrirme en canal. Y, sin embargo, tengo la impresión de que tu madre es precisamente de lo que necesitas hablarme.

–¿Eso es un «sí»?

–Sí.

Ewan asintió y siguió caminando.

–Murió de parto cuando yo tenía once años.

–Oh –exclamó Jessie como si le hubieran golpeado el vientre.

–Yo lo vi todo. A ella, al bebé…

–Lo siento muchísimo –Jessie sintió los ojos húmedos de lágrimas–. Qué triste debió…

–Sí. Son tragedias ante las que uno no puede hacer nada. Con suerte, no te convierten en un monstruo, pero mi padre no fue afortunado.

–¿Sucedió en… la mansión? –al ver que Ewan asentía con la cabeza, Jessie añadió–: Por eso no te gusta estar en ella. Lo había presentido.

–Efectivamente. Pero no es tanto por eso como por lo que pasó a continuación y los años que siguieron. Mi padre me dio una paliza para que dejara de llorar.

–Ewan… –Jessie sonó horrorizada.

–Él quería un heredero perfecto. Me pegaba y me encerraba. Toda la rabia que sentía entonces me asalta cuando vuelvo a esa propiedad.

–Eso es espantoso. Es increíble que haya tantas formas de maldad. Yo he experimentado una y no me había planteado que hubiera otras. Por eso temía ser una sociópata; me preocupa que sea algo hereditario.

–Tú amas a tu hermana.

Jessie asintió.

–Sí. Y Maren es delicada. Por eso siempre he querido protegerla de un mundo turbio y violento.

–¿Y quién te protege a ti?

–Maren lo intenta. Ya lo has comprobado.

–Pero has vivido experiencias espantosas, ¿verdad? –preguntó Ewan en tono pesaroso.

Jessie asintió.

–Cuando Maren y yo éramos pequeñas hacíamos de señuelos. Una vez me hice la perdida en una estación de tren para atraer la atención de un hombre concreto. Él me consoló y me habló de su nieta. Le dije a mi padre que sentía debilidad por ella.

–¿Cuántos años tenías?

Ewan podía ver el remordimiento asomar a sus ojos.

–Nueve, pero eso es lo de menos. Mi padre raptó a la niña. Le hicieron daño, yo podía oírla gritar. El hombre le dijo a mi padre que le daría lo que le fuera para que se la devolviera.

–¿Y qué pasó?

–Aquella noche la ayudé a escapar. Sabía todos los códigos de acceso de la casa. Pero nunca olvidaré aquellos gritos, ni conseguiré borrar cada detalle de ese episodio.

–¿Tu padre te descubrió?

Jessie sonrió.

–Claro. Me aseguré de que supiera que Maren no había estado implicada. Acepté la paliza como una compensación. De otra manera, habría matado a aquella niña. También descubrí que no podría vivir sintiendo tan intensamente; no podía vincular un sentimiento a cada imagen o viviría una continua pesadilla. Así que dejé de sentir. He llegado a creer que nunca a recuperaría mis sentimientos hasta que… –una lágrima se deslizó por su mejilla– te conocí y sentí algo. Hicimos el amor y volví a sentir. Me cuentas tu historia y me hace sentir… Es una historia verdaderamente triste.

Ewan la miró y se sintió… desolado por haberle hecho llorar. Quizá esa era la mejor razón para seguir siendo un playboy, un hombre superficial que bloqueaba los recuerdos sobre su madre y su hermano. Un hombre que no quisiera matar al padre de Jessie con sus propias manos ni anhelara consolar a Jessie con todas sus fuerzas.

–¿Has ido a ver a mi padre? –preguntó entonces Jessie

–Sí. No le tengo miedo a él ni temo por mí mismo. De pequeño vi la muerte de cara y creo que cuando pasas por algo así de niño, te quedas anestesiado. No tengo miedo a morir.

Continuaron caminando hasta que llegaron al hotel. Cruzaron el vestíbulo y Ewan tuvo la certeza de que, de haber querido, aquella noche podría acostarse con Jessie porque estaba turbada y conmovida, y, como él, sabía que sus cuerpos podían encontrar consuelo. Los dos sabían hasta qué punto el sexo les hacía sentirse bien. Y él estaba seguro de que, perdiéndose en Jessie, olvidaría el dolor que le había causado haber desnudado su alma hablándole de su madre.

Pero también sabía que debía evitarlo y que tenía que demostrar que era capaz de dominarse. Si no había podido contenerse el día que había acudido a la mansión había sido porque era lo más fácil, porque había conseguido creer por un momento que era el playboy que fingía ser.

Había estado tan muerto por dentro cuando murió su padre que se había convencido de que había perdido la capacidad de sentir.

Hasta el día que se había enterado de que Jessie estaba embarazada, cuando había corrido a su lado para luego… huir como el niño aterrado que llevaba en su interior y, huyendo, había estado protegiendo a su hijo.

Pero en aquel momento no podía perder el control, en la misma medida que no debía explorar lo que había entre ellos. Porque se había comprometido a quedarse para salvar a Jessie y dar a su hijo lo que necesitara.

Y en algún momento, Jessie y él retomarían sus vidas. Separados.

Porque ella y el niño lo necesitaban solo temporalmente.

Aquella noche no la tocaría. Se comportaría como el hombre que querría haber sido.

Cuando el ascensor llegó al ático, dejó salir a Jessie primero.

–Ve a descansar –dijo–. Debes de estar cansada.

Jessie lo miró sorprendida.

–Sí, claro. Buena idea.

–Si quieres, mañana podemos visitar la ciudad y volver a Escocia por la noche.

–Paseo y todo. ¡Tú sí que sabes hacer disfrutar a una mujer!

–A no ser que prefieras volver por la mañana…

Jessie hizo un encantador mohín.
–No seas cruel. Has prometido enseñarme París.
–Pues eso haremos.

Capítulo 12

A JESSIE le desilusionó que Ewan la mandara a la cama, pero sabía que era lo mejor. Tenía que aprender a pasar tiempo con él sin…

El problema era su cerebro, que le devolvía constantemente su imagen desnudo, en toda su perfección.

Tal vez lo que necesitaba era precisamente formarse nuevas imágenes de él, aunque tenía que reconocer que las otras le encantaban.

Pero Ewan había prometido llevarla a visitar la ciudad y supuso que debía mostrarse contenta y animada, Incluso agradecida.

Terminó de arreglarse. Había elegido un vestido ceñido elástico negro y un par de botas, también negras. El conjunto le daba un cierto aspecto de bruja, que le producía cierta satisfacción.

Estaba usando a Ewan tal como había hecho siempre con la gente, como su padre le había enseñado a hacer.

Con la diferencia de que, desde que había vuelto a sentir, le incomodaba.

Había intentado evitarlo con todas sus fuerzas. Había luchado por tener una vida propia precisamente para evitar tener que usar a los demás, pero no sabía comportarse de otra manera. Y le resultaba muy doloroso.

¿La convertía en mejor persona pensar que era una horrible característica? ¿Era posible saber si se estaba usando o no a alguien? Había usado a Ewan para perder la virginidad; para experimentar placer; la segunda vez para dejar de sufrir, para poder aferrarse a un recuerdo más de él. Y seguía usándolo para permanecer a salvo, aprovechándose de su dinero y de su poder.

¿Acaso lo natural era usarse unos a otros? ¿Sería todo el mundo como su padre, aunque no se saltaran la ley? ¿Eran solo maneras de usar a los demás con distintos grados de egoísmo?

Le resultaba imposible saberlo. Por eso mismo no había querido sentir nada hasta entonces, porque con la capacidad de sentir llegaba la duda, la preocupación, el sentimiento de culpa.

Quería a su hermana, pero Maren era adorable y la conocía de toda la vida. De no ser así, ¿también la habría usado a ella?

O quizá sí lo hacía. Porque necesitaba que Maren le dijera si estaba comportándose bien o mal; para establecer límites y reglas. ¿No era esa una manera de usarla, convirtiéndola en su conciencia?

Al menos no le cabía duda de que la quería. Eso era incuestionable.

Se pintó los labios de rojo intenso y decidió que, definitivamente, parecía una bruja parisina.

Luego salió. Como siempre, ver a Ewan le causó un inesperado impacto; nunca se acostumbraría a lo guapo que era.

Llevaba una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos dejando a la vista sus espectaculares antebrazos. Tenía las manos más bonitas que Jessie había visto en su vida, y eso que había visto muchas.

–Buenos días –saludó ella.

–Buenos días –contestó Ewan. Indicando la mesa, añadió–: He pedido una variedad de bollería por si querías tomar algo antes de salir.

–¿Lo del paseo es para que salgamos más en la prensa y asegurarte de que mi padre se olvida de hacerme daño?

–Sí.

–Y yo que creía que era porque me tenías cariño…

Ewan miró a Jessie con premeditada indiferencia.

–¿Sabes que tienes una pinta dorada en el ojo derecho? –preguntó ella.

–¿A qué viene esa pregunta?

–Solo es un comentario. La primera vez que te vi me di cuenta de que tenías un ojo distinto al otro, y me preguntaba si lo sabías.

–No me miro demasiado al espejo.

–Pues deberías. Tienes una cara muy pasable.

Aunque Ewan mantuvo el semblante serio, Jessie vio un brillo divertido en sus ojos.

–Gracias –dijo él.

Ella inclinó la cabeza.

–No las merece.

–Y no te lo tomes como algo personal, Jessie, pero no tengo cariño a nadie.

Jessie frunció el ceño.

–¿Crees que te encariñarás con el bebé?

De otra manera, el futuro se presentaba complicado. Ella misma no sabía qué iba a sentir y también le inquietaba.

–¿No es lo normal que la gente quiera a sus hijos?

–Supongo que sí. Hay quien incluso elige disfrutar de su familia. Yo misma he pasado mucho tiempo con mi hermana, aunque tampoco hemos tenido muchas más opciones. Y pronto va a convertirse en princesa y a mudarse a un castillo.

–¿Como que va a ser princesa? –preguntó Ewan sorprendido.

–Ha ganado un castillo, aunque no puede mudarse hasta las Navidades.

–Vale, pero no sé qué relación tiene eso con lo que estabas diciendo.

–Que no sé cuánto tiempo habría elegido pasar con ella si hubiese podido elegir y que, por tanto, no tengo ninguna evidencia empírica de que la gente quiera a su familia.

–¿Quieres ir a visitar la ciudad o no? –preguntó entones Ewan.

Jessie asintió enfáticamente.

–Claro que sí.

–Entonces, vámonos.

–Me alegro de que quieras usar esto para sacar a mi padre de sus casillas –dijo Jessie cuando ya estaban en el coche.

–Y yo de tener tu aprobación.

–He estado pensando que todos usamos a los demás. Solo nos relacionamos porque necesitamos algo.

–No me lo había planteado nunca.

–Yo lo pienso muy a menudo. Tuve una infancia muy aislada. Ni siquiera fui al colegio.

–¿Nunca?

–¿Tú sí?

–Sí, a un internado. Al menos estaba con niños de mi edad. Tenía amigos.

–Qué suerte que pudieras librarte de tu padre –Jessie habría querido tener la misma suerte, pero nunca se había separado de su padre.

–Sí. El colegio era mi único escape. Fue allí donde descubrí que haciéndote el gracioso y siendo sarcástico te hacías popular. Ese colegio me forjó tal y como soy.

–Yo nunca he desarrollado una personalidad, siempre he tenido que ser muchas personas a la vez. Con máscaras que me quito y me pongo según el momento. Preferiría alcanzar un punto más estable.

–¿Cómo adquiriste educación si no ibas al colegio?

Jessie rio.

–Lo recuerdo todo, así que me basta leer una fórmula y cómo se usa para aprendérmela. Ese tipo de cosas me resulta sencillo.

–Así que eres superdotada.

–Supongo que sí. Aunque para mí no es más que un truco útil. Además, tener una educación no era lo prioritario.

–No tenías amigos.

Jessie negó con la cabeza.

–Solo mi hermana que, por lo menos, me comprendía. Aunque eso mismo ha sido el problema: cuando alguien te comprende, no necesitas esforzarte para que te entiendan. No tienes que aprender a conectar con los demás.

–Eso le pasa a la mayoría de la gente. Es uno de los motivos de que haya tantos problemas de comunicación en el mundo.

–Los seres humanos son innecesariamente complicados.

–Estoy de acuerdo.

Pasearon al borde del río y se detuvieron en varios puestos de un mercadillo. Comieron en un café y luego caminaron hasta el Museo d'Orsay.

–Podría haberte llevado a Louvre, pero prefiero este –dijo Ewan.

–¿Por qué?

–Porque ofrece más de lo que aparenta.

–Eres un *hipster* –dijo Jessie.

Y le sorprendió que Ewan soltara una carcajada.

–Nunca me habían acusado de algo así.

–¿Has dejado que alguien te conozca lo suficiente como para que te acusara de algo?

Ewan miró a Jessie prolongadamente antes de contestar:

–No.

El entusiasmo de Jessie era contagioso.

Toda ella era especial. Ewan no lo había notado cuando interpretaba el papel de seductora, ni cuando se enfadaba. Pero cuantas más capas iba desvelando, más consciente era de sus rarezas. Entre otras, su falta de experiencia en las relaciones personales que no tuvieran una estafa como objetivo.

Era algo que tenían en común, puesto que él no estaba seguro de haber llegado a conocer a alguien en toda su vida.

Jessie había disfrutado de todo lo que habían hecho, pero cuando entraron en el museo se entusiasmó. Recorrió con la boca abierta la primera sala, dedicada a escultura. Luego continuaron la visita y ella lo contemplaba todo con ojos muy abiertos. Ewan se preguntó qué se sentiría al poder memorizar tanto detalle, tanta belleza.

Cuando llegaron a *La noche estrellada*, de Van Gogh, se llevó las manos entrelazadas al pecho y sus mejillas se humedecieron de lágrimas.

–¿Estás bien?

–Sí –contestó Jessie–. He visto este cuadro muchas veces, pero no es lo mismo verlo en persona. ¡Qué regalo me has hecho! ¡Qué precioso recuerdo!

Los buenos recuerdos eran el mejor regalo que se le podía hacer porque eran indelebles.

Ewan sintió que el corazón se le abría en dos al darse cuenta de que era la primera vez que daba algo.

La venganza era un sentimiento egoísta. El deseo de hacer sufrir a su padre lo había consumido hasta el punto de que nunca había establecido una verdadera conexión con nadie.

Había perdido todo contacto con sus amigos del colegio a medida que había ido perfeccionando su fachada de hombre indiferente.

Pero ante sí tenía algo genuino: la felicidad que se reflejaba en el rostro de Jessie, la forma en la que lo miraba. No había el menor artificio, ni engaño. Solo una intensa conexión.

Y Ewan sintió que algo había cambiado en él. Para siempre.

Había querido descubrir en sí mismo algo más que la máscara que tanto había cultivado, algo más que las cenizas que habían llenado su boca a la

muerte de su padre; que la amargura con la que le había dejado la venganza cumplida.

Jessie le había enseñado que podía volver a sentir.

Quería grabar aquel momento. La expresión de puro éxtasis del rostro de Jessie mientras atesoraba cada pincelada de la obra de arte que tenía ante sí.

Y en ese instante, Ewan se prometió que le proporcionaría más recuerdos. Los regalos materiales podían perderse, olvidarse. Los recuerdos permanecerían en la mente de Jessie para siempre. Y eso convertía cada interacción con ella en significativa y valiosa.

Jessie era excepcional y había sufrido mucho.

De pronto, Ewan sintió el impulso de acorazarla contra todo lo desagradable que contenía el mundo.

Permanecieron en el museo hasta que se hizo de noche. Ewan nunca había sido muy aficionado a los museos, pero no se habría cansado de observar a Jessie.

Era tan extraño que alguien le importara…

Se paró en seco.

Jessie le importaba.

Y estaba en peligro.

Pensó de nuevo en el padre de ella y se dijo que lo mataría si…

Una vez más lo invadía el temperamento violento de su propio padre, asaltándolo en un momento en el que, excepcionalmente, se sentía humano.

Odiaba a su padre con todas sus fuerzas y, sin embargo…. No había conseguido cambiar nada.

Iba a tener un hijo y a dar continuidad a su familia.

Todo seguía igual.

Cuando finalmente volvieron al hotel, se retiró sin tocar a Jessie. Porque tenía que distanciarse de aquellos sentimientos.

De cualquier forma de sentir.

Capítulo 13

JESSIE seguía maravillada con la belleza de París cuando llegó el día de su boda.

Maren estaba acicalándola y estirándole el vestido.

–Deberías casarte tú –comentó Jessie.

–¿Por qué? –preguntó Maren

–Porque eres una romántica y yo no.

Maren rio.

–Yo creo que en secreto sí lo eres. Si no, no habrías elegido un vestido de princesa.

–Era el único en el que iba a seguir cabiendo –improvisó Jessie.

–Sí, claro.

A Jessie le irritaba que su hermana tuviera parcialmente razón. Era difícil no sentir lo romántico que era casarse en una preciosa capilla decorada con guirnaldas blancas y flores de jazmín, como si fuera un decorado de *El sueño de una noche de verano*.

Pero en las dos semanas desde que había accedido a casarse con Ewan, él no la había tocado. Era evidente que no la deseaba. Jessie suponía que era por la transformación que estaba sufriendo su cuerpo. Y aunque por una parte lo entendía, por otra le producía tristeza.

Tampoco podía olvidar que ella misma había insistido en que no tuvieran ningún contacto físico. Pero había sido una forma de protegerse y desde entonces, la situación entre ellos había cambiado.

«¿Qué te hace pensar eso?».

Se miró en el espejo. La mujer que veía en el reflejo era irreconocible. Tenía el color natural de su cabello, algo tan poco frecuente que le hacía sentirse extraña. Lucía un vestido de boda. Estaba embarazada. Y el maquillaje, en lugar de transformar su rostro para hacerlo menos reconocible, estaba diseñado para resaltar sus facciones.

Era Jessie. Y tal vez no estaba lo bastante familiarizada con ella.

Separándose de sus sentimientos se había separado de sí misma.

Ewan le había hecho sentir y eso, inicialmente la había atemorizado. Hasta que lo había visto por quien era verdaderamente. Y él la había visto a ella, haciéndola verse a su vez con ojos nuevos.

Sin pensarlo, se acercó al espejo y apoyó la palma de la mano en él.

–¿Estás bien? –preguntó Maren.

Jessie se sobresaltó y dio un paso atrás.

–Sí, muy bien. Será mejor que vayamos a la iglesia.

–Tienes razón –dijo Maren.

Iba a ser un acontecimiento público porque la noticia de la boda se había publicado en todo el mundo. Incluso se iba a hacer una serie de televisión basada en su supuesto romance: el hombre que perdía su patrimonio en una partida de póker y se enamoraba perdidamente de la mujer que le había ganado.

Ewan había conseguido el efecto que había buscado. Porque si alguien le hacía daño, acabaría encarcelado.

Jessie ya no era un bien de su padre cuya posesión le resultara más valiosa que el riesgo que debía correr para conseguirla.

Ese era el gran regalo de Ewan. Y ella debía consolarse en lugar de lamentarse por que no la tocara. Sus sentimientos no estaban implicados.

Tampoco ella sabía qué sentía. Solo sabía que había vuelto a sentir.

¿Y él?

Sabía que se había sentido atraído por ella desde el primer momento, pero eso no significaba que también se sintiera transformado.

Era cierto que en ocasiones había atisbado cambios en él. Sabía que era un hombre intenso y sensible. Era fuerte y era… Ewan, igual que ella era Jessie.

–Pareces triste –dijo Maren.

–No estoy triste. Pero ojalá hubiera soñado con casarme. Así estaría más contenta.

–¿Seguro que es eso lo que te pasa?

Jessie no estaba segura de qué le pasaba. Tenía un cerebro privilegiado que funcionaba como un ordenador y, sin embargo, no lograba organizar los datos para extraer una conclusión.

–Vamos –dijo Maren–. Tienes que casarte.

Maren estaba eufórica y Jessie sospechaba que se debía en parte al vestido de dama de honor de cuento de hadas que lucía. Por un instante sintió algo parecido a la felicidad al pensar que al menos Maren había salido intacta de todo lo que habían pasado, y que siguiera siendo inocente y dulce se debía en parte a que ella la había protegido.

«¿Y tú?».

Ella había cometido más pecados.

«Salvaste a aquella niña. ¿Hasta cuándo vas a castigarte por haber sido un peón en la jugada?».

No, no se estaba castigando, se estaba protegiendo.

Por eso había alejado a Ewan de sí y luego se había enfadado con él. Porque quería que se quedara, pero tenía miedo de que lo hiciera.

Gran parte de su vida estaba enraizada en el miedo, y ya estaba cansada de temer

Ewan le había devuelto la capacidad de sentir. Y junto con sentimientos que podían ser maravillosos, también cabía la posibilidad de que volvieran los malos.

Pero eso la convertía en una mujer plena, así que tenía que valer la pena arriesgarse.

El recorrido a la iglesia se le hizo eterno y una vez llegaron, se quedó perpleja ante la multitud que se había congregado. Entró por una puerta lateral para ocultarse a los ojos de la gente, incluido Ewan.

Tras unos minutos, llamaron a Maren para que fuera al altar, como el único miembro de la familia de la novia y dama de honor. Entonces la música cambió y llegó el turno de Jessie

En cuanto puso el pie en la capilla, todo pensamiento se desvaneció de su mente. Porque en el altar, con una chaqueta negra y una falda escocesa verde y azul, la esperaba Ewan. Tan guapo…

Llevaba el cabello, que se le rizaba en la nuca, retirado del rostro y sus increíbles ojos la miraban como dos rayos láser mientras ella avanzaba, con el corazón acelerado, por el pasillo central.

Al llegar, tomó la mano de Ewan y se dio cuenta de que todos los ojos estaban puestos en ella. Y de pronto fue como si encontrara la pieza que faltaba y todo adquiriera sentido.

Podía comprender lo que pensaba porque había dejado de pensar. Solo sentía.

Había intentado tomárselo como un engaño; había querido saber quién engañaba a quién y por qué; había pretendido trazar un plan, marcar un objetivo, una diana.

Y sí, tal vez estaba usando a Ewan en cierta medida para que los protegiera al bebé y a ella. Pero la verdad era que le gustaba estar con él. Se había convertido en alguien importante para ella.

Tenerlo delante era como estar delante de *La noche estrellada.*

Cada uno de sus rasgos, cada línea, cada característica que lo convertía en quien era, la fascinaban, la consumían.

No era capaz de poner nombre a todo aquello porque eran sentimientos. Nunca había aprendido a lidiar con ellos, sino a bloquearlos, a hacerlos desaparecer.

Tenía la espectacular mente que tenía porque la había ejercitado a costa de bloquear su corazón.

Y en aquel instante se dio cuenta de que lo más importante era el corazón, que era lo que lo dirigía todo.

Y el suyo estaba latiendo con tanta fuerza que temió que pudiera oírse.

Porque por fin sentía. Y sentía algo por Ewan.

Intercambiaron los votos tradicionales y Jessie tembló. Ella, que nunca había hecho nada tradicional se casaba de blanco, con el hombre más guapo del mundo y repetía palabras sagradas delante de un cura. Lo único que le hacía sentirse ella misma era que estaba embarazada y eso, al menos, se salía de la norma.

Y al llegar el momento del beso, la emoción le atenazó la garganta cuando Ewan le acarició el rostro con las puntas de los dedos. Ella lo miró fijamente buscando una señal de que quería besarla, de que sentía algo por ella. Porque ella sentía tanto…

Entonces él se inclinó hacia adelante y Jessie tuvo la sensación de que el mundo se ralentizaba.

Fue diferente al primero, que había sido puro deseo; y que el segundo, en el que el deseo se mezcló con la rabia y la desesperación.

Fue diferente porque Jessie sabía que no se trataba solo de sexo, porque sabía que no era una decisión que hubiera tomado solo con la cabeza, sino con el corazón.

Cuando sus labios la tocaron se sintió arder. Abrazándose al cuello de Ewan, se estrechó contra él como si con cada latido de su corazón quisiera enseñarle una nueva lengua: la lengua de los sentimientos. Una lengua desconocida y aterradora; maravillosa y debilitadora.

Jessie se sintió como si se liberara y quedara atrapada a un tiempo. Cabía la posibilidad de que eso fuera lo que sentía todo el mundo al casarse, pero ella no podía saberlo porque nunca se lo habían contado.

El beso de Ewan fue tal y como lo recordaba, caliente, sensual, perfecto.

Y ella aspiró su aroma y se aferró a él con el eco de los votos que habían pronunciado reverberando en su alma.

Cuando se separaron, los invitados aplaudieron al tiempo que el cura los declaraba marido y mujer.

Jessie no conocía a ninguna de las personas que les dieron la enhorabuena, y sabía que la boda en realidad era una farsa. Pero no podía negar que había algo maravilloso en sentirse parte de una comunidad en lugar de una observadora externa.

También resultaba… extraño. Porque al haberse abierto en ella la capacidad de sentir, todo resultaba extraordinario, sobrenatural.

Se dijo que ese debía ser el efecto de abrir su corazón. Algo que siempre le había aterrado porque en él no había archivadores. Tenía tanto conocimiento acumulado en la cabeza y, sin embargo, era incapaz de saber cómo reaccionar ante todo aquello, de saber qué hacer consigo misma.

Pero Ewan estaba con ella y estaban casados. Solo por proteger a su bebé.

De pronto sintió que se ahogaba. Pero Ewan le apretó la mano y ella quiso creer que era porque también sentía algo; que se sentía arrastrado por la misma fuerza emotiva, por los votos que los habían unido ante todas aquellas personas.

Pero al mirar sus ojos supo que no era verdad. Ella tenía recuerdos nítidos de aquellos ojos y sabía cómo resplandecían cuando se llenaban de pasión, incluso de vulnerabilidad, como cuando le había hablado de su madre.

Sintió un intenso dolor, tembló y creyó que iba a desmayarse. Un muro se acababa de derrumbar en su interior.

En París, se había alegrado de que la historia de Ewan la conmoviera porque lo había tomado como prueba de que no era una sociópata.

Pero era mucho más que eso. Ya no se trataba de que se alegrara de tener sentimientos. Simplemente los tenía, y con ellos había perdido la capacidad de protegerse.

Así que lo único que podía hacer era asirse a Ewan, el causante de su dolor, y dejar que la guiara al exterior.

Sonrió porque era una buena actriz, a pesar de que en su interior estuviera colapsando.

Subieron al coche que los esperaba y pudo respirar mejor. Volverían a casa, a…

Se dio cuenta de que tomaban la dirección contraria.

–¿Dónde vamos?

–Al aeropuerto. Para nuestra luna de miel.

–Podríamos volar desde la mansión.

–Quiero hacer esto ostensiblemente público.

Claro. No debía olvidar que Ewan lo planeaba todo para que el mundo entero lo viera. Jessie se amonestó por haber dejado que su corazón latiera de emoción al pensar que la llevaba a una romántica luna de miel, en lugar de acordarse de que no era más que una demostración dirigida a su padre, para que no osara acercarse a ella, ni mucho menos atacarla.

–Pero Maren…

–Lo sabe.

–Es una traidora.

–Creo que le caigo bien –dijo Ewan.

–No te enorgullezcas. A Maren le cae bien todo el mundo. Solo cambia de opinión cuando le demuestran que se ha equivocado. Y, aun así, le cuesta pensar mal de los demás.

–Al contrario que a ti.

Jessie miró a Ewan de soslayo, negándose a admitir la ternura que despertaba en ella.

Tal vez fuera una cuestión de hormonas. Esa era una explicación reconfortante.

–Por principio, a mí nadie me cae bien

–Haces bien, Jessie. La gente no es de fiar.

–¿Dónde vamos?

–¿No quieres que sea una sorpresa?

–Creía que a estas alturas me conocías un poco.

–Deja que te sorprenda, Jessie.

Subieron al avión privado y les sirvieron algo para tomar mientras Jessie seguía preguntándose si quería que Ewan le diera una sorpresa. Ella estaba acostumbrada a saber lo que iba a pasar, a seguir un plan trazado. Pero en aquel momento no tenía ni idea de qué podía suceder ni manera de intuirlo, se sentía como si caminara a ciegas y era incapaz de adelantar lo que iba a pasar entre ellos

Tantas sensaciones nuevas la abrumaban; le hacían sentir una presión en el pecho, un nudo en el estómago y un hormigueo en las piernas… Como si su cuerpo no pudiera contener lo que estaba sucediendo.

Por otro lado, estaba embarazada, lo que significaba que ya no vivía solo para sí misma.

Ella nunca había creído en el destino porque convertía en inevitable el haber nacido con un padre como el suyo. No era fácil confiar en la divina providencia con una vida tan… difícil; cuando las decisiones dependían de un demente; cuando incluso el propio cerebro se convertía en un arma que podía usarse contra una misma o, peor aún, contra los demás.

Pero en aquel instante tenía dudas. Porque cuando volvía al instante en el que había visto a Ewan por primera vez… Le costaba incluso planteárselo porque en su mundo no había resquicio para la magia. Puesto que su mente lo recordaba todo, no le había parecido significativo que recordara a Ewan.

Pero no se trataba solo de que lo recordara, sino de que había pasado a ocupar un lugar central, en medio de su camino. Y ella ya no sabía si se debía al destino o a sus propias maquinaciones, puesto que había tenido que abrirse paso hasta su mesa de juego… aunque no habría estado en aquella partida de no ser por que Maren había averiguado que iba tener lugar.

Tal vez ese era el problema: siempre creía que lo que le sucedía dependía de ella y por eso nunca pensaba que el azar formara parte de la ecuación.

Tomó un trozo de queso para intentar centrarse.

–¿Estás bien? –preguntó Ewan.

–No particularmente. Me gustaría saber dónde vamos. Para serte sincera, cuando tienes una vida como la mía, no te gusta que nada te tome

desprevenida.

–Esto te va a gustar.

–¿Tienes pensado seducirme? –preguntó Jessie, esforzándose por sonar indiferente.

–No, pretendo cumplir mi promesa de no tocarte, tal y como tú me pediste.

«¿Y si hubiera cambiado de idea?», pensó Jessie. Pero no quería decirlo en alto porque se sentía frágil, herida.

Tan solo una semana antes, habría hecho la pregunta, pero desde el viaje a París su actitud había cambiado. Porque Ewan se había convertido en… *La noche estrellada*.

Y se dio cuenta de que hacer el amor con él cuando eran dos desconocidos había sido como mirar una copia de ese cuadro. Pero que conocerlo más, saber hasta qué punto había sufrido, hasta qué punto su padre había sido cruel con él… Hacerle confidencias, pasar tiempo con él, asumir la realidad de que habían creado una vida juntos…

Todos aquellos detalles componían una obra de arte, una obra maestra.

Y Jessie se sentía abrumada por ellos y le impedían actuar con su acostumbrado desapego.

–Déjate sorprender –repitió Ewan.

Jessie dio una cabezada y cuando aterrizaron, varias horas más tarde, los recibió un mar de un azul transparente.

–¿Dónde estamos?

–En una isla privada del Caribe. Estaremos aislados, pero nos llegarán provisiones a diario.

–Me parece excesivo.

–Ya sabes que me van los excesos.

Para entonces, Jessie sabía que esa era más una pose que una realidad, una personalidad que Ewan se había creado para mostrarse al mundo. No era el libertino que fingía ser. No era el hedonismo o la ausencia de control lo que había motivado sus acciones, sino el deseo de venganza.

Cuando se abrió la puerta, una bocanada de aire perfumado los saludó y Jessie miró en torno con la boca abierta.

–Este va a ser nuestro hogar durante el próximo mes –dijo Ewan.

–¿Un mes? ¿Maren va a estar segura tanto tiempo?

–Sí. He hecho que la llevaran a una lujosa casa con un equipo completo de seguridad.

–Vale –dijo Jessie dubitativa.

Al menos, aunque se sintiera emocionalmente inestable, podría descansar. Estaría a salvo de su padre; y era innegable que se trataba de un lugar precioso.

Un coche los condujo por una sinuosa carretera de costa. Jessie no podía apartar la mirada del extraordinario azul del mar y de las playas, cuya arena, blanca y resplandeciente, le obligó a ponerse gafas de sol.

Luego el trayecto continuó por una carretera de montaña que accedía al pico central de la isla. Jessie no conseguía imaginar dónde se alojarían hasta que vio la casa, prácticamente mimetizada con la naturaleza. Tenía varios niveles, con puentes que los conectaban. Era de madera color miel, con grandes ventanales que reflejaban el verdor que la rodeaba.

–Es como una casa en un árbol –musitó Jessie y pensó que había sonado más como Maren, como si hubiera descubierto algo fresco y dulce en su interior.

Miró a Ewan. Él le hacía sentirse así, y aunque inicialmente le había asustado, cada vez le gustaba más. Como el propio Ewan.

–Es muy especial –comentó él.

–¿De quién es?

–Mía. Una de mis muchas propiedades.

–Pero tú tienes sobre todo clubes, específicamente de alterne.

–Yo no los llamaría así. Otra cosa es que sus clientes sean gente que busca el placer. El sexo no tiene lugar en el local normalmente.

–¿Normalmente?

–Hay salas privadas. Y a veces las reuniones pueden acabar siendo un poco… íntimas.

–Ya veo. ¿Y tú sueles participar en ellas?

Ewan negó con la cabeza.

–No. Para serte sincero, el sexo en grupo nunca me ha interesado.

–Con lo exhibicionista que eres, me extraña.

–No soy un exhibicionista. Estaba actuando de una manera ostentosa porque me interesaba. En realidad, soy una persona bastante privada.

–Entiendo.

Jessie pensó en lo que le había contado en París sobre su madre. Y se dio cuenta de que Ewan se guardaba muchas cosas herméticamente cerradas.

Mientras que ella tenía una multitud de caracteres que se ponía y quitaba como pelucas, Ewan había presentado en público una personalidad que ni siquiera existía. Otra cosa era que llegara a admitirlo.

Ewan detuvo el coche delante de la puerta principal y bajaron. Jessie pasó por los jardines que rodeaban las distintas secciones y zonas del edificio. Había puentes que sorteaban simas rocosas y que conectaban diferentes estancias; y una escalera que descendía hasta una plataforma que parecía extenderse más allá de la ladera de la montaña hacia el mar.

–Este sitio…

–Es donde vengo para estar solo.

Y había querido enseñárselo.

–¡Es precioso!

El interior era igualmente magnífico. Piedra natural y pizarra; paredes de cemento con grietas por las que se abría paso la vegetación, plantas trepadoras con flores que añadían color a las salas.

Todo era lujoso y natural a un tiempo. Y Jessie tuvo la certeza de que era un nuevo recuerdo que jamás olvidaría. Pero, por un instante, vivió en un presente absoluto, tal y como le había sucedido en el museo.

–Encontrarás todo lo que necesites en tu dormitorio.

–Gracias.

–Está en lo alto de esas escaleras, cruzando el puente.

Jessie subió sola las escaleras de madera que parecían flotar en el aire y luego continuó por un largo corredor que conducía a una galería acristalada que se extendía sobre las copas de los árboles y conectaba con otro saliente de la montaña en el que había una maravillosa suite, toda ella de cristal. La cama y las cortinas eran blancas y había una enorme y profunda bañera. Era preciosa, la suite perfecta para una luna de miel.

Jessie sonrió. Luego se echó sobre la cama y estalló en llanto.

Capítulo 14

EWAN pensó que había cometido un error al dejar sola a Jessie, pero había necesitado separarse de ella.

Era tan devastadoramente hermosa. Y vestida de novia, había estado más hermosa que nunca.

La deseaba. Jamás había soñado con tener una esposa, ni mucho menos un hijo.

Pero verla con el vestido blanco y el vientre levemente marcado por la tela vaporosa, había removido algo en su interior. Y no podía permitirse estar en aquel estado.

Estaba actuando por la seguridad de Jessie y de su hijo.

Confiaba en que para cuando volvieran de la isla, el padre de ella ya estuviera en prisión.

Sus detectives trabajaban sin cesar para obtener las pruebas necesarias para que lo encarcelaran de por vida.

Mantendría a su familia a salvo. Haría…

«No son tu familia. Tu única familia ha muerto. No eres más que tragedia y sangre envenenada».

Por eso debía dejar a Jessie sola, aunque viera que se sentía dolida. Porque, lo entendiera o no, era la única manera de protegerla.

Jessie salió sigilosamente de su dormitorio por la noche. Estaba muerta de hambre.

Ewan no había mentido al decir que encontraría todo lo que pudiera necesitar. Había un ordenador, libros y pijamas de seda. Jessie había elegido uno y había pasado varias horas leyendo en la cama.

Pero no podía dormirse porque le había entrado hambre y había decidido ir en busca de la cocina.

Ocupaba un nivel más elevado que el salón principal y era tan bonita como el resto de la casa, con plantas por todas partes y encimeras de cemento que le daban el aspecto de una cueva.

Fue directa al frigorífico y encontró platos de comida preparada. Sacó uno al tiempo que seguía explorando el interior.

–Veo que has encontrado lo que querías.

Jessie se volvió y vio a Ewan con unos pantalones de chándal a la altura de las caderas y el torso desnudo. Vio unas gotas de sudor en su pecho y supuso que había estado haciendo ejercicio.

A ella la mantenía despierta el hambre. ¿Qué le impedía dormir a Ewan?

–No he cenado y nunca me salto una comida –dijo ella.

–¿Tu padre se ocupaba de que tuvieras siempre tanta comida como necesitabas?

Jessie se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

Jessie se esforzó por desviar la mirada del torso de Ewan y concentrarse en la vida con su padre. Pero era un pensamiento mucho menos sexy.

–No suenas muy convencida.

–Porque nosotras le dábamos lo mismo. Todo dependía de lo que mi padre quisiera. Tenía un chef que cocinaba sus platos favoritos.

Jessie siguió mirando en el frigorífico sin saber qué quería, pero convencida de que se daría cuenta en cuanto lo viera. Continuó hablando:

–Cuando Maren y yo nos escapamos y conseguimos nuestras primeras ganancias, compramos un montón de cosas para probarlas. Fuimos a un restaurante y pedimos de todo. Queríamos decidir cuál era nuestra comida favorita.

–¿Y lo averiguasteis?

–A mí me encantan los cruasanes rellenos de jamón y queso. También la pasta, sobre todo los raviolis. Y la ensalada César.

–Creo que en el frigorífico hay una. Y pasta.

Jessie las encontró, se sirvió un cuenco con ensalada y calentó un poco de pasta.

–¿Y a ti? –preguntó dando los primeros bocados–. ¿Qué comida te gusta más?

–No lo sé. Desde pequeño me han dado los más deliciosos manjares y nunca he preferido una cosa a otra.

Jessie se quedó mirándolo y tuvo una revelación: aunque no pudiera olvidar el dolor del pasado, Ewan lo había reemplazado por algo tan bueno que, al menos, lo amortiguaba.

Los recuerdos persistían. Sobre todo, el relativo a aquella niña… Pero por primera vez era capaz de pensar en ello como…. cerrado. La niña había escapado, ella la había ayudado. Su memoria había mantenido la peor parte tan viva que le había impedido ver la buena.

Pero gracias a ella la niña se había salvado. Y súbitamente, viendo ante sí su futuro y la posibilidad de que todo fuera a mejor, se dio cuenta de que le iba a ser mucho más fácil encontrar y recordar las cosas buenas. Porque en el mundo había mucha más bondad que maldad.

–¡Eso no es posible! Debes descubrir cuál es tu comida favorita –dijo con vehemencia.

–¿Por qué?

–Porque la comida es una de las cosas maravillosas que tenemos los seres humanos. El sentido del gusto es puro placer.

–A no ser que tomes veneno.

–Prefiero mi versión.

–Eso no la convierte en acertada.

–Como quieras. Pero las papilas gustativas son de las pocas partes frívolas del cuerpo.

–Pero no las únicas. Si no me equivoco, hay una parte del cuerpo femenino que está dedicado exclusivamente al placer.

Ewan miró fijamente a Jessie y esta sintió un escalofrío de deseo recorrerle la espalda al tiempo que se le contraían los músculos internos. Le dieron ganas de acercarse y darle una bofetada por mencionar aquel tema cuando luego se negaba a seducirla.

«Ya estás seducida. Podrías seducirlo tú a él», pensó.

Pero estaba disfrutando de la conversación y era otra forma de conocerse íntimamente.

–Tienes razón. Pero esa parte del cuerpo no reconoce el veneno. Algo muy malo puede percibirse como muy bueno.

–Es posible.

–Y en este momento, hablando de placeres, necesitamos averiguar cuál es tu comida favorita

–¿Quieres que encargue unos platos?

–Sí. Haremos una cata. Pero no todo puede ser comida buena. También tienes que encargar comida procesada y comida rápida, a ser posible de Estados Unidos. Es la mejor.

–Lo dices con mucha autoridad.

–Claro, recuerda que crecimos allí, aunque luego nos mudáramos a Inglaterra.

–Puesto que eres la experta, será mejor que decidas tú qué pedir.

–Muy bien. Estás a punto de explorar un mundo nuevo.

Capítulo 15

EWAN no sabía por qué había dejado que su esposa tomara la iniciativa. Quizá porque no tenía importancia, o porque la había visto tan feliz… Tal vez hacerla sonreír se había convertido en una prioridad después de lo triste que había parecido estar después de la boda.

Después de pasar varias horas revisando sus cuentas, dos días después de llegar a la isla, encontró a Jessie en la cocina con una pila de comida rápida y una amplia sonrisa.

–Estoy preparando una cata.

–Jessie, esto es una locura –Ewan se refería a las cajas con cereales de colores y galletas glaseadas rosas. Y solo era la sección de desayuno.

–Incluso han traído unas hamburguesas de dos cadenas distintas. Están en contenedores térmicos para que se conserven calientes. Es genial.

–Es demencial.

–Ven a hacer el demente conmigo. Tenemos que elegir tu comida favorita.

Ewan nunca se lo había planteado porque le había parecido irrelevante. Su vida había estado concentrada en la venganza y aunque en su camino había encontrado algunos placeres, la comida, el sexo, siempre habían sido genéricos.

Sin embargo, estar con Jessie era específico. Y ella quería que encontrara esa misma sensación con la comida. Era una petición peculiar, pero no podía negársela.

–Está bien –dijo, sentándose en el sofá–. Tráeme lo que quieras que pruebe.

Jessie abrió una de las cajas de galletas y, riendo, anunció:

–Son de frutos rojos. Mis favoritas.

–¿Desde cuándo los frutos rojos son azul neón y morados?

–Son frutos rojos mágicos, elaborados en un laboratorio y son deliciosos. Solo hace falta calentarla un poco –Jessie sacudió el paquete de aluminio–. Anímate.

–Eres muy rara.

–Lo dices como un insulto, pero no me ofende. Me encanta ser rara. Nunca he tenido la menor esperanza de ser normal.

Tampoco él.

Jessie calentó la galleta en el microondas y Ewan fue sincero: no le gustaba. Ella la terminó.

–Así que te parece demasiado dulce… –dijo Jessie.

–Desde luego.

–Entonces mejor nos saltamos los cereales. Aunque no entiendo cómo algo puede resultar demasiado dulce.

Pasaron a las hamburguesas y a las patatas fritas.

De las dos, una le gustó más que la otra y tuvo que admitir que tenía algo adictivo.

–¿Ves? –comentó Jessie–. Se supone que no es buena y, sin embargo, resulta deliciosa.

Ewan no pudo contradecirla.

Jessie le obligó a puntuar toda la comida y para cuando acabaron se había hecho de noche y Ewan estaba al borde del empacho.

Jessie estaba animada y seguía mordisqueando patatas.

–Así que lo que más te gusta es…

–El entrecot.

–Típicamente masculino.

A lo largo del proceso, Jessie se había ido acercando a él y en ese momento Ewan pensó que mirarla a aquella distancia era como contemplar un amanecer.

Entonces ella se aproximó un poco más y aunque Ewan supo lo que pretendía hacer, no fue capaz de impedirlo. Sus labios presionaron los de él y el mundo se detuvo.

–Eres el único hombre al que he besado –musitó ella sin separarse de él.

–Podríamos traer una colección de hombres a la isla para que los cataras –bromeó Ewan, pero él mismo pensó que no lo encontraba ni remotamente gracioso.

–Es curioso –dijo ella–. Sé que no hace falta. De pequeña, siempre quise probar la comida que no le gustaba a mi padre y es lo primero que hice en cuanto se presentó la oportunidad. Como sabes, no olvido nada, así que probé cada una de las cosas que no me habían dejado comer. Tiendo a aferrarme a las cosas; tiendo a ser tozuda. Podría haber tenido a cualquier hombre. Y sí, estaban además las reglas de Maren… Aunque ya sabes que, si me conviene, estoy dispuesta a romperlas.

–Sí –dijo Ewan con voz ronca.

–No necesito probar con otros hombres para saber que prefiero tus besos.

–No debemos pasar de aquí –dijo Ewan mecánicamente, conteniendo la respiración.

–No es necesario. Me basta con besarte. La primera vez apenas nos besamos porque estábamos demasiado ansiosos –Jessie volvió a besarlo.

Ewan nunca había besado por el puro placer de hacerlo, pero con Jessie pensó que le bastaba. Posó la mano en su mejilla y abrió los labios, dejando que ella entrelazara su lengua con la de él. dejándose llevar por el momento. Le sujetó el rostro con ambas manos y le acarició las mejillas mientras se adentraba más y más en el beso.

Jessie gimió y Ewan tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarla sobre la mesa, entre los envoltorios de comida y poseerla allí mismo.

Pero ella había dicho que solo besarían y tenía que demostrarse a sí mismo que podía dominarse.

Alzó al cabeza y la dulce sonrisa que vio en su rostro estuvo a punto de quebrarlo. Sí. Llevaba años entregado al placer. Había disfrutado de la comida más exquisita y había tenido innumerables amantes, pero nada podía compararse con aquel instante. Y precisamente fue la magnitud de esa emoción lo que le hizo retroceder.

–Tengo una cosa nueva que añadir a mi lista –dijo con una voz tan ronca que apenas la reconoció como suya.

Esperó y esperó a que ella volviera a besarlo, porque si lo hacía, ya no habría contención posible. Pero Jessie se irguió y, con una preciosa sonrisa,

dijo:

–Yo también.

Capítulo 16

NO hicieron el amor en las semanas que pasaron en la isla.

Hablaron sobre comida, una vez Ewan descubrió sus platos favoritos, y sobre sus amigos del colegio.

Era difícil hablar de asuntos personales con Ewan, puesto que había dedicado toda su vida a enterrar esa faceta de sí mismo. El deseo de vengarse de su padre lo había forjado en todos los sentidos.

Aparentaba ser un simpático y despreocupado playboy, pero no lo era en absoluto.

Jessie había llegado a preguntarse cuánto quedada del hombre que no estuviera contaminado por la búsqueda de la destrucción.

Pero la noche en la que se besaron, había encontrado algo esperanzador a lo que aferrarse.

«Tú estás tan rota como él».

Una voz interior le repetía aquella idea. Como en aquel momento, en el que se desplazaba por los distintos puentes, disfrutando de la vista del océano a sus pies.

Esa voz le decía que no había cambiado. Entonces recordaba que Maren solía decir que no eran estafadoras, que solo actuaban como si lo fueran. Pero ella nunca había necesitado ninguna excusa. Siempre se había considerado una timadora.

Pero ¿qué era en aquel momento? Una mujer embarazada.

Era… Una mujer que se estaba enamorando de Ewan.

Había empezado la casa por el tejado, de dentro a fuera. O quizá no. Porque en cuanto lo había visto, había sido consciente de que le pasaba algo que ya no había podido olvidar.

En cuanto lo vio.

Ewan le había hecho sentir cosas que no había experimentado antes, y ella se había dejado llevar.

De haber empezado con una conversación, probablemente habrían salido huyendo en direcciones opuestas.

Los dos habían construido sus vidas de tal manera que no podían acercarse a nadie. Ewan había estado rodeado de adoradores, de fiestas, y nunca había llegado a conocerse a sí mismo. Ella solo se relacionaba con Maren y protegía su identidad por encima de todo.

Por eso prácticamente había sido necesario que hicieran el amor primero, y que hubieran quedado vinculados por el bebé.

Jessie cada vez pensaba más en él también. Y no ya como un bebé, sino como el niño o la niña que llegaría a ser. Un niño que necesitaría una madre.

Ella no tenía ni idea de cómo se comportaba una madre. Tenía archivadas la imagen de madres de la televisión y de los libros, y algunos retazos de su propia madre antes de que las abandonara.

Pero no quería ser una madre construida a partir de imágenes. Cada vez tenía más claro que lo que hiciera tenía que partir del corazón.

Y en él solo había incertidumbre.

Su mente, en cambio, estaba acostumbrada a los absolutos, no a los espacios de ambigüedad o duda, espacios en blanco para los que no tenía modelos.

Por eso tenía que construirse imágenes de sí misma con el bebé en brazos, abrazando a un niño antes de dejarlo en el colegio. Imágenes en las que amaba a esa criatura contradictoria y llorosa; a quien daba todo aquello de lo que ella había carecido.

Se había dado cuenta de que el amor era lo que rellenaba aquellos espacios en blanco. El amor era lo que enseñaba aquello que no se había experimentado personalmente.

El amor era lo más importante y no era tan sencillo como un documento que se podía archivar en la mente.

En la isla, sin distracciones externas, con el silencio de los árboles y el murmullo de las olas, con el palpitar de su corazón y el anhelo en su alma de encontrar más de lo que había recibido hasta entonces… solo sabía que necesitaba apoyarse en el amor.

Le atemorizaba pensar que empezaba a amar a Ewan. La aterraba.

Porque no estaba segura de cuánto más guardaba Ewan en su interior por mucho que ella quisiera descubrirlo.

«Ya sabes lo que tienes que hacer».

Lo sabía, pero le daba miedo hacerlo.

Había llegado el momento de seducir a Ewan. Los dos habían cambiado. Ella había empezado a sentir y a dejar caer el muro de contención tras el que se había protegido toda su vida, pero en cierta medida seguía asiéndose a los restos de ese muro. Solo si definitivamente los soltaba, podría cambiar y surgir renovada para poder convertirse en la madre que necesitaba ser.

La mujer en la que siempre había soñado convertirse.

Y eso suponía asumir riesgos distintos a los de jugar y apostar. Con la diferencia de que lo que iba a poner en juego era su corazón. Ni más ni menos. Y solo podía intentarlo con Ewan…

«Eso no es verdad. Si él no te ayuda, tendrás a su hijo. Y a Maren. El cambio está en ti».

Ese pensamiento le dio fuerza. Se agarró a la barandilla del puente y respiró profundamente. Y al darse cuenta de que no vinculaba esa imagen a un recuerdo, que su mente no habría un archivador, sino que, sencillamente, vivía el presente, sonrió.

Entonces la sombra de una duda nubló aquel instante de bienestar, advirtiéndole de que se exponía al sufrimiento. Pero Jessie la ahuyentó. Era fuerte. Era Jessie Hargreave, no la timadora que su padre había querido fabricar, sino la mujer que ella decidiera ser.

Mirar a Jessie se había convertido en algo prácticamente doloroso. Ewan nunca había experimentado nada igual, ni se había reprimido ante una mujer a la que deseara. Jamás había sentido nada que pudiera sobrepasar su deseo de venganza.

Pero ya había cumplido su venganza. Lo que lo había definido toda su vida. Y en lugar de satisfacción, lo había invadido el vacío. Hasta que había

trasferido esa emoción al padre de Jessie. Solo parecía estar satisfecho cuando lo impulsaba un deseo de aniquilación.

Unas manos hechas para la destrucción no podían tocar a Jessie. Pero no hacerlo estaba acabando con él. Porque negarse a sí mismo algo estaba vinculado en su mente a estar sometido. Y en algún momento del proceso, se había dado cuenta de que ya no se trataba tanto de su propio control como de la tortura que había padecido de niño.

De ahí aquella necesidad de convertirse en alguien popular, distinto a sí mismo.

Cruzó el puente que conducía del despacho a su dormitorio y se paró en seco. Jessie está en medio de la habitación. Desnuda.

El cabello suelto rozaba sus pezones sin llegar a taparlos; su vientre redondeado, además de excitarlo, le hizo sentir un extraño sentimiento de triunfo, por ser el causante de los cambios que había sufrido su cuerpo. Sus caderas generosas y el oscuro triángulo en el vértice de sus muslos le hicieron la boca agua.

Toda noción de control abandonó su mente.

–Me encanta hablar –dijo Jessie–. Pero he pensado que igual estamos perdiéndonos algo en nuestra luna de miel.

Dio un paso adelante y Ewan no dudó. Alargando las manos la estrechó contra sí y musitó con la voz quebrada:

–Te deseo.

–Y yo a ti –contestó Jessie–. Pero te deseo en todas tus dimensiones. Lo que eres y lo que escondes. Siempre he sido solo mi mente. Pero cuando hice el amor contigo pude apagarla por primera vez en mi vida. Aquella noche solo sentí. Y desde entonces, aunque a veces me resulta difícil, he conseguido volver a ese estado, porque ahora lo conozco. Tú me has dado ese don. Has permitido que abra una puerta en mi interior y que entre en un espacio de mí misma que desconocía tener. Todo ello forma mi ser. La parte de mí misma que creía mantener protegida estaba en realidad aprisionada. ¿Qué guardas tú bajo llave?

Jessie lo miraba con tanta intensidad que Ewan habría querido darle la espalda, decirle que él no ocultaba nada. Porque no mantenía nada encerrado. Él se había vaciado, se había desangrado igual que su madre. Solo así había conseguido sobrevivir.

Y al mirar a Jessie, el gozo que lo había inundado al ver su cuerpo redondeado por su bebé se vio ensombrecido por el miedo.

Eso era lo que mantenía bajo llave: el miedo. Porque mientras se concentrara en la venganza sentía que su lugar en el mundo era reparar injusticias, equilibrar la balanza.

Pero había cosas sobre las que uno no tenía ningún poder, y eran las que lo aterraban y le hacían sentirse como un niño indefenso y hambriento.

Y lo peor era que su padre era quien tenía la llave para liberar todo eso; un… poder extraño que se reía de las desgracias y del dolor de la humanidad.

Porque estaba enfadado con su padre por muchos motivos; había sido el demonio que había dominado su vida, pero él no era quien había matado a su madre ni a su hermano, sino una fuerza incontenible contra la que no podía vengarse.

Y de la que tampoco podría proteger a Jessie ni a su hijo.

Apartando aquellos pensamientos, la besó desesperadamente. Ya no hablaría. Prefería seguir ocultándose, mantener sus emociones encerradas.

Así que abriría la parte de sí mismo que solo era sensación y placer. Acarició las caderas de Jessie, le besó el cuello, los senos. Tomó uno de sus pezones entre los labios y lo succionó hasta que ella gimió:

–Ewan…

Y él se dejó consumir por el fuego que prendió al oírle decir su nombre. Porque solo así todo lo demás desaparecía.

Fue descendiendo, besándole el vientre y alcanzando su centro más dulce. Hundió la cabeza entre sus muslos y lamió su ambrosía.

¡La había echado tanto de menos…!

–Eres mi dulce favorito –musitó con voz ronca.

El grito quebrado que escapó de la garganta de Jessie le proporcionó toda la información que necesitaba. Estaba tan cegada como él. No necesitaban hablar. Era sexo, puro sexo, como la primera vez.

Eso no había sido nunca verdad; nunca había sido solo sexo.

Ya cuando la había visto en el casino había pasado algo extraño y no había podido olvidarla. Como si fuera uno de los recuerdos indelebles de Jessie.

No quiso seguir pensando. La lamió y succionó hasta que Jessie gritó y tembló; hasta que pudo saborear su clímax en su boca una y otra vez.

Intentó imaginarse a otras mujeres; sentir aquel instante como reconocible, pero solo podía ver a Jessie. Todas las veces que la había visto. Como si el recorrido hasta aquel instante hubiera sido inevitable. Como si hubiera estado en manos del destino.

Pero él se negaba en creer en algo tan cruel como el destino. Se negaba.

¿Cómo podía haberle arrebatado a su madre y dejarlo con su padre? ¿Cómo podía entregarle a Jessie cuando estaba demasiado corrompido y deteriorado como para cuidar de ella como se merecía?

No. No podía creer en el destino.

Se puso en pie y, levantando a Jessie en brazos, la llevó a la cama. Allí la besó apasionadamente como si quisiera marcarla para siempre como suya.

Hizo lo posible por aplastar los pensamientos que lo bombardeaban.

Pero nada podía contener los sentimientos que se desangraban en su pecho. Se sentía morir, algo en su interior se resquebrajaba.

La colocó sobre sí y la penetró profundamente, y al mirarla montada sobre él, con su sexo profundamente metido en su interior, creyó descomponerse. Como si nunca fuera a poder separase de ella; como si nunca fuera a sentirse completo si no podía volver a perderse en ella.

La imagen le resultó tan erótica que se quedó sin aliento. Su vientre redondeado, sus gloriosos senos, la expresión de puro éxtasis en su rostro….

Jessie era preciosa y, en aquel instante, lo era todo.

Y Ewan se perdió en ella, en el ritmo que ella le marcó con sus caderas y con la contracción de sus músculos internos a medida que ascendía hacia un nuevo clímax, arrastrándolo a él con ella.

Entonces supo que se había equivocado. Porque nada era igual. Había creído que acostarse con ella de nuevo le resultaría familiar, puesto que ya la había poseído.

Pero era nuevo. Era algo cegador y completamente distinto a cualquier cosa que hubiera experimentado hasta entonces.

Porque siempre había sido sexo, mientras que aquello era hacer el amor.

Era lo que sucedía cuando las almas se reconocían y fundían sus cuerpos en uno. Algo en lo que nunca había creído. Algo que, de hecho, nunca había querido.

Porque… aquello representaba el precipicio para la cordura de un hombre; lo dejaba sin artificio, sin máscara. Podía hacer que un hombre

acabara destruyendo todo lo que lo rodeaba, y Ewan se sentía incapaz de luchar contra ello; incapaz de hacer otra cosa que sucumbir.

A Jessie, a lo que compartían. Al pulsante anhelo que lo recorría.

Era precisamente aquello que se había jurado no consentir. Lo que jamás había hecho. Ni los golpes de su padre ni el dolor lo habían derrotado.

Y, sin embargo, en brazos de Jessie, perdido en su cuerpo, no podía hacer otra cosa que entregarse.

Llegó al clímax con un rugido primario al tiempo que ella alcanzaba el suyo con un prolongado gemido, y Ewan sintió que avanzaba en espiral hacia una oscuridad en la que también había una luz, aunque él se resistiera a verla. Era una luz que lo asustaba más que nada en el mundo.

Y entonces, en medio de aquella luz, Jessie musitó:

–Te amo.

Y en aquel preciso instante, sonó el teléfono de Ewan.

Capítulo 17

JESSIE seguía exangüe, su cuerpo tembloroso por el placer que había encontrado en brazos de Ewan, y él se movió hacia la mesilla para tomar el teléfono.

–¿Sí?

Jessie escuchó atentamente, preocupada por su hermana.

–Entiendo. Gracias –Ewan colgó el teléfono–. Tu padre ha muerto.

Jessie no sabía cómo había esperado sentirse ante aquella noticia, pero la desconcertó el estallido de felicidad que la invadió.

Supuso que era normal. Su padre había dejado de ser una amenaza.

–¿Qué ha pasado?

–Se ha resistido a la policía y ha habido un tiroteo. Es casi mejor así, Jessie. Incluso desde prisión…

–Lo sé –dijo ella–. No estoy triste.

–Me alegro –dijo Ewan–. Por mi parte, no sé si es crueldad, pero no lo siento lo más mínimo.

–Porque ahora sabemos que nuestro bebé estará a salvo.

–Así es.

Entonces Jessie se dio cuenta de que ya no tenían por qué seguir casados, puesto que ya no necesitaba protección.

Por fin era verdaderamente libre.

–Soy libre –dijo en alto.

–Lo eres –confirmó él.

Cuando Jessie lo miró, se dio cuenta de que la muerte de su padre no le había proporcionado a él la misma libertad, y pensó cuánto le gustaría ayudarlo, romper lo que fuera que seguía encadenándolo. Pero no sabía qué era ni cómo hacerlo.

Lo único que podía hacer era seguir a su lado.

–Te amo –dijo de nuevo–. Quiero decírtelo ahora que puedo hacer lo que quiera y elegir libremente. Te amo.

–Jessie…

–¿Por qué la muerte de tu padre no te hizo sentirte liberado? Yo ya no vivo bajo el yugo del mío, ni tú del tuyo.

–No es tan sencillo.

–¿Por qué no? ¿Por qué consientes que siga determinando quién eres, cómo eres? Era indescriptiblemente cruel. Abandonó a un niño sumido en su dolor e incluso le infligió un dolor mayor.

–Pensé que cuando muriera, cuando cumpliera mi venganza, todo iría bien. Pero solo sentí un profundo vacío. ¿Sabes por qué?

–¿Por qué?

–Porque mi madre sigue muerta. Él no la mató. Como tampoco mató a mi hermano. Fue… el destino. Lo cierto es sí que están muertos y no hay nada que yo pueda hacer para recuperarlos. Ni la venganza ni nada pueden resarcirme. El mundo sigue siendo igual para mí.

–No digas eso. Claro que pasan cosas trágicas y que no podemos controlarlas. Pero no tienen por qué decidir…

–Claro que sí, Jessie. No podría soportar verte morir, no puedo perderte.

–¿Eso no es amor?

–Si lo es, no quiero saber nada de él.

–No puedes detenerlo ni impedirlo –dijo Jessie con firmeza–. Por más vengativo que seas, no puedes impedir lo inevitable o negar tus propios sentimientos. ¿Por qué habrías de hacerlo? Yo lo he hecho durante años.

–No quiero separarme de ti. No podría soportarlo. Pero… no puedo ser como tú quieres; no puedo dejarme sentir. Nunca…

–Si es así, yo no puedo permanecer contigo.

Decirlo abrió a Jessie en dos, le hizo desear morir allí mismo. Pero continuó:

–Ewan, te quiero. Hasta ahora nunca he querido sentir y solo he amado a mi hermana. Pero he cambiado y si quiero algo con todas mis fuerzas es que

tú me ames, que los dos ganemos. No quiero dejar que gane la oscuridad y la maldad. Y créeme, puesto que nunca olvido nada sé que hay numerosas historias en las que gana el mal y muere el héroe, pero también hay muchas otras en las que sobrevive. Podemos y debemos elegir vivir con todas sus consecuencias, con todo lo que somos. El mundo es trágico, pero quiero elegir confiar en el bien, porque mi corazón sabe cuál es la verdad. No tengo un documento en mi cerebro que me diga que esto es lo adecuado, pero es lo que creo en el fondo de mi alma.

–Yo no puedo.

–Deja que yo tenga fe por los dos. Si puedo albergar la esperanza de que algún día creerás que es posible, me quedaré a tu lado.

–No puedo prometerte nada.

Algo que estuvo segura de que no volvería a recuperar se quebró dentro de Jessie.

–Ya sabes dónde encontrarme.

–Jessie…

–Lo siento Ewan. Después de todo lo que he pasado, no puedo. Quiero ser amada igual que amo. Y sé que es a ti a quien necesito. Tú me has hecho encontrarme a mí misma. Yo he intentado hacer lo mismo por ti y he fracasado. Voy a llamar para que preparen el avión.

Dio media vuelta y salió precipitadamente antes de romper a llorar, porque estaba convencida de que era lo que tenía que hacer, porque para salvar su alma necesitaba confiar en el amor y tener esperanza. Sin esas dos cosas, solo se había sentido aislada y sola.

Había aprendido que por el amor valía la pena arriesgarse. Y tenía que confiar en que la esperanza tuviera más fuerza que la venganza.

Jessie se había ido y Ewan se sentía vacío, desolado.

Debía dejarla partir para que encontrara la felicidad con otra persona porque ¿qué podía darle él a ella o al bebé? Nada.

«Al menos, mientras tengas las manos paralizadas por el miedo».

Tuvo la seguridad de que esa era la verdad aun sin saber de dónde le llegaba aquella certeza.

Se había vaciado de sí mismo. Solo lo supo cuando su padre murió, porque al cumplir su objetivo la vida había perdido sentido.

Pero… estaba Jessie. Ella y la promesa del bebé eran reales.

La muerte de su padre no le había devuelto a su madre ni a su hermano. Pero Jessie estaba viva. Lo que significaba que él estaba eligiendo quedarse con el miedo en lugar de con ella y con su hijo.

Y eso lo enfureció consigo mismo.

Había rechazado a Jessie. Y sin ella no era nada más que un niño en constante huida.

Su padre seguía teniendo la llave de su celda.

La venganza no lo había liberado.

Llevaba años alimentándose de veneno, dejando que su padre lo matara lentamente, impidiéndole ser quien debía o podía haber sido. Había aniquilado todos sus sueños, todo su amor.

Jessie. Quería a Jessie.

Quería dejar de sentir miedo para poder estar con ella.

«Eso es imposible. Nunca olvidarás el recuerdo de tu madre y de tu hermano».

Esa certeza lo paralizó. Nunca olvidaría sus muertes, ni la tragedia de la que había sido testigo o el maltrato al que había sido sometido a continuación.

Tenía que aceptarlo como parte de sí. Pero también tenía que buscar en su interior para elegir ser más que eso. No limitarse a ser dolor y sufrimiento. Ser más de lo que su padre le había permitido ser.

No podía permitir que aquel hombre lo destruyera como persona, ni que la tragedia definiera quién era.

De otra manera, su hijo quedaría marcado por sus traumas.

Tenía que poner freno a aquello. Había creído romper las cadenas poniendo fin a su línea sucesoria. Pero en aquel instante se dio cuenta de que debía romperlas con sus propias manos; que el destino no iba a hacerlo por él.

Y estaba decidido a hacerlo. Porque Jessie lo amaba. A pesar de todo lo que había sufrido, lo amaba.

A pesar de todo lo que sabía y todo lo que recordaba, lo amaba.

Él no lo recordaba todo, pero estaba seguro de que cuando exhalara su último aliento, recordaría la primera vez que la había visto; la recordaría mientras contemplaba aquel cuadro; desnuda en medio de su dormitorio,

decidida a seducirlo… Y supo que esos recuerdos eran mucho más valiosos que aquellos que le ataban al dolor.

«Pero solo si lo permites. Solo si dejas que el amor pueda al miedo».

Fue hasta la puerta y giró el picaporte. No estaba cerrada con llave.

Porque no era un prisionero. Ya no. Podía elegir escapar de su celda.

Y eso hizo.

Por Jessie.

Por el amor.

Capítulo 18

MAREN le había dado algo de comer y unas mantas, y había maldecido y blasfemado al ver llorar a Jessie.

–Lo mataré con mis propias manos –exclamó.

Jessie estuvo a punto de reír.

–No, Maren, no hace falta que te vuelvas una asesina por mi culpa.

Su hermana parecía asombrada de no verla más furiosa, pero lo cierto era que Jessie estaba más triste que enfadada.

–El amor suena terrible –dijo Maren.

–Lo es –contestó Jessie–. Pero también es maravilloso. No lo cambiaría por nada. Porque gracias a él soy finalmente como quiero.

–No sé si lo entiendo.

Jessie rio.

–Yo tampoco.

Maren se fue a una reunión relacionada con la adquisición de su nueva propiedad y Jessie seguía echada en una *chaise longue* junto a la ventana cuando vio aterrizar un avión blanco y el corazón le dio un salto de alegría.

–No tengas esperanza –musitó.

Pero de inmediato se dijo que sí debía confiar.

Fue precipitadamente hacia la puerta y echó a correr por el prado. Entonces vio a Ewan, que también corría hacia ella, descalzo. Cuando se encontraron, él la abrazó con fuerza.

–Te amo –musitó con fiereza.

–Y yo a ti.

Jessie quería saber qué había pasado para que cambiara de opinión, pero no tenía prisa por averiguarlo.

–Siento haber tenido miedo –dijo él.

–La vida te ha dado muchos motivos para temerla.

–Nunca había creído en el destino. Lo consideraba cruel. Pero ya no. Creía que necesitaba destruirme a mí mismo para destruir a mi padre. Pero he descubierto que hay más maneras de romper un círculo vicioso. Por ejemplo, eligiendo ser distinto, eligiendo amar por encima de todo lo demás.

–Sí –musitó ella.

–Te amo, Jessie. Más de lo que temo perderte; más que el miedo que tengo a sufrir por perderte. Y siempre te amaré.

–Y yo a ti.

Jessie Hargreave había crecido creyendo que había dos tipos de personas; las temerosas y las temidas. Había creído que la única manera de ganar al sistema era siendo una timadora; alguien que se buscara la vida en los márgenes del miedo. Pero en aquel instante supo que todo eso era mentira.

Porque existía el amor y su poder transformador, que cambiaba a los seres temerosos y a los timadores en luminosos y valientes.

Del amor que había entre Ewan y ella brotarían los suficientes recuerdos hermosos y positivos como para despejar la oscuridad.

Y Jessie supo, sin que le cupiera ningún tipo de duda, que su hijo aprendería que lo más valioso del mundo era el amor.

Epílogo

EWAN no pudo respirar mientras Jessie estuvo de parto.

Que hubiera elegido el amor no significaba que hubiera borrado los malos recuerdos de su mente.

Parte de haber admitido la verdad sobre sí mismo había significado reconocer el dolor. Su padre no le había dejado sentir pena, y luego él mismo se había prohibido cualquier forma de pesar.

Pero eso había cambiado. Por eso a veces sentía pena cuando pensaba en su madre; o rabia hacia su padre, o lástima por no haber podido conocer a su hermano.

Pero lo que sentía por encima de todo era amor por Jessie.

Su hija nació fuerte y saludable y Jessie rio exultante a los pocos segundos de dar a luz, cuando abrazó a la niña contra su pecho.

Solo entonces Ewan volvió a respirar y supo que todo iría bien.

Tenía una familia: su mujer, su hija; incluso Maren se había convertido en su hermana. Tenía una vida plena.

Y era él mismo, sin máscara ni artificios.

Besó a Jessie en la sien y acarició la mejilla de su hija.

–Te amo –dijo. Y suspiró profundamente–. Estaba dispuesto a exponerme al dolor por amarte. Pero ahora sé que, amándote, me he abierto a la felicidad.

Jessie lo miró sonriendo y Ewan supo que aquella sonrisa contenía toda la dicha que la vida pudiera darle.

–Yo también.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com

Capítulo 1

PARA el rey Diamandis Agonas, una boda real era una verdadera pesadez. Lo único que le consolaba de tener que organizar aquella era que no se trataba de la suya.

Eso sería un desastre.

Pero ser rey cuando su hermana, la princesa largo tiempo desaparecida que había regresado con la familia a primeros de aquel año, iba a casarse era más complicado de lo que se esperaba.

En primer lugar, Zandra y su prometido habían huido a Atenas, hacía meses, para casarse, pero el anuncio de que estaba embarazada había obligado a adelantar la fecha de la boda real, y Diamandis, contra lo que solía ser habitual en él, se desvivía por su hermana.

Lo atribuía a que se había pasado veinte años creyendo que había muerto. ¿Quién no intentaría recuperar el tiempo perdido? ¿Qué rey no ofrecería a su hermana, la princesa, todo lo que deseara?

La contempló deambulando por el despacho. No era la princesa tranquila y obediente que habría sido si se hubiera criado en el palacio y su familia no hubiera muerto en el golpe de Estado que había tenido lugar hacía veinte años.

Sin embargo, la monarquía había resistido el ataque y, tras la muerte de sus padres y hermanos, Diamandis fue proclamado rey.

Zandra, con la ayuda de un joven criado había escapado y había crecido en las calles de Atenas. El mismo sirviente, Lysias Balaskas, que ahora era

multimillonario y su esposo, la había devuelto a Kalyva a principios de aquel año.

Así que Zandra estaba en el hogar al que pertenecía. Un análisis de ADN demostró que era su hermana, pero, para Diamandis, era como si fueran dos personas distintas: la niña que había conocido durante cuatro años y, ahora, la mujer, dulce, extravertida y tan valerosa que le suponía un quebradero de cabeza.

Pero era su hermana y la quería, por mucho que lo desconcertara, lo enojara y lo desafiara.

–Cuando estaba en Atenas, ¿sabes a quién vi? A Katerina.

Diamandis no se alteró. Nada lo pillaba desprevenido. O eso era lo que se decía. Su antigua secretaria lo había hecho innumerables veces.

Se contuvo para no imaginársela. Se había marchado en mitad de la noche dejando una nota. Para él, era como si se hubiera muerto.

Era lo que se decía cuando lo asaltaba su recuerdo. E intentaba convencerse de que la recordaba porque era la mejor secretaria que había tenido y no había conseguido sustituirla.

No se permitía pensar en aquella noche, en el despacho en que se hallaba ahora, ni en la exquisita perfección de ella ni en todo lo que no podía ser.

–¿Qué tiene eso que ver con los preparativos de la boda? –preguntó Diamandis en tono seco.

–Nada, pero creo que he resuelto el misterio de por qué se marchó como lo hizo.

–¿Ah, sí? –Diamandis lo sospechaba, pero no iba a contárselo ni a su hermana ni a nadie.

–La vi en una tienda de bebés, con una tripa mayor que la mía.

Diamandis se quedó inmóvil. No oyó lo que Zandra dijo después.

«Una tripa mayor que la mía».

–Supongo que se marchó por eso –concluyó Zandra–. Yo no querría estar embarazada teniendo que estar a tu entera disposición.

–¿Qué?

Zandra deslizó la mano por su vientre como si esa fuera la respuesta.

–Pero es raro –prosiguió ella.

–¿El qué? –preguntó Diamandis apretando los dientes, muy enojado al darse cuenta de la oleada de frustración que lo invadía, cuando nada

relacionado con Katerina Floros le importaba: ni por qué se había marchado ni el estado en que se hallaba.

Se había ido. Y punto.

–Me pareció que no quería verme, así que no me acerqué. Cada embarazo y cada mujer son diferentes, pero su estado parecía más avanzado que el mío. Teniendo en cuenta que la hacías trabajar prácticamente las veinticuatro horas del día, no sé de dónde sacaría el tiempo para quedarse embarazada, porque supongo que tú no tienes nada que ver con eso.

–¿Con qué?

Ella puso los ojos en blanco.

–Por favor, dime que no eres el padre de ese bebé, Diamandis.

–Soy el rey de Kalyva.

–¿Y?

Zandra era insufrible. No entendía por qué Lysias no hacía algo al respecto.

«Ni por qué no lo haces tú, que eres el rey y su hermano».

–No soy el padre del hijo de Katerina. Se marchó hace muchos meses y no la he vuelto a ver.

–Sí, hace seis meses, más o menos cuando probablemente se enteró de que estaba embarazada. Parece que ambos hechos están relacionados.

–Te aseguro que no tengo nada que ver con su situación actual.

Era el rey. Si la consecuencia de una lamentable noche de pasión era un bebé, su eficiente secretaria lo habría informado y le habría pedido una compensación. No habría habido motivo para huir.

Hacerlo era estúpido e imprudente, y Katerina no era ninguna de las dos cosas. Ni siquiera lo había sido después de aquel único… contratiempo.

Prefería denominarlo así.

–Tengo mucho que hacer. ¿Quieres decirme algo más?

Ella lo besó en la mejilla.

–Nada más. Nos vemos a la hora de cenar.

Diamandis pensó que aquella noticia no cambiaba nada, que seguiría con sus tareas diarias.

Apretó el botón del escritorio con el que llamaba a su secretario.

Mientras lo esperaba, se puso a mirar por la ventana diciéndose que era imposible.

Por desgracia, Zandra tenía razón: la vida de Katerina como secretaria suya había sido difícil. ¿De dónde habría sacado tiempo para un aventura? Él se habría enterado, lo habría sabido.

Así que solo podía hacer una cosa, por imposible que le pareciera todo aquello.

Cuando llegó el secretario, le dijo:

–Me voy a Atenas. Organiza el viaje inmediatamente.

–El valiente príncipe se interpuso entre la princesa y el dragón y con un fuerte golpe libró a la princesa de una muerte segura.

Katerina Floros odiaba ese cuento, pero a los niños de su clase les encantaba, ya que el príncipe, la princesa y el dragón los llenaban de temor y admiración.

Ella, en cambio, había perdido la ilusión que antes le provocaban la realeza, los vestidos brillantes y los príncipes valientes. En lugar de ello, se compadecía del dragón, que iba a lo suyo, hacía su trabajo, hasta que llegaba el príncipe y lo arruinaba todo.

Katerina acabó la clase y los padres comenzaron a llegar a recoger a sus hijos.

Le resultaba difícil creer que pronto sería como ellos. Le gustaría ser una madre sin tacha, que se dedicara a abrazar y besar a su niño, pero le daba la impresión de que sería una madre agobiada, ajetreada, siempre pidiendo a su hijo que se diera prisa porque llegaban tarde. Aún faltaba para eso, pero cada vez menos.

Recogió sus cosas. La directora de la guardería, su jefa y su salvadora, fue a su encuentro.

–Ya te queda poco –dijo Fifi dándole una palmadita en el vientre.

Katerina odiaba que se lo tocaran, pero Fifi era un regalo del cielo, ya que le había dado trabajo y tiempo para acudir a las citas médicas, por lo que prefería no decirle que no lo hiciera.

Salieron juntas y se despidieron. Katerina rogó mentalmente que su viejo coche arrancara. Cuando lo hizo, dio gracias al universo y se fue a casa.

Aparcó delante del complejo de apartamentos, en un barrio de las afueras de Atenas. No era un palacio ni tampoco el bungaló de playa en que se había criado en la isla de Kalyva. Era un cuchitril, pero era suyo y lo había

pagado con su dinero porque se negaba a seguir los pasos de su madre, más de lo que ya lo había hecho.

Se abriría camino. Querría a su hijo y, si tenía que esforzarse en ganar dinero, lo haría.

Una muchedumbre llenaba la calle y, aunque a Katerina le picó la curiosidad, mantuvo la cabeza gacha y entró en su edificio.

Subió las escaleras maldiciendo que su casa estuviera en el tercer piso, como siempre hacía cuando el vientre le pesaba y le dolían los pies. Se moría de hambre, estaba agotada y tenía ganas de cenar en la bañera, lo que se había convertido en el ritual de cada noche.

Abrió la puerta y se quedó inmóvil. Había un aroma extraño, muy masculino. El corazón se le detuvo y agarró la puerta con una mano, mientras que en la otra blandía las llaves dispuesta a defenderse.

Aunque sabía que no había defensa posible.

Él estaba sentado en el raído sofá. Katerina había hecho todo lo posible para que el piso resultara alegre y acogedor, pero la presencia de él lo volvía oscuro, sucio y vergonzoso.

El rey de Kalyva sentado en su sofá. Su antiguo jefe.

Y algo más.

Bajó las manos y se las puso en el vientre, como si fuera a poder ocultarle su estado. Ya tenía un mentira preparada a la que aferrarse.

Recordó que lo había llamado «rey mío» la noche en que se olvidó de todas las promesas que se había hecho.

Había sido una estúpida, como su madre le dijo que sería, cuando un hombre guapo y poderoso tomara lo que deseara y ella se lo entregara gustosa.

Creía que la princesa Zandra no la había visto en la tienda de bebés, pero debería haberse imaginado que la princesa era tan amable que fingió no haberlo hecho.

Pero no lo bastante amable para no contarlo.

Diamandis se levantó y fue como si su altura hiciera desaparecer la triste luz del tubo fluorescente que había detrás de él. Llevaba el oscuro cabello corto, como siempre, y los ojos eran tan severos como antes. Su musculoso cuerpo estaba realzado por uno de sus trajes negros, que él consideraba prácticos, aunque ella sabía que representaban un luto reprimido, ya que nunca se había enfrentado a la tragedia que le había sucedido.

Como ella lo sabía muy bien, había huido al saber que estaba embarazada. Diamandis no admitía nada que no se ajustara a lo que consideraba que debía ser su vida. Ella ni siquiera lo odiaba por eso, porque había perdido a su familia y evitado que el reino se derrumbase, con solo catorce años de edad.

Llevaba años diciendo que, si podía elegir, no se casaría ni tendría hijos. Así que aquel lapsus no entraría en sus planes

Y ella pagaría el precio.

Un precio que conocía perfectamente y que no estaba dispuesta a transmitir a sus hijos, como había hecho su madre.

Así que se había marchado, decidida a enfrentarse sola a la situación. Estaba convencida de que él no daría mucha importancia a su desaparición.

Se olvidaría de ella y no se enteraría de lo sucedido.

En realidad, ella los había salvado a los dos.

Pero ahora Diamandis estaba allí y probablemente lo sabía. ¿Y qué poder tenía ella frente a un rey?

«Tendrás que buscarlo, Katerina».

–¿Ha pasado tanto tiempo que se le ha olvidado el protocolo, señorita Floros?

Ella reconoció el tono frío y distante y el tratamiento formal, que ocultaban una furia que nadie adivinaría.

Pero ella conocía muy bien.

–Debe hacer una reverencia a su rey.

Capítulo 2

KATERINA no la hizo. Diamandis no supo si lo desafiaba, lo que no entendía, o si, en su estado, le costaba hacerla.

–¿A qué has venido, Diamandis?

Él enarcó una ceja ante su descaro al utilizar su nombre de pila. Ella no se inmutó. Había sido una secretaria eficaz, capaz de quedarse a la sombra, pero también de plantarle cara cuando era necesario.

–Supongo que te lo imaginarás.

Ella se llevó la mano al vientre. Al verla entrar, él había sentido al necesidad de palpárselo por debajo de la ropa. Llevaba recogido el oscuro y rizado cabello, pero se le habían soltado algunos mechones, que le enmarcaban el rostro. No iba maquillada ni se parecía a la delgada y eficiente secretaria que conocía.

Pero eso no parecía que cambiara la reacción de su cuerpo. Para él, esta había sido un problema durante mucho tiempo, una tentación. Se había convencido de que era inmune, de que estaba por encima de sus bajos instintos, porque su vida estaba dedicada al servicio del reino.

Aquella noche había sido un error, pero estaba convencido de que se habría desembarazado de esa estúpida lujuria.

A pesar de que aún recordaba el sabor de Katerina y de que su forma de decir «rey mío» le seguía resonando en el cerebro.

No debía tocarla. Debía averiguar si el hijo era suyo, porque era evidente que estaba embarazada.

No quería una esposa ni deseaba tener hijos. Haber recuperado a Zandra lo había colmado en el plano personal y le había quitado un peso de encima: ya no tendría que preocuparse por su heredero.

–Al volver de Atenas, mi hermana me ha dicho que mi antigua secretaria, que huyó a medianoche, pasea por las calles de la ciudad, embarazada, y que el embarazo está más adelantado que el suyo propio, lo que a Zandra la ha sorprendido, ya que no creía que hubieras tenido tiempo de quedarte en estado mientras trabajabas para mí.

–La princesa tiene una mente inquisitiva –contestó ella con frialdad.

Tenía las manos quietas, pero los ojos…

Sus atractivos ojos verdes siempre contaban una historia diferente de la máscara que ella llevaba.

–Sabes a qué he venido, Katerina.

–No lo sé, Diamandis. Te equivocas si crees que nuestro único… encuentro es la causa de mi estado actual y que mi vida en Kalyva se reducía a ser tu esclava. Tenía vida propia. Y ahora vivo feliz en Atenas, con mi esposo, que es el padre de mi hijo.

A él le sorprendió que mintiera tan descaradamente. ¿Creía que no había investigado su vida en los seis últimos meses?

–Entonces, te has casado.

–Sí.

Diamandis tardó unos segundos en decidir si lo consideraba un imbécil o si estaba verdaderamente desesperada. Él no entendía la desesperación, no entendía que viviera en aquel piso ni la entendía a ella, así que indudablemente lo consideraba un estúpido.

Eso le dolió, sobre todo porque ella había accedido a mucha información a la que no accedían muchos empleados del palacio.

–¿Tengo que creerme esa historia ridícula? Te olvidas de que conocía todos tus movimientos y sigo haciéndolo.

–Imposible.

–Soy el rey.

–Eres un rey de los muchos que hay en el mundo.

Como secretaria, a menudo era sincera con él, pero sabía cuál era su lugar y utilizaba el tono adecuado. Ahora no era franca ni mesurada, sino que lo desafiaba.

Contempló el cuchitril que ella quería haber convertido en un hogar y no entendió a qué jugaba.

–No hay nada que pruebe que aquí vive un hombre. La boda no consta en ningún sitio ni tu supuesto esposo va a venir a prepararte la cena.

–Trabaja de noche.

–¿Ah, sí? Demuéstrame que estáis casados.

Ella no dijo nada, lo cual era una respuesta elocuente.

–No puedes, claro. Vas a volver a Kalyva conmigo inmediatamente. Si continúas insistiendo en que no soy el padre, me temo que habrá que hacerte una prueba.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Porque estuvimos juntos y no tomamos precauciones. Seguro que lo recuerdas.

–En realidad, no –contestó ella levantando la barbilla.

Pero el rubor de sus mejillas expresaba lo contrario, lo cual lo excitó en un momento en que no podía permitirse ninguna distracción.

Ni en aquel momento ni nunca más.

Iba a nacer un bebé. Su hijo. Debía solucionar el problema antes de que fuera irresoluble.

–Mientes, Katerina.

Ella se apoyó en la puerta. Parecía cansada y los ojos se le humedecieron cuando volvió a mirarlo.

–No quieres tener hijos, Diamandis. Siempre has sido muy claro al respecto. ¿Para qué vas a llevarme a Kalyva? ¿Para qué vas a hacerme pruebas? No deseas a ese hijo, aunque seas el padre.

–¿Por eso te marchaste? –suponía que era así, ya que, si no, se hubiera ido la noche siguiente a la que estuvieron juntos, no unas semanas después.

Ella no contestó. Lo miró con una expresión desesperanzada, y a Diamandis se le hizo un nudo en el estómago. Supuso que se debía al sentimiento de culpa, aunque no creía que hubiera hecho nada mal.

Ella no le había ofrecido la oportunidad de darle su opinión. Se había limitado a huir. Ahora no iba a conseguir que se sintiera culpable.

–Podría hacer que te detuvieran y que te llevaran a la fuerza a Kalyva.

–Estoy segura.

Parecía muy cansada. Probablemente había trabajado todo el día en la guardería que le mandaba los cheques mensuales. Había subido tres pisos

para llegar a aquel lugar pequeño e incómodo, ¿y se negaba a volver a Kalyva? Allí la cuidarían, con independencia de lo que él pensara sobre tener hijos.

No era lógico.

Sin embargo, aunque podía detenerla por las leyes que regían en Kalyva, gracias al tratado que la isla tenía con el gobierno griego, prefería que se rindiera de forma pacífica.

–Soy un hombre justo. No se trata solo de mí.

Ella soltó un bufido.

–¿Desde cuándo?

Él no hizo caso de la burla.

–¿Qué es lo que quieres? Indudablemente no será vivir en este triste pisito ni tener un trabajo por el que estás mal pagada y donde no te valoran. Ni tampoco vivir en Atenas, cuando podrías volver a casa y…

–¿Y qué? ¿Ser el hazmerreír de todos y fuente de rumores y cotilleos? ¿Ver crecer a mi hijo siendo el bastardo del rey? –irradiaba furia–. No, no voy a condenarnos a semejante destino. Aunque esta vida no sea ni tan agradable ni tan buena como la tuya, es respetable. Permitirá que mi hijo…

–Nuestro hijo.

Su hijo. Su heredero.

–No quiero volver a Kalyva –susurró ella–. Tú no deseas tener esposa ni hijos. Dejémoslo así. No voy a pedirte nada. Es lo justo para ambos.

–Me temo que no, Katerina. Volverás a Kalyva y comenzarás a hacer los preparativos.

–¿Los preparativos de qué?

–¿De qué va a ser? De nuestra boda.

Katerina creyó estar soñando. No había otra explicación. Pero no era un sueño, sino una pesadilla.

Mientras trabajaba para él, a veces había fantaseado con la posibilidad de querer al hombre que era más allá del hecho de ser rey y de la reacción a los traumas que había padecido, pero sabía que no habría final feliz. La sorprendió mucho que la considerara atractiva, pero no se había enfrentado a ello de forma acertada.

Así que ahora debía encarar la situación con acierto porque no se trataba solo de ella, sino de…

«Nuestro hijo».

Era lo que él había dicho. Y el corazón… El corazón era traicionero.

–No puedo casarme contigo, Diamandis.

–Casarte resolvería todos tus problemas.

–No. Las víboras de palacio considerarán ilegítimo el embarazo. Será un hijo concebido fuera del matrimonio y una mancha para la monarquía –no lo soportaría ni lo consentiría.

Si tenía que volver a huir, lo haría, pero más lejos, a un sitio donde Diamandis no pudiera encontrarla.

–Nos inventaremos una historia. Lysias y Zandra tuvieron una boda no autorizada. ¿Por qué no podría serlo la nuestra?

–Eres el rey.

Le pareció que retrocedía al tiempo en que era su secretaria y, en cierto modo, su conciencia. Porque él solía escuchar a sus viejos y aristocráticos consejeros, pero cuando ella mostraba su preocupación, cuando le recordaba que la tradición era importante, pero que el mundo estaba cambiando, a veces le hacía caso.

Él siguió hablando sin hacerle caso. Otro recuerdo del pasado.

–Que debido a problemas de salud, hemos debido actuar en secreto. El embarazo presentó complicaciones, por lo que tuviste que quedarte en Atenas recibiendo atención médica, mientras yo volvía a Kalyva. Era fundamental que esos hechos no salieran a la luz para que te recuperaras con tranquilidad. Tampoco podíamos casarnos hasta que te pusieras bien.

–¿Quién se lo va a creer? –¿y por qué ella contemplaba siquiera la posibilidad? No se casaría con él.

–Todo el mundo, porque me encargaría de que se hiciera realidad.

Katerina sabía que podía ser así. Tal era el poder de Diamandis. Era duro e implacable. Se había visto obligado a convertirse en un hombre cuando era poco más que un niño.

–Sigo siendo una persona corriente y eso no vas a poder cambiarlo. No vas a poder explicar por qué te casas con tu antigua secretaria.

–Lysias era un criado, y lo han aceptado bien.

–¿El multimillonario que salvó la vida de la princesa? Qué sorpresa que se apoyara su matrimonio con ese hombre.

–Le estás dando demasiadas vueltas –afirmó él.

–Y tú, muy pocas.

Era lo que se decían cuando ella era su empleada, solo que al revés. Ella quería que él se relajara y buscaba la forma de que pareciera más humano a sus súbditos. Era ella la que lo acusaba de darle demasiadas vueltas a las cosas.

Y él siempre la acusaba de no pensar en las consecuencias.

¿Cómo habían intercambiado los papeles?

–Serás una reina eficiente.

–No quiero ser reina –ni quería volver a ser eficiente para él, ser solo una herramienta de la que servirse cuando le convenía.

–Y hemos demostrado que somos compatibles, dentro y fuera del dormitorio.

–¿De qué dormitorio, Diamandis? –preguntó ella, fatigada, porque no habían tenido una gran aventura amorosa, sino una noche de penas compartidas sobre el escritorio del despacho.

–Entonces, ¿te acuerdas?

Ella suspiró. Estaba demasiado cansada para mantener aquella ridícula conversación, para estar con él y para luchar contra la reacción que le provocó cuando se acercó a ella y la fulminó con la mirada.

–Te he dicho que no –dijo intentando que la voz le sonara firme–. No voy a casarme contigo.

–No te lo he pedido, sino que tu rey te lo ha ordenado, así que obedecerás. ¿Quieres que te ayude a hacer la maleta? –preguntó con esa sonrisa condescendiente que incluso la enojaba cuando era su secretaria.

–No has hecho una maleta en tu vida, Diamandis.

–A ti, por el contrario, se te da muy bien.

Lo peor, pensó ella, era que él creía que acababa de hacerle un cumplido, que era amable, lo cual la hizo perder por completo el escaso dominio de sí misma que le quedaba.

Él tenía el dinero y el poder, pero ella no entendía por qué los quería utilizar con aquel fin. Ella le estaba ofreciendo lo que quería: la posibilidad de librarse de un hijo que no deseaba y una salida para ambos. Y se llevaría el secreto la tumba, por lo que no entendía su actitud.

–¿Por qué, Diamandis? –le preguntó con los ojos llenos de lágrimas–. No me quieres ni quieres tener hijos. Te ofrezco una salida. ¿Por qué no la

aceptas?

–Si dejo que te vayas y finjo que nada de esto ha ocurrido, no tengo la seguridad de que no cambies de idea ni de que el niño, al llegar a la edad adulta, averigüe la verdad y cause un escándalo. Debemos casarnos y legitimar a ese hijo. Es la única opción, si el niño es mío.

Sus palabras le dolieron porque, en su fuero interno, al verlo aparecer había pensado que podía haber cambiado de opinión o que tal vez ella le importaba un poco.

Pero no era así: se trataba de su deber, de un escándalo en potencia y de proteger la Corona costara lo que costase.

No iba a vencerlo, pero al menos le quitaría esa expresión de suficiencia.

–Querrás decir, si los niños son tuyos.

–¿Cómo?

–Vamos a tener gemelos.

Capítulo 3

SUS palabras le resonaron sin parar en el cerebro: «gemelos, gemelos, gemelos».

Dos hijos. Y Katerina.

–Estás pálido –dijo ella disimulando una sonrisa–. Deberías sentarte.

Él tragó saliva. Había sido una sorpresa, desde luego, pero no el golpe que ella deseaba. Le habían pasado demasiadas cosas para que aquello lo descontrolara.

«Gemelos».

No carraspeó, a pesar de que tenía un nudo en la garganta.

–Si necesitas algo de aquí, te aconsejo que lo recojas.

–¿Me vas a mandar a tus guardias, si no lo hago?

–Claro que no, te llevaré yo en brazos –sonrió, porque lo haría si era necesario.

Era el rey desde que tenía catorce años, desde que ordenó que limpiaran la sangre de sus seres queridos del suelo de los dormitorios; desde que se dio cuenta de que, tras el primer año, algunos de sus consejeros habían actuado en beneficio propio, no en el del reino.

Así que ya nada lo detenía, nada se interponía en su camino. Debía defender el legado paterno. El pueblo no podía amarlo como a su padre, pero podía mantener la prosperidad y seguridad del país y mostrar un comportamiento irreprochable.

Katerina había sido un error. Podía atribuirlo a la agitación emocional de saber que Zandra estaba viva o bien hacerse responsable de sus actos.

Diamandis siempre optaba por lo segundo, por lo que, aunque no deseaba formar una familia, Katerina sería suya. Estaba embarazada de sus hijos, así que no podía tomar otra decisión.

Lo que él deseara o dejara de desear nunca había importado. Ahora tampoco.

–¿Hace falta que empiece a contar, Katerina?

Ella le mantuvo la mirada. Él observó los distintos tonos de verde de sus ojos, la elegante curva del cuello, la piel suave que había acariciado.

Recordó cómo ella había caído en sus brazos, como si lo deseara como él la deseaba desde que se habían conocido.

–No entiendo tu reticencia –dijo él.

–Te equivocas. No es reticencia, sino rechazo.

–Nos casaremos y, aunque te parezca una tragedia, te aseguro que cuando seas reina no te faltará de nada.

–Salvo un hogar acogedor y amoroso e intimidad.

Él lo había tenido. De su infancia recordaba el amor y la devoción de sus padres. Pero eso no importaba, por hermoso que fuera. Era algo tan frágil como el cristal y podía desaparecer si alguien así lo decidía.

Así que no, no tenía intención de llenar de amor su hogar.

–Te llevas bien con mi hermana. Estoy seguro de que podéis llegar a ser amigas, ya que las dos vais a ser madres. Podrás llenar tu parte del palacio con todo el cariño y el amor que desees.

–¿Recuerdas lo que te dije cuando planeabas encarcelar a Lysias en cuanto pusiera el pie en Kalyva?

Diamandis no quería pensar en los días en que había sabido que Zandra era verdaderamente su hermana desaparecida. Por aquel entonces, estaba seguro de que, Lysias, que había sido su mejor amigo, había vuelto a la isla con una impostora para perjudicarlo

Ahora, meses después, creía justificada la forma en que había tratado a Lysias, que no había vuelto con Zandra por bondad, sino con ánimo vengativo. Pero el amor había cambiado a Lysias, aunque Diamandis no entendía que un hombre que lo había pasado tan mal como ellos pudiera ser derrotado por el amor. Al final, Lysias se había enamorado de Zandra y abandonado sus deseos de venganza.

Ahora formaban una familia, como se empeñaba en recordarle Zandra, por mucho que él se encerrara en sí mismo.

Miró a Katerina pensando que ahora entraría a formar parte de esa familia, y se dijo que sería aún más difícil, pero más necesario, encerrarse en sí mismo.

Se debía a su país exclusivamente. Así que, en aquella ocasión, había hecho caso del consejo de Katerina de no encarcelar a Lysias.

–Dijiste que se consideraría la acción cruel de alguien insensible –dijo él en tono seco, porque ella tenía razón, lo que aún le escocía.

–Me equivoqué –dijo ella mirándolo con una ira desconocida–. Eres una persona insensible y cruel. No quiero que nadie haga daño a mis hijos, y sé que tú se lo harás.

Cuando trabajaba para él, no tenía miedo a enfrentársele, pero nunca le había dicho nada que se le clavara en el corazón como un cuchillo.

–No hago daño a los demás. Como rey, debo protegerlos.

Su familia no había sido protegida. Y ahora, en cierto modo, volvía a tener familia, algo que no deseaba, ya que nunca sería digno de ella.

–Hablas de violencia, Diamandis, pero no hace falta un golpe de Estado para hacer daño a la gente. Puedes hacérselo al no escucharla, al no tener en cuenta sus necesidades, al…

–Es tu última oportunidad –dijo él luchando contra su mal genio, uno de sus peores rasgos. Había aprendido a dominarse con los años, pero le suponía un esfuerzo constante, sobre todo cuando alguien era tan poco razonable, alguien a quien había respetado antes de que lo traicionara.

–¿La última oportunidad de qué?

–De llegar a un acuerdo voluntario y civilizado. Si no vienes conmigo ahora, perderás el empleo, este piso y la posibilidad de tener cualquier otra cosa. Te aseguro que te quitaré a los niños cuando nazcan. No es lo que deseo, pero lo haré si me obligas. Son mis herederos.

Ella comenzó a respirar trabajosamente, pero se mantuvo entera. No le pidió que la perdonara ni se puso en movimiento. Se limitó a mirarlo con odio.

–Te espero en el coche. Tienes quince minutos para decidirte.

Salió del piso pensando que había hecho lo correcto para el reino y para su legado.

Lo que sucediera a partir de ese momento sería decisión de Katerina, y él no se sentiría culpable.

Katerina se quedó inmóvil durante varios minutos, casi incapaz de respirar y pensar.

Él le había dicho que tomara una decisión, pero ella no podía elegir: él era el rey y ella no era nadie.

«La única forma de ser alguien es unirse al hombre adecuado».

A su madre le encantaría aquello: casarse con un rey. Lo más probable era que ella también ganara visibilidad, algo a lo que Katerina debería enfrentarse.

¿Cómo, por un encuentro casual en una tienda, se había derrumbado todo tan deprisa? Si hubiera seguido dedicando a curiosear en tiendas de segunda mano, no se habría encontrado con la princesa ni Diamandis se habría enterado del embarazo.

No podía seguir autoflagelándose por sus errores porque Diamandis le había concedido un cuarto de hora. Y ella lo conocía bien.

No quería tener esposa ni hijos, pero soportaría lo que fuera con tal de evitar un escándalo que pudiera afectar a la Corona. Lo consideraba su deber para con sus padres, un deber sagrado.

Así que, en efecto, sería capaz de quitarle el empleo y el piso y le arrebataría a sus hijos, porque creía que solo había un camino correcto: controlar a sus herederos y, por el bien de sus súbditos, ganar respetabilidad al casarse con la madre.

Verdaderamente, ella no tenía elección. Si vacilaba, pagaría el precio. Tendría que esperar a volver a Kalyva para valorar las escasas opciones que se le presentaban.

Fue a la habitación e hizo la maleta. Se había llevado muy pocas cosas al huir de Kalyva y había comprado aún menos desde que vivía en Atenas. Agarró lo que había comprado para los bebés, la ropa y los artículos de aseo. Lanzó una última mirada al piso.

No diría que lo había pasado bien allí, pero era suyo.

De ahora en adelante, nada lo sería.

Estaba cansada y hambrienta. Se sentía débil y destrozada. Si se obligaba a mirar el lado positivo del asunto, la estancia en palacio implicaría una cama cómoda, buena comida y que otra persona se hiciera cargo de todo durante cierto tiempo.

Tal vez cuando hubiera descansado, pensaría con mayor claridad y hallaría el modo de convencer a Diamandis. Lo había hecho varias veces. Solo necesitaba tiempo.

Dio la espalda a la vida que se había construido y bajó a la calle. La muchedumbre que se había congregado a su llegada había desaparecido. El chófer y guardaespaldas de Diamandis estaba fuera del elegante coche y le abrió la puerta.

Ella lo saludó sonriendo.

–Me alegro de volver a verte, Christos –era evidente que Diamandis no sabía que él y el otro guardaespaldas la habían ayudado a huir de la isla.

Él inclinó la cabeza.

–Lo mismo digo, señorita Floros.

Ella miró el espacioso asiento trasero, donde estaba Diamandis.

–Si alguien no cree tu absurda historia, huiré con mis hijos y no me encontrarás. No toleraré rumores, habladurías ni que mis hijos queden en ridículo.

–Yo tampoco, Katerina.

–Y si mi madre aparece, no permitas que se me acerque.

Diamandis enarcó una ceja. Era evidente que sabía algo sobre su madre, dado que había investigado a Katerina antes de contratarla, pero lo más probable era que se considerara inmune a las maquinaciones de Ghavriella Floros.

Katerina no estaba segura de que lo fuera.

–Como quieras. Sube al coche. Tenemos mucho que hacer.

Katerina se volvió a mirar por última vez el piso y su vida en Atenas. Con independencia de lo que fuera a pasar, sabía que no podría volver allí. La puerta de ese capítulo de su vida se había cerrado.

Se le habían cerrado muchas puertas: unas, por decisión propia; otras, por decisión ajena. Sabía volver a empezar y luchar. Y siempre lucharía por sus hijos.

Se montó en el coche, aún no resignada a ser reina, pero decidida a hacer lo mejor para sus hijos.

Capítulo 4

LLEGARON muy tarde a Kalyva. Katerina había dormido buena parte del viaje en coche y en barco.

Diamandis debería haberse puesto a organizar las cosas o a trabajar, pero se había dedicado a observar cómo respiraba y los cambios que había experimentado debido al embarazo.

Y se percató de lo mucho que la había observado, sin darse cuenta, durante los años que había trabajado para él. Nunca le había preocupado que el rostro de sus secretarias reflejara cansancio. Salvo el de Katerina, como lo hacía tras semanas de trabajar en acontecimientos especiales. Como lo hacía ahora.

Cuando el barco atracó en el muelle privado, él pensó en quedarse allí hasta que ella se despertara, pero necesitaba una cama, estar cómoda y, probablemente, comer. No se habría cuidado bien teniendo que trabajar y subiendo y bajando las escaleras del piso todos los días.

Reprimió la ira. Había cosas que podía controlar y otras que no. El pasado era una de ellas.

El futuro y los cuidados que Katerina recibiría podía controlarlos. Y eso era lo único importante. Le observó el vientre, donde estaban sus hijos. Durante unos segundos estuvo tentado de acariciárselo.

No lo hizo.

–Katerina.

Ella abrió los ojos y, durante una décima de segundo, sonrió. Pero debió de recordar lo sucedido, ya que la sonrisa se le borró de inmediato.

–Ah, ya hemos llegado.

–Sí, ya estás en casa.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada. Dejó que la ayudara a levantarse y se montaron en un coche, que los condujo al castillo, en la cima de una colina.

Durante el trayecto, ella no habló, lo cual no era extraño. Uno de los motivos de ser una excelente secretaria era que sabía estar sentada en silencio, sin necesidad de hablar de cosas intrascendentes.

No sabía por qué ahora lo molestaba que no dijera nada.

Al llegar al palacio la ayudó a bajar del coche. Había dicho a los empleados que se tomaran la noche libre. Solo Christos, su chófer y guardaespaldas, sabía que Katerina había vuelto. Diamandis quería guardar el secreto el mayor tiempo posible.

Los pasillos estaban débilmente iluminados, por lo que tomó de la mano a Katerina.

–Seguro que tienes hambre. ¿Vamos a mi comedor privado? Pediré que nos suban la cena.

Ella se soltó de su mano, se detuvo bruscamente y lo miró.

–Estoy muy cansada. Pide que me suban una bandeja a la habitación. Como las conozco todas, no hace falta que me acompañes. Solo dime cuál es.

Él estuvo a punto de protestar, pero el brillo de los ojos de ella le indicó que eso era lo que esperaba. Era una mujer muy inteligente. Por eso la había contratado y había confiado tanto en ella.

Pero no dejaría que lo manipulara. Sonrió amablemente.

–La cámara de la reina, desde luego.

Ella lo miró con la boca abierta, lo cual lo satisfizo enormemente. La volvió a tomar de la mano y se la llevó a los labios. Ella lanzó un suspiro.

–Pediré que te suban la cena inmediatamente. A fin de cuentas, sé lo que te gusta.

La soltó y se fue. Si se quedaba, se sentiría tentado.

Y no deseaba verse tentado.

Al menos, de momento. Si se casaban, no tendría que reprimirse, ya que estarían unidos para siempre. Entones, ¿por qué no gozar de los placeres del matrimonio?

Recordó la noche en que un simple beso se había convertido en una hoguera que lo consumió. Eso fue un error, pero no tenía que volver a serlo.

Iban a casarse.

Se dirigió a las cocinas en busca de la señora Markis, que dirigía la cocina desde que él era un niño. La halló sirviendo la cena a Zandra en el pequeño comedor destinado a los empleados.

–¿Qué haces aquí? –preguntó a su hermana.

–Podría preguntarte lo mismo. Tengo hambre y no quiero despertar a Lysias. Iba a prepararme un té y algo de comer, pero la señora Markis ha insistido en ocuparse ella.

–No lo esperaba de vuelta esta noche, Majestad –dijo la señora Markis–. Enseguida le prepararé algo.

–Pónmelo en una bandeja, por favor, para llevármelo a la habitación. Y que no haya aceitunas.

–Te encantan las aceitunas –afirmó Zandra.

Diamandis no dijo nada.

–Llevas todo el día desaparecido. ¿Dónde has estado? –Zandra le sonrió con inocencia.

Como si lo supiera.

–¿Qué es lo que sabes?

–Lysias ha oído rumores de que te habías marchado por sorpresa a Atenas. Nadie ha entendido por qué, salvo yo, por supuesto.

–Puede que haya ido a comprar tu regalo de boda.

–Has ido a verla y a averiguar la verdad. ¿Y bien?

–Katerina y yo vamos a casarnos enseguida

–¿Cuándo?

–En cuanto todo esté organizado. Le preocupan mucho su imagen y las habladurías, así que nos inventaremos una historia. Eres una de las pocas personas que sabe la verdad, Zandra, así que necesito que nos sigas el juego.

Ella asintió con seriedad.

–¿Cuál es la historia?

Diamandis le explicó la falsa boda en Atenas, los problemas de salud. Siempre que tuviera pruebas documentales, nadie podría decir que mentía.

–Pídele a Lysias que te ayude. Se le da muy bien esas ilegalidades.

Él no era partidario de utilizar métodos ilegales, pero sabía que ella tenía razón.

–Muy bien –contestó con los dientes apretados, porque suponía que una tercera persona sabría la verdad. Pero confiaba plenamente en Zandra y Lysias.

–Si tenéis que casaros deprisa, ¿por qué no celebráis vuestra boda, en vez de la nuestra?

–¿A qué te refieres?

–A Lysias y a mí nos da igual esa ceremonia. Fuiste tú quien insistió. Nos basta con habernos escapado a Atenas. Así que Katerina y tú podríais ocupar nuestro lugar en la boda real. Puedes decir que ya estaba planeado, pero que estabas esperando a que Katerina se recuperara lo suficiente, antes de comunicar a todos que se trataba de vuestra boda. Aumenta la credibilidad de la historia.

Diamandis miró a su hermana, que bebía té sin mirarlo. No le extrañaba que no deseara la pompa de una boda real. No se había criado en palacio y aún no se había acostumbrado a ser miembro de la familia real.

Pero lo que le desconcertaba era que quisiera ayudarlo.

–Me sorprende que me apoyes.

–Si te confieso que uno de los motivos por los que no duermo son los nervios que me producen los preparativos de la boda, ¿lo entenderás mejor?

–¿En serio? ¿Por qué no me lo has dicho?

–Porque no habrías cambiado de idea y porque quiero respetar la tradición hasta cierto punto, a pesar de lo poco que recuerdo de ella. Pero se ha convertido en una carga mayor de lo que esperaba, por lo que me alegraría de que Katerina y tú ocuparais nuestro lugar –de repente frunció el ceño–. ¿Por qué te sorprende que te apoye?

Él no le contestó.

–Estoy muy cansado. Voy a buscar la bandeja que ha preparado la señora Markis. No digas nada de esto hasta que todo se haya solucionado.

–Diamandis, quiere casarse contigo, ¿verdad?

Él no la miró.

–Estoy seguro de que llegará a la misma conclusión que yo. Es lo mejor para todos.

–¿No irás a obligar a esa pobre mujer a casarse contigo?

–Le he dado a elegir.

–Seguro que la alternativa era estupenda –dijo ella mientas se levantaba y comenzaba a pasear por el comedor.

–Está embarazada de mis hijos –afirmó él, sin saber por qué se defendía, puesto que era el rey y todos debían obedecerlo.–. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

–¿Hijos? ¿En plural?

–Sí, son gemelos.

–¿Cómo Achilleas y Rafail?

Diamandis no contestó inmediatamente porque se lo impidió el nudo que se le había formado en la garganta a oír a Zandra mencionar a sus hermanos. A veces los oía gritar en sueños.

–Sí, como Achilleas y Rafail.

–Ojalá… –Zandra no acabó la frase, pero no fue necesario. Él supo que deseaba recordar, pero a veces le parecía que era mejor que no lo hiciera. Podía leer los libros de Historia, aprenderse los nombres y ver los rostros de la familia, pero no tenía que vivir con el sangriento recuerdo de lo que les había sucedido.

Ella se le acercó y lo abrazó, como si ese gesto de afecto pudiera llegar a ser para él habitual y no lo hiciera sentirse incómodo.

–Casaos en nuestro lugar, pero no te lo tomes como un asunto real, algo que debes hacer por el reino, sino como una oportunidad.

–¿De qué?

–De ser feliz, Diamandis. De amar y formar una familia.

Pero él sabía lo que el amor hacía a una familia.

Acababa con ella de forma sangrienta.

Katerina se despertó lentamente, medio convencida de que estaba soñando y de que se despertaría en su incómodo piso y vería que la alarma del despertador no había sonado

Pero se sentía tan cómoda y a gusto que no se preocupó. Por una vez, podía llegar tarde a trabajar.

Y había un olor que no identificaba, pero que conocía. Y entonces recordó que no estaba en el piso.

Era prisionera del trono de los Agonas, una vez más. Abrió los ojos y miró el techo dorado. Se hallaba en los aposentos de la reina, ni más ni

menos.

«Serás una reina eficiente».

Por supuesto. Ser reina era poco más que ser la secretaria de Diamandis en público. Había sido una excelente secretaria en privado, así que ¿por qué iba a cambiar siendo una figura pública?

Puso los ojos en blanco y se levantó. Ese día debía ser capaz de pensar con claridad y estar lista para solucionar el problema.

Lista para volver a huir.

Observó que la bandeja que había dejado cerca de la cama con los restos de la cena había sido sustituida por otra con bollos y zumos.

Intentó no alegrarse ni emocionarse. Solo se trataba de comida, de una cama. Y el precio era su vida entera. Así que no debería degustar los pasteles griegos, sino protestar o hacer algo.

Pero llevaba meses sin dormir y el estómago le rugía de hambre. Estaba embarazada de siete meses y alguien le había preparado dos comidas y había dormido en una cama blanda y suave.

¿Estaría mal disfrutar de aquello durante unos días, hasta que trazara un plan? Tendría que convencer a Diamandis de algún modo, pero eso no implicaba sentirse desgraciada mientras lo hacía.

Oyó el crujido de una puerta al abrirse, pero la del dormitorio permaneció cerrada. Giró la cabeza y vio que había otra puerta que lo conectaba con otra habitación.

Cuando Diamandis entró sin llamar, se dio cuenta de que sus aposentos estaban al lado de los de él.

Ella frunció el ceño. No, no podía quedarse allí a disfrutar durante unos días. Debía hallar una salida para no verse condenada a pasarse la vida defendiéndose de las habladurías.

De su madre.

Y de Diamandis.

–Buenos días –dijo él–. ¿No has desayunado? –preguntó al ver la bandeja–. ¿No te gusta lo que te han traído? Creí que el *bougatsa* era tu pastel preferido.

Algo se removió en el interior de ella. ¿Cómo lo sabía?

–Sí, me gusta. Dale las gracias a la señora Markis. ¿O estamos actuando en secreto? ¿Puedo salir de la habitación?

–Eres tú quien desea que actuemos en secreto.

–Igual que tú, ya que quieres evitar dar un motivo de que alguien sugiera que habrías decepcionado a tu padre.

No solía mencionar a sus padres, porque Diamandis adoptaba una fría expresión que ella sabía que ocultaba su dolor. Él no hablaba del pasado, pero ella sabía, gracias a los años que habían trabajado juntos, que era cierto que los miembros de la familia real se querían mucho, que no fingían para que sus súbditos estuvieran contentos.

La familia Agonas estaba muy unida, antes de que el golpe de Estado acabara con la vida de la mayoría de sus miembros.

–No tienes ni idea de lo mucho que me esforcé en decepcionar a mi padre en vida. Me complacería enormemente decepcionarlo ahora, porque implicaría que seguía con nosotros.

Sus palabras hicieron que Katerina se sintiera insignificante, como era su intención.

–Esta noche estará todo organizado. Haremos un comunicado a la prensa y pediremos que se respete nuestra intimidad durante unos días, antes de presentarte oficialmente. La boda será la semana que viene.

–¿La semana que viene?

–Sí, ya está todo arreglado.

–En absoluto. Primero, me niego a casarme contigo; segundo, no te haces idea de dónde te metes al casarte con una plebeya. La gente ha aceptado que Lysias se casara con tu hermana porque es multimillonario y porque sus padres, a pesar de ser criados, están considerados mártires de la causa de Kalyva. Yo soy hija bastarda y plebeya. No se sabe quién es mi padre. Y mi madre… Seguro que has investigado a mi familia. Si no ahora, antes de contratarme, por lo que sabes que mi sangre jamás se considerará adecuada para mezclarse con la familia real.

Él no se inmutó.

–No quiero hablar mal de tu madre. No me preocupa.

¿Que no le preocupaba? Katerina no entendía cómo era tan obstinado. Se levantó para enfrentarse a él. La cama estaba entre ambos. Necesitaba esa protección porque, si no, tal vez…

No, no podía ceder ante él de nuevo. Tenía mucho que perder.

Había aprendido una lección que no debía olvidar.

–Entonces voy a hablar yo mal de ella. Es una cazafortunas, una narcisista. Me alejé de ella lo más posible desde que me negué tajantemente

a colarla en algunos de los acontecimientos a los que acudías, porque quería conocer a hombres poderosos con los que aún no se hubiera acostado o lo hubiera intentado.

–No veo que eso tenga relación contigo.

–¿Cómo que no lo ves? Eres rey.

–Sí y, como tal, puedo fácilmente mantenerla todo lo alejada de ti que desees.

¿Cómo habría sido la vida de Katerina si alguien hubiera mantenido a Ghavriella Floros lo más lejos posible de su hija?

Pero no podía cambiar el pasado ni a su madre. Debía centrarse en solucionar aquello antes de que se hiciera oficial. Antes de casarse.

«Antes de que vuelvas a ceder».

–Si hubieras reunido al Consejo antes de que nada de esto hubiera sucedido y me hubieras propuesto como futura reina, ninguno de tus consejeros te habría apoyado.

Él rodeó la cama para acercarse a ella, que se vio atrapada entre esta y la pared.

–Nunca buscaría el apoyo del Consejo en cuanto a mi futura esposa. Soy yo quien tiene que vivir con ella.

La miró de arriba abajo y ella vio en sus ojos todo aquello contra lo que debía luchar.

Interés.

Deseo.

Necesidad.

No entendía cómo era posible que, sintiéndose tan pesada como un elefante, el deseo pudiera apoderarse de ella, que se consumiera por un hombre, sobre todo por aquel, que la enfurecía y del que había huido.

Pero sabía cómo la había hecho sentir con las manos y la boca aquella noche. Sin embargo, no podía repetirse. Era mentira. Una tentación que los arruinaría a ambos. Y ella no lo deseaba para ninguno de los dos ni podía arriesgarse. Debía pensar en sus hijos.

«Ya estás embarazada. ¿Qué más daño puede hacerte?».

–Katerina, el plan se ha puesto en marcha. Serás mi esposa y reina de Kalyva –le agarró la mano–. Confía en mí. Te libraré de todas tus preocupaciones.

Confiaba en él, pero odiaba hacerlo, así como haber llegado a conocer al hombre que había bajo la armadura y a sentir afecto por él.

–El médico te examinará hoy para comprobar que estás sana y con suficientes fuerzas para hacer frente a multitudes y a los preparativos de la boda. No vamos a hacer nada que ponga en peligro tu salud ni la de los niños. Creo que un embarazo de gemelos puede ser difícil.

–Mi médico me había prevenido pero, hasta ahora, el embarazo ha sido normal –dijo ella. Sabía que debería soltarse de su mano y alejarse de él.

Pero él estaba muy cerca y al hablar su aliento le rozaba la mejilla. Quiso apoyarse en él y olvidarse de todo.

–Es una excelente noticia.

–¿Por qué? –preguntó ella sin aliento. Era una pregunta estúpida. ¿Qué hacía allí? ¿A él no se le ocurriría…?

Pero la boca de él se unió a la suya exactamente igual que lo había hecho aquella noche: con fiereza y astucia y con la seguridad de que ella no se resistiría.

No podía. Se hallaba indefensa ante él, ante el deseo que estallaba entre lo dos cuando se hallaban cerca. Sabiendo que era un error que lamentaría, su cuerpo insistió en que se diera por vencida, como si le diera igual lo que le dictaba la mente.

Y ella cedió y le devolvió el beso con toda la pasión que latía en su interior, a pesar de haber intentado desesperadamente ahogarla.

Volvió a dejarse llevar por un deseo enloquecedor, sin importarle el precio que tuviera que pagar.

Capítulo 5

PARA Diamandis, la lujuria era un fuego incontrolado que reducía a cenizas todo pensamiento racional. Cuando Katerina era su secretaria y él sentía que estaba a punto de perder el dominio de sí mismo, le decía que se fuera o se marchaba él.

Salvo aquella vez de desastrosos resultados, que, desde entonces, lo perseguía todas la noches y hacía que se dominara, porque ella sabía demasiado y quienes sabían demasiado lo traicionaban.

Al entrar en la habitación de ella esa mañana, intentó pensar en la inevitable traición, en el final y la pérdida irremediables y en que no podía fiarse de lo que sentía, porque la Corona era lo primero.

Ella estaba sentada en la cama, despeinada y con las mejillas sonrosadas por el calor de las mantas. Se levantó. Llevaba una camiseta enorme, muy poco adecuada para la futura reina. Iba descalza. Era la primera vez que él la veía así.

Diamandis había intentando resistirse, pero ella lo atraía como un imán.

No tuvo más remedio que besarla, que devorarle la boca mientras le acariciaba el vientre maravillándose de que él hubiera tomado parte en crearlo.

Estaba embarazada de sus hijos. Sería su esposa, por mucho que se resistiera. El plan se había puesto en marcha. Aquel matrimonio era arriesgado, pero lo era más dejarla marchar.

Entonces, ¿por qué no podía ser aquel beso su recompensa?

Sobre todo porque ella lo había besado con la misma pasión que le había demostrado aquella fatídica noche, como si también hubiera estado luchando y reprimiendo el deseo.

Un deseo inigualable.

Y durante las semanas posteriores a aquella noche, se convenció de que había resuelto el problema al haberse dado por vencido; de que ya sabía lo que era estar dentro de ella, así que podría resistir. Un enemigo conocido era mejor que una misteriosa amenaza.

Pero ahora, en aquel momento de deseo y pasión, supo que no había sido su impresionante dominio de sí mismo lo que evitó que volviera a besarla, sino el miedo. Miedo a que nada pudiera igualarse a aquello, por lo que era mejor no volver a probarlo; miedo al poder que ahora ella tenía sobre él.

Aunque Katerina fuera buena persona, él no lo era, y no podía olvidarlo: había mucho en juego.

Pero, ahora, Katerina estaba de forma inextricable unida a él. No había vuelta atrás. Sería reina de Kalyva.

Apartó de sí tales pensamientos y se centró en el sabor de su boca y en su gemidos cuando le metió las manos por debajo de la camiseta y le acarició la suave y cálida piel. Su vientre y sus senos, con los pezones endurecidos se apretaron contra él.

–Diamandis…

Le quitó la camiseta. Ella le desabrochó la camisa, mientras él le introducía los dedos en el despeinado cabello y volvía a sumergirse en el placer de su boca. Ella le quitó la camisa y le recorrió el cuerpo con las manos como si fuera un amante que había regresado tras una larga desaparición.

Pero él no había desaparecido: ella se había ido.

Katerina apartó la boca de la suya.

–Diamandis, no podemos… Estoy muy gorda –no era un rechazo ni una negativa. Eran estúpidas dudas sobre sí misma, teniendo en cuenta que era perfecta. Era la única mujer que lo había sometido a prueba y superado.

–Eres una diosa –murmuró él mientras descendía hacia los gloriosos senos, el vientre y más abajo.

Ella se tumbó en la cama y él se arrodilló para adorarla, bebiendo de ella profundamente hasta hacerla temblar y repetir su nombre.

Sin embargo, él quería algo más que la repetición de su nombre. La había poseído una vez y se había convencido de que era suficiente.

Pero no había mirado a otra mujer desde entonces, sin preguntarse el motivo ni por qué ninguna otra mujer podía sustituirla ni por qué echaba de menos su voz corrigiéndolo.

O diciendo su nombre entre gemidos.

Se incorporó y la miró.

–Pero ¿cómo…? –preguntó ella.

A él le daba igual el cómo, solo quería estar en su interior. Se tumbó en la cama y la colocó sobre él, desnuda. Él aún llevaba puestos los pantalones.

Ella le desabrochó el botón, pero no tuvo tiempo de bajarle la cremallera porque él deseaba antes otra cosa. No sabía por qué, pero le daba igual.

Era el rey.

La agarró de las muñecas.

–Dilo.

–¿El qué? –preguntó ella sofocada y sin aliento.

–Ya sabes lo que quiero oír.

Ella tragó saliva. Estaba sentada a horcajadas sobre él, lo deseaba, pero vio la vacilación en sus ojos. No por lo que estaban haciendo, porque ella lo deseaba tanto como él a ella.

–Por favor, rey mío –musitó ella.

Él se quitó los pantalones. La penetró y comenzó a moverse en su interior gozando de lo bien que encajaban.

Ella estaba destinada a él y a aquello.

Le deslizó las manos por los muslos y la agarró de las caderas. La guio para que alcanzara el ritmo que deseaba. Ella echó la cabeza hacia detrás mientras se perdía en el placer del encuentro de sus cuerpos.

Dijo su nombre entre sollozos al aproximarse al clímax, con la piel sofocada de esfuerzo y placer. Y aunque a él la sangre le atronaba los oídos por la necesidad de estallar, esperó para oír lo que deseaba.

–Rey mío –volvió a decir ella. Y ambos saltaron al abismo.

Katerina no sabía qué le había pasado, pero lo que sentía no era nuevo, ya que era lo que había sentido aquella noche, hacía meses. No reconocía a

aquella mujer. Era una desconocida que se había apoderado de su cuerpo y disfrutado con un hombre que no le daría lo que deseaba.

Debería odiar a esa desconocida por su debilidad, pero se sentía muy bien: saciada, cómoda y contenta. El futuro no importaba, lo cual estaba mal, ya que Diamandis lo consideraría una victoria.

Pero ella también había ganado, al menos temporalmente.

Volvió la cabeza para mirarlo esperando ver la misma reacción que había contemplado en el despacho: una expresión de horror ante la pérdida del dominio de sí mismo, una máscara dura y distante al separarse de ella, lo que dejaba claro el error que habían cometido.

Ahora, sin embargo, su mirada no era dura ni intentó retirarse con dignidad.

Se quedó con ella en la cama, satisfecho, con las manos detrás de la cabeza. Los brazos mostraban los músculos de los que ella acababa de disfrutar. Pero no era su cuerpo ni su masculinidad lo que le aceleró el corazón, sino la expresión relajada y alegre de su rostro.

Era muy raro verlo contento. Le sobraban los dedos de una mano para contar las ocasiones en que lo había visto así, que solo habían durado unos segundos, porque él pensaba que estaba sometido a un constante escrutinio, por lo que cualquier indicio de diversión podía transmitir un mensaje erróneo.

Recordó la primera vez que él había sonreído en su presencia. Ella estaba enfadada, tras otro de sus discursos sobre la tradición y las buenas costumbres. Se agachó y recogió una piedra negra del suelo y se la tendió.

«Toma, creo que se te ha caído el alma».

Él miró la piedra y esbozó una sonrisa de verdad.

Ese era el problema con Diamandis. A pesar de que se había apoderado de su vida y amenazaba lo que deseaba para sus hijos, ella no se vio capaz de arruinar aquel momento. Le alegraba que pareciera contento.

–Tengo mucho que hacer –dijo él en tono más filosófico que decidido a levantarse.

–Pues hazlo.

Pero ambos siguieron en la cama, separados por unos centímetros, sin tocarse.

Ese era el destino de ella. Podía controlar ciertos aspectos de él, pero siempre habría un línea de separación invisible entre ambos. Y también la

habría entre sus hijos y él.

¿Lo soportaría? ¿Podía pedirles a sus hijos, aún no nacidos, que lo soportaran?

–Cuando se haga el anuncio oficial, elije a los empleados que consideres adecuados. Conoces a todo el personal, salvo a tu sustituto. Elije entre ellos o, si lo prefieres, puedo contratar a otros.

–Creo que bastará con los que hay, y me gustaría conocer a mi sustituto –lo observó preguntándose si volvería a mirarla o seguiría mirando el techo dorado hasta que se levantara, se fuera y la dejara sola.

–No es tan bueno como tú, pero es que has dejado el listón muy alto.

Era un cumplido que no debía alegrarla, pero lo hizo. Se enorgullecía de su trabajo, de haberse vuelto indispensable. «De demostrar a mi madre que se equivocaba».

Pensar en su madre le recordó que, en el fondo, no era mejor que ella. Había sido esclava de sus deseos y aquellas eran las consecuencias.

Diamandis se levantó para marcharse.

¿Y qué iba a hacer ella ahora? ¿Huir? ¿Intentar convencerlo de que la boda era imposible y de que la dejara marcharse? Pero él ya había puesto su plan en marcha, y nada lo detendría.

–Creo que deberíamos posponer el anuncio, Diamandis. Creo que no es eso lo que debemos hacer.

–Pero yo sí.

Lo dijo como si fuera lo único que importaba.

Y ella deseó tener la energía suficiente para darle un puñetazo.

–Sé lo que es criarse en una casa desprovista de afecto y amor. Aunque no me criara en un palacio, disfruté de algunos lujos, que no compensaban la crueldad de mi madre.

–Entre el amor y la crueldad media una gran distancia, Katerina. No seré cruel con mis hijos. Nunca querré a nadie, pero eso no implica que no podamos respetarnos.

A ella le dolieron sus palabras, a pesar de lo bien que lo conocía.

–No tiene por qué ser un error, Katerina. Es la vida. ¿Acaso es peor que ir tirando como una indigente, estar sola y vivir en un cuchitril en Atenas?

–Eres un esnob. Que no viviera en un palacio no significa que fuera indigente.

–Aunque no lo haya experimentado personalmente, sé lo que es la pobreza y cuánto hay que trabajar para sobrevivir. No entiendo por qué decidiste vivir así cuando podías tener esto –indicó el palacio con la mano.

El caso era que ella tampoco lo entendía. ¿Qué sacrificio era mejor para su hijos? No había llegado a una conclusión. Ninguna le parecía correcta; ninguna le ofrecía todo lo que deseaba.

–Zandra no volvió corriendo a Atenas solo porque no le gustaran ciertos aspectos de la realeza.

–Pero no soy tu hermana. No puedes salvarme de una vida que he elegido por decisión propia.

«Te elegiría a ti», pensó con pesar, porque sabía que él nunca la elegiría.

Elegiría el reino.

Sin embargo, él no estaba totalmente equivocado. Si podían evitar las habladurías que la habían atormentado de niña, la vida que le ofrecía sería la mejor para sus hijos. ¿Era su orgullo más importante que eso?

No lo sabía.

Pero era evidente que Diamandis creía saberlo.

–Ya veremos –dijo antes de marcharse.

Sin mirar atrás.

Capítulo 6

DIAMANDIS pensaba dedicar la mañana a trabajar. Había mucho que hacer y se había pasado una hora… sin hacer nada.

Estaba enfrascado en el anuncio de la boda. No hizo caso de la sensación de incomodidad que notó, porque no había nada de lo que sentirse culpable. Estaba haciendo lo correcto.

No podía prometer a Katerina un amor de cuento de hadas. Sabía a dónde conducía eso y quería proteger a sus hijos. Quererlos podría provocar lo que había sido la causa de la caída de su padre. Su consejero de confianza se lo había dejado claro el mismo día de la muerte de sus progenitores: si a su padre no lo hubiera cegado el amor por su madre, se habría centrado en los problemas del reino y habría detenido el golpe de Estado antes de que se produjera.

El amor era una condena a muerte.

Sin embargo, prometería a Katerina todo lo que pudiera desear. Creía firmemente en lo que le había dicho esa mañana. Había un término medio entre el amor y la crueldad, donde sus secretos seguirían en la oscuridad a la que pertenecían. Él llevaba años viviendo en ese punto intermedio.

Al entrar en el comedor frunció el ceño porque solo estaban Zandra y Lysias.

–¿Dónde está Katerina?

–¿Cómo vamos a saberlo? –preguntó Zandra–. Creí que la habías encerrado en un calabozo para que nadie supiera que está aquí.

–Mi secretario debía haberos notificado el cambio de planes para hoy. El anuncio oficial está en marcha. Después de cenar, nosotros cuatro nos dirigiremos al Consejo y le explicaremos que los que van a casarse son otros.

Zandra y Lysias se miraron.

–No he visto a Tomás hoy –dijo ella–. Puede que haya dejado el recado, pero no nos ha llegado.

Diamandis se encolerizó. Desde la huida de Katerina, había contratado a tres secretarios, todos unos inútiles.

–Ojalá pudiera seguirle concediendo el beneficio de la duda.

–Te tiene miedo, Diamandis, y no lo culpo.

–¿Así que esconderse de mí y no hacer su trabajo resolverá el problema?

–Es joven –respondió Zandra. Era evidente que disfrutaba defendiendo a Tomás para contrariar a su hermano.

–Es un inútil. Los recados no se perdían cuando Katerina era mi secretaria.

–¿Le digo que la señorita Floros ya no lo es o prefieres hacerlo tú? –preguntó Lysias a su esposa.

Diamandis los fulminó con la mirada, pero, antes de que pudiera responder, se abrió la puerta y apareció Katerina, que hizo una reverencia.

–Majestad, Alteza, señor Balaskas … ¿O le has concedido ya a tu cuñado el título que te propuse hace meses? –le sonrió con dulzura.

Esa sonrisa era la misma que le solía dedicar cuando trabajaba para él y le sugería cosas que creía que debían hacerse. A él se le hizo un nudo en el estómago y deseó que estuvieran solos para poder acariciarla.

Llevaba un sencillo vestido negro que se ajustaba a su hermoso vientre. Diamandis tuvo que obligarse a apartar la mirada para no imaginársela sin el vestido.

–Llegas tarde.

–Me acabo de enterar de que podía salir de prisión. Afortunadamente, una doncella me ha ayudado a vestirme, ya que se me ha confiscado la maleta con todas mis cosas.

–Es mejor que tengas el aspecto de una reina cuando estés en palacio. Tu antigua ropa no era adecuada.

–¿Queréis que os dejemos cenar solos para que sigáis peleándoos? –preguntó Zandra.

–No hace falta –contestó Diamandis. Se acercó a la silla más próxima y la sacó para Katerina, antes de que lo hiciera uno de los empleados presentes.

Katerina se sentó sin decir nada. Diamandis ocupó su silla. El protocolo real no era necesario en una comida familiar.

Después de años de haber estado solo, se había producido un cambio en los meses anteriores. Estaban su hermana y Lysias, su mejor amigo, casi un hermano, antes de que…

Esa noche, todo quedó destruido y él había creído que sin remedio. Pero Zandra y Lysias…

Y ahora estaba Katerina, su futura esposa, la madre de sus hijos. Tendría la familia que se había jurado no tener.

–¿Cómo estás, Katerina? –preguntó Zandra mientras los empleados comenzaban a servirles la cena.

–Bastante bien. He tenido la suerte de que el embarazo está transcurriendo sin problemas.

–Me resulta difícil imaginarme que dentro de poco habrá tres niños corriendo por el palacio –Zandra sonrió–. Recuerdo muy poco de mi infancia aquí, pero sí la sensación de estar contenta porque había muchos niños con los que jugar, aunque era mucho más pequeña que ellos.

Diamandis lo recordaba perfectamente. Incluso ahora oía las voces de sus hermanos. Les encantaba gastarle bromas. Y cuanto más se enfadaba, más se reían.

Sus risas lo perseguían en sueños, así como las palabras crueles que les había dedicado pensando que era mejor que ellos, mayor, más maduro: el heredero.

Recordaba a Zandra de niña. En su opinión, su madre le había dado demasiada libertad. La niña lo seguía a todas partes y, cuando le decía que estaba ocupado, ella le clavaba el dedo en la garganta.

Con fuerza.

Recordaba muy bien que había dado por descontados la existencia y el amor de todos ellos y suponía que Zandra lo soportaba porque recordaba muy poco de lo sucedido.

Y ninguna de sus consecuencias.

¿No era afortunada?

–¿Diamandis?

Katerina lo miraba con compresión, cuando no había nada que entender.

Todos, salvo Zandra, habían sido asesinados. Punto final.

–Iremos juntos al Consejo –afirmó sin preocuparse de lo que habían estado hablando, ya que no había prestado atención–. Indudablemente, sus miembros tendrán dudas y preguntas, a las que contestaremos –señaló a Lysias–. Gracias a ti, disponemos de un certificado de matrimonio en Atenas con fecha del año pasado.

–Te aseguro que nadie pondrá en duda su autenticidad –dijo este sonriendo a Katerina–. Es increíble lo que se consigue con dinero.

Diamandis intentó centrar la conversación en la reunión con el Consejo y lo que sucedería después, pero Zandra a veces sacaba el tema de la familia y los hijos. Él se obligó a comer sin ganas.

No quería pensar en la familia. No volvería a cenar con ellos. Se trataba de la Corona, no de la familia.

Indicó a los empleados que comenzaran a quitar la mesa.

–¿Habéis terminado? Debemos ir a la sala del trono. Ya debe de haberse reunido el Consejo –le ofreció el brazo a Katerina sin mirarla.

No se trataba de ella ni de sus futuros hijos ni de su hermana ni, sobre todo, de su propia infancia. Se trataba del trono y de que nada manchara la herencia de su padre, más de lo que él lo había hecho.

Cuando Diamandis le ofreció el brazo, Katerina dudó unos segundos antes de tomarlo.

Ahora o nunca. Si iba con él a la reunión del Consejo, todo habría acabado.

«¿Vas a seguir adelante?».

Él la condujo a la sala del trono sin vacilar. Para él, todo estaba resuelto. Solo por eso, ella debería resistirse. Sabía que no tenía que estar a su lado ni como futura reina ni como antigua secretaria. Podía elegir, pero…

Ya había elegido al acudir a la cena. La visita médica la había hecho cambiar de opinión. No la había visitado el médico de palacio, que siempre le había parecido distante, sino una doctora de unos cuarenta años, acompañada de una especialista en embarazos múltiples y de alto riesgo.

Habían hablado con ella de cómo se encontraba, de que cuidarían de ella y de sus hijos durante el resto del embarazo y el parto y resolverían las

complicaciones que pudieran surgir.

Katerina no podía pagarse semejantes cuidados. El riesgo de complicaciones era mayor al ser gemelos. Si se marchaba del palacio y rechazaba ser reina, arriesgaría la vida de los tres.

«O puede que quieras ser la esposa de Diamandis».

Cerró los ojos al oír las voces de los consejeros, a los que les gustaba mirar al rey en el trono dorado y considerarse importantes por estar a su servicio.

Ella lo consideraba un ejercicio estúpido de magnificencia para darse importancia, pero ahora iba a sentarse en el trono de la reina.

Si lo hacía, no habría vuelta atrás, no podría huir. Cuando el matrimonio se anunciase oficialmente, todo acabaría.

Había ido a la cena sin intentar convencer a Diamandis de que abandonara sus planes, lo cual había sido un error. Sin embargo…

No podía dar la espalda a lo que el reino ofrecería a sus hijos. La doctora le había dicho que todo iba bien y que la acompañaría durante el embarazo y después del parto, y ella tomó la decisión de aceptar casarse por las oportunidades que sus hijos tendrían.

Aunque Diamandis no los quisiera, ella les daría todo el amor que necesitaran. Los protegería de los rumores y habladurías. No era como su madre, por lo que su hijos serían lo primero para ella.

Ninguna de esas decisiones tenía que ver con Diamandis. No podía controlarlo, hacer que cambiara de idea ni que fuera a ser un padre afectuoso.

Lo observó mientras se sentaba en el trono y le hacía un gesto para que ella lo hiciera en el de la reina.

Viviría sin su amor. Ya lo había hecho sin el de su madre y había sobrevivido y llegado a ser una persona decente.

Así que se sentó en el trono. Se dedicaría a ser reina y madre, como se había dedicado a ser una secretaria insustituible.

«Eso no hará que él te quiera».

Los miembros del Consejo tomaron asiento a la mesa situada frente a los tronos. Lysias se sentó con ellos, como si formara parte del Consejo, lo que era nuevo para Katerina. No era la primera reunión a la que acudía. Había sido la mano derecha de Diamandis en muchas.

Los consejeros no le caían bien. Muchos eran tradicionales y crueles. Con frecuencia salían de las reuniones quejándose y diciendo a Diamandis que debería hacer una purga. No la hizo hasta que Lysias le demostró que algunos planeaban traicionarle.

Katerina dudaba que el nuevo grupo fuera mejor, considerando que dos de los miembros a lo que más odiaba seguían en su puesto. Pero algunos de los nuevos eran jóvenes e incluso había dos mujeres.

–Miembros del Consejo, hemos venido para anunciaros que se van a producir algunos cambios en la boda real.

Uno de ellos, Marias Remis, se volvió a Lysias.

–¿Para eso había que reunirse?

Lysias se limitó a señalar a Diamandis.

–No será la boda de la princesa Zandra y el señor Balaskas. Aunque fue lo que os hicimos creer, fue una artimaña para proteger la salud y seguridad de mi esposa.

Se oyeron murmullos entre los miembros del Consejo.

–Algunos de vosotros recordaréis a la señorita Floros. Por desgracia, cayó enferma, por lo que dejó de ser mi secretaria. Aunque queríamos casarnos, Katerina no estaba lo bastante fuerte para soportar los rigores de una boda real, así que nos casamos en Atenas.

–¡En Atenas! –exclamó uno de los presentes, como si les hubiera dicho que se habían casado en Marte.

–Eso es muy poco ortodoxo, Majestad –dijo Marias.

–Así es, y lo lamento. Pero dado el estado de salud de Katerina, no podía pedirle que cargara con el peso del reino. Pero ha mejorado mucho y los médicos aseguran que el embarazo va bien. Así que celebraremos una boda oficial y tradicional antes de que nazcan los gemelos.

–Eso es imposible, Majestad –afirmó Marias.

Diamandis, muy contrariado, se levantó de un salto.

–Independientemente de lo que te parezca, es la verdad. Yo me lo pensaría dos veces, antes de volver a ponerlo en duda.

–Sí, Majestad –dijo Marias agachando la cabeza.

Diamandis volvió a sentarse.

–Como no podíamos planear la boda con la suficiente antelación, iniciamos los preparativos con la estratagema de que los novios fueran la princesa y su esposo.

Katerina pensó que lo tenía todo bien calculado, que era lo que necesitaba el Consejo. Diamandis sabía cómo tratarlo, pero ella se dio cuenta de que sus miembros no aprobaban aquella situación no solo por los comentarios, sino por la forma de mirarla, como si fuera un chicle que Diamandis se había despegado de la suela del zapato.

Alzó la barbilla. Llevaba toda la vida esquivando y devolviendo esa clase de miradas.

Y aquellas personas mirarían igual a sus hijos, pero estos tendrían amor. Si no el de su padre, el de su madre.

Y eso era lo único importante.

Capítulo 7

LA reunión fue interminable. Las preguntas y las reacciones exageradas provocaron la ira de Diamandis, que este se esforzó en reprimir.

No esperaba que el Consejo recibiera bien la noticia, pero no había previsto que tantos miembros no intentaran disimular su desprecio por una plebeya.

Katerina lo había avisado, pero no le había hecho caso. Ella conocía mejor a la gente, lo cual siempre lo había molestado.

«Pero ahora le servirá para ser una excelente reina».

Tener una reina eficiente a su lado mejor que esperar a morirse para ceder el trono a Zandra o a sus hijos.

–No sé cómo va a reaccionar el pueblo, Majestad –dijo Marias.

Katerina suspiró con fuerza. Diamandis la fulminó con la mirada, pero ella se inclinó hacia él.

–¿Puedo dirigirme al Consejo?

Diamandis, sorprendido, asintió. Ella se levantó.

–Marias, me parece interesante que, de repente, te preocupe lo que vaya a pensar el pueblo, cuando más de una vez te he oído decir que es más importante la Corona que la opinión de sus súbditos

–Pero se trata del trono y de quién debe ocuparlo.

–¿Y por qué no yo, Marias? Diamandis y yo estamos casados. Como ves, estoy embarazada. ¿Qué pensaría el pueblo si Diamandis me rechazara a mí y a mis hijos?

–No es eso lo que propongo.

–Entonces, ¿qué propones?

Era hermosa. Diamandis no había pensado en lo que sería tener una compañera. Zandra había comenzado a asumir ciertas responsabilidades en la familia real, pero no se sentía cómoda con las decisiones políticas, aunque estaba estudiando para prepararse.

Katerina no necesitaba hacerlo. Estaba al tanto de todo al haber sido su secretaria. Había sido una herramienta eficaz y ahora sería más que eso: su compañera.

¿Podía aquel grave error redundar en su propio beneficio? Era difícil imaginarlo. Pero Marias estaba allí, con la boca abierta, como si intentara decir algo, pero incapaz de hallar las palabras.

–Katerina tiene razón –afirmó Diamandis–. Esta reunión no se ha convocado para que nos mostréis vuestra oposición, sino para informaros de lo que ha sucedido y de lo que sucederá dentro de poco. Si no estáis de acuerdo, aceptaré vuestra dimisión.

Marias no dijo nada; los demás, tampoco. Diamandis le tendió el brazo a Katerina y salieron, seguidos de Lysias y Zandra

–Bravo, Katerina –dijo Zandra tomándola del brazo que tenía libre–. ¿Por qué tenemos este ridículo Consejo?

–¿Me estás llamando ridículo? –le preguntó Lysias en broma.

–El Consejo forma parte de la tradición –afirmó Diamandis–. Además, que un rey tome decisiones sin oír otras opiniones es sentar un mal precedente. Los consejeros desempeñarán un papel en la ceremonia, ahora que se trata de mi vida, no de la vuestra.

Se detuvo.

–Mañana será un día muy largo. Katerina, te acompaño a tu habitación. Me despido de vosotros. Buenas noches.

Abrió la puerta del salón de los aposentos de la reina. Y entró con Katerina sin saber bien por qué.

Ella se dirigió a la puerta del balcón, pero no salió, se limitó a mirar al exterior.

–Has estado magnífica –dijo él situándose detrás de ella y admirando el reflejo de la luna en su piel.

–Estaba cansada. Debería haber actuado con más diplomacia. Por eso soy mejor secretaria que oradora.

–Has dicho lo que necesitábamos. Una reina decidida es un buen símbolo para el pueblo –le acarició el cuello con un dedo.

Ella se puso tensa. Se volvió hacia él con el brazo extendido, como si quisiera alejarlo. Él enarcó una ceja. Los verdes ojos de ella era fríos y directos.

–He tomado una decisión –afirmó Katerina–. Me has dejado tu postura muy clara: respeto, pero no amor. Lo acepto.

Sus palabras lo confundieron, pero era algo decidido hacía tiempo.

–Estupendo.

–Sin embargo, no compartiremos la cama. Retomaremos nuestra antigua relación, pero con mayor igualdad entre ambos, claro. Seremos socios a la hora de gobernar y de educar a nuestros hijos.

Él no se inmutó. Ella tomaría las decisiones que quisiera. No era un hombre que forzara a una mujer a hacer lo que él quería.

Eso no significaba que le gustara la decisión que había tomado ni que no fuera a ser difícil respetarla.

–Supongo que esperas que encuentre satisfacción en otra parte.

Ella frunció el ceño. Era evidente que no se le había ocurrido.

–No creo que esa conducta sea propia de un rey –dijo secamente.

–Al contrario, ha sido propia de muchos reyes. No de mi padre, porque quería a mi madre y ella le correspondía.

–Supongo que es asunto tuyo, no mío.

No había nada más que decir. Probablemente, ella tenía razón. Era lo mejor: una alianza entre socios. Era lo que siempre había deseado.

Se marchó sabiendo que había ganado la batalla, pero no sintió la satisfacción que esperaba. Porque, a pesar de lo que él creyera, ella había salido ganando.

Katerina durmió mal, no a causa del embarazo ni de Diamandis, sino de su propia debilidad. De haber sido más fuerte, no se habría rendido ante él.

Dos veces.

La idea de él con otra mujer le producía náuseas. Intentó tomárselo con filosofía, porque no iba a casarse por amor, sino para proteger a sus hijos. Era una boda de negocios.

Por tanto, que hiciera lo que quisiera y con quien le apeteciera. Tal vez se sintiera incómoda, tal vez odiara la situación e incluso montara un escándalo en público.

No, no lo haría. Porque su vida no giraba en torno a Diamandis, sino en torno a sus hijos.

Se lo repitió sin parar mientras se preparaba para el desayuno. Después se reuniría con algunos empleados para decidir quién sería su secretario. Tenía en mente a dos personas con las que había trabajado, aunque le sería difícil ceder el control de su vida a un ayudante, cuando ese había sido siempre su trabajo.

Tal vez, cuando los niños nacieran y se hubiera recuperado, podría prescindir de él. De momento, necesitaba ayuda, sobre todo porque la boda sería la semana siguiente.

No la molestaba el espectáculo. Estaba acostumbrada a permanecer en la sombra, así que sería una novedad ser el centro de atención. Llevaba años viendo el comportamiento de Diamandis y, además, con frecuencia había tenido que dar instrucciones a grandes grupos de personas para que siguieran el protocolo real. No temía las multitudes ni la atención.

Una vez celebrada la boda, tanto los movimientos de ella como los de Diamandis serían examinados con lupa.

¿Qué se susurraría de ella cuando se viera a Diamandis divirtiéndose con otras mujeres?

Pensó que no le apetecía desayunar, que prefería dar un paseo. Pero al pasar por delante del comedor, Zandra la llamó.

Katerina se volvió y la vio detrás de ella.

–¿Vas a desayunar? –le preguntó Zandra amablemente.

Katerina pensó en negarlo, pero sonrió.

–Sí.

–Estupendo. Me paso el día comiendo para satisfacer a este niño –se tocó el vientre–. Así que primero desayuno sola muy temprano y, después, vuelvo a desayunar con Lysias y Diamandis, cuando acaban de hacer ejercicio.

–¿Hacen deporte juntos? –preguntó Katerina sorprendida, mientras entraban en el comedor y se sentaban a la mesa ya puesta. Unos meses antes, Diamandis había insistido en hacer ejercicio él solo. Ni siquiera sus guardaespaldas podían estar cerca ni observarlo de lejos.

–Sí, se ha convertido en una costumbre. Al principio, Diamandis se resistió, pero estoy decidida a que vuelvan a ser amigos. ¿Sabías que en la infancia fueron amigos?

Katerina sonrió y Zandra comenzó a llenar los platos sin siquiera preguntarle qué quería. Era un gesto familiar que no correspondía a la relación que había entra ambas, pero Katerina apreciaba que Zandra la aceptara y la tratara como si fuera de la familia.

–Sí, lo sabía –contestó Katerina sirviendo el té–. Mejor dicho, lo suponía. Diamandis no me lo ha dicho directamente.

–No, no suele hacerlo, ¿verdad?

–Sí, a veces es muy difícil saber lo que piensa –contestó Katerina con precaución. No quería hablar mal de Diamandis ni decir algo que pudiera ofender a Zandra, aunque deseaba tener una amiga con quien poder ser sincera.

Zandra asintió mientras masticaba un trozo de salchicha.

–Supongo que le sirvió de mucho tras el golpe de Estado.

–Sí.

–Sé que sigue lamentando muchas cosas que desconozco. Sigo sin recordar bien lo que me sucedió aquella noche. Diamandis no me lo ha contado ni yo se lo he preguntado. Prefiero no saberlo y centrarme en el futuro –concluyó sonriendo y dándose palmaditas en el vientre.

Katerina sonrió a su vez. Esa tenía que ser también su actitud: centrarse en el futuro, en sus hijos.

–Diamandis sí lo recuerda, pero no quiere hablar de ello, al menos ni conmigo ni con Lysias. Ha hecho algún comentario vago, pero no cuenta lo que le sucedió, lo que sintió ni lo que siente.

Katerina recordó la noche en que concibieron a los gemelos. Él estaba conmocionado ante la posibilidad de que Zandra estuviera viva, de que la mujer que había llevado Lysias a Kalyva fuera su hermana.

«No sé lo que haré, si es verdad», había dicho con voz ronca, muy emocionado. « Si es mentira, la única respuesta es la venganza».

Katerina debería haberse guardado para sí lo que veía. Pero al notar que él estaba a punto de desmoronarse, abandonó toda cautela.

«No crees que sea mentira».

«No», había contestado él con expresión dolorida.

Ella se acercó para abrazarlo, sin saber qué otra cosa hacer, y diciéndose que era un abrazo amistoso.

Al principio, lo fue.

Él dejó que lo consolara. Y, a pesar de lo sucedido después, ella atesoraba esos momentos en que él le había mostrado un aspecto de sí mismo que no mostraba a nadie más.

–Creo que nunca estará en paz hasta que no se enfrente a ello –dijo Zandra–. Hasta que no lo cuente.

Katerina estaba de acuerdo y se percató de que Zandra deseaba que fuera ella la que la presionara porque creía que su boda con Diamandis sería por amor, como lo había sido la de Lysias y ella.

–Creo que has malinterpretado nuestra relación –intentó sonreír, como si no importara.

–No deja que nadie le hable como lo haces tú –respondió Zandra–. Puede que solo a mí. Puede que seas tú la que ha malinterpretado vuestra relación.

Katerina no supo qué contestar.

Capítulo 8

DIAMANDIS acudió a otra aburrida reunión y después debía acudir a otra más sobre la ceremonia y el banquete del día siguiente. La celebración duraría todo el día con el propósito de que los habitantes de Kalyva se sintieran parte de la nueva familia real.

Debía recoger a Katerina antes de ir a la segunda reunión, ya que se examinarían detalles de última hora que ella necesitaba conocer.

Podía haber enviado a su inútil ayudante o a un empleado competente, pero había un asunto que había ido retrasando: el anillo.

Lo llevaba en el bolsillo y experimentaba un dolor agudo cuando pensaba en él. Había otras posibilidades, desde luego, pero…

Era lo que su madre hubiera deseado. Claro que hacía mucho tiempo que había muerto y que, de seguir con vida, no aprobaría su forma de manejar aquella boda. Así que carecía de sentido preocuparse por ello.

Pero en los días anteriores, en que Marias no había dejado de repetirle que el hecho de que Katerina no llevara anillo estaba provocando habladurías, Diamandis intentó convencerse de que podía utilizar cualquier otro anillo de la familia como anillo de compromiso. Se había metido en el bolsillo otros, con el propósito de entregárselos a ella.

No lo hizo, porque su estúpida conciencia no se lo permitió.

A su madre le habría encantado Katerina, su fuerza, su serenidad y su forma de enfrentarse a él.

Así que volvió a agarrar el anillo de compromiso de su madre, que su padre había diseñado especialmente para ella.

Su indecisión lo había puesto de mal humor, que aumentó al comprobar que ella desayunaba antes que él, comía en sus aposentos e intentaba evitarlo en la medida de lo posible.

Se dirigió a los aposentos de Katerina y abrió la puerta del salón. Estaba sentada a una mesa, frente a un espejo. Había dos mujeres con ella a las que no reconoció y Stelios, una ayudante que solía trabajar en la organización de acontecimientos.

–Hola, Diamandis –dijo Katerina, mientras las ayudantes le hacían una reverencia, lo que ella debería haber hecho también–. Perdona que no me levante. Me siento muy pesada.

Antes de que él pudiera responder, señaló a Stelios.

–Stelios acaba de aceptar el puesto de secretaria.

–Buena elección –dijo Diamandis, aunque habría preferido que le pidiera permiso, en vez de decidir por su cuenta. Pero una reina debía tener autonomía. Eso era lo que decía su madre.

Pero él no estaba acostumbrado a compartir ni el poder ni el control propio de su posición.

–¿Nos dejáis solos un momento? –pidió a sus ayudantes.

–Me enfadaré mucho si resulta que tu secretaria es mejor que el mío.

–Deberías haber elegido a Stelios.

–Me preocupaba que trabajar tan cerca de su esposo la distrajera.

–Pues es una pena que no confíes más en ella y en Christos.

Katerina intentó levantarse sin conseguirlo. Él la ayudó y, como lo atraía como un imán, no la soltó, sino que la mantuvo lo bastante cerca de sí como para aspirar su perfume.

Ella no lo miró a los ojos y se quedó quieta, sin intentar soltarse, esperando.

Debería darle el anillo, pero, enojado, la soltó.

–Ya estoy casi lista –dijo ella agarrando unos pendientes de una mesita vecina. Se miró al espejo mientras se los ponía. Llevaba un sencillo vestido y zapatos planos para estar cómoda.

Él retrocedió hacia la puerta porque temía no resistir la tentación de acariciarla y de pedirle lo que le había negado.

–La reunión sobre los títulos será interesante, pero me he dado cuenta de que tengo lagunas sobre la historia del reino.

–Puedes utilizar la biblioteca familiar o recurrir al tutor de Zandra, si hay algo que quieras saber.

–No creo que el tutor pueda ayudarme en este tema –tras mirarse de nuevo al espejo se volvió hacia él–. ¿Qué pasó la noche del golpe?

Él se quedó helado. Involuntariamente dio un paso atrás. Tuvo que esforzarse mucho para que no se le notara la emoción en la voz.

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque voy a ser la reina, y me parece que debería comprender mejor los hechos de lo que puedan explicarme los libros de historia. Ni siquiera Zandra, que estaba allí, sabe qué pasó.

–Los libros te dirán todo lo que debes saber.

–Que no quieras hablar del asunto me indica que hay algo más.

Él se mantuvo inmóvil y la miró de arriba abajo.

Ella ni siquiera pestañeó. Su expresión era afectuosa. Le recordó la que lo había hecho recorrer el peligroso camino que los había llevado donde se hallaban.

Le había demostrado empatía, y él no había podido dominarse. No volvería a suceder.

–Lo que creas da igual, Katerina. Lo único que importa es que las cosas son como yo digo. Aunque vayas a ser la reina, mi voluntad prevalece sobre la tuya.

Ella apretó los labios y los ojos le brillaron de ira, pero habló con calma.

–Ni siquiera tú puedes transformar tus sentimientos en hechos, seas rey o plebeyo.

–Eres a la vez la futura reina y una plebeya. Lo que sientas carece de importancia.

Ella sonrió con frialdad. El afecto le había desaparecido del rostro.

«Era lo que querías», se dijo él.

–Sí, me has dejado muy claro que ni mis sentimiento ni los de ningún otro importan. Pero lo que debemos aclarar es que, aunque tú consideres que el papel de la reina se limita a cuidar de unos hijos que no deseas, yo lo considero una responsabilidad, la cual implica comprender lo sucedido durante el periodo más difícil de la historia de nuestro reino.

–¡Con qué facilidad se ha convertido en «nuestro»! ¿Te atreves a hablarme de responsabilidad? –preguntó Diamandis encolerizado.

–Sí –contestó ella, como si no le afectara su cólera–. Sé que te consideras el hombre más responsable e importante del país, y el mejor, pero lo cierto es que la base de la responsabilidad reside en tus empleados, de los que formé parte y de los que tuve que encargarme.

No iba a discutírselo. Ella había hecho eso y mucho más. Así que eligió su mejor arma para defenderse: la desaprobación distante.

–No tenemos tiempo de pelearnos, Katerina. Tenemos mucho que hacer para que mañana todo salga a la perfección. Si quieres agarrar una rabieta, será mejor que esperes a la luna de miel.

–Ah, ¿va a haber luna de miel? –preguntó ella en tono mordaz–. ¿A pesar de haberme negado a dormir en tu cama?

–Por supuesto. Debemos representar el cuento de hadas que el pueblo desea –le sonrió sabiendo que su pequeña victoria no iba a servirle para conseguir sus objetivos y que su mal genio lo volvía hostil.

Pero ella había escarbado en viejas heridas, y lo único que podía hacer era devolverle el golpe con fuerza y rapidez para evitar que esas heridas lo devoraran.

Katerina se culpó porque hubieran acabado discutiendo, cuando lo único que ella quería era atravesar la armadura de Diamandis. Sabía manejarlo mejor de lo que había hecho. No debería haberse dejado convencer por Zandra. Sabía que él utilizaría la frialdad como defensa ante su pregunta y que no era un asunto fácil de abordar.

Pero se había lanzado de cabeza como si fuera la primera vez que se enfrentaba a Diamandis y a su trauma.

Y podrían proporcionar al pueblo un cuento de hadas, pero sería falso.

Zandra se equivocaba. A Diamandis no le preocupaban sus sentimientos. Ella era un recipiente, nada más. Tal vez porque él había respetado y reconocido su trabajo, podría convertirse en una especie de ayudante. Pero intentar ser algo más sería tan inútil como lo había sido tratar de huir.

–No debemos llegar tarde a la reunión.

–No –dijo él, pero no abrió la puerta–. Quería hablar contigo a solas para poder darte el anillo de compromiso. Es algo que se me había pasado por alto. Marias me ha insistido en que lo haga, antes de que la gente se haga preguntas –sacó una cajita, la abrió y se la tendió.

El anillo tenía piedras preciosas incrustadas, pero no una grande en el centro. No se parecía a las joyas reales que ella conocía.

–No la reconozco.

–No, era de mi madre.

Katerina contuvo el aliento. No se lo esperaba. Él se lo puso.

–Es lo que el pueblo espera.

No la miró y Katerina supo que, aunque parecía distante, fingía indiferencia.

«Lo que el pueblo espera».

No sabía si estaba de acuerdo con eso. El pueblo esperaría lujosas joyas y aquel anillo, aunque hermoso y elegante, no era una de las famosas piezas que la familia real llevaba siglos luciendo.

Era el anillo personal de su madre, a la que había perdido trágicamente y a la que debía de haber querido mucho.

Diamandis iba consiguiendo lo que quería presionándola para que aceptara una vida que no deseaba. Era exigente y autoritario.

Lo había visto desmoronarse al recuperar a su hermana, tras años de ser una figura solitaria y estoica. Fue entonces cuando se dio cuenta de que un corazón latía bajo el hielo.

Pero él prefería el hielo. ¿Cómo no iba ella a entenderlo, cuando subyacía tanto dolor? ¿Cómo no iba a empatizar con él?

Él siguió sosteniéndole la mano después de haberle puesto el anillo.

–¿Estás seguro de que este es el anillo que quieres que lleve?

Él le soltó la mano, retrocedió y la miró.

–A mi madre le habrías caído muy bien

El cumplido hizo que a ella se le humedecieran los ojos. La reina Agata había sido muy querida por sus súbditos, así que era un cumplido, en cualquier caso. Pero que se lo dijera Diamandis implicaba algo más profundo.

–¿Por qué?

–Porque eres una mujer práctica y razonable, como ella.

–Diamandis…

–Vamos a llegar tarde, y eso no estaría bien.

Se volvió con brusquedad y abrió la puerta.

Y ella no dijo nada, porque era incapaz de expresar lo que sentía. Así que guardó silencio y salió.

Capítulo 9

DIAMANDIS soñó con su madre, lo cual le causó un terrible dolor que llevaba años sin experimentar y que creía haber erradicado tras el primer año de su muerte, cuando se le aparecía en sueños todas las noches.

Desde entonces, aprendió a ejercitar la mente y el cuerpo hasta el agotamiento para dormir sin soñar.

No era la mejor forma de comenzar el día de su boda, que sería un largo acontecimiento en que debería sonreír, saludar y actuar frente a los demás. Al menos quedaría mentalmente exhausto y esa noche podría dormir.

La noche de bodas.

Ese día se casaba con Katerina y sería padre al cabo de unos meses.

Se levantó y le llevaron el desayuno y todo lo necesario para vestirlo para la boda real, compuesta por la propia ceremonia, el desfile y la cena real.

Después se marcharían de luna de miel al viejo y aislado castillo que había al otro lado de la isla. Se tomaría unos días de descanso, cosa que rara vez hacía.

Y Katerina estaría con él y, para guardar las apariencias, deberían compartir habitación.

A ella no le gustaría. Y si se seguía comportando de forma tan poco razonable, a él tampoco.

Pero lo harían.

Cuando llegó Lysias, Diamandis pidió a los empleados que se marcharan. Lysias y él irían a la capilla. Diamandis necesitaba estar un rato a solas, y habría pedido a su cuñado que también se fuera, pero no era costumbre.

Rogó que este no intentara hablar de nada importante.

–Sé que me habéis dicho que no suponía ninguna complicación, pero os agradezco que hayamos intercambiado los papeles –dijo Diamandis.

–Seguro que encuentro el modo de que me devuelvas el favor –afirmó Lysias sonriendo.

El amigo de la infancia de Diamandis era muy diferente del hombre en que se había convertido, como si fueran dos personas distintas.

Después del golpe de Estado, se lo había considerado un traidor, igual que a los padres de Diamandis, por obra de sus crueles consejeros, mientras a él lo impedían tomar decisiones.

Los padres de Lysias fueron condenados a muerte por apoyar el golpe y él tuvo que exiliarse a los doce años de edad.

Diamandis creía que era un milagro que Lysias lo hubiera perdonado. Aunque no fue él quien dio la orden, a pesar de que se daba cuenta de que era un error, no lo ayudó porque pensó que corregir el error causaría más agitación.

Y la princesa seguía desaparecida. Estaba seguro de que, aunque los Balaskas fueran inocentes, ocultaban algo.

Sin embargo, Lysias le devolvió a Zandra y salió a la luz que había salvado a la princesa.

Diamandis no se perdonaba los años de sufrimiento causados a su amigo de la infancia. De haber sido más fuerte, no habría consentido que sus consejeros tomaran aquellas decisiones.

–Espero que la expresión de tu rostro no se deba a la idea de la boda. El pueblo no se va a creer que te casas por amor, si pones esa cara –dijo Lysias mientras se dirigían a la capilla.

Diamandis no quería hablar de ello, así que respondió con vaguedad.

–Pensaba más en el pasado que en el futuro.

–Dudo en darte un consejo, sabiendo cómo reaccionabas a eso cuando éramos niños.

–Pero es que entonces éramos eso: niños.

–¿Tanto has cambiado o simplemente has aprendido a disimular el mal genio por obligación?

–Hay muchas cosas que me he visto obligado a hacer.

–Claro. No me imagino cómo es ser rey, pero si sé lo que es ser esposo y futuro padre.

Diamandis no deseaba ser llamado de ninguna de las dos maneras, pero era el castigo por sus errores, por su descuido, y las aceptaría como todo lo demás, porque era su deber.

Lysias continuó hablando.

–Pasé la adolescencia y los primeros años de mi vida adulta creyendo que todos aquellos a los que quisiera morirían o me traicionarían, porque eso era lo que había aprendido en la infancia.

Diamandis siguió sin decir nada.

–Pero eso no es vida. Podemos permitir que el pasado nos defina hasta el punto de que no nos deje vivir de verdad o enfrentarnos a las tragedias e intentar seguir viviendo, a pesar de ellas. Dejé que mi pasado se definiera por su momento más trágico, en vez de recordar todo lo bueno que me había sucedido.

–Hablas como tu esposa –murmuró Diamandis, sin saber qué decir. Carecía de argumentos, salvo el que sabía que su viejo amigo le rebatiría.

«No me merezco vivir de verdad».

–Sí, pero sé algo que ella no sabe, porque no lo recuerda. Me alegro por ella, pero yo recuerdo a tus padres. Aunque eran las personas más poderosas de Kalyva, eran buenas y amables. No querrían que su hijo se comprometiera ciegamente con el trono y nada más. Querrían que tuvieras lo que ellos tenían, y creo que ahora se te presenta la oportunidad, si te olvidas de tus ideas preconcebidas de lo que debes hacer y te centras en lo que podrías hacer.

Diamandis intentó no pensar en lo que sus padres querrían para él. Estaba centrado en la Corona y solo en ella.

Porque esta se podía controlar, a diferencia del amor y la familia. Lo había aprendido encerrado en un calabozo oyendo los gritos de sus padres y hermanos sin poder hacer nada para salvarlos.

Su padre confiaba en un hombre al que consideraba su hermano y este había abierto las puertas del palacio a la facción política descontenta.

Cuando amabas, no podías proteger lo que importaba.

Cuando amabas, fracasabas y hacías cosas que no podían salir a la luz.

Así que Diamandis no habló ni pareció haber escuchado a Lysias. Esperó a que les dieran la señal de entrada a la capilla y avanzó sin decir nada ni mirar a su cuñado.

Porque él era la Corona, y nada más.

Katerina llevaba un vestido adornado con pedrería y encaje. Lo habían modificado para que se adaptara a su vientre y estatura. Pero tenía claro que no era suyo.

Ni la boda ni el esposo ni la Corona.

De todos modos, estaba emocionada. Iba a decir «sí, quiero» al rey Diamandis Agonas, y no debería desear decirlo.

Pero lo haría.

Así que esperó, frente a las grandiosas puertas de la capilla real, a que le dieran la señal de entrada.

Sola.

En realidad, sola no, sino rodeada de ayudantes que le retocaban el vestido y las flores. Pero nadie recorrería con ella la nave hasta el altar. No tenía un padre que lo hiciera y no había invitado a su madre. Pero deseaba tener a su lado un rostro amable.

Se llevó las manos al vientre.

–Yo siempre lo seré para vosotros –susurró. Daría a sus hijos lo que ella no había recibido.

Alguien carraspeó detrás de ella. Katerina se volvió. Era Christos.

–Alteza –Christos inclinó la cabeza.

Katerina pensó que debería estar protegiendo a Diamandis, no fuera de la capilla.

–¿No deberías estar dentro?

Él le tendió el brazo.

–Diamandis cree que tal vez necesite un rostro amable que la acompañe hasta el altar.

–¿Cómo sabe Diamandis que te considero un rostro amable? –Christos se dedicaba a proteger a Diamandis. Katerina había hecho amistad con muchos de los empleados del palacio, cuando era la secretaria de Diamandis, pero Christos había sido para ella una especie de figura paterna, con quien se sentía segura. Por eso había recurrido a él para huir de Kalyva.

Eso no lo sabía Diamandis, ya que, si no, no seguiría siendo su chófer y guardaespaldas.

–Le confesé que la había ayudado a huir, pocos días después de que lo hiciera. Me resultaba insoportable el miedo a ser descubierto.

Ella lo tomó del brazo.

–¿Y no te despidió?

–Es lo que me esperaba. Le ofrecí mi dimisión. Pero él me dijo que, si tantas ganas tenía usted de marcharse, había hecho bien en ayudarla. Se alegró de que hubiera tenido alguien a quien recurrir.

–No lo entiendo.

–Puede que ni siquiera él se entienda –repuso Christos, cuando las puertas se abrieron para que entraran.

Recorrieron la nave para llegar donde estaba Diamandis; su rey, su futuro esposo. Estaba muy guapo vestido de blanco.

Le había regalado el anillo de compromiso de su madre y enviado a un amigo a que la acompañara hasta el altar. Por debajo del muro que había levantado para protegerse, era un buen hombre.

Christos se inclinó ante el rey y le entregó el brazo de Katerina. Él lo tomó y la acercó al altar. Ella notó la mirada de él y el deseo en ella.

Siempre estaría ahí. ¿Podría ella resistirse eternamente?

El obispo dio comienzo a la ceremonia, pero Katerina no oyó lo que decía, porque miraba el rostro de Diamandis, que a su vez la miraba como si estuvieran completamente solos y aún pudieran decidir no seguir con aquello.

Diamandis la frustraba y encolerizaba, pero le había dado más que ninguna otra persona: amabilidad, respeto y confianza. Había creído en ella como secretaria y, ahora, como reina.

Tal vez no pudiera amarla, pero la había ayudado más que nadie porque, si alguien intimaba con ella, su madre siempre conseguía alejarlo. Y aún podía hacerlo.

–Sí, quiero –dijo Diamandis con firmeza. Katerina prestó atención para responder al obispo con las palabras adecuadas para que los declarara marido y mujer.

Rey y reina.

Para siempre.

Y no quiso huir. El miedo que se había apoderado de ella al saber que estaba embarazada había desaparecido. Pasara lo que pasase, él se había comprometido con ella y mantendría su compromiso. Aunque no fuera el esposo y padre que ella deseaba, no la abandonaría.

Él la besó castamente en los labios y se volvió hacia los invitados.

Oficialmente, Katerina ya era la reina. Y no era un castigo ni un trabajo. Rodeada por la familia de él, por la corte y el pueblo, se dio cuenta de que era la vida.

Su vida.

La de los dos.

Y debería sacarle el máximo partido.

Capítulo 10

EL desfile y la cena fueron interminables.

Katerina estaba preciosa. El blanco del vestido contrastaba con el dorado de su piel, y Diamandis no podía dejar de mirarla, por lo que, cuando no estaba a su lado, la buscaba con la mirada. Ella sonreía a todos aquellos con los que hablaba. Comía y charlaba con Zandra.

Parecía feliz.

Y él deseó formar parte de esa felicidad.

Pero cada vez que sus miradas se cruzaban, veía algo distinto. Como si por haber dicho «sí, quiero», las cosas hubieran cambiado y ella lo mirara con una calidez que hacía que se sintiera…

Al borde de un precipicio.

Cuando la cena terminó, no encontró a Katerina. Tras preguntar a muchos invitados si la habían visto, la halló en un rincón con Zandra y una prima segunda de su madre. Zandra tenía en brazos a un bebé, que debía de ser de Monika, y Katerina le acariciaba la mejilla.

–Es hora de irse. Nos espera el avión.

El personal se encargaría de todo, mientras Zandra y Lysias los despedían oficialmente.

–Creo que el avión podría esperar al rey y a la reina si así lo deseamos.

–Pero es que no lo deseo –como era la costumbre, no tenían que despedirse oficialmente, sino que podían escabullirse como dos tortolitos.

–En todos los años que trabajé para ti, creo que nunca fuiste a Anavolí –comentó Katerina. Parecía tranquila y relajada, a pesar del embarazo y del

día agotador.

Él había dejado de entenderla. Debía de tener su propia idea del nuevo papel que desempeñaba en la vida de él, pero Diamandis no sabía cuál era.

Ella siguió hablando de Anavolí, el castillo real para ir de vacaciones.

–Habría pensado que se trataba de una invención, de no haber tenido que encargarme de organizar las visitas allí de tus aliados políticos.

–Hace tiempo que no voy por exigencias del gobierno del reino. Odio tener que marcharme ahora, pero el pueblo espera semejante despliegue de…

–¿Idilio?

–Más o menos –contestó él.

Al salir, Christos los esperaba con el coche. Los llevó al aeropuerto y se ocupó de las medidas de seguridad. Incluso se sentó al lado del piloto, mientras Diamandis y Katerina tomaban asiento en la cabina.

Ella charló durante todo el viaje sobre la gente que había conocido ese día y sobre aquella con la que había trabajado. Esa no era la Katerina que él conocía, lo cual lo desequilibraba.

Volvió a pensar que parecía feliz. Estaba radiante. No era la mujer que se había negado a casarse con él en Atenas; ni siquiera la que le había dicho que quería que fueran socios.

Era una nueva Katerina. Y él quiso reírse con ella, mientras le contaba que Marias había bebido mucho champán, se había resbalado de la silla y se le había caído el peluquín. Pero miró por la ventanilla y observó que iniciaban el descenso.

–¿Por qué le pediste a Christos que me llevara al altar?

Él siguió mirando por la ventanilla.

–Necesitabas que alguien lo hiciera.

–Pero el plan era que recorriera la nave sola. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

Diamandis había visto la multitud y la larga nave, y la idea de que tuviera que enfrentarse a ambas solas le revolvió el estómago. Pero no iba a decírselo.

–Me lo propuso Christos.

–No es eso lo que me ha dicho.

–Pues es lo que sucedió –mintió Diamandis con facilidad. Al fin y al cabo, su vida se basaba en una mentira, en un secreto.

Aterrizaron y los condujeron a un coche que los llevaría al castillo.

Anavolí era mucho más pequeño que el palacio real. Se había construido, hacía un siglo, para una frágil princesa, y el rey pensó que una residencia más pequeña le prolongaría la vida.

Y así fue. Se casó y tuvo hijos allí, por lo que se convirtió en un lugar de retiro para cualquier miembro de la familia real que necesitara descansar.

Sus padres habían llevado allí de vacaciones a Diamandis y a sus hermanos. Él había vuelto varias veces, tras su muerte, para demostrarse que era más fuerte que los recuerdos. Pero entonces era más joven.

El trayecto hasta el castillo fue corto. Cuando Diamandis ayudó a Katerina a bajarse del coche, ella gimió de placer.

–¡Qué bonito en la oscuridad! –exclamó sonriendo–. Se oye el sonido de las olas. Me recuerda a las playas de mi casa.

–Te criaste en Seir, ¿verdad? –preguntó él sin mirar el castillo ni imaginarse el mar detrás del edificio.

Ya lo vería cuando saliera el sol.

–Sí. No diré que tuviera una infancia feliz, pero me encantaban las playas. Me encantaba bañarme.

Diamandis no dijo nada, mientras entraban en el castillo. Allí tenía pocos empleados, que los estaban esperando y los condujeron a su habitación.

–Me temo que tendremos que compartirla, para evitar habladurías sobre la luna de miel.

Katerina se dirigió al balcón abierto, que daba al mar.

–Da igual. No entiendo por qué no vienes aquí más a menudo –dijo ella aspirando la brisa salada.

Él no salió. Era más seguro quedarse dentro y verla desde lejos.

–Pensaba ofrecérselo a Zandra y Lysias como regalo de boda, pero prefieren el bullicio de la ciudad. De todos modos, es un buen sitio para que traigan a sus hijos a pasar las vacaciones de verano.

Ella se volvió hacia él.

–¿Haremos lo mismo nosotros?

–Tal vez, aunque las responsabilidades de la Corona no suelen permitir que me ausente. Pero tú podrás traer a los niños cuando quieras.

Ella miró el mar de nuevo.

–Primero tendrán que nacer.

Se produjo un silencio que Diamandis no supo cómo romper. Katerina lo hizo rápidamente, aunque no con palabras. Comenzó a bajarse la cremallera del vestido.

–¿Me ayudas.

–Si entras, llamaré a una doncella.

–No, simplemente bájame la cremallera y yo me ocuparé de lo demás.

Entró en la habitación y se colocó de espaldas a él, que no tuvo más remedio que bajarle la cremallera. Su hermosa espalda quedó al descubierto.

Diamandis retrocedió, mientras ella acababa de bajársela.

–Es muy bonito y debería conservarse para algún acontecimiento histórico. Pero pesa mucho, y quiero quitármelo –el vestido cayó al suelo.

Ella se volvió. Llevaba lencería de encaje destinada a seducir a un hombre.

Todo aquello resultaba muy sospechoso.

–Creí que querías que solo fuéramos socios –no podía apartar la vista de ella.

–Así es. Creía que podría protegerme el corazón si no mezclábamos los asuntos importantes con una relación física. Pero es una tontería establecer compartimentos. Nuestra vida es nuestra vida, a pesar de todo –se quitó la lencería y se quedó desnuda delante de él.

Su hermosa y perfecta reina.

Diamandis permaneció inmóvil.

–Quiero que seas mi rey –dijo ella acariciándole el pecho y el cuello–. Aquí, en nuestra noche de bodas, que nos pertenece a nosotros, no a Kalyva.

Ella había dicho algo sobre el corazón y estaba en lo cierto: los negocios requerían tener la mente despejada y no mezclarlos con el deseo.

Él era únicamente Kalyva.

«Sé fuerte. Endurece el corazón. Haz lo que hay que hacer, por muy difícil que te resulte. Resístete a los sentimientos».

Resistirse a ella demostraría su poder. Sería una acción inteligente, por lo que debería llevarla a cabo. Pero ella era suya.

Así que no se resistió.

Los besos de él, como la vez anterior, hicieron arder a Katerina, pero en aquella ocasión quiso demostrarle todo lo que podía ofrecerle. No quería poner su deseo de él en una caja y los sentimientos encontrados que le provocaba en otra. Estaban mezclados.

Esa noche, iba a demostrarle ternura y cariño, algo que él no deseaba, pero que necesitaba con desesperación. E iba a hacerlo si miedo, sin reprimirse.

Sabía que había sido él quien había mandado a Christos que recorriera con ella la nave de la capilla. También sabía que aquel castillo tenía un significado especial para él y que le dolía haber vuelto.

Lo conocía. En lo bueno y en lo malo.

Así que calmó el deseo salvaje de él acariciándole la espalda, apartando la boca de la suya y besándolo repetida y suavemente en la mejilla.

–¿Qué haces?

–Tomármelo con calma –lo besó en las clavículas mientras le desabotonaba la camisa muy despacio: un botón, un beso. Luego lo abrazó y gozó de su calor y de la firmeza de su torso.

Le puso la mano detrás del cuello y le levantó la barbilla con el pulgar para que la mirara.

–Diamandis… –comenzó a decir, a su pesar. Debería ser más inteligente, pero…

–No digas nada –dijo él con voz ronca y dolorida. Ella se dio cuenta de que intentaba controlar la situación, porque le parecía que se le escapaba de las manos.

Le daba miedo lo que creía que estaba pasando entre ellos. Y aunque no fuera lo mismo que ella sentía, al menos era algo, aunque él se negara a reconocer eso sentimientos, ese miedo.

Katerina asintió y se entregó a él y a su deseo.

Él le tomo un seno en la mano y le acarició el endurecido pezón con el pulgar. Ella cerró los ojos para sumergirse en la sensación. No quería dominarse ni pensar, solo deseaba sentir placer, suspirar y gemir.

Él se metió el pezón en la boca y lo chupó y lamió hasta que ella comenzó a jadear y a olvidarse de la lentitud y el romanticismo.

Echó la cabeza hacia atrás. El deseo que la dominaba era tal que decidió rendirse a él.

Le introdujo los dedos en el cabello temblando de deseo. Él seguía con la boca en sus senos, pero deslizó las manos hacia abajo, hasta el caliente centro de su feminidad. Ella alcanzó el clímax inmediatamente diciendo su nombre entre gemidos.

Él se enderezó, pero ella se aferró a su cuerpo y abrió los ojos. Se percató de que él intentaba retroceder, poner distancia entre ambos. Así que lo condujo a la cama, antes de que consiguiera hacerlo, lo tumbó, se sentó a horcajadas sobre él y guio su grueso miembro a su interior. Los ojos de él eran llamas oscuras. La agarró con fuerza de las caderas, como si ella fuera el centro de todo lo que tenía.

Y Katerina deseaba serlo.

Se movió lentamente, mientras él miraba el punto de su unión, el largo y lento deslizamiento, la deliciosa fricción.

Ella volvió a aproximarse al orgasmo y perdió el sentido del ritmo y él la agarró con más fuerza y arqueó la espalda para tomar el control. La miró a los ojos.

–Eres mía.

Pero ella sabía que no quería que fuera suya.

Aunque lo era.

–Dilo –le exigió él, un rey acostumbrado a dar órdenes y a que se lo obedeciera.

–Soy tuya, rey mío.

Él aumentó el ritmo mientras ella se rompía en pedazos una y otra vez. Cuando él rugió al alcanzar el clímax, ella estaba sin fuerzas, saciada y más feliz que nunca.

Daba igual que supiera que duraría poco.

Capítulo 11

DIAMANDIS estaba en el balcón contemplando el mar. El sol asomaba por el horizonte.

No había dormido

Katerina le había hecho algo, aunque no sabía el qué, que lo había removido por dentro y lo había dejado sin nada seguro a lo que aferrarse.

«Soy tuya, rey mío».

Se excitó al pensarlo y supo que, si volvía a entrar en la habitación, ella lo haría suyo. Las tornas habían cambiado, y se sentía impotente, sin saber cómo recuperar el poder.

Además, le pesaba la terrible verdad de lo que había hecho, que nadie conocía.

Casi nadie.

Dicha verdad la horrorizaría tanto que querría alejarse de él. Pero ¿se arriesgaría a que esa información saliera a la luz, a cambio de solucionar la situación en que se encontraba?

No, tendría que ser más fuerte. Desempeñaría el papel de obediente esposo sin sentir nada. Simplemente, debería tener cuidado. Además, ella se sentiría incómoda durmiendo con él. Después nacerían los niños y necesitaría tiempo para recuperarse.

Él podría mantenerse al margen al tiempo que daba la imagen de devoto esposo. No quería que ella se sintiera desgraciada. Antes, ella había sido una especie de compañera por hacer bien el trabajo y por estar ahí. Y él se

había dado cuenta, cuando ella ya no estaba, de que sentía un vacío en el pecho y de que le gustaba su compañía.

Y la había echado de menos.

Por cosas relacionadas con el trabajo, desde luego. Porque, ¿qué había además de Kalyva? Nada. Así que se había sentido libre al tener a su lado a una persona que no necesitaba que se comportara de una determinada manera.

Ella sería una madre estupenda, entregada y cariñosa. Diamandis no se atrevía a imaginarla con los niños en brazos para no olvidarse de lo verdaderamente importante: sería tan buena madre que él no necesitaría intervenir.

Las necesidades del reino eran lo primero.

Si conseguía que lo entendiera, podrían ser los socios que ella deseaba y él recuperaría la compañía que había perdido cuando ella se había ido. Todo ello sin renunciar a lo que disfrutaban juntos en el dormitorio.

Oyó ruidos. Y antes de que se diera cuenta, Katerina estaba a su lado acariciándole la espalda.

–Buenos días –dijo bostezando.

Él no la miró. Sería una distracción demasiado grande, ya que todavía no pisaba terreno firme.

–Deberías estar durmiendo –dijo él.

–Pues parece que tú no duermes nada.

Lo abrazó por los hombros y se apoyó en él.

–¿Qué te preocupa? –preguntó ella como si fuera algo normal despertarse juntos, casados, y conversar.

Y conocerse lo bastante para ver a través de cualquier máscara que llevaran.

Eso no lo había hecho sentirse amenazado cuando era su secretaria. Le pareció práctico, siempre que Katerina no descubriera la atracción que experimentaba hacia ella.

Pero, tras el regreso de Zandra, todo se trastocó y, meses después, él aún no había recuperado sus defensas.

Y temía que no lo haría con Katerina a su lado.

–Has llevado el peso de todo desde que tenías catorce años. Solo eras un niño.

–Era lo suficientemente mayor para gobernar el país.

–Eras un niño. Que lo aceptes o no es otra cuestión. Ahora eres una persona adulta, por lo que no sé por qué no compartes parte de tus responsabilidades con tu esposa, que, además, es la reina.

Una vez, él había compartido las responsabilidades y la pena con los hombres que habían prometido apoyarlo, con aquellos en quien su padre confiaba, creyendo que defenderían sus intereses y los de Kalyva.

Y se aprovecharon de él. Si no se hubiera percatado a tiempo, su reinado habría concluido.

–Vamos a desayunar.

Ella suspiró, pero no protestó. Lo besó en la mejilla, un pequeño gesto de afecto que él siempre pedía a Zandra y Lysias que hicieran en privado.

Parecía que ella hacía caso omiso de lo que le había dicho sobre cómo sería su matrimonio.

Entraron de nuevo en la habitación.

–No sé qué pretendes, Katerina.

Ella se puso una bata sobre el camisón y lo miró desconcertada.

–No pretendo nada, salvo vivir la vida y no torturarme –sonrió acercándose a él.

Se comportaba como hacía antes, cuando era su secretaria: lo desafiaba constantemente sin importarle su forma de reaccionar. Estaba contenta con su situación, con independencia de lo que él creyera.

Y entonces lo besó afectuosamente de nuevo, mientras él se quedaba inmóvil intentando entenderla.

–Hemos tomado una decisión –dijo ella con las manos en los hombros de Diamandis–. Estamos casados y vamos a ser padres. En beneficio de mis hijos, voy a aceptar lo que la vida me ofrece y a sacarle el máximo partido.

–¿Y qué te ha provocado esa actitud tan alegre?

–Me has regalado el anillo de tu madre y me mandaste a Christos para que me acompañara al altar. Y finjo creer que mi madre no quiso venir a la boda y montar una escena, pero sospecho que te aseguraste de que no viniera.

Era cierto. Cuando Katerina le había hablado del problema que le suponía su madre, él había tomado medidas para mantenerla alejada de ella y del palacio.

–No lo he hecho por ti.

–Puede que no, pero, con independencia de los motivos que te hayan impulsado a hacerlo, has sido bueno y amable conmigo, a pesar de mis deseos de estrangularte. También lo fuiste cuando era tu secretaria. Creo que podemos construir una buena vida juntos, si te lo permites a ti mismo.

Hablaba con mucha seguridad, como si su optimismo fuera a conseguirlo.

–¿Acaso no sabes que las dificultades de la vida pueden destruirlo todo?

Pensó que ella se ofendería, pero se limitó a mirarlo con compasión. Incluso le dio unas palmaditas en la mejilla, como si fuera un pobre niño desorientado.

–La vida es dura, Diamandis, y la tragedia, inevitable, pero eso no implica que no puedas disfrutar de la vida. De hecho, implica que la disfrutes más, cuando es buena.

–¿Y la nuestra lo es? Tienes un marido que no deseabas tener, del que huiste para quedarte con tus hijos.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Ella le quitó la mano de la mejilla, pero no retrocedió ni dejó de mirarlo.

Y él se percató de que era eso lo que esperaba que hiciera: retroceder, dolida y callada, y retirarse. Era la reacción que le hubiera gustado.

–¿Prefieres que me disculpe por la decisión que he tomado? –preguntó con voz tranquila.

Él frunció el ceño.

–Pues no puedo hacerlo. Al marcharme intentaba salvarte. No es que sea altruista, sino que no quería añadir más responsabilidades a las que ya tienes. En parte, no quería verte así; y, en parte, no quería verte sufrir ni empatizar contigo. Me fui porque no deseaba ser una carga para ti, después de haberme pasado años tratando de librarte de la que ya tienes.

Él se quedó sin palabras ante su sinceridad, ante su…

Mentía. Lo estaba engañando. Intentaba ablandarlo.

Durante años, ella lo había librado de parte de sus responsabilidades, sin que él se lo pidiera. Siempre acudía, cuando la necesitaba.

–Y, en parte, me fui porque no quería ser como mi madre, deseosa de ser una carga para todo el mundo. No sé a cuántos hombres poderosos intentó convencer de que yo era su hija.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él, sorprendido.

–Me exhibía ante cualquier hombre con el que se hubiera acostado y al que creyera que podía convencer de que aceptara la paternidad. No era muy exigente a la hora de elegirlos, ni antes ni después de que yo naciera. Solo lo intentaba con quienes tenían dinero, lo que me hace pensar que mi padre no lo tenía. Pero no soy como ella. Claro que cometo errores, pero querré a mis hijos más que a mí misma.

Ella seguía hablando del amor como si no fuera un arma, como si hubiera que buscarlo, como si sirviera de protección, cuando lo único que hacía era destruirlo todo.

–Así que no me considero altruista. Tomé la decisión de marcharme por mis hijos y por ti. Y quiero sacar el máximo partido de nuestra situación actual por el mismo motivo. Querré a la familia que formemos, a pesar de ti.

Esbozó una hermosa y franca sonrisa.

–¿Te importa pedir que nos suban el desayuno al balcón, mientras me visto? Estoy hambrienta.

Sin añadir nada más, se fue dejándolo totalmente confuso.

Katerina desayunó contemplando el mar, disfrutando con la incomodidad de Diamandis.

Sabía que él se había pasado la vida dividiendo las cosas en compartimentos. Ella lo había ayudado, pero eso se había acabado. Si, en adelante, quería seguir manteniendo las cosas separadas, tendría que hacerlo solo.

Él la observó mientras comía. Al principio a ella le pareció que contaba cada bocado, pero después comenzó a mirarle la boca con intensidad.

Katerina sintió una punzada de excitación. La noche anterior había sido hermosa. Él se burlaría de esa palabra, pero lo había sido. Y a ella le había parecido que su matrimonio podía funcionar.

Sabía que él levantaría más muros, pero tal vez pudiera derribarlos todos, pensó mientras acababa de desayunar y se pasaba la lengua por los labios observando su reacción.

–Vamos a ir a bañarnos –dijo él.

–¿Ah, sí?

–Me has dicho que te gustaba bañarte en Seir.

–Sí –y esperaba hacerlo en Anavolí, pero no que él la acompañara.

–Te he conseguido un bañador y crema protectora. Será mejor que nos vayamos antes de que haga más calor.

Ella entró en la habitación y halló un bonito bañador para embarazadas, un sombrero, un pareo y unas sandalias. Los empleados habían pensado en todo.

Cuando volvió al lado de Diamandis, él también se había vestido para bañarse. La miró de arriba abajo sin decir nada, y ella se esforzó en no sonreír. Era placentero y liberador que la deseara.

En la playa habían colocado sillas y sombrillas, agua, zumos y aperitivos.

Katerina miró a su esposo, que contemplaba el mar con una expresión inescrutable.

De niño, iba allí con su familia. Ella se imaginó que intentaba no recordarlo. Lo dejó solo y se metió en el mar. El agua estaba agradablemente fría.

Le resultó extraño volver a estar en el mar, después de tantos años. Se sentía más ligera y optimista, como cuando conseguía huir de su madre y bañarse con libertad.

No sabía cuánto tiempo llevaba nadando, pero hacía mucho tiempo que no sentía tanta calma. Sus pensamientos y sentimientos giraban en torno a su esposo.

Aunque no había querido tener esposa e hijos, no les daría la espalda ni…

Unas fuertes manos la agarraron de la cintura.

–No deberías alejarte tanto de la orilla.

Él la miró con severidad asiéndola con fuerza. El agua le goteaba del oscuro cabello. Y ella no entendió cómo podía seguir pareciendo un rey en bañador y en medio del mar.

–Nado bien, Diamandis.

–Me da igual. No es seguro, sobre todo en tu estado.

–¿Te refieres a mi embarazo?

–Sí. Y como eres mi esposa y ellos son mis hijos, quiero asegurarme de que estáis a salvo.

Ella no le contestó. Sabía que con él estaba a salvo. También sabía que, en aquellos momentos, él veía una noche en la que había perdido mucho. Y ella no quería que la recordara en aquel hermoso día en la playa.

Cambió de tema.

–¿Qué más sabes de mí?

–¿A qué te refieres?

–Sabes dónde me crie. No me había dado cuenta de que jugabas con ventaja, porque habrías verificado mi currículo y hablado con quien habría dado buenos informes de mí ya que, en caso contrario, no me habrían contratado para trabajar contigo.

–Sé a qué escuela fuiste, qué estudiaste y qué calificaciones obtuviste; las becas que recibiste y tu historia laboral.

–¿Y lo que no se relaciona ni con estudios ni con trabajo?

–No entiendo a qué te refieres.

–Me pica la curiosidad, por si alguna vez se duda de nuestra unión. ¿Qué dirías para demostrar que nuestro matrimonio… –no se atrevió a decir «ha sido por amor»–… que nuestro matrimonio es de verdad?

–Diría que soy el rey de Kalyva y que cualquier duda podría considerarse traición y conducir a la cárcel.

Ella suspiró profundamente, movida por las olas. Lo que la mantenía en su sitio eran las manos de él en su cintura.

–No es eso lo que deberías hacer.

–¿Qué debería hacer?

–Servirte de tu capacidad para la actuación y fingir que te caigo bien.

–Me caes bien, Katerina. De no ser así, no habrías sido mi secretaria durante tantos años.

–Porque soy eficaz.

–Porque eres brillante.

No se lo esperaba.

–Cuando trabajabas para mí no lo apreciaba porque no sabía lo mal que se podía hacer el trabajo. Lo sabías todo, manejabas a todo el mundo y me hiciste la vida más fácil con ello.

–No sé si eso significa algo más que ser eficiente.

–Tu color preferido es el púrpura. Te gustan los perros pequeños, como el que tiene la señora Markis. No te gustan las aceitunas.

Ella pensó en la primera noche de vuelta al palacio, cuando él le había dicho que sabía lo que le gustaba, por lo que le habían servido una cena tradicionalmente con aceitunas sin ellas.

Tenía que haber encargado con antelación el traje de baño para que estuviera allí esa mañana. Y era púrpura, su color preferido.

De repente, aquello dejó de gustarle y comenzó a pesarle y a tener significado.

–¿Contesta eso tu absurda pregunta?

Lo hacía de varias formas. Se trataba de cosas pequeñas, sin importancia.

Pero conformaban lo que ella era y no tenían relación con lo que había sido para él como secretaria. Si él había asimilado toda aquella información…

Katerina no sabía verdaderamente lo que era el amor. Nunca la habían amado. Su madre era incapaz de hacerlo y a su padre no lo conocía. Había tenido amigos, pero de forma temporal.

A Diamandis lo habían querido de niño, pero llevaba casi toda la vida soportando el peso del reino en sus hombros y sin nadie que lo quisiera. Así que Katerina creía que tampoco sabía lo que era el amor.

–Vamos. No debes estar al sol demasiado tiempo. Te vas a quemar.

–Me gusta sentir el calor del sol –o tal vez quería prolongar aquel momento en que pensaba que podía ser para él algo más que una secretaria o la madre de sus herederos.

–He leído que no es bueno para los bebés.

–¿Lo has leído?

–Sé leer, Katerina –contestó él con sequedad y ella se echó a reír.

Mientras volvían de la orilla, pensó en el hecho de que se hubiera informado acerca del embarazo, lo cual hacía que sus comentarios sobre mantener a salvo a su familia fueran más conmovedores.

Ella sabía que su sentido del deber era lo primero, pero no tenía por qué cumplir con su deber él solo. Para eso tenía empleados. Que él estuviera allí, con ella, y de que supiera tantas cosas sobre ella se debía a…

A que así lo deseaba. ¿O acaso a que no podía evitarlo porque experimentaba algo más profundo que su sentido del deber?

Volvieron al castillo y ella fue a ducharse.

«No te gustan las aceitunas», había dicho él, lo que implicaba que se fijaba en que siempre se las dejaba en el plato.

Ella creía que era la única que se fijaba en los detalles.

Se vistió para la cena, aunque no tenía mucha hambre.

Salió al balcón, donde estaban sirviendo la cena. No había aceitunas en ninguna de las bandejas, aunque a él le gustaban.

En el centro de la mesa había un ramo de flores como las de la boda. Y recordó que él siempre le había regalado uno por su cumpleaños.

No era algo inusual, ya que todos los empleados recibían un regalo ese día. Pero en su primer cumpleaños en el palacio, él le había regalado un ramo de hibiscos.

«Son mis preferidas. ¿Cómo lo sabías?».

Supuso que algún empleado había llamado a la floristería y preguntado si conocían sus preferencias.

Y ahora observó que el ramo contenía hibiscos. Miró a Diamandis, mientras este se sentaba.

–¿Quién ha hecho los arreglos florales para la boda? –preguntó intentando parecer despreocupada.

Él enarcó las cejas.

–¿Cómo dices?

Ella trató de sonreír, a pesar de que el corazón le latía desbocado.

–¿Qué empleado eligió las flores para la boda?

–Creo que Portia, una empleada, las encargó.

–¿Pero las eligió ella?

–Supongo que sí.

–¿Por qué?

Él se encogió de hombros. Era evidente que esas preguntas le resultaban extrañas.

–Porque no quiso hacerlo nadie más.

–¿Por qué elegiste hibiscos?

Diamandis frunció el ceño.

–La verdad es que no presté mucha atención –contempló las flores como si se estuviera percatando de lo mismo que ella, de todos los detalles en cada uno se había fijado del otro sin ser consciente.

–Son mis preferidas –dijo ella en tono serio, como si lo estuviera confesando, como si significara algo más.

–Estoy seguro de que Portia lo sabía.

Pero no había sido Portia ni nadie.

Había sido él. Sabía lo de las aceitunas y lo de las flores. No había despedido a Christos porque se había alegrado de que alguien se hubiera

ocupado de ella cuando huyó, por muy furioso que se hubiera puesto. Incluso le había pedido que la acompañara al altar.

Él la conocía y se había ocupado de ella durante años de muchas formas, igual que ella se había ocupado de él. Ella creía que formaba parte de su trabajo saber cómo le gustaba el café, asegurarse de que su asiento no se hallara al lado de alguien a quien no soportaba o comprarle un regalo de cumpleaños que sabía que le gustaría y que siempre ponía en el despacho.

Sin embargo, no era simplemente el trabajo de una secretaria, por mucho que ella se intentara convencer de lo contrario.

–¿Vas a sentarte? ¿Has estado demasiado tiempo al sol?

–No, estoy bien –se sentó e intentó respirar con normalidad.

No se había sorprendido al darse cuenta de que podía estar enamorada de él, una idea que la había perseguido durante años, sino la posibilidad de que él la correspondiera.

Diamandis nunca lo reconocería, pero ella debía decírselo en aquel mismo momento, cuando todos los años pasados juntos parecían tejer un hermoso tapiz de dos personas que se preocupaban la una de la otra, aunque fingieran no hacerlo.

–Diamandis…

Él alzó la vista del plato con una expresión paciente que estaba a punto de desaparecer. Todo desaparecería cuando ella se lo dijera y, pese a todo, se lo confesó.

–Te quiero.

Capítulo 12

DIAMANDIS se quedó inmóvil, helado.

Todo cambiaría a partir de ese momento.

«No, no lo consentiré».

–Eso es… innecesario –consiguió decir con voz gélida.

Ella rio, lo cual a él le resultó tan incomprensible como sus palabras.

–Katerina, eso es…

–Innecesario, sí, lo acabas de decir.

Él pensó que se había convencido de la absurda idea de que sentía amor por él porque… porque la había impresionado que el ramo contuviera flores que le gustaban.

«Son mis favoritas. ¿Cómo lo has sabido?».

Aún recordaba ese momento de hacía años. Ella recibió un ramo por su cumpleaños, un detalle que él ofrecía a todos los empleados, y esbozó una hermosa y sincera sonrisa.

Y él contempló el ramo y se aseguró de que recibiera el mismo regalo todos los años.

Pero eso era, sencillamente, lo que sus padres le habían enseñado: cuidar a los empleados para que estos cuidaran de ti.

–Has tomado demasiado sol –dijo él.

Tenía que haber una explicación racional. No era posible que lo amara. No era digno de un sentimiento tan absurdo ni por parte de ella ni por parte de nadie.

–¿Así que el amor es un espejismo provocado por una insolación? –preguntó ella todavía sonriendo.

–Podría ser.

–¡Por favor, Diamandis! ¿Hace falta ponerse tan dramático?

–¿Dramático? –se sitió ofendido, además de temeroso. Pero no había nada que temer.

Era el rey y ya lo había perdido casi todo.

–Sí, dramático. Te quiero. No hace falta que pongas en duda mis sentimientos. Son míos. He intentado protegerme el corazón, sin conseguirlo, porque era tuyo desde mucho antes de aquella noche en tu despacho –se acercó a él y le puso la mano en el pecho–. Te quiero. Sé que no me correspondes y que probablemente creas que eres incapaz de sentir amor.

Diamandis no podía rendirse ante sus palabras. Sería una debilidad y no acabaría bien. Era lo que la vida le había enseñado.

–No me conoces, Katerina.

–Te conozco mejor que nadie. Y te quiero. He decidido aceptarlo y decírtelo.

–No me lo repitas –el amor era una debilidad. Ella no lo conocía ni entendería el pozo negro que había en su interior.

–No vas a ordenarme lo que puedo o no puedo decir o sentir. Que quede claro que no espero que me correspondas. Te he dicho lo que siento. Si te parece conflictivo, es tu problema.

–Yo no tengo problemas.

–Ni yo tampoco.

Él seguía sin entender nada, así que decidió no hacerle caso. Acabó de cenar y, cuando volvieron al dormitorio, volvió a entregarse a sus deseos.

No era tan arrogante como para jurarse que no se rendiría a ella de vez en cuando, pero nunca se rendiría a sus propios sentimientos.

No volvieron a hablar del asunto durante varios días ni ella lo intentó, sino que se dedicó a disfrutar de la luna de miel.

Aunque era una persona práctica y ordenada, le gustaba darse un respiro.

Y Diamandis también debería hacerlo.

Ella no creía que pudiera derribar todas sus defensas ni que al otro lado fuera a haber un matrimonio por amor, pero, si conseguía que de vez en cuando él sonriera y que se relajara cuando estuvieran solos, ¿sería suficiente?

Comían fuera, al sol. Él controlaba el tiempo de exposición, el agua que ella bebía, siempre preocupado por su bienestar, aunque ella sabía que lo que quería era proteger a sus herederos.

Si Katerina no hablaba de temas personales ni de amor, él conversaba y se reía, y no se iba alegando que tenía que trabajar.

No lo presionaba. Lo amaba en todas partes: en el dormitorio, en la terraza y en la playa. Y dejaba que la poseyera de la forma que deseara, dado lo abultado de su vientre.

Cuanto más amor sentía por él, más difícil le resultaba enfrentarse a su estoicismo. Pero lo soportaba porque, aunque él no le había dicho «te quiero», tampoco le había dicho que no la quería.

Una noche, mientras cenaban en el patio acompañados de la música que emitían unos invisibles altavoces, ella se levantó y le tendió la mano.

–Baila conmigo, rey mío.

Había pocas cosas a las que él se negara cuando lo llamaba «rey mío». Pero la miró con desconfianza.

Desconfiaba de su amor. Aceptaba la pasión, pero consideraba que la ternura y la amabilidad eran sus enemigos.

Sin embargo, se levantó y le tomó la mano. La atrajo hacia sí, mientras seguían el ritmo de la música.

–He estado pensando posibles nombres –dijo ella de repente.

–No hay mucho que pensar. Hay que seguir el protocolo real.

–Sí, me lo ha contado Zandra. No me opongo a la tradición, pero seguro que hay margen de maniobra.

–Te aseguro que, en lo que se refiere al heredero de la corona, no lo hay –contestó él con un aire de superioridad que la hizo sonreír. No debería resultarle divertida su arrogancia, pero ¿qué clase de rey sería si no fuera arrogante?

–Llamarlos como tus padres sería más significativo que hacerlo como tus abuelos.

–No –contestó él con frialdad. Incluso intentó retroceder, pero ella no lo dejó.

–Muy bien, pero la tradición permite que la reina elija un nombre de su familia para el quinto nombre del niño. Sin embargo, no quiero que nuestros hijos se llamen como ninguno de mis familiares. Así que podríamos saltarnos el quinto nombre.

–¿Y que nuestros hijos aparezcan en los libros de historia como los únicos sin un nombre completo?

–Por favor, Diamandis, seguro que no crees que eso vaya a importarle a alguien.

–Son los herederos de la Corona de Kalyva, Katerina. Todos los ciudadanos se darán cuenta.

Ella no lo había pensado. Aunque no estaba de acuerdo, la complació que él hubiera pensado en el nombre de los niños.

No podía discutir con él sobre ese asunto, ya que, como heredero, conocía la atención que siempre había recibido. Pero…

–Serán niños, antes que herederos.

–No puedes separar ambas cosas. Si lo haces… –no acabó la frase.

A ella le dio la impresión de que estaba pensando en otra cosa, en otro tiempo. Parecía muy preocupado.

–Si lo haces, ¿qué pasa? –preguntó ella con suavidad intentando devolverlo al presente.

–Si no quieres elegir el nombre de uno de tus familiares, simplemente elige uno que te guste –dijo él recuperando la máscara habitual–. Si insistes en no hacerlo, le diré a Zandra que lo haga.

–¿No lo harías tú?

Él no contestó.

–Ni siquiera me lo has preguntado.

–¿El qué?

–El sexo de los bebés.

–He supuesto que la doctora me lo diría, cuando se supiera.

–¿No quieres saberlo?

–Parece que tú no.

Katerina había reflexionado sobre si deseaba saberlo de antemano, pero le gustaba el misterio. Ahora miró a Diamandis y volvió a preguntárselo.

–¿Te resultarían más reales si lo supieras? ¿Si ya hubiéramos elegido los nombres?

–No sé a qué te refieres. Nuestros hijos son una realidad. Por eso estoy aquí.

La ira comenzó a apoderarse de Katerina. Pero sabía que eso no la haría conseguir lo que quería.

«¿Qué es lo que quieres? Porque te ha dejado muy claro que no te ama».

No hizo caso de esa vocecita interior. Parecía la de su madre.

–Mira, noto un pie –dijo ella agarrándole la mano y llevándola donde estaba el pie de uno de los bebés. A veces le dolía, pero le encantaba recorrer su forma sabiendo que sería un pie o un codo.

Quería que Diamandis conectara de algún modo con las vidas que llevaba en su interior.

Él no retiró la mano, aunque ella notó la resistencia de su cuerpo. Y uno de los bebés eligió ese momento para moverse.

Diamandis se sobresaltó, pero no retiró la mano.

–Se ha movido.

–Se mueven cada vez más.

Diamandis siguió con la mano el movimiento de la parte del cuerpo del bebé que notaba en su vientre.

–Parece imposible –murmuró.

–Aunque los siento moverse ahí dentro, también a mí me parece imposible.

Ella observó la expresión emocionada de su rostro y tuvo ganas de llorar. Le puso la mano en la mejilla. Él la miró a los ojos.

–Son reales y son nuestros –susurró ella. No eran herederos, sino sus hijos. Tal vez llegaría a aceptar que él no la quisiera, si conseguía que quisiera a sus hijos.

Cuando él retiró la mano, ella lo atrajo hacia sí y lo besó en la boca.

Fue un beso suave y una muestra de deseo, pero no sexual, sino del deseo que un corazón experimentaba cuando llevaba solo mucho tiempo, cuando hacía tiempo que no lo habían amado.

Era el caso del corazón de ambos.

Él se separó y retrocedió.

–No puedo seguir así contigo.

–Así, ¿cómo, Diamandis?

Él se agarró a la barandilla del balcón y agachó la cabeza.

–Mañana regresaremos al palacio –se incorporó, ya recuperado, y volvió a ponerse la máscara–. Y volveremos a lo que querías: seremos socios, nada más.

Ella sintió un dolor agudo, pero no solo por sí misma. Que él no fuera capaz de permitirse ni un momento de conexión emocional con ella…

–Te das cuenta de que eso demuestra que me quieres.

–Me da igual lo que demuestre, Katerina. Las cosas deben ser así.

–Te seguiré queriendo –dijo ella intentando parecer tranquila–. Por mucho que me alejes de ti, eso no va a cambiar. Te querré por encima de todo.

Él no la miró.

–Los dos lo lamentaremos –afirmó antes de marcharse dejándola en el balcón.

Sola.

Un sentimiento dolorosamente habitual en la vida de Katerina.

Capítulo 13

EL vuelo de vuelta a Kalyva fue tranquilo. Diamandis esperaba que ella estuviera enfadada, pero se mantuvo estoica.

El estoicismo era un rasgo excelente en una reina. Iba a necesitar grandes cantidades.

«Entonces, ¿por qué vuelves a sentirte culpable?».

Diamandis miró por la ventanilla. El palacio comenzaba a adivinarse entre las nubes. Había hecho lo que podía soportar, lo necesario.

Había sentido el movimiento, la vida creciendo en el interior de ella. Dos vidas.

«Serán niños antes que herederos».

Él lo había sido, sin que nada lo preparara para lo que le sucedería a los catorce años. Aunque no fue culpa de sus padres, no iba a consentir que a sus hijos les pasara lo mismo.

El avión aterrizó. Antes de que se desabrocharan los cinturones, apareció Christos.

–Majestad, hay algo de lo que quiero hablar con usted en privado. Si le parece bien, desembarcaremos nosotros dos primero.

–¿Y dejar aquí a Katerina?

Christos lo miró con una expresión que lo puso en estado de alerta.

–Muy bien –dijo levantándose. Katerina lo imitó.

–¿Qué quieres ocultarme?

–Algunos detalles, Majestad. No debe preocuparse –Christos le sonrió.

–¿Pasa algo? –preguntó ella.

–Le aseguró, Majestad, que se trata de un asunto oficial –Christos indicó a Diamandis la puerta, pero Katerina se aferró al brazo de su esposo.

–No te creo, Christos. Si ha sucedido algo importante. Debo saberlo. Soy la reina.

Diamandis pensó que debería insistir en que ella obedeciera, pero estaba cansado y quería, necesitaba, alejarse de ella. Si Katerina se salía con la suya, todo acabaría antes.

–¿Qué pasa Christos?

– La madre de la reina ha llegado a palacio. Es una persona difícil, por decirlo suavemente, pero el personal no quiere discutir con ella.

Diamandis se quedó sorprendido. Le había pagado una pequeña fortuna para mantenerla alejada y asegurarse de que Katerina estuviera tranquila en la boda. ¿Y se había atrevido a aparecer, tras haber aceptado lo que le había ofrecido?

Lleno de ira, miró a Katerina. Estaba muy pálida.

–Gracias por advertirnos, Christos.

–Está empeñada en que no se irá sin… –Christos no terminó la frase.

–¿Sin montar una escena? –Katerina lo hizo por él–. Se le da muy bien. Seguro que resultará muy violento para todos –se volvió a mirar a Diamandis con los ojos carentes de toda expresión, de vida–. Yo me ocupo.

A él lo sorprendió la furia que lo invadió al ver cómo había reaccionado Katerina. Era inaceptable que alguien le provocara semejante reacción.

–No, me ocupo yo.

–Es mi madre.

–Y yo soy el rey –la tomó del brazo al tiempo que se dirigía a Christos–. Que la lleven a mi despacho. Enseguida vamos.

Christos se fue y Diamandis y Katerina desembarcaron y se montaron en el coche que los esperaba. Ella se mantuvo en silencio durante el corto trayecto hasta el palacio. Cuando él la ayudó a bajar y entraron, él le apretó la mano.

–Estás agotada y tendrás hambre. Ve a descansar. Yo me encargo de tu madre.

–Crees que porque impediste que viniera a la boda puedes manejarla, pero te aseguro que no deberías quedarte a solas con ella. Hazme caso.

–¿Cómo…?

–No me hace falta saber lo que hiciste para que no fuera a la boda. Lo único que sé es que, de no haber intervenido alguien, se habría presentado allí para arruinarla. Te previne contra ella, así que tuviste que ser tú. Pero no debes infravalorar el daño que puede causar.

–Soy el rey. ¿Qué puede hacerme?

–Iré contigo, y punto –dicho lo cual, Katerina echó a andar hacia el despacho.

Entró la primera, incumpliendo el protocolo. Una mujer alta y rubia se levantó, se ajustó el sombrero y se volvió hacia ellos.

–Mamá –la saludó Katerina en tono neutro.

–Aquí estas –la mujer se acercó a ella y la abrazó. Diamandis observó sorprendido que Katerina parecía encogerse. Nunca la había visto tan… pequeña.

Ella no devolvió el abrazo a su madre, aunque tampoco impidió que se lo diera. Se quedó rígida, con los ojos en blanco. Diamandis nunca la había visto tan disociada de la realidad. Era un mecanismo de defensa que entendía perfectamente.

Él lo utilizaba casi todos los días, pero no soportaba verlo en Katerina. Deseó apartarla de aquella mujer que la privaba de su luz.

Aunque fuera su madre.

–Majestad –lo saludó Ghavriella, sin hacer una reverencia.

Diamandis no dijo nada. Debía calmarse antes de enfrentarse a aquel ser despreciable.

–¿Cuál es el motivo de tu visita, mamá? –preguntó Katerina con la cortesía distante que utilizaba cuando era su secretaria con las personas difíciles.

Incluyéndole a él.

Merecidamente, sin duda. No era mejor que su madre.

«Podrías serlo».

–Creo que debéis saber la verdad, antes de que os enteréis en un momento inoportuno. ¿Podríamos hablar mientras comemos?

–Creo que no será posible, señora Floros –dijo Diamandis, antes de que Katerina respondiera. No consentiría que aquella mujer estuviera en palacio más de lo necesario.

–¿Acaso la madre de su esposa no puede quedarse en el palacio?

–Estaremos encantados de buscarle alojamiento –Diamandis omitió decir que no sería en el palacio, pero el brillo de ira en los ojos de Ghavriella le indicó que lo había entendido.

–¿Qué verdad tiene que contarnos, señora Floros? Le aseguro que la Corona tomará las medidas necesarias.

–¿Las medidas necesarias? Pues buena suerte –esbozó una desagradable sonrisa dirigida a Katerina–. Supongo que no todas podemos pillar a un rey. Parece que aprendiste mucho a pesar de lo que decías.

Diamandis deseó poder librar a Katerina de lo que tramara aquella mujer, pero ella estaba decidida a escucharla. Así que intentó acelerar las cosas.

–Katerina y yo tenemos cosas importantes que hacer. ¿Le importaría dar la información a la secretaria de Katerina?

–Dudo que Katerina quiera que su secretaria sepa quién es su padre biológico –respondió Ghavriella mirándose las uñas.

Diamandis creyó que Katerina reaccionaría, pero continuó tan distante y desinteresada como antes.

–Va a salir a la luz, me temo. Así que sería mejor estar preparados, ¿no cree?

–Me has hablado de muchos hombres como mis supuestos padres. ¿Por qué iba a creerte ahora? –preguntó Katerina.

–Porque es un secreto que he intentado guardar utilizando a esos otros hombres. Nadie quiere que el padre de su hija sea un traidor que está en la cárcel.

–¿Está usted hablando en general o de alguien…?

–De Thropos Palia.

Katerina creía haber oído ese nombre. Una mirada a Diamandis le bastó para percatarse de que él lo conocía.

Ella decidió que aquello no iba afectarle, que sería otra mentira de su madre para llamar la atención de un hombre poderoso.

–Me refiero a que es una buena historia que el rey se haya casado con una descendiente de uno de los responsables de la muerte de sus padres, ¿no le parece?

Katerina se esforzó en no demostrar ninguna clase de emoción, pero entendió dónde había oído aquel nombre.

Thropos Palia era uno de los líderes del golpe de Estado que había causado el asesinato de la familia de Diamandis.

–Parece que no conoce bien la historia, señora Floros. Aunque Thropos intervino en el golpe, no fue uno de los que lo dirigió –dijo Diamandis con mucha calma–. Además, no me parece que ahora sea el momento adecuado para proporcionarme esa información.

Katerina se volvió hacia su esposo intentando hablar sin alterarse y no reaccionar como su madre deseaba.

–No es cierto, Diamandis. Todo lo que dice siempre es mentira.

–Podemos verificarlo, Katerina. Thropos sigue vivo y encarcelado. Supongo que el rey puede ordenar que se le hagan las pruebas necesarias.

–¿Y por qué íbamos a verificar esa historia? –preguntó Diamandis enarcando una ceja–. Está en la cárcel, en efecto, donde va a seguir. Perdóneme la falta de tacto, pero me parece que intenta crear un problema donde no lo hay.

Ghavriella sonrió.

–Se equivoca, Majestad. Se lo dije a Thropos hace muchos años, pero no quiso tener nada que ver con su hija, ya que ella no podía ofrecerle nada, a diferencia de ahora, que tiene mucho que ofrecerle.

Se produjo un silencio. A Katerina, el corazón se le desbocó y sintió un profundo dolor en el abdomen. Se acarició el vientre intentando respirar.

Había avisado a Diamandis de que su madre siempre lo arruinaba todo.

Él le agarró la mano y se la apretó hasta que ella lo miró.

–Ha sido un largo viaje. Vete a descansar –le besó los nudillos.

–Está mintiendo –tenía que ser así. Pero la asaltó el temor de que aquella fuera la única vez en que no mentía.

Él asintió.

–Llegaremos al fondo de este asunto –le sonrió e hizo un gesto a un empleado, que la acompañó a sus aposentos, donde la esperaban las doncellas.

Una de ellas la acostó como si fuera una niña. Pero Katerina no recordaba que su madre lo hubiera hecho ni una sola vez. Su infancia había consistido en sobrevivir a los caprichos de Ghavriella.

Diamandis había dicho que se encargaría del asunto. Estaba agotada. Le dolía todo el cuerpo y lo único que quería era llorar hasta quedarse dormida.

Y eso fue lo que hizo.

Capítulo 14

DIAMANDIS trató a Ghavriella como a cualquier otra intrigante. Le sonrió y pidió que la condujeran a una residencia privada alejada del palacio mientras decidía qué hacer.

Sus afirmaciones eran graves. No creía que fueran ciertas, ya que, ¿por qué no las había hecho cuando se había puesto en contacto con ella para que no fuera a la boda? Pero eso no implicaba que ella no quisiera crear problemas, fueran ciertas o no.

Así que se reunió con Marias, su consejero más antiguo, que había sido el brazo derecho de su padre y en quien indudablemente podía confiar para que guardara en secreto la información que iba a proporcionarle y lo aconsejara sobre qué hacer.

Al fin y al cabo, conocía el mayor secreto de Diamandis.

–¡Qué desastre! –exclamó Marias–. No puedes estar casado con la hija de un traidor.

–No sabemos si es verdad. Me inclino a creer que intenta engañarnos. Sin embargo, lo comprobaremos. Lo que pretendo es que me aconsejes sobre cómo enfrentarme a la señora Floros.

–Es un desastre. No puedes estar casado con Katerina.

–A pesar de todo, estoy casado con ella.

Marias no dijo nada, como si…

Diamandis se echó a reír.

–¿Me propones que me divorcie?, ¿que mis hijos sean bastardos?, ¿que manche la Corona de esa manera porque una mentirosa e intrigante quiere

ser la protagonista? No me contestes, no creo que seas tan estúpido.

Marias entrecerró los ojos.

–Ten cuidado, hijo.

–Soy tu rey, no tu hijo. Un hombre de tu experiencia y lealtad no debería reaccionar de forma exagerada ante un problema menor. E intentar cambiar el hecho de que Katerina es mi esposa y la madre de mis hijos es reaccionar de ese modo.

–Vas a cometer errores por culpa de esa mujer. Ya lo estás haciendo, igual que tu padre.

«Y ya sabemos lo que le pasó».

Las palabras resonaron en el cerebro de Diamandis, sin que Marias tuviera que pronunciarlas, ya que lo había hecho hacía muchos años con inmejorables resultados.

Diamandis no entendía por qué aquello le recordó la reacción de Katerina ante su madre, su intento fallido de no alterarse para, al final, reaccionar como Ghavriella quería.

¿Cómo no iba a hacerlo? Su madre era una gran manipuladora.

Por primera vez, Diamandis reflexionó sobre las palabras de Marias y pensó lo adecuadas que resultaban para decírselas a un chico de catorce años que acababa de perder a sus padres y hermanos.

«Igual que tu padre» se había convertido en una maldición, cuando su padre había sido un hombre bueno y noble, más preocupado por Diamandis como persona que como rey.

Diamandis creía que su padre se había equivocado al hacerlo, pero Katerina le había dicho que sus hijos serían niños antes que herederos. Sentir a su hijo moverse bajo su mano… Ser un padre frío y distante, ¿sería mejor para esos niños que ser como su padre había sido?

Se hallaba en un dilema. Miró al hombre en quien llevaba tanto tiempo confiando buscando una respuesta clara.

–¿Qué errores cometió mi padre, Marias?

–¿Cómo dices?

–Desde el día en que me convertí en rey me han dicho que su muerte fue culpa suya por confiar en los demás y preocuparse por ellos. Puede que sea cierto, pero he llegado a una edad en que necesito más información. Cuando todo habláis de los errores que cometió, ¿a cuáles os referís?

–Confió en quien no debía.

–Confió en ti. ¿No debía haberlo hecho?

Marias sacó pecho con los ojos brillantes de ira. No era la primera vez que Diamandis lo desafiaba ni sería la última. Sin embargo, había algo en su ira que no encajaba en aquella situación.

Antes, Diamandis solo pensaba en sí mismo, en lo que sentía, en el fracaso que como hijo suponía para la memoria de su padre y en lo mucho que deseaba poder cambiar el pasado.

–¿Cuándo había cambiado? ¿Cuándo había comenzado a pensar en el futuro? ¿Cuándo había comenzado a contemplar su anterior yo con cierto grado de separación, como si el niño que había sido fuera una persona distinta del hombre en que se había convertido?

Tuvo la impresión de que sabía la respuesta.

–No hablemos de errores, sino de fortaleza; esa fortaleza que tenías hasta que ella llegó.

«Ella». Como si Katerina fuera el problema. De hecho, para él lo era, pero no le hacía gracia que Marias se tomara la libertad de criticar la situación. No le gustaba su forma de reaccionar. Todo lo que decía le parecía una equivocación.

–¿Qué tratas de ocultar al no responder a una sencilla pregunta?

–Tenemos verdaderos problemas, Majestad. Si la prensa se entera de la identidad de la señorita Floros…

–Ya no es la señorita Floros, sino la reina. Si la prensa se entera, te consideraré responsable de la filtración.

Marias apretó los labios. Parecía completamente perdido. Diamandis también lo estaba, porque no sabía cómo dejarse aconsejar por él.

–Cuando estés dispuesto a hablar de los errores de mi padre, tal vez siga tus consejos. Mientras tanto, tomaré mis propias decisiones.

–¿Como el día del golpe de Estado?

Diamandis nunca pensaba en ese día ni en el secreto que Marias y él compartían.

Pero a Marias le gustaba recordárselo. Era una forma de manipularlo: utilizar algo que le dolía mucho para conseguir lo que deseaba,

«Estás exagerando. Marias es un consejero fiable al que le importa la Corona».

–Puede ser, Marias. Pero ya no soy un niño ni tengo catorce años.

«Un niño». Katerina le había dicho que, por aquel entonces, lo era, y él se lo había discutido: era lo bastante mayor para gobernar.

Ahora le resultaba difícil no estar de acuerdo.

–Hemos terminado. Si no te esfuerzas en darme consejos que protejan tanto al rey como a la reina, puede que haya llegado el momento de que dimitas.

Diamandis dejó a Marias farfullando y protestando. Tenía mucho que hacer, pero quería hablar con Katerina y averiguar qué quería hacer ella. Siempre lo había aconsejado sensatamente cuando era su secretaria, y ahora como reina.

Había sido una estupidez recurrir primero a Marias, cuya responsabilidad era asegurarse de que el pueblo considerase respetable la Corona, no preocuparse de lo sentimientos de Katerina.

«Si das prioridad a sus sentimientos por encima del reino, es probable que Marias tenga razón y que te encamines hacia el desastre».

«Igual que tu padre».

¿Cuál había sido el error de su progenitor? ¿Confiar en su cuñado? ¿Desoír a sus consejeros? ¿Querer a su esposa y a sus hijos? ¿Había sido ese su gran error? Necesitaba saberlo para no caer en él.

No entendía lo que le pasaba, lo que estaba cambiando en su interior. ¿Por qué ponía en tela de juicio cosas que antes consideraba hechos? En todos sus años de rey, nunca se había compadecido del niño de catorce años cuyos errores habían causado la muerte de personas.

Sin embargo, que Katerina quisiera compartir sus responsabilidades le estaba cambiando la vida; que lo amara, lo absolvía.

Haberla visto con su madre, cómo se había transformado en una persona completamente distinta, lo había conmocionado. No, no en una persona distinta, sino en una niña a la que no habían querido ni protegido, a la que todos habían fallado.

Le gustaría retroceder en el tiempo y solucionarlo, pero era imposible. No podía borrar ni cambiar el pasado, pero sí el presente.

Cuando entró en los aposentos de Katerina, Stelios y una doncella estaban retirando el servicio de té mientras susurraban.

Se detuvieron inmediatamente e hicieron una reverencia a Diamandis. Este oyó el sonido apagado de unos sollozos.

–La reina ha pedido que la dejemos sola, Majestad –dijo Stelios.

–Podéis iros –contestó Diamandis mientras cruzaba la habitación y abría la puerta del dormitorio.

Katerina estaba acurrucada en la cama, pero se sentó al verlo entrar. Tenia los ojos rojos y estaba despeinada.

–Diamandis, vete, por favor.

Él recordó algo de su infancia que había olvidado. Era muy pequeño, sus hermanos aún no habían nacido. Había ido al dormitorio de sus padres de noche.

Su madre estaba sentada en el borde de la cama llorando con las manos en el rostro. Su padre se hallaba sentado a su lado y la abrazaba mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

Diamandis, conmocionado por las lágrimas maternas, volvió a su habitación, se metió en la cama y olvidó el motivo de haber ido a buscar a su madre.

Había muchas cosas que un niño desconocía o no entendía. No le gustaba pensar en sí mismo cuando era niño. No le importaba culpar al odioso adolescente que había sido, pero no al niño asustado.

Era más difícil hacerlo responsable de la crueldad de la vida.

Seguía sin saber, tantos años después, qué le pasaba a su madre, pero lo importante no era eso, sino que su esposo se hubiera sentado a su lado para consolarla.

Así que él iba a hacer lo mismo.

«Y mira lo que le pasó».

Lo habían asesinado a sangre fría. Pero eso no era un fallo personal. ¿Cómo llevaba años creyendo lo contrario? ¿Era culpa de Marias? ¿Suya? ¿De algún otro?

No lo sabía. Lo único que sabía era que no podía dejar que su esposa llorara a solas.

Se sentó a su lado y la abrazó. No dijo nada; no había nada que decir.

Solo la abrazó.

Katerina intentó tranquilizarse, mientras Diamandis la abrazaba y le acariciaba el cabello. Pero no le dijo que no llorara.

Se limitó a abrazarla.

Lo que hizo que llorara con más ganas. No le importó al verse envuelta en la calidez de sus brazos. Llorar era una liberación. Se había ido guardando muchas cosas durante mucho tiempo.

–Ojalá no tuviera ni padre ni madre. Preferiría ser huérfana, aunque al decirlo parezca insensible. Sé cuánto querías a tus padres y cuánto desearías que estuvieran aquí.

–Así es. Pero que yo los haya perdido no implica que tengas que querer a los tuyos.

–Cuando nos casamos y ella no acudió a la boda, creí que por fin me había librado de ella. No lo conseguiré, mientras me pueda utilizar como peón. Y ahora quiere utilizarte a ti. Nada la detendrá, Diamandis. Por mucho que pienses que la has derrotado, si cree que pueda lograr un mínimo de atención de un hombre poderoso, te convertirá la vida en un infierno.

Él le examinó el rostro durante unos segundos, antes de volver a acariciarle el cabello y secarle las lágrimas con suavidad.

–Soy el rey de Kalyva. Nadie puede hacer de mi vida un infierno sin mi permiso.

«Qué suerte tienes», quiso decirle ella. Pero solo apoyó la cabeza en su hombro. No le quedaban lágrimas. Estaba agotada, pero sabía que, tras haber llorado, podría pensar en la situación con claridad.

–No te preocupes. Hallaré el modo de manejarla –alzó la cabeza e intentó separarse de él, que no la soltó.

–Es una amenaza poco importante. Aunque sea verdad, será un problema pasajero. Además, no te criaste con ese hombre. Su vida y la tuya no están relacionadas. De todos modos, no creo que sea verdad, reina mía.

–La verdad no importa, si ella consigue salirse con la suya. Zandra no se crio en el palacio, pero el pueblo la acogió y le dio la bienvenida. Es una princesa y a la gente le daba igual quién la hubiera criado. Solo importaba que era hija de tu padre.

–No es lo mismo.

–Para muchos, lo será.

–Me da igual. No te puede querer todo el mundo. Incluso Zandra tiene detractores. Nuestro objetivo debe ser que los discursos malintencionados no se conviertan en una violenta oposición a nuestra familia. No creo que algo como esto vaya a provocar el escándalo que a tu madre le gustaría.

–Puede que no, pero lo seguirá intentando.

–Tu madre es una mujer cruel y egoísta.

Siempre se lo habían dicho, así como que no tenía por qué soportarla, que debía excluirla de su vida.

Ojalá pudiera o supiera cómo hacerlo.

Se obligó a sonreír y asintió.

–Lo sé. No debería dejar que me afectara.

–Es lógico que te afecte. Te ha traicionado una y otra vez, lo cual no es fácil de perdonar ni de olvidar, sobre todo si quien lo hace es tu madre.

Ella se dio cuenta que, por la convicción con que se expresaba, hablaba por experiencia. Alguien cercano debía de haberlo traicionado, lo cual carecía de lógica, ya que casi toda su familia había sido asesinada y él no consentía que nadie se le acercara demasiado.

–¿Quién te traicionó?

Él apartó la mirada.

–He traicionado a muchos.

No creía que fuera cierto, y aunque lo fuera…

–Pero no a mí, Diamandis.

Él la miró a los ojos y ella deseó que aquel fuera el momento en el que cediera, en que comprendiera lo que podía haber entre ambos si se olvidaba del pasado.

Pero ella no lo había hecho, así que, ¿cómo esperar que él lo hiciera, cuando su pasado había sido mucho más traumático?

–¿Por qué intentas siempre perdonarme, Katerina? Incluso antes, cuando eras mi secretaria. Soy un ogro arrogante e inflexible, pero insistes en que soy mejor de lo que soy.

–Sí, eres un poco ogro –afirmó ella riéndose–. Pero, en tu interior, hay un hombre que protege su bondadoso corazón, debido a la tragedia que lo sigue marcando. Te perdono porque sé de dónde procede tu comportamiento y porque sé que podrías comportarte mejor si te dieras cuenta de que esos errores no te definen. Te quiero como eres, Diamandis.

–He hecho cosas que no sabes y que el amor, por grande que sea, no puede perdonar.

Ella lo sabía. Sabía que había cosas de la noche del golpe de Estado que él guardaba en secreto, un secreto que quería llevarse a la tumba, pero que lo haría cambiar, si lo confesaba.

–Dímelas –susurró.

Él la miró sin expresión. La besó en la frente sin afecto, con amabilidad, pero no con amor.

–Descansa, reina mía. Yo me ocuparé de tu madre.

Ella lo miró deseando que fuera así de fácil, deseando creerlo.

La había consolado y abrazado mientras lloraba, cuando ella creía que se habría marchado o que le habría reprochado ese estúpido estallido emocional.

Él también la había perdonado.

Y si ambos lo hacían mutuamente, tal vez habría esperanza para ellos, a pesar de las acusaciones de su madre.

Pero solo si Diamandis se deshacía del peso que arrastraba, lo cual parecía menos probable que librarse para siempre de su madre.

Capítulo 15

DURANTE los siguientes días, Diamandis no prestó atención a los mensajes de Marias, casi todos pidiéndole disculpas. Pero no tenía tiempo de pensar en su consejero ni en lo que estaba cambiando en su interior.

Solo le preocupaba una cosa: hallar el modo de alejar a Ghavriella de Katerina para siempre, con independencia de la veracidad de sus afirmaciones.

Así que habló con alguien del que sabía que podía maniobrar y ser más hábil que Ghavriella. Y se sintió aliviado cuando, dos días después, Lysias se presentó con respuestas.

–Merece la pena tener un cuñado multimillonario –dijo Lysias sin esperar a ser anunciado.

Diamandis alzó la vista del escritorio.

–Eso espero –contestó, lo cual hizo reír a Lysias mientras se sentaba enfrente de él.

–Ghavriella y yo tenemos un amigo común, el anterior médico real.

Diamandis frunció el ceño. Ese médico había estado dispuesto a falsificar para Lysias los resultados del ADN de Zandra, por lo que se le había despedido.

–Parece que Ghavriella y él conocieron a Thropos en la cárcel de Atenas, después de vuestra boda. Presioné al médico y reconoció que Ghavriella quería mentir sobre el padre de tu esposa y que Thropos estaba dispuesto a colaborar pensando que obtendría una reducción de condena.

Una oleada de ira invadió a Diamandis. Cerró los puños intentando controlarse.

–¿De verdad cree que va a salirse con la suya?

–No veo por qué no. No es tan difícil, sobre todo si la víctima no sabe lo que se está tramando. Yo planeé engañar sobre quién era el padre de Zandra y creo que me habría salido bien.

–Lo dices con mucha naturalidad, como si no te sintieras culpable.

Lysias se encogió de hombros.

–No me siento culpable.

Diamandis no entendía al hombre que había sido como un hermano para él y que ahora era su cuñado.

–¿Por qué?

–Para empezar, no lo llevé a cabo. Si me sintiera responsable de todo lo que he pensado hacer o casi he hecho, estaría constantemente deprimido. ¿Tienes tú ese problema? –preguntó Lysias sonriendo.

Diamandis lo miró con frialdad, pero parte de su ira había disminuido. La madre de Katerina no podría hacerle daño a su hija.

Al menos esa vez.

–Esa mujer quiere provocar un escándalo. Es indudable que volverá a intentarlo.

–Sí, pero si intenta mentir sobre el padre de Katerina, lo más probable es que sepa quién es y que no quiera que nadie más lo sepa. Sé que la están siguiendo tus hombres, pero puedo hacer que uno de los míos la siga en el futuro, por si acaso intenta otra cosa al ver que esta no ha funcionado.

Diamandis asintió. Y pensó en el médico, en la dudosa lealtad de Marias, en los consejeros a los que tendría que destituir y en todos aquellos que lo habían estado utilizando fingiendo que lo que les preocupaba era el reino de Kalyva.

–¿Tan mal juzgo a las personas? –masculló, aunque no quería decirlo en voz alta.

–Te encuentras en una situación difícil, Diamandis. Hay personas que se han valido del recuerdo de tus padres para sus propios fines, incluyéndome a mí. Quienquiera que te conozca verdaderamente no te culpará.

–Pues tal vez alguien debería hacerlo.

–Creo que para eso te bastas tú solo.

Diamandis quiso dar la conversación por concluida. Indicó a Lysias la puerta con un gesto de la cabeza.

–Gracias. Esto protegerá el legado de los Agonas.

Aunque lo estaba despidiendo, Lysias no se movió.

–Quieres proteger a tu esposa, no tu legado.

–Es la reina de ese legado.

–Ya.

Diamandis se levantó. Estaba harto de que Lysias lo presionara. Tenía la información que necesitaba y la emplearía para proteger su legado, en el que Katerina estaba incluida.

–Eso es todo, Lysias.

–Desgraciadamente, hay algo más de lo que me gustaría hablar como miembro del Consejo. Marias no está contento.

–Ni yo con él, así que estamos en paz.

–Lleva dos días adulando a todas horas a Zandra de un modo que me ha hecho darme cuenta de que otras conversaciones que ha tenido con ella desde su regreso tal vez no hayan sido desinteresadas. Afirma que desea que los hijos de su amado rey sean felices, pero hay algo en él que me hace desconfiar.

–Me dijiste que Marias no era una de las personas que habrían votado en contra mía.

–Sí, pero solo porque no había nadie para reemplazarte. Ahora que se ha confirmado que Zandra es princesa, no estoy tan seguro, sobre todo porque Katerina no cuenta con su aprobación.

–Ni tú tampoco.

–Pero sí mi cuenta bancaria.

–Marias ha sido como un padre para mí. No habría llegado hasta aquí sin su ayuda.

–Pero lo hizo, ¿para apoyarte porque te quería como a un hijo o porque eso le confería poder?

Diamandis pensó que sus sentimientos y su lealtad a Marias habían desterrado sus sospechas sobre él.

Pero al oír a Lysias…

–Hablo –prosiguió Lysias– sin saber lo que ocurrió aquella noche, salvo lo poco que vi. Zandra cree que solo tú sabes todo lo que pasó.

No solo él. Marias y él guardaban el secreto. «Por el bien del reino. Si alguien se entera…».

–Pero el intento de Marias de congraciarse con mi esposa me hace pensar que no es así.

Diamandis lo fulminó con la mirada.

–¿Qué quieres decir?

Lysias se levantó.

–No tengo información ni pruebas, solo vagas sospechas. Pero ten en cuenta que los secretos son más poderosos que la verdad. Y he necesitado tiempo y el amor de tu hermana para poder perdonarte el papel que desempeñaste en el asesinato de mis padres. Eras un niño traumatizado y los adultos que deberían haberte cuidado utilizaron la tragedia para conseguir poder.

Nadie dejaba de hablar de que era un niño. Sin embargo, el reino esperaba que fuera rey, que gobernara. ¿Por qué ahora todos afirmaban que solo era un niño?

–Me libré de todos los que votaron, sin suficientes pruebas, a favor de la ejecución de tus padres. Ninguno sigue a mi servicio.

–¿Estás seguro?

No, ya no lo estaba.

–No tengo pruebas, pero puedo conseguirlas –añadió Lysias–. Con tu permiso.

–¿Y si no te lo doy?

–No investigaré, siempre que no haya peligro para Zandra. No pretendo trastocarte la vida ni descubrir si Marias es tu enemigo, a no ser que desees saberlo.

Diamandis no quería indagar en ello. Deseaba decirle a Lysias que se olvidara de todo, que Marias se había portado bien con él y que los secretos no eran poderosos, sino necesarios.

Pero le pareció que Katerina estaba a su lado y supo lo que le habría aconsejado.

Ella nunca había confiado en Marias.

–Te doy permiso.

Tras la aparición de su madre, Katerina estuvo un tiempo sin hacer nada. Ser reina era muy agradable. Sus doncellas la servían. No tenía que levantarse de la cama para comer ni para hacer ninguna otra cosa. Se hallaba bajo las mantas compadeciéndose de sí misma.

Sin embargo, como era una persona activa, se levantó para trabajar. No creía que Diamandis lo aprobara, pero apenas lo había visto desde su estallido emocional.

–Majestad, el rey –dijo una de las doncellas desde la puerta.

Diamandis entró en el saloncito donde ella estaba trabajando. Frunció el ceño al ver la tableta.

–¿Qué estás haciendo?

–Como debía ocuparme la mente en algo, y Tomás ha dejado el registro de tus citas bastante desordenado, lo estaba ordenando.

–Ya no eres mi secretaria.

Ella le lanzó una mirada de superioridad.

–Soy mejor que Tomás.

–Un árbol sería mejor que él.

Katerina se esforzó en no sonreír.

–¿Por qué sigue contigo?

–No tengo tiempo para contratar a un nuevo secretario. Nadie se te puede comparar.

–Aún puedo ocuparme de algunas tareas –dijo ella, complacida–. Una reina no va a contestar al teléfono ni a hacer la limpieza, pero podría intentar formar a Tomás.

–Pronto estarás muy ocupada –dijo él indicando su vientre con la cabeza.

–Supongo que sí. Últimamente te he visto poco.

–Le encargué a Lysias que controlara la actividad de tu madre para comprobar si tramaba algo y ha averiguado que intentaba falsificar una prueba de paternidad para demostrar que eras hija de Thropos.

Katerina no se sorprendió.

–Entiendo.

–Parece que lo llevaba planeando desde la boda. Ese traidor no es tu padre. Y tu madre no va a poder perjudicarte.

Él se arrodilló frente a ella y le agarró la mano.

–Y seguiremos demostrando, si intenta otra cosa, que es mentira. Un hombre de Lysias la está siguiendo. La controlaremos hasta el final de sus

días para asegurarnos de que no va a hacernos daño.

Katerina lanzó un tembloroso suspiro. Nadie había hecho tanto por ella como Diamandis, y no podía fingir que le daba igual. Así que se inclinó y lo besó en la boca con gratitud.

Y con amor.

–Gracias.

Esperaba que él se apartara. Consolarla era una acción derivada de su necesidad de resolver un problema, pero había algo más que consuelo en aquel momento.

Ella se sentó y, como él seguía arrodillado, estaban casi a la misma altura.

Él la besó en los labios con dulzura, no como si fuera frágil, sino sagrada. Y siguió besándola así hasta que ella comenzó a temblar y a contener las lágrimas.

–Creí que querías mantenerte a distancia –murmuró ella.

–Supongo que a ninguno de los dos se le da bien mantenerse firme con respecto al otro.

Pero él solo la quería en su cama; ella…

–Pero yo te quiero, Diamandis.

Él no se apartó. Había algo distinto en su actitud. Ella deseó creer que estaba cambiando, pero se temió que solo fuera una ilusión.

–No me conoces, Katerina –dijo él muy serio.

Lo cual era absurdo.

–Me he pasado años trabajando a tu lado. Sé quién eres –igual que él sabía quién era ella. Lo reconociera o no.

–Pero no lo que he hecho.

Su expresión era tan torturada que ella le puso la mano en la mejilla.

–Pues cuéntamelo, no te vayas. Nada va a cambiar.

Capítulo 16

A DIAMANDIS le pareció que el corazón se le salía del pecho. Le costaba respirar.

Quería contárselo a Katerina, poner sus pecados a sus pies. Siempre lo perdonaba, así que, ¿por qué no esa vez?

Lysias le había dicho que los secretos eran más poderosos que la verdad. Si le contaba lo sucedido a Katerina, ella conocería el secreto que Marias le había dicho que nadie debía saber. Pero tal vez, si lo supiera, dejaría de exigirle más cosas y sería ella la que se mantendría a distancia, dado que él era incapaz.

Tal vez entendería por qué no podía ser el esposo y el padre que ella deseaba.

Tal vez, de todos modos, lo seguiría queriendo.

Y él deseaba con todas sus fuerzas que fuera así.

–No me importa que hagas el trabajo de Tomás, si quieres –dijo mientras se levantaba.

Ella también se levantó y lo agarró de las manos impidiéndole alejarse.

–Dime lo que has hecho, lo que crees que es tan horrible que conseguirá que deje de quererte. Demuéstrame que no mereces que te quieran ni ser feliz, porque no me lo creeré a menos que me demuestres que no eres un hombre bueno.

Parecía una hermosa y feroz guerrera dispuesta a tomar las armas.

Diamandis no podía negar que llevaba mucho tiempo queriéndola. Había intentado evitarlo, pero el sentimiento estaba ahí. Era un veneno del que no

podía librarse y que probablemente los mataría a los dos.

El amor siempre lo hacía.

Así que tendría que asesinarlo desenterrando su secreto más oscuro, el que se había jurado que no revelaría.

–He cometido un asesinato.

Katerina no gritó ni le soltó las manos. Se limitó a mirarlo.

–¿Qué quieres decir?

–Zandra y tú no dejáis de repetirme que solo era un niño cuando me convertí en rey; que fui víctima de las circunstancias, aunque sobreviví y mis seres queridos murieron o desaparecieron.

–Es la verdad. Que no te asesinaran no implica que no te quedaras traumatizado.

–¿Y qué hay de aquellos que provocan un trauma?

–Diamandis…

–Asesiné a mi tío. ¿Se me debe perdonar porque tenía catorce años?

Ella siguió sin apartarse de él.

–Si los libros de Historia dicen la verdad, es quien mató a tu madre.

–¿Acaso la venganza es una excusa? –preguntó él con dureza porque ella no reaccionaba como se esperaba. Seguía buscando excusas, cuando no había excusa posible.

Era lo que le había dicho Marias: que había cometido una acción malvada. Que no era digno de ser rey, pero que tendría que serlo y que él lo guiaría.

Katerina respiró hondo y lo condujo al sofá, sin soltarle las manos, donde se sentaron.

–Dime lo que ocurrió durante toda la noche. Desahógate, Diamandis.

Él retiró las manos, aunque no se levantó.

–Cuéntamelo –insistió ella–. Puede que aún esté a tiempo de odiarte.

Él frunció el ceño porque ella había adoptado una actitud equivocada. Creía que no lo despreciaría, pero lo haría. Marias le había dicho…

No sabía si confesárselo todo era un signo de fortaleza o de debilidad, pero le resolvería el problema de Katerina, ya que estaba seguro de que ella se apartaría de él y las cosas volverían…

Ignoraba a dónde, pero tampoco sabía cómo seguirse resistiendo a ella, así que le daría motivos para odiarlo.

–A mis padres los mataron…

–No, Diamandis, desde el principio.

No quería recordar el principio, que era un día como cualquier otro y que durante el desayuno, su madre había dicho que se marcharían a Anavolí a la mañana siguiente.

Llevaba un rato en silencio, pero ella no lo presionó, sino que esperó pacientemente.

–Si previamente había habido tensión, no lo sabía. Zandra estaba acostada y Achilleas y Rafail, supuestamente, estaban dormidos, pero iban de la habitación de uno a la del otro. Yo solía estudiar a esa hora, por lo que estaba en mi habitación. Uno de los escoltas de mi padre y un consejero entraron y me dijeron que había problemas y que debía acompañarlos. Quise ir a buscar a mis hermanos, pero me dijeron que ya lo habían hecho otros hombres.

Él se lo creyó y los siguió como un corderito.

–Antes de llegar al sótano, oímos disparos, pero me dijeron que allí vería a mis padres y hermanos, que todo iría bien.

Aún recordaba lo asustado que estaba.

–Cuando llegamos, no había nadie, pero no recibí explicación alguna. Me dijeron que estaba a salvo y me encerraron en una habitación.

Aún recordaba la oscuridad, el eco de los disparos y el temor de no saber qué ocurría ni dónde estaba su familia.

Katerina le acarició la espalda.

–Supongo que intentaban protegerte.

–Eso creí. Fue Marias quien me encontró. Me dijo que me quedara allí, que la situación era caótica. Pero no me dijo dónde estaba mi familia.

«Toma, para que te protejas».

Diamandis no se preguntó por qué Marias llevaba una pistola. Lo único que quería era encontrar a sus hermanos porque, en aquellos momentos y sin motivo alguno, creía que su padre estaría bien. Era fuerte e invencible y, como Diamandis se le parecía, iría a salvar a sus hermanos, como su padre habría salvado a su madre.

Solo halló sangre y muerte en las habitaciones de los niños y nada en la de Zandra.

–Los niños ya estaban muertos.

Katerina le apoyó la cabeza en el hombro, sin decir nada.

–Zandra había desaparecido, así que salí a buscarla. Pensé que podría estar con mis padres, por lo que me dirigí a sus aposentos. Oí gritar a mi madre sollozando, suplicando.

Un disparo.

Después, nada. Fue un momento interminable en el que él no se movió. Tal vez si lo hubiera hecho…

–Un hombre enmascarado y con un rifle salió de la habitación de mi madre. Me apuntó, pero yo disparé primero. Lo maté de un tiro.

–Pero iba a matarte –dijo Katerina.

«A veces deseo que lo hubiera hecho».

–Dejé que agonizara.

–¿Y qué podías hacer?

Diamandis se levantó de un salto y se alejó de ella.

–No lo entiendes.

Katerina habló con calma.

–No, no lo entiendo. No me imagino lo que es verse obligado a quitarle la vida a alguien, pero tú te viste obligado a hacerlo. Nadie puede culparte. ¿Por qué lo has guardado en secreto?

Recordó el rostro de Marias al arrancarle la máscara al hombre: la sorpresa, el horror.

Era el tío de Diamandis.

«Todos te echarán la culpa. Creerán que el rey es un asesino. Tu padre no habría hecho algo así. Era débil, pero tú…».

–Era mi tío, el hermano de mi madre. Maté a mi tío.

–Eso no cambia nada. Te defendiste de un hombre que iba a matarte, que mató a tus padres y a tus hermanos. Claro que tuviste que sentirte culpable y confundido. Entiendo tus sentimientos al haber hecho algo así, pero no que te culpes de ello.

«Esto debe quedar entre nosotros, Diamandis, por el bien de Kalyva y por tu padre y su legado».

–Marias… –no pudo continuar. El recuerdo había convertido a Marias, su salvador y guía, en un malvado.

El rostro de Katerina cambió de expresión.

–No me digas que ese viejo estúpido tiene algo que ver con esto. Tendría lógica. ¡El poder absurdo que tiene sobre ti!

–No tiene poder sobre mí. No fue él quien me encerró en el sótano, sino quien me sacó de allí. No lo entiendes. Más tarde, supe por él que algunos miembros del Consejo habían utilizado el golpe en beneficio propio. Mi tío dejó que las masas invadieran el palacio pensando que así podría dominarme. Esos consejeros que afirmaban haberme salvado, mientras culpaban a Lysias y a mis tíos, no querían derrocar al rey, sino que ocupara el trono alguien a quien pudieran manejar: yo.

–Seguro que sí, pero ¿no quería Marias lo mismo?

–Pero no actuó a su favor, sino en contra suya. Me ayudó a librarme de quienes deseaban conseguir el poder.

–Lo que hizo que obtuviera el puesto más importante en el Consejo y que se librara de sus rivales. Y consiguió no solo tu confianza, sino tu devoción. Guardó el secreto y te convenció de que era un secreto que nadie entendería, cuando, en realidad, todo el mundo lo haría. ¿A quién beneficia que sea un secreto, Diamandis?

–Al reino –contestó él porque era lo que siempre le habían dicho y porque creía que era así.

Katerina se levantó y se le acercó. Tenía los ojos húmedos, pero habló con firmeza.

–Piensa un poco. Piensa más allá del niño asustado que eras. Nadie te habría culpado de matar a un hombre en defensa propia, y mucho menos al que mató a tus padres, aunque fuera tu tío.

–No… –pero ¿acaso no dudaba de Marias? ¿No sería que el hombre en quien confiaba era tan malvado como los que intentaron tomar el poder?

Pero había matado a su tío. Y la pena le impidió percatarse de las maquinaciones de los hombres de su padre.

«Eran hombres y tú un niño».

«¿Lo sigues siendo? ¿Sigues siendo débil?».

Miró a Katerina, que siempre lo había aconsejado bien y que ahora era su reina. Ella nunca pondría sus deseos por encima de los de él. Confiaba en ella como en ninguna otra persona.

Era una maravilla. Era fuerte y hermosa. Era suya.

Pero si la quería, la historia se repetiría. Él haría concesiones por el bien de ella. Y alguien intentaría aprovecharse, como había hecho su tío.

Se la imaginó sin vida y bañada en sangre. Era una fantasía, pero, si cedía, se haría realidad.

–Puede que tengas razón. Puede que mi más antiguo confidente sea un traidor. Gracias por esta conversación tan clarificadora.

Ella, confusa, le tendió los brazos.

–Diamandis…

Él se echó a un lado y comenzó a retroceder hacia la puerta.

–Creo que tienes razón en muchas cosas.

Ella lo siguió.

–Me alegro, pero…

–Me encargaré de Marias de inmediato, ya que últimamente me han surgido dudas sobre su lealtad. Es evidente que no podemos ir hacia delante, si sigue a mi servicio.

–Es lo que debes hacer, pero…

–Va ser un asunto complicado, y estaré muy ocupado. Creo que lo mejor es que vuelvas a Anavolí y que el equipo médico te acompañe. Tal vez Zandra quiera ir contigo.

La frustración y la ira sustituyeron la confusión de Katerina.

–He estado a tu lado en muchos asuntos políticos complicados. No voy a huir ahora porque sea tu esposa ni porque esté embarazada.

–La política ya no forma parte de tus deberes ni tampoco estar a mi lado. Tu deber es dar a luz a nuestros hijos, y creo que es mejor que lo hagas alejada de la agitación política.

–¿Quieres que me pase meses en Anavolí sin ti? ¿Tener a nuestros hijos allí, mientras tú estás aquí?

–Es lo mejor. Me despido, por si acaso no te veo antes de que te marches –hizo una inclinación de cabeza.

–Diamandis, no puedes…

Katerina se interrumpió bruscamente, porque él se había marchado. Sin mirar atrás.

Capítulo 17

KATERINA había experimentado muchas cosas en aquel palacio, pero nunca semejante grado de confusión. No entendía lo que acababa de suceder ni lo que pensaba Diamandis.

Estaba enfadada, desde luego, pero no comprendía lo ocurrido durante la conversación. Esperaba que él se enojara y alterara, que se culpara y se hiciera reproches porque quienes debían protegerlo lo habían manipulado y lavado el cerebro para que tuviera un idea distorsionada de sí mismo.

Pero, por encima de todo, era un hombre bueno, gracias, sin duda, a unos padres que lo habían querido y se habían querido.

Se acarició el vientre. Las punzadas eran cada vez más frecuentes, pero la enfermera le había asegurado que, si no eran continuadas y más dolorosas, todo iba bien.

Irse a Anavolí sola. ¿Qué creía Diamandis? ¿Qué iba a abandonarlo?

No podía, a pesar de que él lo deseara.

Terminó de ordenar las citas de Diamandis, no hizo caso de otra molesta punzada y pidió a Stelios que le subiera la comida.

Cuando esta lo hizo, le anunció la llegada de Zandra.

–La princesa pide comer contigo.

–Por supuesto.

Zandra se adelantó a los empleados, que empujaban un carrito con la comida. Se sentó cerca de Katerina.

–Me he enterado de que Diamandis quiere que nos vayamos.

–Sí, es lo último que se le ha ocurrido.

–¿Vas a aceptar?

Zandra dio las gracias al personal y Katerina esperó a que todos se hubieran ido para contestar.

–No quiero irme.

–A Lysias no le hace ninguna gracia perderme de vista durante tanto tiempo –dijo Zandra sonriendo y acariciándose el vientre–. Y yo tampoco quiero dejarlo, aunque sí quiero ir a Anavolí. Creo que me acuerdo del lugar, pero volver a verlo me lo confirmará. Podríamos ir cuando el asunto de Marias se haya resuelto.

Era un plan estupendo: irse de vacaciones los cuatro, la familia. Katerina no lo había pensado. Y sus hijos tendrían un primo de su edad. Tendrían una verdadera familia.

¿Y el padre?

Sabía que era absurdo desear que Diamandis cambiara, pero cuando los viera…

Su esposo le había confesado todo lo que consideraba vergonzoso de sí mismo y se había marchado. Y quería mandarla lejos de su lado. Cada vez que sentía algo, ponía distancia entre ambos.

Probablemente pasaría lo mismo con los niños. Incluso sería peor, si al estar con ellos los recuerdos de su familia lo alteraban aún más.

–¿No comes? –preguntó Zandra al ver que Katerina no había probado la comida.

–No, los niños se han movido mucho, lo cual me ha quitado el apetito.

–Pero tienes que estar fuerte –le sirvió un plato a Katerina–. No voy a marcharme hasta que te hayas comido, por lo menos, la mitad.

Katerina se tragó el nudo que tenía en la garganta. Era tan raro que alguien cuidara de ella. Diamandis la había consolado, tras el incidente con su madre, y ahora Zandra se dedicaba a hacer planes para ir de vacaciones juntas.

–Zandra, ¿entiendes a tu hermano?

–En absoluto. Es un misterio para mí. Solo tengo claro que te quiere mucho, desde hace tiempo.

–¿Tan evidente resulta?

–Puede que no para ti. Sé que a mí me quiere, así que reconozco cuando quiere a alguien, aunque él no se dé cuenta. Veo cómo te mira, cómo te habla, cómo te trata. Lo hace con un poco de… miedo.

Katerina también había notado ese miedo.

–Cada vez que creo que hemos avanzado, se aleja de mí. Me estoy cansando. Tal vez… –volvió a formársele un nudo en la garganta–. Tal vez debería irme a Anavolí, dejarle espacio para que resuelva la situación actual.

–Bueno, eso le daría tiempo para echarte de menos.

–No sé cómo agradecerte el apoyo que me das –se llevó la mano al vientre con expresión dolorida.

–¿Estás bien?

–Es solo una punzada.

–¿Una punzada?

–Un pequeño dolor que siento de vez en cuando. No hay que preocuparse –pero aquella vez no se le estaba pasando tan deprisa como era habitual.

–Yo no tengo punzadas. Y estás muy pálida. ¿No crees que debes decírselo al médico, antes de que hagamos planes para irnos?

–¿Las dos? Creí que Lysias no quería separarse de ti.

–Así es, pero no voy a dejar que te vayas sola. Necesitas a una amiga. Lysias se quedará e intentará que mi obstinado hermano entre en razón. Nosotras nos tomaremos unos días de descanso y volveremos la semana que viene. ¿Te parece bien?

–No creo que nadie sea capaz de convencer a tu hermano, si yo no lo he conseguido.

Zandra sonrió.

–Es cierto que eres la mejor a la hora de hacerle entender las cosas. Pero tal vez lo que necesite sea echarte de menos. Quédate aquí. Voy a pedir que traigan al médico y después haremos planes, ¿de acuerdo?

Katerina asintió, abrumada por la amabilidad de Zandra.

–No tienes que acompañarme, Zandra, de verdad. Te lo agradezco…

–Asunto zanjado –afirmó la princesa dirigiéndose a la puerta–. Somos hermanas.

Katerina tenía una hermana, una familia.

Por fin.

Diamandis pasó la mañana consultado registros históricos que nunca se había atrevido a examinar y se hizo una idea clara de qué había sido Marias

para su padre.

Y qué no había sido.

Y comenzó a elaborar un plan. Primero lo hizo solo, pero después habló con Lysias.

–Creo que concederlo la pensión completa de jubilación es ser muy amable –afirmó Lysias.

–Yo lo consideraría, más que amabilidad por mi parte, un seguro.

Marias era un codicioso traidor, aunque no de forma tan clara como para encarcelarlo, pero lo bastante malicioso para que resultara evidente que nunca había estado de parte de Diamandis.

Un empleado anunció su llegada.

–¿Quieres que me quede? –preguntó Lysias.

Diamandis se lo tomó como lo que era: un amable gesto de apoyo entre amigos, entre familiares.

En la infancia habían sido amigos íntimos, como hermanos. Pero los consejeros de Diamandis lo convencieron fácilmente de que Lysias había traicionado a la Corona y merecía un castigo.

–No he sido un buen amigo.

–Creo que yo podría decir lo mismo. Aunque mi intento de vengarme de ti haya servido para que te reúnas con tu hermana, te aseguro que fue un accidente.

Pero a Diamandis no le parecía un accidente, sino una segunda oportunidad.

–Me gustaría que las cosas cambiaran.

–Ya no somos amigos, Diamandis, sino hermanos.

Diamandis asintió.

–Te agradezco que quieras quedarte, pero es algo que prefiero hacer solo. Podríamos cenar juntos esta noche, los cuatro.

Lysias le hiso un reverencia.

–Será un placer, Majestad –dijo en tono levemente burlón, antes de marcharse.

Diamandis hizo un gesto para que dejaran entrar a Marias.

–Siéntate, Marias –dijo Diamandis al tiempo que él lo hacía a su escritorio–. Tengo que hacerte varias preguntas para decidir cómo proseguir nuestra relación laboral.

–Muy bien.

–A lo largo de los años, me he tomado muchas de las cosas que me has dicho al pie de la letra. He confiado en tus consejos, discreción y dedicación a la Corona.

–Sí, y no los has puesto en duda hasta que tus sentimientos hacia una mujer te han nublado el entendimiento.

Diamandis enarcó una ceja, pero no perdió los estribos.

–Puede ser. Quiero hablar contigo del golpe de Estado.

–Como gustes.

–Si pudieras retroceder y cambiar lo que sucedió, ¿lo harías? ¿Antes, durante o después del golpe?

Marias, confuso, frunció el ceño.

–Haría lo que fuera necesario para que tu padre hiciera algo que le salvara la vida.

–¿Como qué?

–¿A qué te refieres?

–¿Qué acción concreta le aconsejarías creyendo que le salvaría la vida?

–Pues no confiar en tu tío, por supuesto.

–¿Y por qué no se lo aconsejaste antes del golpe?

–Lo hice, pero tu padre no me hizo caso porque tu madre le suplicó que otorgara a su hermano un puesto en el Consejo.

En otro tiempo, Diamandis se lo hubiese creído. Consultó las notas que había tomado de los registros.

–Por desgracia, he repasado los registros del Consejo durante los meses previos al golpe y no he hallado ni una sola mención en contra de mi tío por tu parte ni por la de ningún otro –el amor no había envenenado a su padre ni por asomo–. No hay ninguna prueba de que aconsejaras a mi padre que hiciera caso al cerebro, no al corazón.

Marias se removió en la silla.

–Fueron conversaciones privadas.

–Tampoco hay pruebas de que te reunieras en privado con mi padre. Por aquel entonces eras un simple suplente en el Consejo y dedicabas más tiempo a tareas administrativas que a conversar con el rey cara a cara, ¿no es así?

Marias no contestó.

–Tiene lógica que quisieras subir de categoría y que pensaras que con otra persona en el trono tendrías más oportunidades de ascender.

–Tu esposa te ha envenenado la mente.

Ni siquiera entonces estalló Diamandis, porque aquello no era cierto. Sus sentimientos hacia Katerina podían haber influido en muchas cosas, pero no en su razonamiento.

–Katerina es muy razonable y juiciosa. Entiendo que te sea difícil reconocerlo, ya que no le caes bien, pero no ha dejado que eso influya en ella. No puedo decir lo mismo de ti. Un hombre tan resuelto como tú no debería reaccionar de forma tan emocional.

–No sé qué pretendes ni lo que pretende la reina o tu cuñado, pero si dejas que esos… intrigantes te influyan…

–Katerina y Lysias no han hecho nada más que apoyarme en las últimas semanas. A mí, sí, no a la Corona.

–Tú eres la Corona.

–He intentado serlo, cierto. Creía que debía ser eso únicamente. Pero, a los catorce años, era un niño. Habían asesinado a mis padres y hermanos y mi hermana había desaparecido. Viste la ocasión de desviar los designios del destino y tener poder sobre mí.

Vio que Marias se sonrojaba.

–Te he aconsejado sobre cómo gobernar bien y te ayudé a expulsar a quienes culpaban a las personas equivocadas para controlarte. Hice lo que me pareció adecuado, y no voy a disculparme.

En efecto, Marias había hecho lo que creía adecuado, pero no lo que estaba bien.

–Puede ser, pero estaba mal y fue cruel que utilizaras mi vergüenza, mi miedo y mi dolor en mi contra.

Diamandis miró el retrato de su padre colgado detrás de Marias.

–He intentado ser un rey más fuerte que mi padre, pero al hacerlo he cometido muchos errores, como el de mantenerme tan distante de todos que muchos estaban dispuestos a votar contra mí hace unos meses.

–Yo no. Siempre te he apoyado.

–Porque me controlabas. Pero se acabó –Diamandis lo miró a los ojos y habló con calma y claridad–. Te relevo de tu puesto.

–No puedes despedirme. Soy miembro electo del Consejo.

–Dimitirás.

–No –contestó Marias dando un puñetazo en el brazo de la silla.

–Lo harás, si quieres recibir la pensión de jubilación. Te jubilarás y te marcharás. En caso contrario, presentaré al Consejo la información de que dispongo junto a la petición de que anule los beneficios, honores y recompensas que tuvieras que recibir –sonrió–. ¿Está claro?

–Te arrepentirás.

–Siempre cabe esa posibilidad. Pero te aseguro que más te arrepentirás tú, si intentas atacarme, si continúas incomodando a Zandra, levantando sospechas sobre mi cuñado y si me entero de que has hablado mal de mi esposa. Me aseguraré de que lo pierdas todo, ya sea mañana o dentro de veinte años.

–Esos sentimientos y esa locura serán tu perdición, Diamandis, como lo fueron la de tu padre.

Esas palabras llevaban años siendo un arma usada en contra suya, pero Katerina le había enseñado a defenderse. Ella había escuchado las cosas horribles que le habían hecho creer, pero había seguido queriéndolo. Lo había perdonado, como siempre.

Como sus padres hacían y seguirían haciendo, de estar vivos. No les gustaría la persona en la que se había convertido: fría, distante y dedicada únicamente a la Corona.

De todos modos lo querrían. Y en ese amor siempre había la esperanza de cambiar a mejor.

–Puede que sea mi perdición, pero por fin me he dado cuenta de que prefiero vivir como mi padre, aunque sea poco tiempo, que vivir como hasta ahora, aunque llegue a viejo –se levantó–. Puedes irte, Marias. Y de ti depende ponerte furioso en la próxima reunión del Consejo y perderlo todo.

Marias siguió sentado.

–El rey se ha levantado, Marias.

Este lo hizo lentamente, rojo de ira.

–Lo lamentarás. Y disfrutaré de la jubilación riéndome de tu desgracia.

–Muy bien –Diamandis le sonrió–. No se te olvide hacerme una reverencia.

Marias lo hizo con el ceño fruncido y se fue. Diamandis pensó que tendría que vigilarlo, pero la amenaza de perder la pensión era grave, por lo que no creía que supusiera un peligro.

No era lo bastante valiente para hacer nada a la vista de todos ni para hacérselo a un hombre, en vez de a un niño.

Diamandis respiró hondo. Se sentía más ligero. Era triste haber pasado tanto tiempo confiando en Marias, pero también era liberador aprender, madurar y cambiar.

Amar.

Quería a su esposa, a su hermana y a su cuñado, a la familia que habían formado a partir de las cenizas de la tragedia. Y si eso implicaba el final de su reinado en Kalyva…

Que así fuera.

Iría a ver a Katerina para decirle que la amaba y pedirle que se quedara. Se esforzaría en ser un hombre como su padre, no solo un rey. Cambiaría. Con la ayuda de Katerina lo conseguiría. Ella creía en él y, ¿acaso no tenía siempre razón?

Más contento que nunca se dirigió a la puerta, pero antes de llegar se abrió de golpe. Zandra entró corriendo.

–¡Diamandis! Es Katerina –Zandra estaba pálida–. Ven inmediatamente.

Capítulo 18

KATERINA nunca había experimentado un dolor semejante ni tenido tanto miedo. Las punzadas se habían convertido en contracciones, cuando llegó la doctora.

Esta le habló con calma y le dijo que se tumbara para auscultarla. Murmuró algo a la enfermera, que salió a toda prisa.

–¿Están bien los bebés? –preguntó Katerina, muy preocupada.

–La vamos a monitorizar para comprobarlo, pero, de momento, están bien. Parece que está de parto. Dar a luz antes de tiempo es bastante habitual en un embarazo múltiple.

–Es muy pronto.

–Es pronto, pero no mucho. Haremos lo que podamos para retrasarlo –la doctora le dio unas palmaditas en la mano–. Tiene usted el mejor equipo para ayudarla, Majestad. Intente relajarse y descansar. La princesa ha ido a buscar a su esposo.

Katerina quería que Diamandis estuviera allí, que le agarrara la mano y la abrazara, pero…

Sabía que cualquier indicio de pérdida lo alejaría aún más de ella y lo consideraría un fracaso personal.

–No, por favor, no quiero que venga

La doctora se quedó perpleja, pero asintió.

–Muy bien, se lo diré a su secretaria. Quédese acostada y respire, ¿de acuerdo?

Katerina asintió e intentó hacerlo. Inspiró y expiró esforzándose en que el dolor y la preocupación desaparecieran. Estaba asustada.

Quería a alguien a su lado. Una lágrima se le deslizó por la mejilla.

La doctora volvió.

–Si no quiere que su esposo la acompañe, ¿desea que venga otra persona?

–La princesa Zandra, si no está ocupada.

La doctora asintió e hizo un gesto a una doncella, que se fue inmediatamente.

El dolor aumentó y Katerina pensó que algo iba mal, muy mal. Apenas podía respirar. Se lo dijo a la doctora, cuya expresión se ensombreció.

–Katerina, tiene que quedarse conmigo, tiene que luchar.

Ella era una luchadora. Siempre lo había sido. Pero aquello era demasiado: demasiado dolor y demasiada debilidad. Pensó que iba a desmayarse.

Oyó su nombre y las instrucciones que le daban, pero dejó de sentir dolor.

Y mientras se hundía en la oscuridad, lo único que deseó fue que su esposo estuviera con ella. Le había prometido que se ocuparía de todo.

Pero ni siquiera el rey podía ocuparse de aquello.

Diamandis corrió hasta los aposentos de Katerina. Stelios y una doncella no lo dejaron entrar.

–Apartaos.

Stelios negó con la cabeza.

–La doctora nos ha dicho que la reina no quiero verlo.

Diamandis estaba tan asustado que no se sintió dolido. Zandra no solía exagerar y le había dicho que Katerina no estaba bien.

–No podéis impedirme que esté al lado de mi esposa. Soy el rey.

Stelios no se movió. Parecía dispuesta a pelearse con él, si insistía

–La doctora lo ha dejado muy claro.

Diamandis se dispuso a abrirse paso, pero se produjo una conmoción en el dormitorio y en el salón. Se abrieron las puertas y entraron dos paramédicos con una camilla, mientras una enfermera salía del dormitorio de Katerina.

La situación era caótica.

Y aprovechando la confusión, Diamandis entró corriendo en la habitación de Katerina. La doctora daba órdenes a voz en grito.

Tenía las manos manchadas de sangre. Katerina estaba inmóvil y pálida.

«Muerta», pensó él.

La sangre le recordó el pasado que tanto se había esforzado en olvidar. Pero ya había previsto aquello.

Katerina y la sangre.

Eso era lo que hacía el amor.

–Majestad –dijo la doctora–. He llamado al servicio de emergencias para que lleven a la reina al hospital.

La trasladaron a la camilla.

–¿Ha muerto?

–No –contestó la doctora mientras seguía a los paramédicos.

–Reúnase con nosotros en el hospital. Estamos intentando salvar las tres vidas. Le explicaré todo cuando la reina se haya estabilizado.

Se marcharon y Diamandis se quedó solo en la habitación mirando las sábanas ensangrentadas.

Zandra llegó corriendo y jadeando, con la mano en el vientre. Lysias entró detrás de ella.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Zandra. Él apenas sintió su mano apretándole el brazo–. ¿Diamandis?

–Los he condenado a muerte.

–¿Qué?

Lysias lo agarró del otro brazo.

–Vamos al hospital, Diamandis, a ver qué nos dicen.

Diamandis no recordaba lo sucedido a partir de ese momento. De repente se encontró en una sala de espera privada de un hospital. A la muerte le daba igual que fueras rey. A la tragedia no le importaba que ya hubieras tenido bastante.

Lysias y Zandra se turnaron para acompañarlo y le aseguraron que todo saldría bien y que el hecho de que tardaran en darles noticias era buena señal. Si Katerina hubiera muerto, ya lo sabrían.

Pero estaba convencido de que se equivocaban, incluso cuando la doctora le explicó que a su esposa se le había adelantado el parto y que había complicaciones.

No le permitieron verla, así que siguió convencido de que había muerto. Todos habían muerto porque los amaba.

Aquel era el precio de su estupidez.

Cuando la doctora se marchó, Zandra se sentó a su lado y le agarró la mano.

–Ten esperanza, hermano.

–No puedo tenerla. Han muerto por culpa mía. Los quería y los he condenado a muerte.

Zandra no se movió, pero él notó que no lo entendía, que creía que estaba sobrexcitado, lo cual era cierto.

–¿Los has condenado a muerte por quererlos?

–Sí.

–¿De verdad crees que tienes ese poder? –preguntó ella, incrédula–. ¿Que tus sentimientos controlan la ciencia y el cuerpo humano?

Él suspiró profundamente.

–Es el destino, que todo lo controla. Y el mío es la muerte.

Ella se echó a reír en medio de aquella sangrienta tragedia.

–Nosotros forjamos nuestro destino, Diamandis. En caso contrario, hace mucho que habría muerto en una cuneta. Pero luché y sobreviví a lo inconcebible. Fue tan duro que ni siquiera lo recuerdo, ni quiero hacerlo. Y aquí estoy. He vuelto al lugar al que pertenezco porque no me importa el destino. Y a ti tampoco debería importarte. Eres el rey de Kalyva.

Él negó con la cabeza.

–Nuestro padre… –no pudo repetir las palabras que Marias le había grabado en el cerebro hacía muchos años.

«¿Por qué quería Marias aislarte de toda clase de amor?», se preguntó.

Diamandis tragó saliva. ¿Podía creer a su hermana, cuando la pérdida de todo lo que había deseado amar era evidente?

Zandra le puso una foto en la mano. Era de sus padres, pero no un retrato vestidos de reyes, sino una foto de familia: dos personas normales sonriendo a la cámara.

Su madre estaba embarazada de él.

–La he llevado conmigo siempre intentando recordarlos. A veces creo que lo consigo: una palabra, una imagen. Pero supongo que nunca estaré segura de que sean de ellos.

Él intentó desasirse de la mano de Zandra, pero esta apretó con fuerza la foto en la de él.

–Hace poco contemplé en tu despacho su retrato y les pedí que te demostraran lo que era el amor. Una estupidez, pero te trajeron a Katerina y a tus hijos. Y nada de lo que hagas o dejes de hacer cambiará lo que suceda en este hospital. Pero eres el único que puede elegir la esperanza, el amor y el futuro, no el destino ni la tragedia: tú.

Él no dijo nada. ¿qué iba a decir?

Zandra lo besó en la mejilla.

–Lysias y yo vamos a buscar algo de comer. Volvemos enseguida.

Mentía. Podían haber mandado a por comida a un empleado. Querían dejarlo un rato a solas.

Con la foto de sus padres.

La miró, a pesar de que el cerebro le gritaba que la guardara y que se volviera de nuevo insensible.

Pero los echaba de menos, así como el amor y el apoyo que le habían dado mientras vivían. Zandra le había dicho que les había pedido amor para él, lo que era una tontería.

Pero era cierto que Katerina le había dado amor de forma continuada, sin echarse atrás. Katerina creía en el amor y en él.

Al igual que sus padres.

–No hay un solo día en que no os eche de menos –se oyó decir a sí mismo, como si se hubiera desprendido del cuerpo y observara a otra persona hablando a la foto de unas personas muertas–. No sé a quién suplicar. Solo os conozco a vosotros y vuestro amor. Por favor, por favor… La necesito. Los necesito. Si el amor debe ser castigado, que me castiguen a mí –se apretó la foto contra la frente.

Oyó que la puerta se abría, pero no alzó la vista creyendo que serían Zandra y Lysias. Pero alguien carraspeó.

Era la doctora. Se levantó de un salto.

–Tiene dos hijos varones, Majestad. Están sanos y solo necesitan estar unos días en observación –le sonrió.

–¿Y la reina?

–Sigue luchando. Puede acompañarme a ver a los bebés.

–Quiero ver a Katerina.

–Cuando se haya estabilizado.

La doctora lo condujo por un laberinto de pasillos hasta una habitación llena de cunas. Dos enfermeras le hicieron una reverencia cuando entró.

–Este bebé –dijo la doctora señalando la cuna de la izquierda– pesa dos kilos y medio; este otro, dos kilos y cien gramos. Estamos controlándolos para asegurarnos de que todo va bien. Pero están sanos, Majestad, y bien desarrollados para lo pronto que han nacido.

Diamandis solo fue capaz de asentir. Eran muy pequeños y se movían; uno, con los ojos abiertos, y el otro, con los ojos cerrados.

–Con respecto a los nombres, ¿hay que seguir una costumbre real? –preguntó una enfermera.

Él miró a los niños. Eran sus hijos. Tan pequeños, tan indefensos. Y Katerina no estaba allí para verlos.

–No –eran gemelos, como sus hermanos–. Este es Rafail y este es Achilleas.

–Ahora mismo lo apunto –dijo la enfermera.

–¿Quiere abrazarlos? –preguntó otra enfermera.

Lo deseaba con toda su alma, pero necesitaba que su madre estuviera con ellos.

–Tengo que ver a mi esposa. Los bebés deberían estar con su madre.

–La reina sigue anestesiada –afirmó la doctora–. Cuando se despierte, podremos dar un pronóstico más exacto. Es fuerte, y haremos todo lo que podamos. Vaya a verla.

Lo condujeron a una suite privada. Katerina estaba en la cama, pálida, inerte, enganchada a muchos monitores. Pero Diamandis vio que respiraba.

Estaba viva. Si respiraba, había esperanza. Zandra le había dicho que no la perdiera. Tras haber visto a sus hijos, estaba dispuesto a tener toda la del mundo.

–Aún estará un rato dormida, Majestad. Quédese el tiempo que guste. Les traeremos a los bebés en cuanto sea posible.

Diamandis se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Katerina.

–Te quiero, reina mía, corazón mío. Te prometo que seré todo lo que deseas, un buen padre y esposo. Os querré más que a mi vida, pero debes volver conmigo.

«Por favor», rogó en silencio pensando en la foto de sus padres. «Devolvédmela».

Katerina no sabía dónde estaba ni qué había sucedido.

¿Se hallaba en Anavolí? ¿Estaba enferma? Los bebés…

Oyó el llanto de un niño y abrió los ojos. La habitación estaba en penumbra. En un rincón estaba Diamandis, que parecía agotado y tenía algo en los brazos.

La habitación comenzó a girar y Katerina tuvo que cerrar los ojos y, cuando volvió a abrirlos, vio que Diamandis seguía allí, con un bebé.

Su hijo. Miró a su alrededor hasta que vio dos moisés. Dos.

–Diamandis…

–Te has despertado –dijo él acercándose inmediatamente.

–¿Están bien?

–Sí. Hemos tenido dos varones y están bien –inclinó al niño que tenía en brazos para que lo viera. Era suyo y estaba vivo.

Pero ella estaba en aquella cama y se sentía fatal.

–¿Voy a morirme?

Él se sentó en una silla al lado de la cama y sostuvo al bebé en un brazo para tomar con la mano libre la de Katerina.

–No. Soy el rey y no lo consentiré. Te recuperarás y pronto nos iremos a casa. Juntos.

«Os querré más que a mi vida, pero debes volver conmigo». Katerina recordó esas palabras, pero pensó que las había soñado.

–¿Nos iremos juntos?

–Sí. No te voy a perder de vista durante mucho tiempo. Y te alegrará saber que he roto la tradición real, como querías, y a nuestros hijos les he puesto el nombre de mis hermanos.

Ella le examinó el rostro. Algo había cambiado, pero…

–Tendrás que esperar para tenerlos en brazos. Pero es un buen motivo para que te recuperes. Achilleas está dormido, pero te lo traeré cuando se despierte. Y los dos están bien.

–Diamandis…

Él se llevó su mano a la boca y se la besó.

–Creí que te había perdido y la idea me resultaba insoportable.

–Todo saldrá bien –ella se aseguraría de que así fuera.

–Te quiero, Katerina. Creí que al hacerlo te había condenado, pero Zandra me recordó que, a pesar de ser rey, carecía de semejante poder.

Katerina esperaba oír esas palabras algún día, aunque pensaba que no llegarían. Quiso acariciarlo y acariciar a su hijo, pero no podía moverse.

–Ha sido necesario que haya estado al borde de la muerte para oír esa confesión.

–Soy un estúpido –afirmó él con el rostro apenado–. Me esforzaré en corregir mis errores y en no cometer más. Te quiero y deseo tenerte a mi lado y que criemos juntos a nuestros hijos, como mis padres criaron a los suyos.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Katerina, pero él se las secó.

Diamandis la besó en la frente. Cuando Achilleas se despertó, se lo llevó para que lo viera.

Llevaba mucho tiempo sola, pero ahora tenía una familia. Estaba orgullosa de ser la reina de Kalyva, pero nada era comparable a la alegría de amar a su esposo y a la perfección de ser madre.

Un mes después, ya restablecida, Katerina pidió algo a Diamandis, a lo que este se negó.

–No lo permitiré.

–Quiero ver a mi madre, Diamandis. Si no la traes aquí, iré yo a verla.

–Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Una semana después, Christos condujo a la madre de Katerina al salón donde la esperaba su hija. Diamandis estaba detrás de ella. Los niños se hallaban en otra habitación con Zandra y Lysias.

–Creía que iba a conocer a mis nietos.

–Te he dejado muy claro que no sería así, mamá.

–Entonces no entiendo a qué he venido, después de cómo me tratasteis la última vez.

–Te refieres a cuando viniste a engañarnos sobre el padre de tu hija –apuntó Diamandis.

Ghavriella puso los ojos en blanco, pero no contestó.

–Te he pedido que vengas porque, aunque me encantaría que formaras parte de la vida de mis hijos, no voy a dejar que tu comportamiento tóxico

los afecte.

–Sí, ya lo sé. He sido una madre horrible. Te he alimentado, vestido y llevado y traído del colegio. No sé cómo se me ocurrió.

Katerina se esperaba ese comportamiento. Diamandis y ella habían comenzado a ir a terapia para solucionar sus problemas. Ese día estaban allí por consejo de la terapeuta y por la necesidad de Katerina de hacerse valer, de actuar como una adulta en aquella situación.

–Cuando estés dispuesta a relacionarte con nosotros, a venir con nosotros a terapia…

Ghavriella emitió un sonido de indignación.

–…intentaré limar asperezas. Pero no formarás parte de la vida de mis hijos hasta que no des ese paso.

–¡Es absurdo! Pero no os necesito ni a tus hijos ni a ti. Estoy muy bien sola.

–De acuerdo. Pero que te quede claro que protegeré a mis hijos contra viento y marea. No sé por qué no hiciste lo mismo conmigo, pero ahora, por fin, he entendido que no fue culpa mía.

Por eso necesitaba verla. No esperaba que fuera a cambiar, pero necesitaba cerrar el círculo.

–¿Te has casado con un rey y me reprochas no haberte protegido?

Katerina siguió sin alterarse. Hizo una señal a Christos.

–Eso es todo, mamá. Espero que un día llegues a cambiar.

Christos ofreció el brazo a Ghavriella. Ella no lo tomó y salió de la habitación sin acompañamiento. Christos la siguió para asegurarse de que se iba.

Katerina exhaló lentamente. No se sentía bien, pero estaba tranquila. No esperaba que su madre fuera a cambiar, pero había dejado abierta esa posibilidad.

No volvería a comportarse como una niña pequeña delante de ella. Su esposo y su hijos le habían proporcionado una fortaleza inaudita. Nadie, ni siquiera su madre, la convertirían en alguien que no deseaba.

Se levantó, le tendió el brazo a Diamandis y salieron de la habitación.

–Pareces contenta –murmuró él.

–Lo estoy –dijo ella sonriendo–. A veces hay que plantarse y establecer límites –se detuvo y le acarició la mejilla–. Y puedes hacerlo porque hay personas que te quieren y te apoyan.

–Siempre, reina mía –contestó él antes de besarla en la boca.

Epílogo

DIAMANDIS contempló a Katerina corriendo detrás de sus hijos en la playa del castillo de Anavolí. Lysias llevaba a su hijo a hombros, mientras Zandra, embarazada de nuevo, se reía viendo las travesuras de Rafail y Achilleas. Allí, en Anavolí, donde Diamandis y ella habían hecho lo mismo de niños, ante la mirada de sus padres.

Diamandis aún conservaba la foto de ellos que le había dado Zandra hacía dos años. Se la enseñaba a sus hijos para que conocieran a sus abuelos e incluso hablaba de ellos con Zandra.

Ya no pensaba que el amor era una maldición, sino que se consideraba afortunado por estar rodeado de él.

Lysias dejó a su hijo con Zandra y comenzó a perseguir a sus sobrinos para que Katerina descansara. Esta se acercó a Diamandis.

–Qué pena que tengamos que volver mañana. Pero está bien volver a la rutina. Si no, los niños se volverán unos salvajes.

Suspiró mientras observaba a los niños con la alegría reflejada en el rostro.

–La doctora me ha dicho que no hay problema en que intentemos tener más –le pasó el brazo por la cintura y se apoyó en él. Diamandis la besó en la sien.

–Lo que desees, reina mía.

Y encontraría la manera, durante todos sus años, de cumplir sus deseos y los de toda la familia.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com